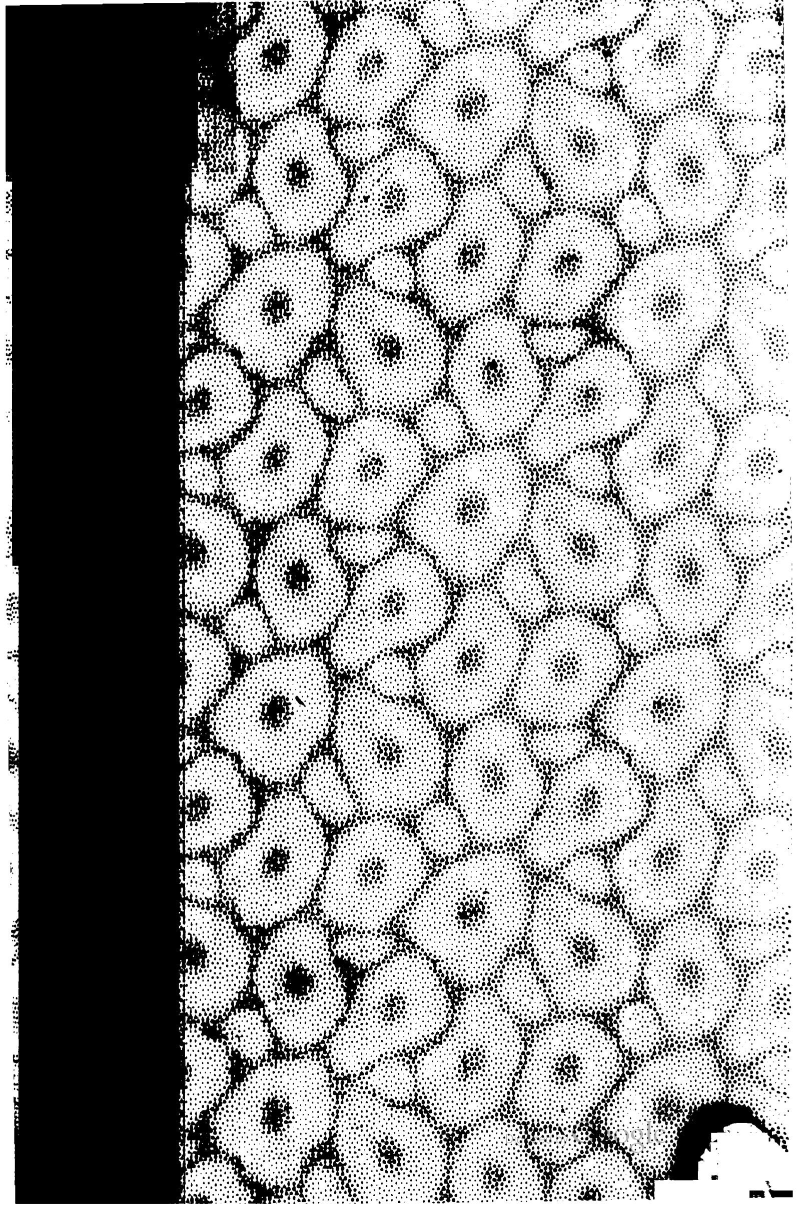

UC-NRLF
$B 248 793


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



MERCEDES DE CASTILLA.

MERCEDES DE CASTILLA,

POR

FENIMORE COOPER.

TOMO III.

Madrid:
IMPRENTA DE D. AGUSTIN ESPINOSA Y COMPAÑÍA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1847.

CAPITULO XVII.

Las ideas que ocupaban á nuestros aventureros durante la siguiente noche distaban considerablemente unas de otras. Apenas Sancho hubo recibido su recompensa, no tuvo reparo en ir contando cuanto sabia á todo aquel que quiso escucharle, y mucho tiempo antes de que Colon volviese á bordo, la noticia corria de boca en boca, y toda la escuadrilla estaba enterada de los designios de los portugueses. Semejante rumor hizo concebir á muchos marineros la esperanza de que los que andaban en persecucion de la flota lograrian tal vez frustrar la espedicion, pues todo les parecia preferible á la suerte que con aquel viaje les amenazaba. Pero para que se vea el efecto de la rivalidad, la mayor parte de los que componian las tripulaciones aguardaba con ansia el momento de darse á la vela, aunque no fuera mas que por hacer alarde de la superioridad de sus buques.

Colon era presa de la mas viva inquietud, pues hubiérase dicho que despues de tantos sufrimientos y retardos la fortuna trataba de arrancarle la copa de las manos en el mismo instante de llegarla á sus labios.

Pasó, pues, la noche en la ansiedad mas cruel, y al dia siguiente fué el primero que se levantó.

Todo el mundo estuvo puntual al romper el dia, y como los preparativos quedaron terminados la noche anterior. apenas salió el sol, los tres buques se dieron á la vela, marchando la *Pinta* la primera, segun costumbre. Hacia muy escaso viento, y la flotilla apenas hacia surco suficiente para poder dirigirse; mas los momentos eran preciosos, y dirigió por fin su rumbo hácia el Oeste. Durante la mañana, pasó una caravela á corta distancia de la flotilla española, desques de haber estado á la vista por espacio de muchas horas, y el almirante la habló con la bocina. Era procedente de la isla de Hierro, y habia seguido siempre poco mas ó menos el mismo rumbo que Colon se proponia seguir mientras permaneciese en lo mas conocido del Atlántico.

—¿Traeis noticias de la isla de Hierro? preguntó Colon mientras que la embarcacion pasaba lentamente al nivel de la *Santa Maria,* pues ambos buques no hacian mas de una milla por hora. ¿Ocurre algo de interés por aquella parte?

—¿Es acaso á D. Cristóbal Colon, el genovés, colmado de honores por SS. AA., á quien debo responder? Si así fuese, diria con doble gusto lo que he visto y oido, señor.

—Soy ese mismo D. Cristóbal, nombrado por SS. AA. almirante y virey de los mares y tierras que llegue á descubrir, y genovés de nacimiento, como acabais de decir, aunque castellano por deber y por amor á la reina.

—En ese caso, noble almirante, puedo deciros que

los portugueses despliegan la mayor actividad, pues tres de sus caravelas se hallan en este momento á la altura de la isla de Hierro con esperanza de frustrar vuestra espedicion.

—¿ Cómo sabeis eso? ¿ Qué razones existen para suponer que los portugueses se atrevan á enviar sus caravelas para molestar á los marinos que navegan como oficiales de Isabel la Católica? ¿ Pues sin duda sabreis que el Santo Padre ha concedido este título á ambos soberanos, como recompensa del servicio que han prestado á la iglesia arrojando á los moros de toda la cristiandad?

—Eso se decia en las islas, señor, pero á los portugueses no se les importará maldita la cosa semejante circunstancia, si ellos se persuaden que su oro peligra. Al salir de la isla de Hierro me he dirigido á las referidas caravelas, y me he convencido de que no se les hace injusticia alguna concediéndolas las intenciones de que acabo de hablaros.

—¿Están armadas? ¿Pretenden acaso tener el derecho de oponesc á nuestro viaje?

—Nada nos han dicho los prortugueses que pueda hacer creer que abriguen aquella intencion; solo nos han preguntado, asi como burlándose, si llevábamos á nuestro bordo al ilustre D. Cristóbal Colon, el gran virey del Este. En cuanto á aprestos de guerra, llevaban una porcion de bombardas y soldados armados de cascos y corazas. Yo creo que no habrán quedado tantos soldados en las Azores como los que han salido para esa espedicion.

—¿Se mantienen sobre las costas de la isla, ó se adelantan por alta mar?



—Por la mañana se engolfan y adelantan hácia el Oeste, señor, y por la tarde se retiran hácia tierra. Creed á un antiguo piloto, D. Cristóbal: esos galopos no son capaces de hacer nada bueno.

Apenas pudo ya percibirse esta última respuesta, porque las caravelas se iban alejando una de otra durante aquella corta conversacion.

—¿Creereis acaso, D. Cristóbal, que el nombre castellano podrá sufrir que esos perros de portugueses se atrevan á hacer semejante insulto al pabellon de la reina?

—Yo no temo á la verdad que usen de la fuerza, sino es acaso para detenernos bajo cualquier pretesto insidioso, lo cual en estos momentos seria para mí mas cruel que la misma muerte. Pero lo que yo mas temo es que estas caravelas, con pretesto de proteger los derechos de D. Juan, hayan recibido órden de seguirnos hasta el Cathay, en cuyo caso nos disputarian el mérito del descubrimiento, y el honor que nos cabria solo seria á medias. Es preciso, pues, á todo trance apartarnos de los portugueses, y al efecto es mi idea que nos dirijamos hácia el Oeste, mas sin acercarnos á la isla de Hierro sino es lo absolutamente indispensable.

A pesar de la impaciencia que á la sazon esperimentaban tanto el almirante como la mayor parte de los que componian la tripulacion, los elementos parecian oponerse á que salieran de las Canarias para entrar en el grande Occéano. El viento fué cesando poco á poco, á lo cual siguió una gran calma; recogiéronse las velas, quedando inmóviles los tres buques, únicamente balanceados por las olas, que tan pronto ha-

cian sepultar sus costados en las aguas como los levantaban sobre su superficie.

Los marineros se pusieron á rezar en voz baja algunos Pater noster y Ave Marías, é hicieron varios votos para lo futuro con objeto de lograr un poco de viento. De rato en rato parecia que la Providendcia queria mostrarse favorable, porque sentian la brisa soplar en sus mejillas, y cuando iban á desplegar las velas con esperanza de avanzar, solo esperimentaban un nuevo desengaño. Por último, todos convinieron á bordo que reinaba tan completa calma, que no quedaba mas recurso que aguardar que terminase, armándose de paciencia. Entrada ya la noche, levantóse un ligero viento, y por espacio de algunas horas oyóse el ruido que hacia el agua al deslizarse á lo largo de los buques, mas era tan escaso aquel, que no bastaba para navegar. Pero hácia la media noche aquel movimiento casi imperceptible cesó tambien de repente, volviendo las tres embarcaciones á ser mecidas con negligencia por la marejada que los vientos traian desde la vasta estension del Occéano occidental.

Cuando amaneció hallóse el almirante entre Gomera y Tenerife, cuyo elevado pico estendia su sombra, como si fuese la de un planeta, á gran distancia sobre la superficie de las aguas, que por una débil imitacion reflejaban hasta la misma punta. Colon temió entonces que los portugueses enviasen sus lanchas, ó tal vez hiciesen adelantar alguna ligera falúa, con ayuda de sus grandes remos, para descubrir su posicion, y dió órden muy prudentemente de cargar las velas á fin de ocultar sus buques cuanto fuese posible á las miradas de los que andaban en su busca. Era el 7 de setiem-

bre, y la célebre espedicion se hallaba en aquel estado despues de trascurridas cinco semanas, dia por dia, desde su salida de España, pues aquella malhadada calma ocurrió tambien en viernes, que fué el dia de la semana en que se dieron á la vela.

La práctica tiené acreditado que en la mar no hay otro recurso contra una calma de aquella especie mas que la paciencia, y Colon, como navegante, tenia sobrada esperiencia para desconocer semejante verdad: asi es que despues de tomadas las precauciones de que acabamos de hablar, tanto él como los pilotos que iban á sus órdenes adoptaron cuantas medidas fueron indispensables para sostener la confianza. Sacáronse de sus estuches los pocos instrumentos náuticos conocidos hasta entonces con el doble objeto de revisar si se hallaban en buen estado y de ponerlos de manifiesto á la vista de los marineros á fin de aumentar su respeto hácia los oficiales haciéndoles concebir mas confianza en su saber. El almirante tenia ya adquirida una gran reputacion entre sus tripulaciones con solo el hecho de que al aproximarse á Canarias sus cálculos sobre la situacion que ocupaban los tres buques habian resultado mas exactos que los de todos los demas pilotos; asi es que cuando sus marineros le vieron examinar sus brújulas, despues el instrumento de que entonces se servian, y que ha sido en nuestros dias sustituido por el sextante, no pudieron menos de fijar en todos sus movimientos unas miradas en las que se pintaba la admiracion y la curiosidad, espresando tambien algunos abiertamente la confianza que sus talentos le inspiraban y la certidumbre que tenian de que era capaz y bastante entendido para dirigirse á donde le diese

la gana, al paso que otros dejaban entrever ese prurito de criticar, que generalmente acompaña á la preocupacion, á la ignorancia y á la maldad.

D. Luis no habia podido comprender jamás los misterios de la navegacion: su noble ánimo parecia que rechazaba la ciencia como un género de talento que no se avenia ni con sus gustos ni con sus necesidades. No carecia por esto de inteligencia, y entre los señores de su edad ninguno lucia tanto como él por la clase de conocimientos que en aquella época eran el objeto de los estudios entre los hombres de mundo. Por fortuna tenia la mas completa confianza en el talento del almirante, y como ademas él no abrigaba ningun temor por si mismo, no contaba Colon entre todos sus compañeros con otro alguno tan ciegamente decidido en su favor.

El hombre, con toda su inteligencia, su buen juicio y su filosofia tan decantada, es la víctima de su imaginacion y de su ignorancia, asi como de las intrigas y de la astucia de los demas hombres. Aun cuando él lree guardar la mayor vigilancia y circunspeccion, se deja engañar por las apariencias con tanta facilidad, como se deja tambien guiar por los hechos y por su discernimiento: por lo tanto, la mitad de los que contemplaban á Colon entregado á sus importantes cálculos quizás atribuirian á las inducciones sacadas de su propia ciencia la renovacion de su confianza en él, mientras que solo eran deudores de semejante sentimiento á la impresion que aquel espectáculo producia en sus sentidos, sin iluminar en lo mas mínimo su inteligencia.

De este modo trascurrió el dia 7 de setiembre. La

noche halló todavía á la escuadrilla, ó sea flota, segun el pomposo lenguaje de aquellos tiempos, fija en medio de las aguas entre Tenerífe y Gomera. La mañana del dia siguiente en nada varió aquella situacion, pues un sol abrasador, cuyo fuego no templaba el mas mínimo soplo de viento, arrojaba sus encendidos rayos sobre la superficie del mar, brillante como plata derretida. El almirante hizo subir á algunos marineros á lo mas elevado de los mástiles, y cuando hubo adquirido la conviccion de que ningun buque portugués se percibia, sintióse mas animado, no dudando ya de modo alguno que los que iban en su seguimiento se hallaban detenidos por igual calma al Oeste de la isla de Hierro.

Despues de haber echado su siesta, D. Luis subió á la popa, en donde Colon estaba ya hacia muchas horas examinando el horizonte y el firmamento.

—Por todas las esperanzas de los marinos, D. Cristobal, dijo Luis, no parece sino que todos los demonios se han conjurado contra nosotros. Há tres dias que reina esta calma y que tenemos delante de nuestros ojos á ese pico de Tenerífe, semejante á una columna miliaria colocada ahí para que se enteren las ballenas y los delfines de cuántas millas andan en una hora. Si fuéramos á creer en presagios, podríamos imaginarnos que los santos no quieren que partámos, á pesar de ser la religion uno de los objetos de nuestro viaje.

—No debemos, sin embargo, mirar como un presagio lo que es tan solo consecuencia de las leyes de la naturaleza, repuso gravemente el almirante. Pronto tendrá fin esta calma, pues veo irse reuniendo en la atmósfera ciertos vapores que nos anuncian un viento del Este, y el movimiento que esperimenta esta em-

barcacion os dá á entender que los vientos no han estado ociosos á alguna distancia por la parte de Oeste. Maese piloto, añadió dirigiéndose al oficial de cuarto, creo que debeis ir largando las velas y preparándolo todo para aprovechar la brisa favorable, pues no hemos de tardar mucho en tener un buen viento nordeste.

Esta prediccion se vió cumplida al cabo de una hora, poco mas ó menos, y las tres embarcaciones pudieron al fin seguir su rumbo; pero la brisa contrariaba la marcha casi tanto como la calma, pues recibiendo la ola de frente y siendo muy ténue el viento, no podian avanzar sino con gran lentitud.

No cesaban, sin embargo, de observar si aparecian las caravelas portuguesas, aunque ya eran menos de temer que anteriormente, pues se las suponia á una distancia considerable impelidas por el viento. Colon y sus diestros ayudantes, los hermanos Pinzon, Martin Alonso y Vicente Yañez, que mandaban la *Pinta* y la *Niña*, se valian para adelantar algo de cuantos medios podia sugerirles su dilatada esperiencia. Mas á pesar de todo, la marcha era no tan solo lenta, sino penosa, pues cada empuje que daba la brisa chocaba la proa contra las olas con una violencia que amenazaba ser funesta para los palos y para los aparejos. Era tal la lentitud con que se navegaba, que era necesario todo el buen juicio y el tacto de Colon para notar que el cono formado por el pico de Tenerife parecia no irse ocultando sino pulgada á pulgada. La supersticion de los marineros iba creciendo mas que nunca, y muchos de ellos principiaban á quejarse en voz baja de que los elementos se declaraban

contra aquel viaje, y que por mas adelantado que ya se hallase haria bien el almirante en no despreciar las señales y los presagios que la naturaleza no ponia de manifiesto sin algun motivo poderoso. Ellos, sin embargo, no dejaban conocer esta opinion sino con la mayor reserva, pues el aspecto grave y serio de Colon les inspiraba demasiado respeto para que se atreviesen á levantar la voz hallándose á bordo con el, y los marinos de los otros dos buques seguian todos los movimientos de su almirante con esa especie de ciega deferencia que distingue la sumision del inferior para con el superior en semejantes circunstancias.

Cuando Colon se retiró á su cámara por la noche, y despues de haber calculado lo que habian andado en todo aquel dia, Luis echó de ver que su fisonomía estaba mas grave aun que de costumbre.

—Creo que todo vá saliendo á medida de vuestro deseo, D. Cristobal, dijo alegremente D. Luis. Hénos aquí ya en nuestro camino, y yo casi me parece que descubro ya el Cathay.

—Vos, D. Luis, en medio de vuestro entusiasmo, veis muy claro lo que deseais ver, y cuanto se ofrece á vuestros ojos aparece de color de rosa; pero por lo que á mí toca, mi deber me hace ver las cosas tal como ellas son en sí, y aunque mi imaginacion me represente vivamente el Cathay, —(tu solo, ó Dios mio, tu que, para que se cumplan tus impenetrables designios has creado en mi corazon el deseo de ver ese remoto país, tu solo sabes hasta que punto me lo representa mi imaginacion)—sin embargo, debo no olvidarme de los obstáculos físicos que pueden oponerse á nuestra llegada.

—¿Y esos obstáculos se han hecho mas graves que lo que quisiéramos nosotros, señor?

—Mi confianza en Dios no me abandona. Mirad, añadió Colon señalando con el dedo sobre su carta; hé ahí el punto de donde hemos partido esta mañana, y aquí teneis hasta donde hemos llegado despues de haber trabajado todo el dia y parte de la noche. Todo el espacio que hemos recorrido solo ocupa la estension de una línea sobre el papel, y calculad ahora la inmensa balsa de agua que nos queda que atravesar antes de llegar al término de nuestro viaje. Segun mis cálculos, á pesar de todos nuestros esfuerzos, y en este crítico momento (crítico, sí, no solo por lo que hace relacion con los portugueses, sino tambien por los síntomas que se dejan sentir en nuestras tripulaciones), solo hemos caminado hoy nueve leguas, cosa bien insignificante si se compara con las innumerables que aun nos quedan. Si esto dura, es de temer que nos falten víveres y agua.

—D. Cristobal, yo confio mucho en los recursos de vuestros conocimientos y de vuestra esperiencia.

—Y yo confio mucho en la proteccion de Dios, y espero que no abandonará á su servidor en el momento mismo en que mas necesidad tiene de su apoyo.

Colon se preparó en seguida á descansar un buen rato, mas sin desnudarse, pues era tal el disgusto que esperimentaba por la situacion de sus embarcaciones, que ni aun consintió en quitarse la ropa. Vivia aquel hombre célebre en una época en la cual una falsa filosofía y el ejercicio de una insuficiente aunque altanera razon no impedia á las gentes confesar con franqueza y á cara descubierta su confianza en un poder

divino: hemos dicho á cara descubierta, porque no hay hombre, sean las que sean sus ilusiones en el particular, que crea hallarse realmente en estado de protegerse á sí propio. Una ley de la naturaleza prohibe la absoluta confianza en uno mismo, puesto que la conciencia pone de manifiesto á cada cual su verdadera insuficiencia y le demuestra todos los dias, por horas y por minutos, que solo es un débil agente encargado por su poder superior de llenar sus grandes é imcomprensibles designios por las sublimes y benéficas razones que le hicieron crear el mundo y todo lo que en sí encierra. En conformidad, pues, á la costumbre de aquel tiempo, Colon se hincó de rodillas y dirigió al cielo una ardiente súplica antes de acostarse, no titubeando Luis de Bobadilla en seguir su ejemplo y en hacer asimismo lo que pocas personas creian entonces que era rebajar su inteligencia y su razon. Si es cierto que en el siglo XV la religion era tachada de supersticiosa, si se confiaba demasiado en la eficacia de los impulsos momentáneos y pasageros, es preciso convenir tambien en que presentaba un cierto carácter de sumision á la voluntad divina; y debemos preguntarnos á nosotros mismos si el mundo ha ganado acaso en que la religion haya perdido ese dulce carácter.

Al mismo tiempo que asomaba la aurora aparecian el almirante y Luis sobre el puente. Subieron á la popa, y allí se hincaron de rodillas dirigiendo nuevas súplicas al cielo, despues de lo cual, dejándose llevar de un sentimiento bien natural en su posicion, alzáronse con presteza para ver lo que les anunciaba la luz del nuevo dia. La llegada de la aurora y el salir del sol han sido descritos tantas veces, que parece inútil repe-

tir aquí una nueva descripcion. Diremos, sin embargo, que Luis no pudo menos de admirar los brillantes colores que adornaban el horizonte por la parte de Oriente, y que con el entusiasmo propio de un amante se figuró encontrar cierta semejanza entre las tintas que atraian á las mejillas de Mercedes las emociones de su corazon y aquellas tan dulces y pasajeras que preceden á una mañana de setiembre, principalmente en las bajas latitudes. En cuanto al almirante, tenia fijas sus miradas en la isla de Hierro y aguardaba con ansia que fuese aumentándose la luz para observar los cambios que podian haber ocurrido mientras descansaba. Pasaron muchos minutos sin distraerse de su profunda atencion, y por último Colon dijo á Luis que se acercase.

—¿Veis, le dijo, ese punto negro que sale de entre las tinieblas hácia el Sudoeste, y que vá tomando por momentos una forma mas decidida, á pesar de que se halla á ocho ó diez leguas? Esa es la isla de Hierro, y sin que quepa duda alguna, allí están los portugueses aguardando que aparezcamos. Mientras dure esta calma no es posible arrimarnos unos á otros, y por esa parte estamos seguros: pero lo que interesa saber de todos modos es si las caravelas que marchan en nuestro seguimiento se hallan ó no entre la tierra y nosotros. En el segundo caso, poco tenemos que temer, siempre que no nos aproximemos mucho á esa isla y que podamos, como ayer, tener la ventaja del viento. ¿Descubrís alguna vela por esta parte del Occéano, Luis?

—No veo ninguna, señor, y ya es bien de dia para que se vean las blancas velas de una embarcacion, si apareciese alguna.

Colon prorumpió en una esclamacion como en accion de gracias, y mandó en el instante á los vigías que examinasen bien todo el horizonte desde lo mas elevado de los mastiles. Su informe fué favorable: las temidas caravelas portuguesas no se dejaban ver por ningun lado. Mas sin embargo, al salir el sol se levantó una brisa por la parte al Sudoeste, quedando la isla de Hierro y todos los buques que pudieran estar cruzando por aquella parte directamente al mismo viento que la escuadra española. Enderezaron, pues, su marcha sin perder momento, y el almirante hizo rumbo hácia el Nordeste, esperando que las caravelas portuguesas estarian entonces al Sud de la isla, pues le parecia muy probable que, como no conocian bien sus designios, sus rivales le aguardasen por aquel lado.

Las olas que venian del Oeste habian á la sazon perdido mucha fuerza, y si bien la marcha de los buques distaba mucho de ser rápida, era por lo menos regular y prometia conservarse así. Las horas trascurrian lentamente; pero conforme el dia iba avanzando, los objetos fueron haciéndose menos perceptibles hácia las costas de la isla de Hierro; toda la superficie de la isla llegó á tomar la apariencia de una oscura nube, y por último, empezó á desaparecer bajo del agua. En el momento mismo en que ya no se descubria mas que la cima de sus montañas, el almirante y sus compañeros á quienes mas distinguia, se hallaban reunidos en la popa con objeto de examinar el tiempo y el mar. El mas indiferente hubiera echado de ver en aquel instante la diferencia que se notaba en los sentimientos de nuestros aventureros á bordo de la *Santa Maria*. En la popa todo era regocijo y esperanza, pues el placer de

haber escapado de manos de los portugueses, hacia que aun aquellos que todavia tenian restos de desconfianza se olvidasen por el momento de la incertidumbre del porvenir; los pilotos se ocupaban en su diario trabajo con una especie de estoicismo naval; los marineros, por el contrario, se hallaban acometidos de una melancolía tan profunda como si se hallasen al rededor de un ataud. Apenas habria un solo hombre en el buque que no se hallase entre los grupos reunidos en el puente, y todas las miradas se hallaban fijas, como por una irresistible atraccion, sobre las alturas de la isla de Hierro, que se hallaba á punto de desaparecer. Asi las cosas, aproximóse Colon á Luis, viólo sumergido en una profunda meditacion, y le sacó de ella tocándole levemente en la espalda.

—Parece imposible que el señor Muñoz se halle acometido de los mismos sentimientos que nuestros marineros, dijo el almirante con cierto tono mezclado de sorpresa y de reconvencion, y esto precisamente en un momento en que todos los que tienen una regular inteligencia para prever los gloriosos resultados de nuestra empresa dan gracias al cielo por habernos concedido una brisa que nos conduce á una distancia tal que nada tendremos que temer de esas caravelas que la baja envidia ha enviado en nuestro seguimiento. ¿Por qué causa vuestros ojos se hallan fijos en los marineros reunidos sobre el puente? ¿Estais arrepentido de haberos embarcado, ó es que estais tan solo meditando en los encantos de vuestra dama?

—¡Por Santiago! D. Cristóbal, por esta vez vuestra sagacidad os ha engañado. Yo no estoy arrepentido de nada, y mis meditaciones no tienen el objeto

que suponeis. Estaba contemplando á esos pobres diablos, porque sus temores me causan lástima.

—La ignorancia es muy imperiosa, señor Pedro, y en este momento ejerce su tiránico poder en la imaginacion de nuestros marineros. Ellos temen todo lo peor, solo porque les falta talento suficiente para esperar lo mejor. El temor es mas fuerte que la esperanza y es la pasion que mas se aviene con la ignorancia. A los ojos del vulgo, todo aquello que no es, ó que la costumbre y el uso no ha hecho aun familiar, está reputado por imposible, porque los hombres se encierran para sus argumentos en un círculo que reduce los límites de sus conocimientos. Esos marineros están contemplando la isla que vá á desaparecer como hombres que dirigen su último adios á cuanto les rodea: nunca pude creer que esa ansiedad que manifiestan llegase hasta tal punto.

—Es muy profunda, señor, y se manifiesta hasta por señales esteriores. He visto correr lágrimas por algunas mejillas que jamás creí ver mojadas sino por las olas.

—Mirad aquí á nuestros conocidos, Sancho y Pepe. No parece que están abismados en tan grande pena, á pesar de que el segundo se me figura algo melancólico. Por lo que hace al primero, es un perillan que presenta toda la sangre fria de un verdadero marino. Nunca es mas feliz que cuando se aleja de las rocas y de los varaderos. La desaparicion de una isla y la aparicion de otra son cosas igualmente indiferentes para un hombre de su temple. No ve en torno suyo nada mas que lo que alcanza á distinguirse del Océano, y por el pronto tiene en nada todo lo demas que le

rodea. Yo aguardo de Sancho muy buenos servicios, aunque algo caros, y no puedo menos de mirarle como uno de mis mas fieles partidarios.

En aquel instante fué interrumpido el almirante por un grito casi general. Echó una mirada á su alrededor, y con su ojo certero y esperimentado notó al momento que el horizonte por la parte del Sud, como por todas las demas, no presentaba nada á la vista mas que el vasto Occéano. La isla de Hierro habia desaparecido enteramente, á pesar de que algunos marineros tenaces creian aun distinguirla. Pero cuando ya no pudo caber duda alguna del hecho de la desaparicion, las lamentaciones se hicieron mas pronunciadas y estrepitosas, las lágrimas corrian sin vergüenza y sin que tratasen de ocultarlas, retorcíanse los brazos con insensata desesperacion, y tuvo lugar una escena de clamores que amenazaba la espedicion de un nuevo peligro. En semejante circunstancia, mandó Colon que toda la tripulacion se reuniese bajo la popa, y adelantándose sobre el puente, de manera que pudiera ir observando las fisonomias, procuró disipar y desvanecer los temores. El tono de gravedad y de conviccion que adoptó al dirigirse á su tripulacion no dejaba duda alguna de que el célebre navegante estaba completamente convencido de la exactitud de sus argumentos.

—Cuando D. Fernando y Doña Isabel, nuestros respetados y queridos soberanos, me elevaron al rango de almirante y virey de esos mares, desconocidos hasta el dia, hácia los cuales nos dirigimos, no pude menos de reconocer semejante acontecimiento como el mas glorioso y feliz de toda mi vida, y asimismo



reconozco que el presente momento, tan triste al parecer para algunos de vosotros, no le cede á aquel ni un solo punto tocante á motivos de esperanza y de parabien. En la desaparicion de la isla de Hierro veo tambien la de los portugueses, porque á la sazon que ya nos hallamos en el inmenso Occéano y lejos de los límites de toda tierra conocida, yo me felicito de que la Providencia nos ha colocado fuera del alcance y de los manejos de nuestros enemigos. Seamos fieles á nosotros mismos y á los grandes designios que abrigamos, y nos veremos libres de todo motivo de temor. Si alguno de vosotros conserva algun recelo con relacion á esta empresa, dígalo francamente; sin valerme de la autoridad de que estoy revestido, tengo en mi mano fuertísimos argumentos con los cuales lograría desvanecer cualquiera duda.

—En ese caso debo haceros presente, señor almirante, dijo Sancho, cuya lengua se hallaba siempre dispuesta en todas ocasiones, que lo mismo que causa tanta alegría a V. E. viene á ser lo que tiene tan contristada á esa buena gente. Si ellos pudiesen siempre tener á la vista la isla de Hierro ó cualquiera otra tierra conocida, os seguirán hasta el Cathay con la misma traquilidad que un esquife sigue á una caravela sobre una mar serena y con una brisa favorable; pero abandonario todo á sus espaldas, por decirlo así, la tierra, sus mujeres, sus hijos, eso es lo que les contrista el corazon, y por lo que no pueden contener sus lágrimas.

—¡Cómo! Sancho, tú, antiguo marino, que has nacido en la mar....

—No, señor, esclamó Sancho mirándole con afec-

tada sencillez, no precisamente en el mar, aunque tampoco tan lejos que no sintiese el olor á brea, pues habiendo yo sido encontrado á la puerta de un astillero, no parece probable que un buque hubiese entrado en el puerto para dejar en tierra una tan pequeña parte de su cargamento.

—¡Pues bien! que has nacido cerca de la mar, si tu quieres, pero ello es que yo espero de tí algo mas que lamentaciones indignas de un hombre, y todo porque una isla acaba de penderse en el horizonte.

—Y teneis razon, Excmo. señor. Ya podian desaparecer en lo mas profundo de la mar la mitad de las islas existentes, pero Sancho no habia de tomarse pena por eso. Ahí estan las islas de Cabo Verde, por ejemplo, que deseo no volver á ver en mi vida, y Lampedouse, y Stromboli, y muchas otras en los mismos parajes, las cuales, para el bien que nos hacen á nosotros los marinos, harian mucho mejor en desaparecer que en permanecer en el sitio que ocupan. Pero si V. E. tuviese la bondad de enterar á esos valientes muchachos acerca del puerto donde nos dirigimos, qué es lo que pensais hallar en él, y principalmente para cuándo estaremos de vuelta, eso les haria cobrar ánimo hasta un punto inesplicable.

—Persuadido como lo estoy de que el deber de los hombres que ejercen una autoridad cualquiera es dar á conocer los motivos de sus acciones cuando de ello no puede resultar daño alguno, voy á contestar con el mayor gusto á todos los puntos que acabas de indicar, reclamando en cambio la mayor atencion de todos los presentes, y con especialidad de aquellos que se muestran recelosos de nuestra actual posicion y de nues-

tros futuros movimientos. Nuestro viaje tiene por objeto llegar al Cathay, cuyo pais es sabido que está situado á la estremidad oriental del Asia, y que mas de un viajero cristiano ha visitado ya. La única diferencia que existe entre nuestro viaje y los que han sido hechos antes á aquel pais es que nosotros nos dirigimos allá por el Oeste y los viajeros que nos han precedido lo verificaron por el Este: mas semejante designio no puede llevarse á efecto sin contar con marinos decididos, con diestros pilotos, con marineros obedientes y activos que sepan atravesar los mares sin mas guia que la que les suministren los astros, las corrientes, los vientos, y los demas fenómenos del Atlántico, y sin otra ayuda que la que pueda darles la ciencia. La razon que tengo para obrar de este modo es la conviccion en que estoy de que la tierra es redonda, de donde se sigue que el Atlántico que, como sabemos, se halla limitado por la tierra por la parte del Este, debe estarlo tambien por el Oeste; ademas, por ciertos cálculos que dan casi la certidumbre de que este continente que se ha de hallar, segun creo, es la India, no puede estar á mayor distancia de nuestra Europa que unas veinticinco ó treinta jornadas de travesía. Despues de haberos ya enterado de este modo de cuándo y en dónde pienso yo encontrar el pais que buscamos, os voy á decir alguna cosa acerca de las ventajas que todos podemos esperar que sacaremos de semejante descubrimiento. Segun los informes que acerca de este pais han dado un tal Marco Polo y otros parientes suyos, todos venecianos, hombres dignos del mejor crédito y que gozaban muy buena reputacion, el reino del Cathay es no tan solamente uno de los mayo-

res imperios que se conocen, sino tambien el mas rico de todos en oro, en plata y en piedras preciosas. Podeis, ademas. juzgar de los beneficios que podreis sacar del descubrimiento de un pais como aquel por los que yo mismo he obtenido ya. Contando SS. AA. con el feliz éxito de nuestra empresa, me han concedido anticipadamente el título de virey, así como el de almirante; siguiendo, pues, con constante perseverancia en vuestros esfuerzos, podeis, todos vosotros sin escluir á nadie, esperar alguna señalada muestra de su favor. Se os recompensará en proporcion á los servicios que cada uno preste: el que mas haya merecido recibirá tambien mayor galardon que el que haya hecho menos, pues allí habrá con que contentar á todo el mundo. Marco Polo y sus parientes permanecieron por espacio de diez y siete años en la corte del Gran Khan; al cabo de tan largo tiempo considerad si se hallarian en estado, bajo todos aspectos, de dar exacta razon de las riquezas y de los inmensos recursos de aquella comarca. Pues aquellos venecianos que no tenian mas medios de trasporte que bestias de carga, fueron bien recompensados de sus fatigas y de su valor. Las joyas que adquirieron bastaron por sí solas para enriquecer á toda su casta y para restablecer á una honrada familia en el estado de esplendor de que habia venido á caer: finalmente, su decision y su veracidad les hicieron honor á los ojos de los demas hombres.

Como es cosa sabida que el Occéano, por esta parte del continente del Asia y del reino del Cathay, se halla cubierto de islas, debemos esperar el encontrarlas desde luego, y seria hacer una injuria á la natura-

leza si fuésemos á suponer que no habíamos de hallar en ellas todas esas esencias odoríferas y demas cosas preciosas de que se sabe se halla enriquecida aquella parte tan favorecida de la tierra. A la verdad que apenas cabe en la imaginacion la grandeza de los resultados que debe producir el éxito de nuestra empresa, mientras que solo hallaríamos burla y desprecio si tomásemos el poco razonable partido de regresar á España sin haberla dado cima. Entrando en el pais, no como invasores, sino como cristianos y como amigos, debemos tener motivos para esperar la mas cordial acogida, y yo estoy bien seguro de que los presentes que naturalmente harán á unos estranjeros que vienen de tan remotos paises, y por un camino que nadie habia aun descubierto, os indemnizarán sobradamente de todos vuestros sinsabores y fatigas.

No quiero hablar del honor que debe resultaros ademas de ser los primeros que han llevado la cruz á un pais de paganos, prosiguió el almirante descubriéndose la cabeza y echando en torno suyo una mirada con ademan grave y solemne, puesto que nuestros padres no han considerado como una pequeña distincion el haber formado parte de los ejércitos que han disputado á los infieles el santo sepulcro. Mas así la iglesia como el que hace de cabeza invisible de ella no olvidan al servidor que abraza intereses de tal importancia, y podemos estar bien seguros de obtener de él una recompensa en este mundo y en el otro.

Al pronunciar estas últimas palabras, Colon se santiguó con la mayor devocion y se retiró acompañado de sus amigos al otro estremo de la popa. Aquel discurso produjo por el pronto un saludable efecto, y los

marineros vieron desaparecer las nubes agrupadas por la parte de tierra conforme la misma tierra habia desaparecido sin mostrar la menor señal de consternacion, como antes habia sucedido: mas sin embargo, no por eso dejaron de conservar su tristeza y desconfianza. A la noche siguiente los unos soñaron con el cuadro tan halagüeño que Colon habia trazado de las riquezas del Oriente; los otros, por el contrario, creyeron ver á los diablos que los arrastraban hasta unos mares desconocidos, por los cuales estaban condenados á andar errantes para siempre en castigo de sus pecados, porque en todas las ocasiones, y en particular en los momentos de incertidumbre y de recelo, la conciencia hace valer sus derechos.

Un poco antes de ponerse el sol, dió órden el almirante para que los tres buques se pusiesen al pairo, é hizo llamar á bordo del suyo á los dos Pinzones, á los cuales prescribió sus órdenes y dió instrucciones para en el caso de tener que separarse.

—Creo que me habreis comprendido bien, señores, añadió despues de haberles detallado sus miras. Vuestro primer deber ha de ser siempre el manteneros cerca del almirante, en todos tiempos y circunstancias, todo el tiempo que os sea posible; mas cuando esto no pudiese tener efecto, enderezareis vuestro rumbo directamente al Oeste sobre la misma paralela de latitud que seguimos ahora y hasta que logreis veros á 700 leguas de Canarias; despues de lo cual será preciso poneros al pairo todas las noches, porque será probable que entonces os halleis enmedio de las islas del Asia, y desde que nos veamos en esos parajes será conveniente y prudente, para que no se perju-

diquen nuestros proyectos, èstar sumamente alerta al hacer los descubrimientos. A pesar de todo, continuareis siempre avanzando háeia el Oeste, y vendremos por último á encontrarnos en la corte del Gran-Khan, si es que la Providencia no dispone que nos reunamos antes.

—Está muy bien, señor almirante, repuso Martin Alonso, que hasta entonces habia tenido fija la vista en la carta de Colon; pero yo creo que valdria mucho mas que permaneciéramos todos reunidos, y sobre todo, por nosotros, que no estamos acostumbrados á hallarnos en presencia de príncipes. Pareceme, por lo tanto, mas conveniente que nosotros siguiésemos al abrigo de vuestra proteccion antes de presentarnos sin miramiento alguno ante un monarca tan poderoso como el Gran-Khan.

—Vos, Martin Alonso, siempre haceis alarde de vuestra ordinaria prudencia, y os felicito por ello. Con efecto, será mejor que vosotros me aguardeis, porque ese potentado del Oriente puede acaso considerarse tratado con mas deferencia si desde luego, en lugar de la visita de un oficial subalterno, recibe al mismo virey, que es el representante de los soberanos de España y portador de las cartas que le dirigen SS. AA. Entreteneos, pues, en examinar detenidamente las islas y sus producciones, señor Pinzon, si acaso las descubris antes que yo, y aguardad mi llegada antes de dar paso alguno. ¿Y qué tal se ha portado vuestra gente al despedirse de la tierra?

—Bastante mal, señor, tan mal, que llegué á temer una sublevacion. Existen hombres á bordo de la *Pinta* que sino fuera por el saludable temor que les inspi-

ran SS. AA., serian capaces de recurrir á la violencia para conseguir su regreso á Palos.

—Hareis bien de vigilar muy de cerca semejante tendencia y tratar de reprimirla. Emplead el agrado con respecto á los descontentos hasta el punto que os sea posible; animadlos haciéndoles todas aquellas promesas que os parezcan justas y razonables; pero tened mucho cuidado de que el mal no llegue á sobreponerse á vuestra autoridad. Y por ahora, señores, puesto que la noche se aproxima, volveos á bordo de vuestras embarcaciones para que podamos aprovecharnos de esta brisa.

Colon volvió á su cámara con Luis, y allí permaneció largo rato sentado, la cabeza apoyada en una mano, como un hombre que se halla abismado en las mas profundas reflexiones.

—D. Luis de Bobadilla, dijo por último, dejando ver con semejante principio el giro que habian tomado sus ideas, ¿habeis tratado mucho tiempo á ese Martin Alonso?

—Bastante, señor, atendiendo á la manera con que los jóvenes calculan el tiempo; mas no pasaría de un dia si yo fuese á calcular como lo hacen los ancianos.

—Pues sabed que él puede influir en gran manera en el éxito de nuestro viaje. Yo espero que se portará como hombre honrado, y lo que es hasta ahora, se ha mostrado liberal, emprendedor y decidido.

—Es hombre, D. Cristóbal, y por consiguiente está sujeto á errar. Pero considerando á los hombres tales como son en sí, yo creo á Martin Alonso muy lejos de ser un mal modelo de la especie. El no se

ha embarcado para esta espedicion por consecuencia de ningun voto caballeresco ni por un ardiente celo en favor de la iglesia; pero ofrecedle una seguridad de que será bien recompensado de los riesgos que corre, y le vereis tan fiel como el interés permite ser á un hombre, siempre que se presente una ocasion de poner á prueba su egoismo.

—A vos solo, Luis, voy á confiar mi secreto. Mirad este papel. Ya veis que he calculado en él lo que hemos andado desde esta mañana, que son 19 leguas, aunque no en línea recta, hácia el Oeste. Si yo diese cuenta á la tripulacion del camino que llevamos andado efectivamente, y viesen que despues de tantas leguas no se descubria aun tierra ninguna, el temor volveria á apoderarse de todos los ánimos, y quién sabe cuales serian las consecuencias. Pues bien: solo voy á anotar 15 leguas en la guindola que se pone á la vista de todos, y de este modo mis verdaderos cálculos solo los sabremos vos y yo. Haciendo cada dia una ligera deduccion, podremos de esa manera caminar mil leguas, si es preciso, sin que pueda causar mas alarma que si anduviésemos 600 ú 800.

—Eso es lo que se llama sujetar el valor á una escala que jamás me hubiera á mi ocurrido, señor, respondió Luis riéndose. ¡Por Santiago! ¡No pensariamos nosotros muy bien del caballero que tuviese necesidad de medir su ánimo por un cálculo de leguas!

—Siempre se temen los peligros que no se conocen. La distancia ofrece un motivo de terror al ignorante, y tambien puede inspirárselo al hombre instruido cuando se halla medida sobre un Occéano que no ha

sido aun surcado por buque alguno; pues aquí se eleva ahora otra cuestion que se roza con las dos grandes necesidades de la vida: el agua y las subsistencias.

Despues de haber dirigido esta amigable reprension á la ligereza de su jóven compañero, el almirante se dispuso para acostarse, habiéndose antes hincado de rodillas y hecho su cracion de la noche.



CAPITULO XVIII.

El sueño de Colon fué bien corto, á pesar de que era tan profundo como puede serlo el de un hombre que tiene suficiente imperio sobre su voluntad para obligar á las funciones animales á ceder á sus órdenes; asi que con pequeños intérvalos se despertaba para examinar el tiempo y la posicion que ocupaban sus embarcaciones. En la ocasion presente se hallaba el almirante sobre cubierta desde poco despues de la una de la madrugada, y todo allí parecia entregado á esa completa calma que caracteriza en alta mar al cuarto de noche durante un tiempo de bonanza. La mayor parte de los hombres que estaban sobre cubierta dormian; el piloto dejaba caer la cabeza sobre su pecho: solo el timonero y un par de vigias se veian de pié y velando. El viento habia refrescado y la caravela navegaba con rapidez, dejando mas y mas á sus espaldas la isla de Hierro y sus peligros. No se percibia mas ruido que el que producia el viento silbando por entre las jarcias, el que hacia el agua azotando los costados del buque, y de cuando en cuando el crujido de alguna verga, á medida que el viento, que iba arre-

ciendo cada vez mas, silbaba con mayor fuerza entre el aparejo.

La noche estaba oscura, asi es que el almirante tardó un breve rato en distinguir los objetos á tan escasa claridad. La primer cosa que echó de ver fué que su embarcacion no llevaba el rumbo que él habia mandado. Aproximóse al timon, y vió que se habia apartado del rumbo hasta tal punto, que la proa llevaba su direccion hácia el Nordeste, que venia á ser lo mismo que hácia España.

—¿Sois un marino, y no sabeis dirigir el rumbo hácia donde se os ha mandado? esclamó el almirante con aire severo dirigiéndose al timonel. ¿Eres acaso algun mozo de mulas que te figuras seguir un sendero al rededor de las montañas? Tu tienes el corazon en España, y tu crees, por medio de este necio artificio, satisfacer tu vano deseo de regresar allá.

—¡Ah! señor almirante, V. E. no se engaña en creer que mi corazon está en España y no puede estar en otra parte, puesto que he dejado en Moguer siete hijos que ya no tienen madre.

—¿No sabes tu, perillan, que yo tambien soy padre y que tambien he dejado allí el mas caro objeto de mis esperanzas como tal? ¿Y en qué, pues, te diferencias tu de mí, cuando mi hijo se halla igualmente privado de los cuidados de una madre?

—¡Ah, señor! Aquel es hijo de un almirante, cuando el mio solo lo es de un timonero.

—¿Y qué puede importar á D. Diego, repuso Colon que gustaba de atestiguar con los honores recibido de ambos soberanos, qué puede importar á D. Diego que su padre haya tenido el título de almi-

rante, si ese padre vá á perecer? ¿Ganará quizá algo mas que tus hijos cuando se vea huérfano como se habrán de ver aquellos?

—Ganará, señor, en ser protegido por el rey y por la reina, en adquirir honores como hijo vuestro, en ser sostenido y educado como hijo de un virey, en vez de ser abandonado al olvido como el hijo de un marinero desconocido.

—Amigo, no te falta razon en eso, y en tal concepto no puedo menos de respetar tus sentimientos, repuso Colon, que asi como Washington, parecia ceder siempre á un elevado pensamiento derivado de la justicia; pero creo que harias mejor en pensar en la influencia que tu buena conducta, durante este viaje, puede tener con respecto á la futura suerte de tus hijos, en vez de dejarte llevar de la flaqueza de prever desgracias que probablemente no se realizarán. Ninguno de nosotros tiene mucho que esperar, si llega á frustrarse nuestra esperanza de descubrimientos, mientras que por el contrario todo podemos esperarlo si salimos con bien. Dime ahora si podré fiarme de tí para enderezar bien el rumbo que debe llevar este buque, ó si será preciso que llame á otro marinero para que se encargue de la caña del timon.

—Será mas conveniente, señor almirante, que tomeis este último partido. Yo pensaré en vuestros consejos y trataré de combatir mi deseo de verme al lado de mis hijos; pero sera mas seguro que encargueis á otro de esta operacion mientras nos mantengamos aun tan próximos á España.

—¿Conoces á uno que se llama Sancho Mundo, que forma parte de la tripulacion?

—Todos le conocemos, señor; es tenido en Mogüér por el marino mas acreditado.

—¿Pertenece á tu cuarto, ó al que está descansando?

—Es de mi cuarto señor, y no duerme nunca abajo, sino sobre cubierta. No hay temor ni peligro capaz de alterar la confianza de Sancho; es tanto lo que le disgusta el ver tierra, que dudo mucho que le sirva de contento el llegar á esos remotos paises que V. E. parece que espera encontrar.

—Ves á buscar á Sancho y dile que venga aquí. Mientras vienes, yo mismo haré tus veces.

Colon se apoderó del timon, y despues de haberlo manejado por un momento, volvió á poner el buque en la direccion del viento en cuanto le fué posible. El efecto de esta maniobra hízose notar bien pronto por los rápidos y prolongados movimientos del buque, por el abatimiento del rumbo, y por un nuevo crujido de las vergas y de todo el aparejo, que daba á entender que la nueva direccion se aproximaba mas al punto de donde nacia el viento. A poco rato llegó Sancho estregándose los ojos y bostezando.

—Encárgate de esta maniobra, le dijo el almirante apenas le vió á su lado, y mira cómo te portas con fidelidad; los que han estado encargados de ella antes que tu han faltado á su deber volviendo el buque hácia las costas de España. Yo espero de ti te portes de diferente modo, pues creo poder contar contigo como con un leal amigo y buen marino, aunque sea en los momentos mas críticos.

Sancho tomó el timon y lo manejó por cortos momentos para cerciorarse de si el buque se prestaba á

su movimiento, así como un hábil cochero trata de asegurarse de la sumision del tiro al apodera de lasrse riendas.

—Señor almirante, dijo entonces, soy un servidor de la corona, vuestro inferior y vuestro subalterno, y estoy dispuesto á cumplir cuantos servicios se me encarguen.

—¿No te asusta á ti este viaje, no esperimentas tu ese pueril presentimiento de que estais destinados á andar perpétuamente errantes por un mar desconocido, sin esperanza alguna de volver á ver jamás á las familias?

—Señor, no parece sino que V. E. conoce nuestros corazones como si los hubiese forjado con sus manos y colocádolos despues en nuestros miserables cuerpos.

—¿No sientes, pues, ninguno de esos temores indignos de un marino?

—No, señor, ni tanto así. Yo podré tener mis malos presentimientos, porque todos tenemos nuestro flaco; pero no tienen nada que ver ni con viajar por el Occéano, pues ese es todo mi placer, ni con pesar alguno por haberme separado de mi familia, pues jamás he tenido mujer, y á lo que yo creo, tampoco hijos.

—¿Pues en qué consisten esos malos presentimientos? Yo quisiera hacerme con un amigo de un hombre de la firmeza que tu tienes.

—Yo no dudo, señor, que hemos de llegar al Cathay ó al país que mas agrade á V. E. descubrir. No dudo que vos seais muy capaz de agarrar de la barba al Gran-Khan, y aun de arrancarle las joyas de su turbante, pues, como infiel, indudablemente llevará turbante,

Tampoco dudo de la riqueza y magnificencia de vuestros descubrimientos y de nuestros beneficios, puesto que estoy seguro, señor almirante, de que vos sois suficientemente diestro para conducir las caravelas de un lado á otro del mundo cargadas de carbunclos, cuando no de diamantes.

—¿Y teniendo tal confianza en tu comandante, qué temor es el que puedes tener?

—Mis tristes presentimientos son acerca del valor de la parte, ya sea de honor, ya en especie, que debe tocarle á un tal Sancho Mundo, pobre marino, desconocido y punto menos que sin camisa, que tiene mas necesidad de ambas cosas que lo que jamás ha podido figurarse nuestra benéfica soberana Doña Isabel y el rey su esposo.

—Sancho, tu eres una prueba evidente de que ningun hombre carece de defectos, y me temo que tu has de tener un caracter mercenario. Dicen que todos los hombres tienen su precio, y estoy seguro de que tu tienes el tuyo.

—Tampoco V. E. ha emprendido este viaje lanzándose al furor de todos los mares por puro desinterés; y si así no fuese, no podriais decir á cada uno con esa facilidad las flaquezas de que adolece. Yo siempre he creido que tenia un carácter mercenario, y á fin de vencer semejante inclinacion, he aceptado cuantos regalos me han hecho; nada destruye una disposicion así como los dones y las recompensas. En cuanto al precio, he hecho cuanto he podido porque el mio rayase lo mas alto que fuese posible, temiendo atraerme el desprecio de todos y pasar por un hombre bajo é innoble. Aseguradme un buen precio y bastantes re-

galos, y seré tan desinteresado como un fraile mendicante.

—Te comprendo, Sancho; tu eres un hombre á quien nada puede asustar, pero á quien se puede comprar. Tu piensas que un doblon era muy poca cosa para dividirla con tu amigo el portugués y tu. Pues bien, voy á hacer un trato contigo segun tus mismas condiciones. Hé aquí otra moneda de oro, pero me has de ser fiel mientras dure este viaje.

—Soy todo vuestro sin escrúpulo alguno, señor almirante, y aunque sea con escrúpulo, si acaso me puede ocurrir alguno. V. E. no cuenta en toda la flota con un amigo mas desinteresado que yo; espero tan solo que cuando se llegue á formar la lista de lo que á cada uno corresponda de los beneficios, el nombre de Sancho Mundo figure en ella en un lugar distinguido, como le corresponde por su lealtad. Ahora, señor, ya podeis iros á descansar con tranquilidad; estad seguro que la *Santa María* dirigirá su rumbo hácia el Cathay, mientras lo permita esta brisa de Sudoeste.

Volvióse á acostar Colon, pero aun se levantó una ó dos veces durante la noche para inspeccionar el tiempo que hacia y si sus hombres cumplian con su deber. Mientras que Sancho dirigió el timon, fué fiel á su palabra; pero cuando terminó su cuarto, los que le relevaron imitaron la traicion del timonel á quien aquel habia reemplazado. Cuando Luis se levantó ya estaba Colon trabajando en el cálculo de la distancia que se habia adelantado durante la noche. Habiéndose encontrado sus ojos con los de Luis, que parecian interrogarle, le dijo con grave y algo melancólico tono:

—Hemos adelantado bastante, pero mas hácia el Norte que lo que yo hubiera deseado; veo que nuestros buques se hallan á 30 leguas mas de la isla de Hierro que cuando se puso el sol, y bien podeis observar que solo he señalado 24 en la guindola del cuadrante puesta á la vista de todos. Mas esta noche ha habido mucho descuido por parte de los timoneros, por no decir traicion; han dirigido el rumbo del buque, durante algun tiempo, paralelamente á las costas de Europa, de manera que ellos procuraban engañarme sobre cubierta, mientras que yo procuraba engañarlos tambien aquí en mi cámara. Es bien sensible, Don Luis, ver que se recurre á tales tretas, ó que uno mismo tiene que recurrir á ellas, cuando se tiene entre manos una empresa que sobrepuja á todas las que el hombre ha intentado jamás, y sobre todo llevando por bandera la mayor gloria de Dios, el beneficio de la humanidad y el interés particular de la España.

—Los piadosos eclesiásticos, señor D. Cristóbal, se ven tambien ellos mismos precisados á sufrir tal contrariedad, repuso D. Luis en tono de broma; y puesto que ellos lo aguantan, no conviene que nosotros los seglares nos sublevemos por ello. Dicen que la mayor parte de los milagros que hacen son de hecho milagros de mediana cualidad, lo cual procede de que las dudas y la falta de fé de nosotros pecadores endurecidos hacen necesarias esas pequeñas invenciones para bien de nuestras almas.

—Yo no dudaré, Luis, que así entre los eclesiásticos como entre los que no lo son haya hombres falsos y traidores, como que es una consecuencia de la desgracia del hombre y de su perversa naturaleza;

pero tambien se ven verdaderos milagros que emanan solo del poder de Dios, y cuyo objeto tiende á mantener la fé y á dar ánimo á los que aman y veneran su nombre sagrado. Yo no creo que hasta ahora nos haya sucedido á nosotros cosa alguna que pertenezca evidentemente á esta clase, y no me atrevo tampoco á esperar que seremos secundados por ese medio con una intervencion especial en favor nuestro; pero de lo que no puedo menos de persuadirme, á pesar de todos los manejos del demonio, es de que no estemos indirecta y secretamente conducidos en nuestro viaje por un espíritu y por unas influencias que solo pueden emanar de Dios y de su sabiduria infinita.

—Eso podrá ser en lo que á vos toca, D. Cristóbal, pues en cuanto á mi no abrigo la pretension de tener un guia de un rango mas elevado que el de un ángel. Solo la pureza, y aun creo poder añadir el amor de un ángel, son los dos guias que me conducen á ciegas por este desconocido Occéano.

—Asi os parece á vos, Luis, mas lo que no podeis penetrar es si Doña Mercedes podrá ser un instrumento de que se sirve un poder mas superior. Aunque no se manifiesta por milagro alguno evidente á los ojos del vulgo, yo siento dentro de mí mismo un impulso nada comun para llevar á cabo esta empresa, á cuyo impulso tendria por un pecado el oponerme. ¡Dios sea loado! Ya, por fin, no tenemos que temer á los portugueses, y nos vemos en buen camino. No se nos presentan otros obstáculos que superar que aquellos que puedan nacer de los elementos ó de nuestros propios recelos. Mi corazon no puede menos de regocijarse al considerar que ambos Pinzones se muestran leales y

que conducen sus caravelas por las mismas aguas que la *Santa María,* como hombres decididos á no faltar á su palabra y á seguir esta aventura hasta su fin.

Mientras conversaban de este modo, acabó Luis de vestirse y subió á la popa con el almiante. Habia ya salido el sol, y sus rayos reflejaban en la inmensa estension del Occéano. El viento habia refrescado, y se iba volviendo poco á poco Sud, de suerte que nuestros buques continuaban su rumbo con corta diferencia, y como la mar no estaba muy alterada, la flotilla hacia comparativamente grandes progresos. Todo parecia presentarse bien, y calmados ya los trasportes de pesar que tuvieron lugar cuando se vió desaparecer la última tierra conocida, aparecia mas tranquilo el ánimo de los marineros, á pesar de que el temor del porvenir, semejante al fuego interior de un volcan, estaba solo sofocado, pero no estinguido completamente. El aspecto del mar era favorable; nada estraordinario para un marino ofrecia á la vista, y como una brisa algo agitada siempre tiene algo de agradable, cuando no la acompaña peligro alguno, la tripulacion se hallaba sin duda alguna mas animada, no descubriendo mas que lo que tenia de costumbre, todo lo cual contribuyó á esparcir la alegria y la esperanza en todos los corazones. Durante aquellas 24 horas, la flotilla hizo 180 millas en los desiertos desconocidos del Occéano sin que los marineros esperimentasen ni la mitad de los recelos que cuando vieron desaparecer la tierra. A pesar de todo, Colon, siguiendo el sistema de prudencia que se habia propuesto de dar al público el resultado de sus cálculos, redujo á solas 50 millas aquella distancia.

El martes 11 de setiembre ocurrió otro cambio de viento todavía mas favorable. Por la primera vez desde su salida de Canarias la proa de los buques caminó directamente al Oeste; entonces, teniendo á su espalda el antiguo mundo y a su frente el Occéano desconocido, nuestros marinos avanzaron con una brisa de Sudeste, caminando cerca de cinco millas por hora, lo cual, aunque no era gran cosa, les satifacia en gran manera, puesto que seguian un rumbo directo y regular.

Las observaciones que suelen hacerse en la mar cuando el sol pasa al meridiano habian terminado, y Colon acababa de anunciar á sus compañeros que los buques se inclinaban algo mas hácia el Sud, á consecuencia sin duda de alguna corriente invisible, cuando un grito lanzado de lo alto del palo mayor avisó que se acercaba una ballena. La aparicion de uno de esos mónstruos del Occéano hace cesar la monotonía de la vida marítima, y en el momento cada uno procuró buscarla con los ojos, unos subiéndose á las vergas, otros á las defensas, para poder seguir todos sus movimientos.

—¿Ves tu la ballena, Sancho? preguntó el almirante á este, que se hallaba cerca de él á la sazon; á mi modo ver el mar no presenta ninguna apariencia de la proximidad de semejante animal.

—La vista de V. E. es mas penetrante que la de ese charlatan que gritó desde allá arriba. Tan seguro como que nos hallamos en el Adriático y como la superficie de las olas se halla cubierta de espuma que no hay ballena alguna en estos alrededores.

—¡La cola, la cola de la ballena! gritaron á un tiempo mas de una docena de voces, mostrando cada

uno con el dedo hácia un sitio en donde se veia sobresalir sobre la espuma del mar un objeto puntiagudo que tenia como dos brazos cortos estendidos en línea recta por cada lado. Tiene la cabeza debajo del agua y la cola hácia arriba.

—¡Vaya, vaya! esclamó Sancho con el desden propio de un verdadero marino; lo que esos vocingleros llaman la cola de la ballena no es otra cosa que el mástil de algun buque desgraciado que ha dejado sus huesos juntamente con su cargamento y tripulacion en las profundidades del Occéano.

—Tienes razon, Sancho, dijo el almirante; ahora descubro el objeto que tu quieres decir. Es evidentemente un mástil, lo que prueba sin duda alguna un naufragio.

Este hecho corrió rápidamente de boca en boca, y el sentimiento que sigue siempre al descubrimiento de los vestigios de un desastre de aquella clase se dejó ver bien pronto en todas las fisonomías. Solo los pilotos permanecieron indiferentes, y celebraron consejo entre ellos para tratar de si debian apoderarse de aquel mástil para tenerlo de reserva en caso de necesidad; pero hubieron de renunciar en atencion á estár el mar agitado y el viento favorable, ventaja que un marino jamás desaprovecha.

—Este es un aviso para nosotros, esclamó uno de los descontentos cuando ya la *Santa Maria* se iba alejando del mástil flotante. Dios nos le envia para advertirnos que no nos arriesguemos hasta un punto á donde jamás ha sido su voluntad que llegue navegante alguno.

—Decid mejor, replicó Sancho, que desde que ha-

bia recibido su estipendio era el abogado infatigable del almirante, decid mejor que eso es una muestra de valor que el cielo nos envia. ¿No habeis visto por ventura que la parte que puede verse de ese mástil tiene la forma de una cruz, y que la sola vista de ese sagrado símbolo debe hacernos concebir esperanza del mas feliz éxito?

—Así es la verdad, Sancho, dijo el almirante. Una cruz se ha mostrado por decirlo así en el Océano para edificacion de todos nosotros, y debemos por lo tanto considerar semejante señal como una prueba de que la Divina providencia nos acompaña en la tentativa que hemos emprendido á fin de suministrar á los infieles del Asia los socorros y los consuelos de nuestra santa religion.

Como la semejanza del mástil con el simbolo de la fe cristiana estaba bien lejos de ser imaginaria, aquella feliz idea de Sancho produjo todo el efecto que era de apetecer. El lector se penetrará mas fácilmente de aquella semejanza cuando sepa que los palos ó barras que atraviesan las gavias dan á la parte superior de un mástil la apariencia sobre poco mas ó menos de una cruz, y que, como es natural, aquel mástil flotaba perpendicularmente, teniendo en su estremo inferior algun objeto pesado que lo sostenia en esa disposicion, sobresaliendo por consiguiente el otro estremo unos 15 ó 20 pies sobre la superficie del agua. Al cabo de un cuarto de hora aquel último resto de la Europa y de la civilizacion desapareció á los ojos de nuestros marinos, disminuyendo gradualmente su elevacion, viniendo por último á parecer como un delgado hilo la forma del emblema respetado del cristianismo.

Despues de este pequeño incidente, y por espacio de dos dias y dos noches, no se interumpió el rumbo de los tres buques por ningun acontecimiento digno de referirse. Durante todo este tiempo el viento era favorable y nuestros aventureros seguian avanzando en línea recta hácia el Oeste, segun la brújula, lo cual venia á ser lo mismo que desviarse un poco al Norte de la direccion que querian seguir, verdad á la cúal no llegaban aun los conocimientos de aquellos tiempos. Desde la mañana del 10 de setiembre hasta la noche del 13 la flota hizo cerca de 90 leguas en línea casí recta sobre el Occéano, y se hallaba por consiguiente á tanta distancia ó mas hácia el Oeste, como de las Azores, que era la tierra mas occidental que conocian los navegantes europeos.

El almirante y Luis estaban en su puesto acostumbrado sobre la popa en la noche del 13, precisamente en el mismo momento en que Sancho, concluido ya su cuarto, dejaba el timon. En vez de dirigirse á la proa para reunirse con los demas marineros, estuvo titubeando, alzó los ojos hácia la popa como si hubiera tenido deseos de subir; viendo que el almirante estaba solo con Luis, decidióse al fin á hacerlo, como un hombre que desea anunciar alguna cosa.

—¿Qué me quieres Sancho? preguntó el almirante despues de cerciorarse de que nadie les podia oir; habla cuanto gustes; te doy mi licencia.

—Señor almirante, V. E. sabe muy bien que yo no soy pez de agua dulce para que la vista de un tiburon ó de una ballena me cause miedo, ni tampoco un hombre que me asuste porque el buque dirija su rumbo al Oeste en lugar de ser al Este; pues sin embargo de

todo esto, quiero deciros que en este viaje se observan señales maravillosas que un marino debe respetar como estraordinarias, sino como de mal agüero.

—Como tu dices muy bien, Sancho, no eres tan loco que te asustes del vuelo de un pájaro, ó á la sola vista de un mástil que flota sobre el agua, y por lo tanto despiertas en mí la curiosidad de saber mas. Ya sabes que el Sr. Muñoz es mi secretario particular, y nada le oculto. Habla, pues, sin recelo y sin tardanza. Si quieres oro, no te ha de faltar; yo te respondo de ello.

—No, señor. Mi noticia no vale un maravedí, ó por mejor decir, no se paga con oro. Sea como sea, V. E. va á saberla, pero no tiene que hablar de recompensa. No ignorais que nosotros los marinos ya machuchos solemos tener algunos pensamientos cuando manejamos el timon. A veces nos sonreimos acordándonos del garbo de alguna individua que nos dejamos en tierra, ó bien recordamos el rico gusto de unas chuletas de carnero asadas, y otras veces, por último, así como por casualidad, solemos tambien pensar en nuestros pecados.

—Sé muy bien todo eso; pero no está bien entretener á un almirante con semejantes frusleras.

—Yo no entiendo de eso, señor. He conocido almirantes que comian el carnero con el mayor gusto despues de una larga travesia, y que si entonces no estaban pensando en sus pecados, hacian mucho peor todavía, añadiendo uno mas á la gran cuenta que tenian que rendir. Es cierto que tenia.....

—Permitidme que arroje al agua á ese vagabundo, D. Cristóbal, esclamó Luis con la mayor impaciencia

haciendo un movimiento como para ejecutar su amenaza. Mas habiéndolo detenido Colon, añadió: mientras este hombre permanezca á bordo con nosotros, no oiremos principiar una historia por su principio.

—Os doy gracias, señor conde de Llera, respondió Sancho con irónica sonrisa: si os dais tan buena maña para arrojar marinos al agua como para lanzar de la silla á caballeros en un torneo, ó para dar tajos a los infieles en el campo de batalla, mucho me alegraria que no os encargaseis vos de mis baños.

—¿Conque tu me conoces, perillan? ¿Tu me habras visto en alguno de mis anteriores viajes marítimos?

—Señor, un gato puede ver á un rey, ¿por qué, pues, un marino no ha de haber podido ver á un pasajero? Pero dejad á un lado las amenazas; vuestro secreto está en buenas manos. Si llegamos al Cathay, ninguno de los dos tendrá que echarse en cara el haber hecho este viaje, y sino llegamos, es muy probable que ninguno de los dos ha de ir á España á contar de qué modo se ahogó ó se murió de hambre el señor almirante, en una palabra, de qué modo pasó á reposar al seno de Abrahan.

—¡Basta ya! dijo Colon con severo tono. Cuenta lo que tengas que contar, y procura ser mas discreto con respecto á este caballero.

—Vuestros deseos son para mi una ley, señor. Pues bien, D. Cristóbal, una de las costumbres de nosotros los marineros ya machuchos, por la noche sobre cubierta, es el contemplar una antigua y constante amiga, la estrella polar, y mientras yo me ocupaba en eso, hará como una hora, he echado de ver que esa

guia fiel y la brújula segun la cual manejaba yo el timon decian cada una cosa diferente.

—¿Estás bien seguro de eso? preguntó Colon con una presteza y una energía que manifestaban el interés que se tomaba en aquel incidente.

—Tan seguro como puede uno estarlo, señor, despues de haber pasado cincuenta años examinando la estrella polar y cuarenta consultando la brújula. Pero V. E. no tiene necesidad de atenerse á mi ignorancia. La estrella permanece todavía donde Dios la ha colocado, vos teneis á vuestro lado una brújula, con que comparad por vos mismo la una con la otra.

Colon habia pensado ya en hacer esta comparacion, y en el instante en que Sancho dejó de hablar, él y Luis examinaron la brújula con curiosidad. La primera idea del almirante, y tambien la mas natural, fué creer que la aguja del instrumento que tenia á la vista estaba defectuosa, ó por lo menos que influia en ella alguna causa desconocida; pero al cabo de un rato de atenta observacion quedó convencido de que lo advertido por Sancho era exacto. No pudo menos de pensar con sorpresa é interés que el tino habitual y el ojo esperimentado de Sancho habian descubierto en un momento un cambio tan estraordinario. Era tan comun entre los marinos el comparar sus brújulas con la estrella polar, (la cual suponian que jamás cambiaba de posicion en el cielo en cuanto dicha posicion tenia relacion con el hombre) que no habia uno que manejando el timon á la entrada de la noche dejase de observar aquel fenómeno.

Despues de repetidas observaciones hechas con sus dos brújulas (pues tenia dos para su uso particular,

una en la popa y otra en su cámara) y despues de haber recurrido á las otras dos que habia en la vitácora, Colon se vió precisado á confesarse á sí mismo que las cuatro brújulas variaban igualmente unos seis grados de su direccion ordinaria. En vez de dirigirse hácia el verdadero norte, ó al menos hácia un punto del horizonte que estuviera exactamente debajo de la estrella lolar, las cuatro agujas se inclinaban de cinco á seis grados hácia el oeste. Era aquel un trastorno tan nuevo como inconcebible de las leyes de la naturaleza, tapes como se comprendian entonces, y amenazaba encontrar mayores dificultades para conseguir los resultados de aquel viaje, puesto que nuestros marinos no podrian ya contar con entera confianza, con su principal guia, y dirigir el timon con certeza de seguir su rumbo en las noches oscuras y cuando el tiempo estuviese nublado. Sea de ello como quiera, el primer pensamiento del almirante en aquellos momentos fué prevenir el mal efectoque semejante descubrimiento habia de producir probablemente en unos hombres tan dispuestos de antemano á mirar con prevencion todos los acontecimientos.

—Tendrás el mayor cuidado de no hablar á nadie de semejante cosa, Sancho, le dijo. Toma otro doblon para añadir á tus ahorros.

—V. E. perdonará á un pobre marino si se muestra desobediente para recibir ese presente. No parece sino que se han empleado medios sobrenaturales en este negocio, y como pudiese ser que el diablo haya andado en este milagro para impedirnos el ir á convertir á esos infieles de que me habeis hablado en varias ocasiones, prefiero conservar mi alma tan libre y tan

pura como lo está respecto á semejante cosa, porque nadie sabe de qué armas podemos vernos obligados á echar mano, si tenemos que habérnoslas con el mismo diablo.

—¿Pero al menos me darás palabra de ser discreto?

—Fiad en mí en cuanto á eso, señor almirante. Ni una palabra acerca de este asunto saldrá de mis lábios hasta que V. E. me dé permiso para ello.

Despidióle Colon y dirigió los ojos á Luis, que habia escuchado en silencio, pero con la mayor atencion, cuanto acababa de decirse.

—D. Cristóbal, dijo alegremente el jóven, parece que habeis quedado desconcertado con la mudanza ocurrida en las leyes ordinarias de la brújula. En mi opinion, lo que creo mas conveniente es que nos entreguemos enteramente en manos de la Providencia; puesto que para cumplir sus designios nos ha conducido aquí en medio del Atlántico, no es de presumir que trate de abandonarnos en el momento mismo en que tenemos mas necesidad que nunca de su ayuda.

—Dios crea en el corazon de sus servidores el deseo de ejecutar sus designios, D. Luis, pero sus agentes, que solo son hombres, están obligados á emplear los medios naturales, y para emplearlos con algun provecho es preciso comprenderlos. Yo considero este fenómeno como una prueba de que nuestro viaje debe dar por resultado descubrimientos de una considerable importancia, y entre los cuales quizás encontremos un cabo que nos conduzca á la esplicacion de los misterios de la aguja tocada al iman. Las riquezas minerales de la España difieren en cierto modo de las de Francia, por-

que, aunque ciertas cosas son comunes á toda la tierra, las hay tambien que son peculiares de ciertos paises. Podemos tal vez encontrar regiones en que abunde la piedra iman, ó quizás nos hallemos en este momento en la inmediacion de alguna isla que ejerza sobre nuestras brújulas una influencia que no nos es dado esplicar.

—¿Se sabe si alguna isla ha producido alguna vez ese efecto sobre la aguja?

—No, y aun dudo que éso sea muy probable, aunque todo es posible. Pero aguardaremos con paciencia nuevas pruebas de que este fenómeno es real y permanente antes de discurrir mas sobre una cosa nada fácil de comprender.

No se volvió á tratar de semejante asunto, mas una circunstancia de tamaña gravedad no pudo menos de proporcionar al célebre navegante una noche de insomnio y de zozobra. Durmió muy poco, y sus ojos se dirigian á menudo hácia la brújula que estaba en su cámara. Levántose, ademas, muy temprano para volver á mirar la estrella polar antes de que su brillo se apagase con la aparicion de la luz del dia, é hizo nuevamente una comparacion entre la posicion de un cuerpo celeste que le era tan familiar y la direccion de las agujas de la brújula. Este exámen dió por resultado un ligero aumento en la variacion, y contribuyó á confirmar las observaciones de la noche anterior. El resultado de sus cálculos fué que sus buques habian hecho cerca de cien millas en las últimas veinte y cuatro horas, y entonces creyó hallarse á cerca de seis veces igual distancia al Oeste de la isla de Hierro, á pesar de que los mismos pilotos no se creian sobre poco mas ó menos tan lejos.

Como Sancho guardó su secreto, y como los ojos de los demas timoneros no eran tan observadores como los suyos, la importante circunstancia de que acabamos de hacer mencion se escapó por el pronto á la atencion general. Solo por la noche era cuando podia observarse la variacion por medio de la estrella polar, y era ademas tan leve, que únicamente un ojo muy acostumbrado podia advertirla. El dia y la noche del 14 pasáronse, por lo tanto, sin que se alarmase la tripulacion, con tanta mas razon, cuanto que habiéndose echado el viento, las embarcaciones no pudieron avanzar mas que unas sesenta millas al Oeste. Sin embargo, Colon anotó la diferencia, por mas leve é insignificante que fuese la variacion, y con la exactitud de un navegante tan diestro como instruido, aseguróse bien de que la aguja variaba gradualmente cada vez mas hácia el Oeste, aunque de un modo imperceptible.



CAPITULO XIX.

Al dia siguiente, sábado 15 de setiembre, la flotilla se encontraba á diez jornadas de Gomera, y contábase ya el sesto dia desde que nuestros aventureros perdieron de vista la tierra. La semana fué abundante en siniestros presentimientos, á pesar de que la costumbre los iba ya desvaneciendo y los marineros mostraban menos zozobras que las que habian tenido tres ó cuatro dias antes. Sus temores se iban amortiguando, faltos de estimulante; pero no por eso se habian estinguido, y aun estaban prontos á volverse á manifestar al primer suceso azaroso que pudiera ocurrir.

El viento seguia siendo favorable, aunque leve, y el cálculo de la navegacion durante las últimas veinticuatro horas solo anunciaba un adelanto de cien millas hácia el Oeste. Por espacio de dicho tiempo Colon no separó casi su atencion de las brújulas, y observó que mientras los buques se movian lentamente hácia el Oeste, las agujas se pronunciaban mas y mas en la misma direccion, si bien por medio de cambios casi imperceptibles.

El almirante y Luis habian contraido de tal modo

la costumbre de una constante intimidad, que se acostaban y se levantaban comunmente ambos á un mismo tiempo. Aunque el jóven conde no conocia lo bastante los riesgos que corria para que esperimentase sérias inquietudes, y que así por carácter como por temperamento era incapaz de sentir alarma alguna por frívola que fuese, sin embargo, ya principiaba á inspirarle el resultado de aquella aventura un interés sobre poco mas ó menos parecido al de un cazador que persigue con avidez una pieza: si Mercedes no hubiera existido, le hubiera costado tanto trabajo como á Colon el volverse á España sin haber visto el Cathay. Hablaban sin cesar de su situacion y de sus esperanzas, y Luis tomaba tan á pechos su posicion que poco á poco se iba encontrando en estado de juzgar de las circunstancias que podian influir en la duracion y en el éxito del viaje.

En la noche de aquel mismo dia Colon y su supuesto secretario se hallaban solos sobre la popa, y conversaban, segun costumbre, acerca de las señales del tiempo y de los acontecimientos del dia.

—La *Niña* tenia algo que deciros ayer tarde, don Cristobal, dijo Luis; yo estaba en nuestra cámara ocupado en escribir mi diario, y no pude enterarme de qué se trataba.

—Su tripulacion habia visto uno ó dos pájaros de una casta que, segun dicen, no se separa mucho de la tierra: es posible que se encuentren islas á corta distancia, pues jamás ha atravesado el hombre una tan vasta estension de mar sin hallarlas; pero nosotros no podemos detenernos en buscarlas; el descubrimiento

de unas islas era una compensacion bien leve de la pérdida de un continente.

—¿Y seguís notando esa inesplicable mudanza en la direccion de las agujas?

—Continúa todo en el mismo estado, lo cual prueba la realidad del fenómeno. Lo que yo temo mas que nada es el efecto que esta circunstancia podria producir en nuestras tripulaciones cuando lleguen á saberla.

—¿No seria fácil persuadirles de que si la aguja se inclina hácia el Oeste es una indicacion que nos hace la Providencia de que debemos perseverar en nuestro viaje y avanzar hácia ese mismo lado?

—La idea no deja de ser ingeniosa, Luis, repuso el almirante sonriendo; pero el temor les ha aguzado mucho la inteligencia, y su primera pregunta seria dirigida á saber por que razon la Providencia nos priva de los medios de saber donde vamos, si es cierto que desea que sigamos un rumbo determinado.

Una grande esclamacion lanzada desde cubierta por los que estaban de cuarto interrumpió aquella conversacion, y una claridad tan viva como repentina vino á disipar en un momento la oscuridad de la noche, iluminando los tres buques y el Occéano como si un millon de lámparas hubiesen esparcido su resplandor sobre toda aquella parte. Un globo de fuego atravesó el espacio, y parecia que se hundia en la mar á algunas leguas de distancia, ó en los límites del Occéano visible, causando su desaparicion una oscuridad tan profunda como brillante habia sido aquella claridad estraordinaria y momentánea. Aquello era un meteoro, pero un meteoro de esos que solo se vé uno

en cada generacion, si acaso no se presenta aun mas de tarde en tarde. Los supersticiosos marineros no dejaron de contar aquel incidente entre los presagios que acompañaban á su viaje, considerándolo unos como favorable y otros como de mal agüero.

—¡Por Santiago! esclamó D. Luis apenas aquella luz hubo desaparecido; D. Cristobal, nuestro viaje no me parece que ha de concluir sin que los elementos y otros poderes no menos temibles nos den algo que hacer. Sean favorables ó no semejantes prodigios, lo cierto es que nos hacen aparecer como distintos de los demas hombres que se hallan entregados á una ocupacion cualquiera.

—Asi sucede con el entendimiento humano, Luis: sáquesele del círculo de sus costumbres y de sus diarias obligaciones, y solo vé maravillas en los mas sencillos cambios de tiempo, sin pensar que tales fenómenos no tienen relacion alguna con las leyes comunes de la naturaleza, y que solo son milagros para su imaginacion. Estos meteoros suelen no escasear, especialmente en las bajas latitudes, y no son un presagio favorable ni adverso para nuestra empresa.

—Si no es quizá, señor almirante, en cuanto pueden influir en el ánimo y en la imaginacion de nuestros marineros. Sancho me dijo que existe entre ellos un descontento que crece diariamente, y que, aunque parecen tranquilos, su repugnancia hácia este viaje no cede ni un apice.

A pesar de la opinion del almirante y del trabajo que él se tomó despues en esplicar aquel fenómeno á su tripulacion, es evidente que el paso de aquel meteoro habia causado no solo una profunda impresion en el

ánimo de los que lo habian presenciado, sino que pasando la historia de boca en boca cada vez que se relevaba un cuarto, llegó á ser un objeto de animada discusion durante la noche. Mas sin embargo, aquel incidente no produjo una decidida manifestacion de descontento, y aun no faltaba quien lo mirase como un presagio favorable, pero la mayoría veia en él un aviso dado por el cielo para que renunciasen á una impía tentativa, cuyo objeto se dirigia á penetrar en los misterios de la naturaleza que el mismo Dios, segun decian, no habia juzgado conveniente revelar al hombre.

A pesar de todo, la flotilla seguia siempre navegando hácia el Oeste. El viento habia cambiado muy á menudo de fuerza y de direccion, pero nunca tanto que los buques se viesen obligados á recoger velas ni á desviarse del rumbo que el almirante les habia trazado. Creian dirigirse directamente al Oeste, pero vista la declinacion de la brújula, navegaban al Oeste cuanto Sud-Oeste, y se iban por grados aproximando á los vientos tropicales, no contribuyendo poco á empujarlos á aquel lado la violencia de las corrientes.

Durante los dias 15 y 16 del mes siguió la escuadra separándose de las costas de Europa unas doscientas millas; pero Colon persistió en la precaucion de disminuir la distancia adelantada en el resultado de sus cálculos que esponia á la pública curiosidad. Este último dia era domingo, y los deberes religiosos, que pocas veces se descuidaban entonces á bordo de un buque cristiano, produjeron un profundo y sublime efecto en el ánimo de aquellos aventureros. Hasta entonces el tiempo habia estado como suele en aquella es-

tacion, y ya habia caido un agua menudita que templó el escesivo calor; un viento agradable procedente del Sud-Oeste sucedió á la lluvia, el cual parecia impregnado de un olor perfumado que recordaba la tierra. Reuniéronse las tripulaciones para rezar las oraciones de la noche, habiéndose aproximado los tres buques en aquellas propicias circunstancias como para formar un mismo templo en honor de Dios en medio de aquellas vastas soledades del Occéano, que probablemente no habian visto jamás vela alguna surcando sus aguas.

El júbilo y la esperanza se manifestaron concluido aquel acto piadoso, y aun fué mayor la espansion de estos dos sentimientos al escucharse un grito lanzado por el vigía del palo mayor, que alargaba un brazo hácia adelante y un poco á sotavento, como si hubiese visto hácia aquel lado alguna cosa que le llamaba particularmente la atencion. Cada buque hizo dar á su timon un ligero movimiento, y al cabo de algunos minutos entró la flotilla en un campo de yerbas marinas que cubrian la superficie del mar en una estension de muchas millas. Los marineros no pudieron menos de acoger aquella señal de la proximidad de la tierra con grandes aclamaciones, y aquellos mismos que hacia poco habian estado á punto de abandonarse á la desesperacion, se entregaron á los mayores traspontes de alegria.

A la verdad, aquellas yerbas eran suficientes para hacer renacer la esperanza en el corazon del marino mas esperimentado. A pesar de que algunos habian perdido su frescura y lozania, la mayor parte de ellas parecian recien arrancadas de las peñas

ó de la tierra donde habian nacido: los mismos pilotos no dudaban de la proximidad de la tierra. Viéronse tambien muchos pescados de la familia de los atunes, y la tripulacion de la *Niña* consiguió atravesar uno con un arpon. Los marineros se abrazaban llorando unos á otros, y se apretaban las manos como felicitándose muchos de los que la víspera habrian rechazado bruscamente semejante demostracion.

—¿Participais vos de estas esperanzas, D. Cristobal? preguntó Luis. ¿Deberemos creer que estas yerbas marinas anuncian que nos acercamos á las Indias, ó es solo una vana esperanza?

—Nuestra tripulacion se equivoca si cree que nuestro viaje está á punto de terminarse, Luis. El Cathay debe distar aun mucho de nosotros; no hemos navegado todavía mas que 360 leguas desde que perdimos de vista la isla de Hierro, y segun mis cálculos, eso solo puede ser á lo mas la tercera parte del viaje. Aristóteles asegura que habiendo sido algunos buques de Cádiz arrojados al Oeste por un fuerte huracan, hallaron un mar cubierto de yerbas, y en el cual habia tambien gran número de atunes. Y habeis de saber que los antiguos creian que este pescado veia mejor con el ojo derecho que con el izquierdo, sin duda porque al atravesar el Bósforo para dirigirse hácia el Euxino los atunes seguian la orilla derecha, y al regresar en opuesto sentido seguian la orilla izquierda.

—¡Válgame San Francisco! esclamó Luis soltando la carcajada; ya no es estraño, sabiendo eso, que algunas personas que solo veian con un ojo no hayan encontrado su casa. ¿Y no dice Aristóteles ó algun otro de los antiguos con qué ojo miraban la hermosura, y si

uno de ellos se rectificase por los cálculos de los otros.

Colon y Luis estaban durmiendo la siesta en su cámara, cuando el primero sintió que le tiraban por la espalda, señal que se usa entre los marinos, y de la cual ninguno de ellos se estraña. El célebre navegante se despertó al instante, pues un solo minuto le bastaba á él para pasar del mas profundo sueño á la mas completa posesion de todas sus facultades.

—Señor almirante, dijo Sancho, pues él era el que venia á despertarle, es preciso que os levanteis. Todos los pilotos estan sobre cubierta, y se disponen á examinar la amplitud del sol apenas los cuerpos celestes se hallen en lugar conveniente.

—¡La amplitud del sol! esclamó Colon levantándose rápidamente. ¡Vaya una noticia á fé mia! ¡Pues ya podemos contar con el efecto que eso ha de producir en la tripulacion!

—Eso mismo me ha ocurrido á mí, señor, porque el marino tiene casi tanta fé en la aguja como el sacerdote en la bondad de Dios. Nuestra gente se halla ahora tranquila, pero Dios sabe lo que habrá de suceder luego.

El almirante despertó á Luis, y en cinco minutos se hallaban ambos en su puesto ordinario sobre la popa. Colon habia adquirido tan alta reputacion por su destreza en la navegacion (pues sus cálculos eran siempre exactísimos, aun cuando se opusiesen á todos los de los pilotos de la flota), que estos no se mostraron descontentos al ver que él no tenia ánimo de tomar en sus manos instrumento alguno, y que parecia estar dispuesto á abandonar á sus conocimientos y esperiencia el cuidado de hacer la observacion. El sol fué descen-

diendo lentamente, y aprovechando el instante oportuno, los pilotos dieron principio á su trabajo de la manera que en aquella época se acostumbraba. Martin Alonso, el mas hábil y el mas instruido de todos los pilotos de la espedicion, fué el primero que terminó su observacion. Desde lo mas elevado de la popa, el almirante dominaba el alcázar de la *Pinta*, que solo distaba unas cincuenta toesas de la *Santa María*, y pronto descubrió á Martin Alonso, que yendo de una á otra brújula, permanecia como absorto. A los pocos instantes el esquife de la *Pinta* fué echado al mar; hízose una señal al navío almirante para que recogiese velas, y aquel mismo esquife emprendió su camino atravesando las yerbas que cubrian todavía la superficie de las aguas. Cuando Martin Alonso llegaba por un lado á bordo de la *Santa María*, su hermano Vicente Yañez, que mandaba la *Niña*, hacia lo mismo por el otro. Poco rato despues se hallaban ambos al lado de Colon sobre la popa, á donde les siguieron Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan, pilotos del almirante.

—¿Qué significa esto, Martin Alonso? preguntó Colon con la mayor calma. ¿Cómo es que vuestro hermano, vos mismo y estos buenos pilotos venis á mi encuentro con tal precipitacion como si tuvieseis que darme algunas buenas noticias del Cathay?

—Señor almirante, solo Dios puede saber si alguno de nosotros logrará ver ese apartado país ó cualquiera otra costa á la cual los marinos tengan que arribar ayudados de la brújula, repuso Martin Alonso, que apenas podia respirar. Hemos comparado nuestros astrolabios, y ha resultado que todos sin escepcion alguna se apartan del verdadero norte más de una cuarta parte

—¡Eso seria á la verdad maravilloso! Os habreis sin duda alguna equivocado en vuestras observaciones ú omitido algun requisito en vuestros cálculos.

—Dispensadme, noble almirante, dijo Vicente Yañez como en apoyo de su hermano; hasta las agujas de la brújula se han alterado tambien, y refiriéndole esta circunstancia al mas antiguo timonero de mi buque, me anunció que la noche anterior la estrella polar no estaba conforme con su astrolabio.

—No falta quien aquí dice otro tanto, añadió Ruiz, y tambien quien se atreveria á jurar que esa maravilla se ha notado desde que hemos entrado en este mar tan cubierto de yerbas.

—Todo ello puede ser cierto, señores, sin que por eso haya que temer contratiempo alguno, repuso Colon con tranquilo ademan y serena frente. Ya se sabe que todos los cuerpos celestes tienen sus alteraciones, algunas de las cuales son irregulares, mientras otras son mas conformes á ciertas reglas ya establecidas. Otro tanto sucede con el sol que dá vuelta á la tierra en el corto espacio de 24 horas, sin que deje por eso de tener otros movimientos menos sensibles y que la prodigiosa distancia á que se encuentra de nosotros nos impide conocer y sentir. Muchos astrónomos han creido haber descubierto aquellas variaciones, porque han visto en el disco de su órbita algunas manchas que han desaparecido en seguida, como si se hubiesen ocultado detras de la forma de aquel grande astro. No puede menos de reconocerse que la estrella polar ha sufrido alguna leve inclinacion, y que aun continuará moviéndose de ese modo por espacio de un corto tiempo, hasta que, á no dudarlo, se la verá tomar su posicion or-

dinaria. Entonces nos convenceremos de que su escentricidad momentánea en nada habrá cambiado su habitual armonia para con la aguja. Observad esta noche con cuidado la estrella polar, tomad nuevamente la amplitud del sol mañana por la mañana, y estoy seguro de que la exactitud de mi conjetura quedará probada por la regularidad del movimiento del cuerpo celeste. Lejos de desanimarnos por semejante señal, deberíamos mejor darnos el parabien de haber hecho un descubrimiento que no podrá menos de ensanchar el dominio de la ciencia.

Viéronse por consiguiente obligados los pilotos á contentarse con aquella manera de resolver la cuestion, á falta de otros medios de esplicarse: permanecieron largo rato sobre la popa hablando de tan estraña circunstancia, y como los hombres, por mucha que sea su ceguedad, acaban casi siempre á fuerza de razones por tranquilizarse ó someterse al temor, aquella conversacion los condujo al primero de estos dos resultados. Esto siempre era una ventaja: mas por lo que hacia á los marineros, la dificultad estaba aun en pié. Y efectivamente, apenas las tripulaciones de los tres buques llegaron á saber que las agujas principiaban á separarse de su ordinaria direccion, se apoderó de todos sus individuos casi sin escepcion una inesplicable desesperacion.

Los servicios de Sancho Mundo fueron en aquella ocasion de la mayor utilidad. El terror pánico llegó á su mas alto grado, y toda la tripulacion de la *Santa María* se disponia á presentarse al almirante y á exigir que en el momento volviesen su proa las caravelas al Nordeste, cuando Sancho interpuso su media-

cion y echó mano de sus conocimientos é influencia para apaciguar el tumulto. El primer medio á que recurrió aquel leal marino para hacer entrar en razon á sus camaradas fué el jurar, sin restriccion alguna, que no siempre la estrella polar y la aguja estaban tan acordes, de lo cual habia sido testigo ocular en mas de veinte ocasiones, sin que por ello hubiese jamás sucedido ningun contratiempo. Ademas, consiguió que los marinos mas antiguos y esperimentados observasen cuánta era exactamente la diferencia que existia, á fin de ver al dia siguiente si esa diferencia habia aumentado en la misma direccion.

—Si acaso hubiese aumentado, camaradas, decia, esa será señal de que la estrella polar está en movimiento, puesto que todos nosotros podemos ver que las brújulas conservan precisamente la misma posicion que á nuestra salida de Palos. Ahora bien, cuando de dos objetos el uno está en movimiento, y se sabe positivamente cuál de ellos permanece inmóvil, no existe gran dificultad en determinar cuál sea el que varía de puesto. Ven acá, Martin Martinez, (este era uno de los mas revoltosos) de poco sirven las palabras cuando puede probarse con hechos lo que se va á decir. ¿Ves estos dos ovillos de cuerda que están sobre las guindalezas? Pues bien: se quiere saber cuál de los dos vá á permanecer ahí y cuál vá á desaparecer: tomo el mas pequeño, como ves, y dejo allí el mas grande. Por consiguiente, como queda uno tan solo, y es este uno el mas grande, resulta bien claramente que el que he tomado es el mas pequeño. Sostengo por lo tanto que el que se atreva á negar una cosa tan fácil y sencilla de probar no sirve para dirigir una

carabela valiéndose de la brújula y de la estrella polar.

Martin Martinez, aunque alborotador de primer órden, no era, sin embargo, muy fuerte en la lógica, y como Sancho, para apoyar sus demostraciones, no escaseaba los juramentos, su partido vino á ser bien pronto el mas numeroso. Asi como á un rebelde estúpido y de cortos alcances nada le da mas ánimo que verse en el partido del mas fuerte, nada le desconcierta por el contrario tanto como el verse en minoría: Sancho, pues, consiguió atraer á la mayor parte de sus camaradas á que aguardasen á ver el resultado de las cosas en la mañana siguiente antes de dar el menor paso temerario.

—Has obrado en todo con el mayor acierto, Sancho, le dijo Colon cuando una hora despues de esta escena vino el antiguo marino con el mayor secreto á su cámara á darle cuenta del estado en que él habia dejado los ánimos; te has portado á las mil maravillas, á escepcion de haber jurado que tú habias visto ya igual fenómeno. Yo he navegado por todos los mares conocidos, he hecho todas mis observaciones con el mayor detenimiento, y he tenido infinitas ocasiones de hacerlas; mas á pesar de esto, jamás he visto á la aguja variar de direccion con respecto á la estrella polar. Conque no creo yo que lo que se ha escapado á mi atencion haya ido á llamar la tuya.

—Vos me injuriais, señor almirante, y abris en mi honor una profunda herida que solo con un doblon podrá curarse.

—Tu sabes bien, Sancho, que á nadie causó mas sorpresa que á tí la declinacion de la aguja la primera vez

que la echaste de ver. Tus temores fueron tales, que te obligaron á renunciar una moneda de oro, flaqueza de que no sueles adolecer muchas veces.

—Cuando se notó la declinacion por primera vez, señor, todo eso sucedió tal como decís; pero para que veais que no trato de engañar á quien tiene mas penetracion que todos los demas hombres, yo confesaré que entonces estaba persuadido de que era tan escasa la esperanza que alimentábamos de volver á ver á España y á Moguer, que nada importaba quién era el almirante y quién el simple timonero.

—Y por consiguiente, quieres ahora echarla de valiente y negar que tu te alarmaste. Dí: ¿no has jurado á tus camaradas que tu habias ya presenciado una declinacion semejante de la aguja, y que esto habia sucedido mas de veinte veces.

—Pues bien: eso mismo que dice V. E. es una prueba de que un caballero puede hacer un escelente virey y un perfecto almirante y saber cuanto esté pasando en el Cathay sin tener las mayores nociones de historia. Yo he repetido esta noche a mis camaradas, señor almirante, que ya habia yo visto otra declinacion semejante, y si me viese atado al madero para ser quemado como un mártir (que tal será algun dia la suerte, á mi modo de ver, de los que quieren llevar la honradez hasta el estremo) entonces apelaria al testimonio de V. E. para confirmar la verdad de mis palabras.

—Hariais muy mal en escogerme por testigo, Sancho, pues yo jamás he jurado en falso, ni incitado á nadie á que lo hiciese.

—Pues entonces me dirigiria á D. Luis de Bobadi-

lla ó á Pedro Muñoz que está presente, repuso el imperturbable Sancho; porque un hombre á quien se acusa inoportunamente tiene derecho á probar su inocencia, y lo que es pruebas no habian de faltarme. V. E. tendrá presente que en la noche del sábado 15 fué cuando yo le rebelé por primera vez aquella alteracion, y que estamos ahora en la noche del lunes 17. Ahora bien, yo he jurado que ya habia observado en veinte ocasiones este fenómeno, segun le llaman, y para aproximarme mas á la verdad debí decir doscientas, pues casi no he echo otra cosa durante estas cuarenta y ocho horas.

—Basta, basta, Sancho; veo que tu conciencia es elástica; sin embargo, tu sacas tu utilidad de ello. Lo principal es que trates de conservar á tus camaradas en tu actual disposicion de ánimo.

—Yo no dudaré que sea la estrella la que se mueva, como dice V. E.; y me ocurre á mí si estaremos mas cerca del Cathay que lo que creemos, ¡y algun espíritu maligno se habrá entretenido en imprimirla semejante movimiento para hacernos perder el rumbo de aquel pais.

—Anda á acostarte, perillan, y no olvides tus pecados. Toma este doblon, y acuérdate de ser discreto.

Al siguiente dia por la mañana la tripulacion de cada uno de los buques aguardaba con la mayor impaciencia el resultado de las nuevas observaciones. A pesar de que el viento no era mucho, continuaba, sin embargo, muy favorable, y como se habia encontrado una corriente que conducia al Oeste, se hicieron en aquellas 24 horas mas de 150 millas, lo que no pudo menos de hacer mas sensible el aumento de la declina-

cion, circunstancia que confirmó la profecía que Colon se habia aventurado á hacer á consecuencia de sus observaciones precedentes. La ignorancia se deja engañar con tanta facilidad por todo aquello que le parece digno de aplauso, que aquella circunstancia hizo desaparecer por el pronto todas las dudas, y se creyó generalmente que la estrella habia variado de posicion y que la aguja conservaba toda su virtud.

Hasta qué punto se engañó el mismo Colon con sus propias razones, ese es todavía hoy un objeto de duda. El haber á veces tratado de alucinar á sus compañeros por medio de tretas que pueden considerarse sin malicia, puesto que solo se dirigian á hacerles cobrar ánimo, eso mismo prueba la poca exactitud del cálculo engañoso de lo que diariamente se adelantaba, segun lo esponia á los ojos de todos los que estaban á bordo, mientras que él se reservaba el verdadero; pero no existe prueba alguna de que la circunstancia de que se trata fuese una de aquellas en que recurrió á medios de esa especie. Aun antes de que se hubiese conocido la variacion de la brújula, ningun hombre, por entendido que fuese, creia que la aguja magnética se dirigiese precisamente á la estrella polar, siendo considerada como accidental la coincidencia de la direccion de la aguja y de la posicion de aquel cuerpo celeste. Se puede, pues, razonablemente suponer que el almirante, que debió cerciorarse sin duda de que la brújula que él poseia no habia perdido nada de su virtud, mientras que acerca de los movimientos de la estrella solo podia asegurarse por una supuesta analogía, no era posible que se imaginase que un amigo que siempre le habia sido tan fiel le hubiese

abandonado de repente; así es que se encontraba dispuesto á rechazar todo el misterio de aquel fenómeno sobre un cuerpo que ocupaba un puesto mucho mas apartado en el espacio. Hánse emitido dos opiniones contradictorias acerca del grado de conviccion del célebre navegante con respecto á la teoría que él trataba de establecer en aquella circunstancia: la primera opinion era que él obraba de buena fé; la otra que se engañaba á sabiendas. Sea como quiera, lo cierto es que los partidarios de esta segunda opinion parece que argumentan de una manera bien poco concluyente, puesto que su principal argumento se apoya en lo inverosímil de que un hombre como Colon adoptase un error tan grosero en la ciencia de la navegacion en una época en que aquella ciencia no dejaba conocer la existencia del fenómeno en cuestion mas de lo que en el dia esplica la causa. Es posible, sin embargo, que el almirante no tuviese ideas bien fijas acerca del particular, aun suponiendo que estuviese dispuesto á creer en la exactitud de su esplicacion, porque no cabe duda de que en medio de la ignorancia de su siglo en astronomía y geografía, aquel hombre estraordinario descubrió muchas verdades exactas y sublimes que todavía no habian sido desenvueltas y demostradas con argumentos positivos.

Por fortuna la luz del dia, que facilitó el medio de cerciorarse de una manera indudable de la variacion de la aguja, dejó ver asimismo el mar cubierto todavía de yerbas y algunas otras señales que parecian prestar ánimo en el hecho de anunciar la proximidad de la tierra. Ademas, como la corriente seguia á la sazon igual direccion que el viento, la superficie

del mar se presentaba tan llena como puede estarlo la de un lago, y las embarcaciones podian sin temor alguno sostenerse á pocas brazas una de otra.

—Señor almirante, dijo Martin Alonso Pinzon, estas yerbas son parecidas á las que crecen en las orillas de los rios, y yo creo que no hemos de estar muy lejos del embarcadero de algun gran rio.

—Podrá ser así, respondió Colon, y es cosa bien fácil cerciorarse de eso gustando el agua. Que cojan un cántaro y haremos la prueba.

Mientras que Pepe aguardaba, para cumplir aquella órden, á que la *Santa María* hubiese atravesado un gran monton de yerbas, la vista infatigable del almirante descubrió sobre la superficie de algunas de ellas que aun estaban frescas una langosta de mar que pugnaba por desenredarse, y mandó al timonero variase el rumbo por un momento para poder cogerla.

—Hé aquí una magnífica presa, Martin Alonso, dijo Colon cogiendo la langosta entre el dedo pulgar y el índice para enseñársela; jamás se apartan estos animales de la tierra mas de 80 leguas. Mirad, mirad allá bajo uno de esos pájaros blancos de los trópicos, que, segun dicen, jamás duermen en el agua. Dios sin duda alguna quiere favorecernos, y lo que hace ademas estas señales mas satisfactorias es que vienen del Oeste, de ese Oeste tan oculto, desconocido y misterioso.

Una aclamacion general estalló en los tres buques á la vista de semejantes señales, y aquellos hombres, que hacia poco habian estado para entregarse á la mayor desesperacion, abrieron nuevamente sus corazones á la esperanza y se apresuraron á tomar por presagios

favorables los mas comunes incidentes del Occéano. Habíase cogido agua á bordo de los tres buques: cincuenta bocas la probaron á un tiempo, y para que se vea cuál seria la exaltacion general, todos convinieron en que aquella agua estaba menos salada que de costumbre. La ilusion producida por tan inesperado hallazgo fué tan completa, y el sofisma de Sancho habia disipado hasta tal punto todos los recelos que tenian relacion con los movimientos de la estrella polar, que el mismo Colon, habitualmente tan prudente y reflexivo, no pudo menos de dejarse llevar de su natural entusiasmo, y se llegó á figurar que estaba á punto de descubrir alguna grande isla situada á mitad del camino entre el Asia y la Europa, honor que no era de despreciar, aunque bien corto, si se comparaba con sus elevadas esperanzas.

—A la verdad, Martin Alonso, dijo, esta agua parece que tiene menos sabor á la de mar, como suele suceder en la embocadura de los grandes rios.

—Mi paladar es de la misma opinion, señor almirante; y como una señal mas, la tripulacion de la *Niña* acaba de matar un atun que recoge á su bordo en este instante.

Aumentabanse las aclamaciones á medida que se iba presentando algun nuevo motivo para cobrar ánimo; y el almirante, cediendo al entusiasmo de los marineros, mandó desplegar todas las velas, y que cada uno de los tres buques tratase de adelantar á los otros para ver quien era el primero que descubria la isla que se esperaba encontrar. Aquella lucha estableció entre los tres una considerable distancia, pues la *Pinta* tomó con la mayor facilidad la delantera, mientras que la *Santa*

María y la *Niña* la seguian no con tanta rapidez. Todo el dia se pasó en el mayor júbilo y alegría á bordo de aquellos tres buques, entonces aislados uno de otro, los cuales flotaban en medio del Atlántico sin que nadie fuese de ello testigo, y sucediéndose unos á otros horizontes sin verse por todas partes mas que agua solamente.

CAPITULO XIX.

Al acercarse la noche la *Pinta* recogió sus velas con objeto de que los otros dos buques pudiesen reunirse con ella. Todas las miradas se dirigieron entonces con afan hácia el Oeste, por cuyo lado se esperaba á cada momento descubrir la tierra. Sin embargo, los últimos resplandores de la tarde se estinguieron en el horizonte, y el Oecéano se cubrió de tinieblas sin que ocurriese cambio alguno material. Una agradable brisa soplaba aun por la parte del Sudeste, y la superficie del aqua no se veia mas agitada de lo que pudiera estarlo la de un gran rio. La declinacion de las agujas y de la estrella polar continuaba aumentándose levemente, y nadie dudaba ya en atribuirlo á aquel cuerpo celeste. A pesar de todo, los buques continuaban avanzando hácia el Sud, dirigiendo su rumbo de hecho al Este, cuarto Sudoeste, cuando creian hacerlo al Oeste, única circunstancia que impidió á Colon llegar á las costas de Georgia ó de las Carolinas, pues aunque no hubiera dado con las Bermudas, la corriente del estrecho de Bahama le hubiera infaliblemente conducido al Norte cuando se hubiera aproximado al continente.

La noche se pasó como de costumbre, y á medio-

dia, es decir, á la conclusion del dia náutico, la flota ya dejaba un dilatado espacio entre sí y el antiguo mundo. Las yerbas marinas iban desapareciendo, y con ellas los atunes, que sin duda alguna se alimentaban de lo que producian los baraderos situados á muchos miles de pies mas cerca de la superficie del agua que lo que suelen estár en el Atlántico. Los buques acostumbraban á conservarse el uno cerca del otro por el mediodia con el objeto de comparar sus observaciones; mas la *Pinta*, que rápida como el mas brioso corcel, era muy dificil de contener, continuó marchando delante hasta cerca del mediodia. Entonces se puso al pairo, segun costumbre, para dar tiempo á que llegase el almirante. Cuando se aproximó la *Santa María*, Martin Alonso Pinzon permaneció de pié con sombrero en mano hasta que la caravela se halló á distancia de poder hablar al almirante.

—Señor D. Cristóbal, esclamó con tono jovial mientras que la *Pinta* disponia sus velas de manera que el almirante permaneciese en su estela, Dios nos concede nuevas señales que anuncian la tierra, nuevos motivos para cobrar ánimo. Hemos visto volar ante nosotros grandes bandadas de pájaros, y las nubes, hácia la parte del Norte, parecen cargadas y espesas como si estuviesen sobre una isla ó sobre un continente.

—Vuestras noticas son satisfactorias, digno Martin Pinzon; pero yo os suplicaria que tuvierais presente que todo lo mas que podré hallar sobre esta longitud será algun grupo de hermosas islas; pues lo que es el Asia se halla aun á gran distancia. Conforme vaya llegando la noche vereis á esas nubes que toman mas

decididamente la forma de la tierra, y aun me inclino á creer que en este momento tenemos á izquierda y derecha algunos grupos de islas. Pero el Cathay es nuestro destino, y los hombres que tienen puesta su vista en ese objeto no pueden volverse atrás en su camino por consideracion alguna subalterna.

—¿Me dareis vuestro permiso, noble almirante, de volver á tomar la delantera con la *Pinta* á fin de que nuestros ojos sean los primeros que disfruten de la agradable vista del Asia? Yo no dudaré que la veamos antes del dia.

—Marchad, valiente piloto, marchad, ya que asi lo creeis; pero os advierto que no pueden aun vuestros ojos descubrir el continente. Sin embargo, como toda tierra es un descubrimiento en estos ignorados y remotos mares, y debe hacer honor á Castilla y á nosotros mismos, el primero que la vea se hará acreedor á una recompensa. Os concedo, pues, á vos y á otro cualquiera permiso para descubrir islas y continentes aunque sea por miles.

Esta ocurrencia hizo reir á las tripulaciones, pues cuando el corazon está satisfecho se rie facilmente, y en seguida la *Pinta* emprendió su rumbo delante de todos. Al ponerse el sol se la volvio á distinguir puesta al pairo para aguardar á los otros dos buques de conserva. Entonces solo parecia un punto negro ante el horizonte que brillaba con los gloriosos rayos del sol poniente. Por la parte del Norte presentaba el horizonte grandes masas de nubes, las cuales parecian ofrecer á la imaginacion cimas de montañas, valles apartados, cabos y promontorios que la distancia hacia que apareciesen en escorzo.

Al dia siguiente, por la primera vez desde que se hicieron sentir los vientos tropicales, el aire se presentó leve y vario. Las nubes fueron amontonándose sobre los navegantes, y descargaron una menuda lluvia. Muy corta distancia separaba á la sazon á los tres buques, y sus esquifes no cesaban de pasar y repasar de uno en otro.

—Señor almirante, dijo Martin Alonso presentándose sobre cubierta en la *Santa María*, yo vengo, por la voluntad unánime de mi tripulacion, á suplicaros que dirijais el rumbo al Norte con objeto de buscar tierra, sea continente ó islas, que por aquella parte debe hallarse sin duda alguna, y de este modo aseguraremos á esta grande empresa la gloria que se debe á nuestros ilustres soberanos y á vos mismo, que habeis concebido la idea de este descubrimiento.

—La peticion es justa, mi querido Martin Alonso, y hecha en términos convenientes; mas sin embargo, no me es posible acceder á ella. Es probable sin duda que dirigiendo el rumbo hácia esa parte hiciéramos muy dignos descubrimientos; mas al obrar así nos alejaríamos tambien de nuestro objeto. El Cathay y el gran Khan están al Oeste, y nosotros estamos aquí, no para añadir á los conocimientos de los hombres un grupo mas de islas semejantes á las Canarias ó á las Azores, sino para completar el círculo de la tierra y para abrir un camino á la cruz de Jesucristo en los paises habitados desde largos tiempos por los infieles.

—¿Señor de Muñoz, nada direis en favor de nuestra pretension? Vos teneis favor con el almirante, y podriais quizá obtener que nos concediera lo que pedimos.

—Para deciros la verdad, Martin Alonso, respondió Luis, mas bien con ese tono desdeñoso de un grande de España que se dirige á un piloto que con el aire de respeto de un secretario de una espedicion que contesta al oficial que es su segundo jefe, he tomado tal empeño en convertir al Gran-Khan, que estoy ansioso de no detenerme aquí ni allí hasta que haya emprendido tamaña obra. Ademas, tengo observado que Satanás tiene menos poder sobre los que siguen el camino derecho, mientras consigue todas sus victorias sobre los que de él se desvian, y con ellos aumenta sus dominios.

—¿Conque me deshauciais completamente, noble almirante? ¿Y habremos de abandonar todas estas señales que han rehabilitado los ánimos sin tratar de seguirlas para conseguir un resultado ventajoso?

—No veo que otra cosa podeis hacer, mi digno amigo. Esta lluvia anuncia la tierra, esta calma tambien la anuncia, y hé aquí un viajero que nos lo indica aun mejor que nada. Mirad hácia la *Pinta*, donde parece que se dispone á descansar.

Pinzon y todos los que se hallaban inmediatos volvieron la cabeza hácia aquel punto, y vieron con tanto placer como sorpresa á un pelicano, cuyas alas estendidas tendrian diez pies de anchura, que volaba á algunas brazas sobre el mar, y que parecia dirigirse á la *Pinta*. Mas sin embargo, el ave aventurera, como si despreciase un buque de rango inferior, pasó sobre aquella caravela y vino á plantarse sobre una verga de la *Santa María*.

—Si esto no es una señal fija de la proximidad de la tierra, dijo Colon con grave tono, al menos es un

seguro presagio de que Dios está con nosotros, lo cual vale aun mas todavía: es un aviso que nos dá para animarnos y para confirmarnos en nuestro propósito de continuar sirviéndole hasta el fin. Esta es la primera vez, Martin Alonso, que veo un ave de esta especie alargarse mas de una jornada de la tierra.

—Otro tanto puedo yo decir, noble almirante, y como vos considero esta visita como un favorable presagio. ¿Pero no será tambien un aviso para que nos adelantemos hácia el Norte y busquemos tierra por aquel lado?

—No lo interpreto yo así; antes bien lo considero como un motivo mas para que sigamos nuestro rumbo. A nuestro regreso de las Indias podremos hacer un reconocimiento mas exacto y detenido de esa parte del Occéano; pero siempre creeré que nada hemos hecho mientras no lleguemos á la India, y la India está á muchas leguas de nosotros. Sin embargo, ya que el tiempo es favorable, llamemos á nuestros pilotos y veamos donde colocará cada uno su embarcacion sobre la carta.

Reuniéronse en efecto todos los pilotos al rededor de la *Santa Maria*, y cada uno de ellos, despues de haber hecho sus cálculos, clavó un alfiler sobre la informe carta, (informe con respecto á exactitud, pero bellísima en cuanto á su ejecucion) que el almirante, valiéndose de sus conocimientos, habia hecho del Occéano Atlántico. Vicente Yañez y sus compañeros clavaron su alfiler bastante adelante, á 440 leguas marinas de la isla de Gomera. Martin Alonso se separó un poco y clavó el suyo cerca de 20 leguas mas al Este. Cuando llegó su turno á Colon puso su alfiler 20 leguas aun

mas atrás que el de Martin; sus compañeros, por lo que se vió, como menos hábiles calculistas, habian escedido la verdadera distancia. Despues que hubieron decidido lo que habia de decirse á las respectivas tripulaciones, los pilotos regresaron cada uno á bordo de su embarcacion.

Parece, pues, positivo que Colon creyó que pasaba en aquella ocasion entre dos islas, y su historiador, Las Casas, asegura que no se equivocaba en su conjetura. Pero si efectivamente han existido islas en aquella parte del Océano, han debido desaparecer hace largo tiempo, fenómeno que, sino es imposible, apenas puede considerarse como probable. Dícese que, aun en el siglo actual, se han visto algunas rompientes por aquellos parajes, y no es inverosímil que existan estensos bancos, á pesar de que Colon no encontró fondo con una sonda de 200 brazas. La escesiva aglomeracion de yerbas en aquellos parajes es un hecho que ha venido á hacerse auténtico por algunos de los mas antiguos monumentos de las pesquisas de los hombres, y esta circunstancia es debida probablemente á algun efecto de las corrientes que tiende á acumularlas de aquel modo.

En cuanto á las aves, debe considerárselas como individuos aislados, arrancados fuera de sus ordinarias residencias por buscar el alimento que les puede procurar la reunion de las yerbas y pescados. Las aves acuáticas pueden siempre vivir sobre el agua, y las demas que pueden hendir el aire á razon de 30 y aun de 50 millas por hora solo necesitan una fuerza suficiente para atravesar el Océano Atlántico en cuatro dias.

A pesar, pues, de todas estas señales favorables, las respectivas tripulaciones dejaron conocer bien pronto su nuevo desaliento. Sancho, que estaba en constante y secreta comunicacion con el almirante, tenia buen cuidado de informarle de la disposicion en que se hallaban los ánimos, y un dia le anunció que los marineros murmuraban mas que nunca, pues por efecto de una reaccion repentina, habian pasado de la mas viva esperanza á la desesperacion mas completa. Colon supo esta novedad en el momento de ponerse el sol el dia 20 de setiembre, á los once dias de haber perdido de vista la tierra, mientras el antiguo marino fingia estar ocupado en la popa, que era donde solia trasladar sus informes á su comandante.

—Se quejan de que el agua está poco agitada, continuó Sancho, y dicen que cuando reina el viento en estos mares viene siempre del Este, porque no puede venir de otra parte; creen tambien que estas calmas son una prueba de que vamos entrando en una parte del Occéano en donde el viento nos ha de faltar á lo mejor, y que de la parte del Este son enviados por la Providencia para arrojar allá á los que han caido en desgracia por una curiosidad que no ha sido creada para un ser como el hombre.

—Procura, Sancho, hacer recobrar ánimo á esos pobres diablos recordándoles que en todo tiempo hay calmas en los mares; y en cuanto á los vientos del Este, ¿no es acaso sabido que vienen de la costa de Africa, en las bajas latitudes y en toda estension, y que siguen al sol en su curso diario al rededor de la tierra? Yo confio que tu no abrigarás ninguno de esos temores.

—Yo procuro conservar mi corazon tranquilo, señor almirante, no teniendo delante de mí á nadie á quien avergonzar ni dejando atras quien pueda echarme de menos. Sin embargo, yo me alegraria oir hablar un poco de las riquezas de esas apartadas regiones, porque observo que el recuerdo del oro y de las piedras preciosas que allí se encuentran egerce una especie de encanto religioso sobre mi flaqueza cuando me pongo á pensar en Moguer y en la buena vida que allí se pasa.

—Ya te entiendo, buena pieza; tu aficion al dinero es insaciable; toma un doblon mas, y al mirarle procura imaginarte qué cantidad desearas de la moneda del Gran-Khan; porque á bien seguro que un gran monarca como aquel no puede carecer de oro, y se hallará sin duda dispuesto á repartirlo con los demas siempre que se presente ocasion para ello.

Sancho recibió aquel dinero, y dejó á Colon y á nuestro héroe en la popa.

—Seria conveniente, señor, dijo Luis, que pusiésemos un término á estas contínuas mudanzas en las disposiciones de estos miserables aplicándoles el sable de plano y si es preciso de corte.

—No debemos recurrir á semejantes actos de severidad, amigo mio, sin tener mas fuertes razones que las que ahora tenemos. No creais que yo he pasado tantos años de mi vida solicitando los medios de llevar á cabo tan gran proyecto y que me haya lanzado hasta estos ignorados mares para prescindir así como se quiera de la ejecucion de mis designios. Mas Dios no ha vaciado á todos los hombres en un mismo molde, ni ha dado al noble y al plebeyo igual facilidad para

adquirir conocimientos. Mi imaginacion se ha fatigado mas de una vez argumentando sobre esta materia con grandes y con sábios para que no me halle en estado de soportar con paciencia la ignorancia del vulgo. Figuraos cuánto hubiera el temor aguzado el entendimiento de los doctos de Salamanca si nuestras discusiones se hubiesen celebrado en medio del Atlántico, en sitio á que hombre alguno ha llegado jamás y en donde solo hallarian una salida segura la ciencia y la razon.

—Eso es muy cierto, señor almirante; pero sin embargo, me parece que los caballeros que teniais por antagonistas no debian estar muy alarmados por el temor. ¿Qué peligros corremos nosotros aquí? Es verdad que nos hallamos en el vasto Occéano y sin duda á algunos centenares de leguas de toda tierra conocida, pero por eso no nos hallamos menos seguros. ¡Por San Pedro! Yo he visto perecer mas hombres en una sola carga de los moros que los que caben en esta carabela, y correr sangre bastante para echarlos á nadar en ella.

—Los peligros que temen nuestros marineros, Don Luis, hacen menos efecto que los que se corren en un combate contra los moros, pero no por eso dejan de ser tan terribles. ¿Qué manantial surtirá de agua á nuestros secos labios cuando se acabe la provision que tenemos? ¿Qué tierra nos suministrará subsistencias? Es cosa muy cruel el morir de hambre ó de sed, hallándose en este vasto Occéano, ir perdiendo la vida por momentos, á veces sin los socorros espirituales y careciendo de sepultura cristiana. Estas son las ideas que alimentan los marinos, y es preciso no tratar de

arrancárselas por la fuerza sino cuando el deber exija aplicar remedios estremos á ese mal.

—Paréceme, D. Cristobal, que será buen tiempo de argumentar cuando nuestras pipas esten vacías y hayamos consumido nuestra galleta: pero hasta que esa época llegue suplico á V. E. me permita aplicar esteriormente la lógica necesaria á la cabeza de esos tunos, en vez de tratar de introducirla en lo interior, porque dudo mucho que allí pueda caber cosa buena.

Colon conocía perfectamente el natural ardiente del jóven para que pensase en contestarle con seriedad, y ambos permanecieron por espacio de algun tiempo apoyados contra el palo de mesana examinando la escena que se ofrecia á sus ojos y reflexionando sobre las incertidumbres de su situacion.

Era de noche, y la figura de los que estaban de cuarto solo se distinguia por una leve claridad que no permitia enterarse de su fisonomia. Estaban reunidos en grupos sobre cubierta, y segun el tono animado de su conversacion, que era en voz no muy alta, parecia evidente que el objeto de ella era la calma que continuaba reinando y los riesgos de que se creian amenazados. Delineábanse los contornos de la *Pinta* y de la *Niña* sobre un firmamento rodeado de toda su brillantez, sus indolentes velas descendian en festones como si fueran colgaduras, y sus negros costados permanecian tan inmóviles como si estuviesen amarrados en cualquier rio de España. La noche era hermosa y agradable, pero la inmensa soledad y la profunda calma del Occéano medio adormecido, y de rato en rato el crujido de una verga, traian á la me-

moria la situacion de los buques y daban á aquella escena un aire de solemnidad casi sublime.

—¿No veis volar alguna cosa por entre las jarcias, Luis? preguntó con cautela el almirante. O mi oido me engaña, ó yo oigo un ruido de alas, pero un ruido leve como si fuesen aves pequeñas.

—No os equivocais, D. Cristobal; las veo que acaban de posarse en las vergas mas elevadas, y son unos pajarillos como los mas chicos de la tierra.

—Escuchad su alegre canto, Luis. Es una melodia parecida á la que podríamos disfrutar en uno de los bosquecillos de naranjos de las cercanias de Sevilla. ¡Alabado sea Dios! Hé aquí una muestra de la unidad y de la estension de su imperio, puesto que la tierra no puede distar mucho cuando unos pajarillos tan pequeños y delicados han emprendido su vuelo para venir hasta aquí.

Bien pronto se esparció la noticia de la aparicion de los pájaros entre todos los que se hallaban sobre cubierta, y sus cánticos dieron mas seguridad á los marinos que la mas completa demostracion matemática, aunque hubiese estado fundada en los mejores principios de los conocimientos modernos.

—Yo bien te decia que la tierra no estaba muy lejos, esclamó Sancho con aire de triunfo dirigiéndose á Martin Martínez, su constante antagonista. Aqui tienes la mejor prueba, y prueba que ninguno se atreverá á negar, á no ser un traidor. Ya oyes el canto de los pájaros en las vergas, canto que no podria salir de la garganta de unas aves rendidas de fatiga, y que parecen tan alegres como si sus hijuelos estuviesen picando algun higo ó algun racimo en un huerto de España.

—Sancho, tienes razon, prorrumpieron los demas marineros: el aire trae además cierto olor á tierra, y el mismo mar encierra un no se qué que anuncia su proximidad. ¡Dios no nos abandona, bendito sea su nombre! ¡Honra al rey nuestro señor y á nuestra benéfica soberana Doña Isabel!

En aquel momento desapareció toda zozobra. El mismo almirante creyó que la aparicion de aquellos pequeños pajarillos, cuyas alas eran de tan poca resistencia, era una prueba indudable de la inmediacion de la tierra, de una tierra generosa por sus producciones y situada en un clima dulce y favorable; porque aquellos pajarillos que cantan como el sexo mas interesante de la raza humana, gustan de las escenas que están en armonía con sus placeres, sus inclinaciones y sus hábitos.

Sin embargo, la esperiencia ha hecho ver despues que Colon se equivocaba, por mas plausibles que fuesen los motivos de su error. Los hombres suelen á veces engañarse acerca de las facultades físicas de los animales inferiores de la creacion, y en otras ocasiones exageran la estension de su instinto: y en efecto, un pajarillo de poco peso se veria menos espuesto á perecer en el Occéano en una baja latitud que otro de mas cuerpo, aunque ni uno ni otro fuesen nadadores. Las mismas yerbas marinas ofrecerian infinitos sitios de reposo para las aves pequeñas, y aun á veces les surtirian probablemente de alimento. A la verdad, es poco verosimil que unos pájaros que solo viven sobre la tierra dirijan su vuelo hácia el mar desde una gran distancia; mas sin que hablemos de la fuerza de los vientos, que á veces arrastran á cien millas de la tier-

ra al buho, ave de pesadas alas, el instinto, sin embargo, no es infalible, pues se encuentran con frecuencia ballenas encalladas en los baraderos, y tampoco es estraño hallar pájaros mas allá de los límites de su ordinaria carrera.

Fuese la que quiera la causa de la feliz aparicion de aquellos pequeños habitantes de los bosques sobre las vergas de la *Santa María*, ello es que causaron el efecto mas completo en el ánimo de la tripulacion de aquella caravela. Durante el tiempo que hicieron alarde de sus trinos ningun aficionado hubiera oido con mas entusiasmo las mas brillantes piezas ejecutadas por una orquesta, que aquellos toscos marineros oyeron sus dulces gorgeos; y cuando la tripulacion se recogió á dormir fué con un sentimiento de satisfaccion que tenia su orígen en la veneracion y en el reconocimiento. Los cánticos volvieron á empezar al rayar el dia, y á poco todos los pajarillos echaron juntos á volar con direccion al Sudoeste. El dia siguiente trajo una nueva calma, y cuando el viento principió á soplar fué con tan escasa fuerza, que los buques no podian navegar sino con gran dificultad á traves de los montones de yerbas que daban al Occéano la apariencia de una vasta pradera inundada. Observóse entonces que la corriente venia del Oeste, y á poco de haber salido el sol Sancho vino á anunciar á Colon otro nuevo motivo de alarma.

—Señor almirante, dijo, á nuestra gente se le ha puesto en la cabeza una idea que tiene tanto de maravillosa que ha hallado fácil acogida entre aquellos que aman mas á los milagros que á Dios mismo. Martin Martinez, que es un filósofo en materia de terror,

sostiene que este mar por donde vamos penetrando mas y mas cubre varias yerbas sumergidas, y que estas yerbas, cuyo número se aumenta, y no puede negarse, á medida que vamos avanzando, llegarán bien pronto á aumentarse de tal modo, que las caravelas no podran dar un paso ni atrás ni adelante.

—¿Y encuentra Martin quien quiera dar crédito á tan necia idea?

—Sí, señor almirante, por la sencilla razon de que es mas fácil de encontrar quien crea un absurdo que quien quiera dar ascenso á la verdad. Pero este hombre tiene en su apoyo ciertas desgraciadas coincidencias que parecen producidas por el mismo diablo, el cual no debe tener el mayor deseo de que V. E. llegue al Cathay para hacer del Gran-Khan un buen cristiano y plantear en sus dominios el arbol de la cruz. Ademas, esta calma tiene á todos llenos de zozobra, y hasta creen ver en esas aves criaturas enviadas por Satanás para llevarnos á un punto de donde no podamos volver jamás. Tampoco falta quien piense que estamos sobre baraderos, y que á lo mejor vamos á quedar encallados en medio del Occéano.

—Mandad que dispongan la sonda; al menos yo les haré ver la locura de semejante idea. Haced que se reuna toda la tripulacion para que presencie el resultado de la operacion.

Colon repitió esta órden á los pilotos, y la sonda fué arrojada al mar de la manera que se acostumbra. La sondalesa pasó por debajo de la defensa, y el plomo continuó bajando hácia el fondo hasta que ya quedaba tan poca cuerda, que fué preciso suspender la operacion.

—Ya veis, amigos, dijo Colon entonces, que estamos á cien brazas de los baraderos que temeis, y estoy seguro que el mar por esta parte tiene doble profundidad que la que acabamos de medir. ¡Y ahora, mirad allá bajo! ¿Veis esa ballena que hace saltar el agua? Pues es un ánimal que jamás se le vé sino á corta distancia de las costas de las grandes islás ó del continente.

Aquella segunda parte del discurso de Colon, que estaba en conformidad con las opiniones dominantes, no dejó de producir su efecto, hallándose su tripulacion, en la generalidad, bajo la influencia de las ideas de la época. Sabemos, sin embargo, en el dia que las ballenas frecuentan aquellos parages del Occéano en que su alímento es mas abundante, y uno de los sitios en que mas se ven hace algun tiempo es el llamado el Falso Banco del Brasil, que se halla situado casi en el centro del mismo Occéano. En una palabra, todas aquellas señales que tenian relacion con los movimientos de las aves y de los pescados, y que al parecer hicieron tal efecto en los marineros empleados en aquella grande empresa, y aun en el mismo Colon, eran de una importancia menos positiva que lo que entonces se creia, en un tiempo en que los navegantes estaban tan poco acostumbrados á arriesgarse algo lejos de la tierra, que no conocian los misterios del inmenso Occéano.

Con todo, á pesar de aquellos rápidos y escasos momentos de júbilo y de esperanza, la desconfianza y el temor comenzaban otra vez á tomar nuevo ascendiente entre los marineros. Los que estaban descontentos desde un principio se aprovechaban de todas las ocasiones para aumentar sus recelos; y cuando el sábado

22 de setiembre el sol saliente iluminó con sus rayos una mar en calma, hallábanse á bordo de los tres buques un considerable número de hombres dispuestos á formar una coalicion para pedir en toda forma al almirante que dirigiese al Este la proa de sus caravelas, diciéndole de este modo:

—Hemos navegado algunos centenares de leguas con viento favorable sobre un mar enteramente ignorado del hombre; por fin hénos aquí que hemos llegado á una parte del Occéano en que el viento nos falta de repente, y en que estamos corriendo el peligro de ser encerrados entre montones de yerbas ó de encallar en unas islas sumergidas, sin medio alguno de procurarnos agua ni víveres.

Semejantes argumentos no carecian de fuerza en un siglo en que los hombres mas sábios se veian obligados á buscar á tientas el camino para llegar á adquirir conocimientos mas esactos á través de las tinieblas de la supersticion y de la ignorancia, y en el cual el flaco dominante era el dar crédito por una parte á las pruebas ostensibles del poder milagroso de Dios, y por otra á las casi tan irrecusables del ascendiente de los malos espíritus á los cuales es dado influir en los negocios temporales de aquellos á quienes persiguen.

Fué por lo tanto un feliz y notable acontecimiento para el éxito de la espedicion el que se levantase una ligera brisa de Sudoeste en la mañana del dia de que acabamos de hablar, pues esta brisa hizo que las caravelas pudiesen tomar aire y saliesen por fin de aquellos vastos campos de yerbas que entorpecian su marcha y mantenian en pié los recelos de los marineros. Como era de la mayor importancia el deshacerse de los

obstáculos flotantes que rodeaban á las embarcaciones, se las hizo entrar en la primera hendidura bastantemente ancha que se halló, despues se las colocó en direccion del viento, y la proa, en cuanto fué posible, al rumbo que habia de seguirse. El almirante creyó entonces poder navegar al Oeste-norte-oeste, cuando de hecho seguia una direccion mucho mas aproximada á su verdadero rumbo que cuando sus buques tenian su proa al Oeste, segun la brújula en su declinacion causada por la variacion de la aguja. Esta sola circunstancia parecia establecer el hecho que Colon en su teoría habia creido del cambio de posicion de la estrella polar, pues no hubiera navegado muchos dias consecutivos al Oeste-sudoeste medio Oeste con un viento favorable, como lo verificó, cuando su principal deseo era adelantar en línea recta hácia el Oeste. Navegaba, pues, á la sazon á medio cuarto del rumbo anterior, aunque él se figuraba, como todos los que iban en su compañía, que su rumbo estaba cerca de dos cuartos á sotavento de la direccion tan apetecida.

Mas estas ligeras variaciones no eran mas que bagatelas comparadas con la victoria que consiguió Colon contra los recelos de su tripulacion apenas la calma hubo cesado y que sus buques se vieron libres de las yerbas. Lo primero convenció á los marineros de que el viento no soplaba siempre de un mismo lado, y lo segundo les probó que no habian llegado á un punto, como creian, en que el Occéano no era navegable. Aunque el viento se presentaba á la sazon favorable para regresar á Canarias, nadie reclamaba que se tomase este partido; tal es la humana condicion, que nos inclina á desear lo que se nos niega, y nos hace des-

preciar lo que está enteramente á nuestra disposicion. Los sentimientos de los marineros habíanse hecho tan variables como los mismos vientos.

El sábado se pasó de igual manera, y en el momento de ponerse el sol los buques volvieron á entrar en un campo de yerbas. Al dia siguiente el viento impelia á los buques al Noroeste y cuarto de Oeste segun la brújula, lo cual venia á ser en realidad dirigir el rumbo al Oeste-nordeste medio Norte. Las aves volvieron á aparecer en gran número, notandose entre ellas una tórtola; tambien se vieron varias langostas que se arrastraban entre las yerbas. Todas estas señales eran suficientes para hacer cobrar ánimo á los marineros, si ya en ocasiones anteriores no hubiesen sido engañosas para ellos.

—Señor, dijo Martin Martinez al almirante en el momento en que este se presentaba sobre cubierta para reanimar el ánimo abatido de su tripulacion, no sabemos que pensar. Por espacio de muchos dias el viento ha soplado en la misma direccion, conduciéndonos, segun se veia, á nuestra ruina, y despues nos abandona en medio de un mar como ningun marino de los que se hallan á bordo de la *Santa Maria* ha visto jamás, un mar semejante á una pradera situada á orillas de un rio, en donde solo faltan algunas vacas y un vaquero para creerlo un campo que el rio ha inundado saliéndose de madre. Esto es terrible.

—Tus praderas son de yerbas del Occéano, que ponen de manifiesto la riqueza de la naturaleza que las ha producido, repuso Colon, y las brisas del Este son las mismas que todo aquel que ha hecho un viaje á Guinea sabe que existen siempre en las bajas latitu-

des. Yo no descubro nada en todo esto que pueda alarmar á un valiente marino. En cuanto al fondo, bien habeis visto que no se ha encontrado con una sondalesa de doscientas brazas. Pepe, yo espero que tú no darás entrada en tu corazon á ninguna de estas flaquezas. ¿Estás bien resuelto á ver el Cathay y al Gran-Khan?

—Señor almirante, vuelvo á repetir á V. E. el mismo juramento que hice á Mónica, esto es, seros fiel y obediente, Si se trata de plantar la cruz en medio de los infieles, mi brazo no será el último que haga el gasto en una tan santa empresa. Mas á pesar de esto, señor, ninguno de nosotros puede estar contento con esta calma, pues es opuesta á la naturaleza. Nos hallamos en un Occéano que no tiene olas, y cuya superficie aparece tan llana, que no podemos menos de dudar que estas aguas se hallen sometidas á las mismas leyes que las que bañan las costas de España, porque jamás he visto yo un mar que, como este, tenga todas las apariencias de estar muerto. ¿Será acaso posible que Dios haya rodeado la tierra de un circuito formado por estas aguas tranquilas y estancadas para impedir que los imprudentes puedan penetrar su santos secretos?

—Por lo menos tu discurso tiene algun viso religioso, y ya que no esté puesto en justicia, al menos no puede ser vituperado. Dios ha colocado al hombre sobre la tierra, Pepe, para que goce de ella y para que le sirva dando mayor estension á los dominios de la iglesia y haciendo el mejor uso posible de los innumerables beneficios con que ha acompañado el presente que nos ha hecho de la vida. En cuanto á los límites de que has hablado, son solo imaginarios, siendo como

es la tierra una esfera ó una bola, que no tiene mas límites que los que observas por todos lados.

—Y con respecto á lo que ha dicho Martin acerca de los vientos, las yerbas y las calmas, dijo Sancho, que siempre se hallaba pronto si se trataba de alegar un hecho ó una razon, no sé por que mares habrá podido navegar un marino de su edad para que tales cosas sean nuevas para él. Para mí todo esto es bien comun, y tan insignificante, que ni siquiera hubiera parado en ello la atencion á no ser por las lamentaciones de Martin y de los suyos. Cuando la *Santa Catalina* hizo un viaje á esa isla tan lejana que llaman Irlanda, desembarcamos sobre yerbas marinas á cerca de media legua de la costa; en cuanto al viento, soplaba con regularidad cuatro meses de un lado y cuatro de otro, habiéndonos ademas advertido los naturales de la isla que tambien soplaria trasversalmente y con los mismos intérvalos que de los otros dos puntos; pero nosotros no permanecimos en aquellos parages suficiente tiempo para que yo pueda dar testimonio de la verdad de estos dos últimos hechos.

—¿Y no has oido hablar nunca de unos grandes baraderos en los cuales si llegaba á encallar una carave!a no volvia jamás á salir? esclamó Martinez con cólera, pues habiendo él hecho uso de tamañas exageraciones, no queria que nadie le escediese. ¿Y esas yerbas no están acaso anunciando que estamos á dos pasos de un peligro semejante, cuando las vemos á veces en tan gran cantidad que poco falta para que detengan al buque?

—Basta, basta sobre este asunto, dijo el almirante; cuantás mas yerbas vamos encontrando menos halla-

remos despues. Tales novedades solo son causadas por las corrientes, y apenas hayamos traspasado este meridiano volveremos á ver el agua correr libremente.

—¡Pero y esa calma, señor almirante, esa calma! esclamaron á un tiempo mas de una docena de voces. Esta inmovilidad, opuesta á la naturaleza del Occéano, no puede menos de aterrorizarnos. ¡Jamás hemos visto el agua del mar estancada como está esta!

—¿A esto llamais agua estancada? repuso el almirante. La misma naturaleza abandona su reposo para echaros en cara vuestros pueriles temores y para dar un mentís á vuestros locos é insensatos argumentos con señales bien manifiestas.

Mientras que de este modo se espresaba, *la Santa María* era impelida por la accion de las olas, y conforme estas se sucedian y pasaban por debajo del buque, este esperimentaba tan violentas sacudidas y vaivenes, que parecia que toda la naturaleza se ponia en movimiento. No se sentia el mas mínimo soplo de viento, y los marineros miraban en torno suyo con una sorpresa aumentada por el terror. Apenas la embarcacion chocaba bruscamente con una oleada, otra la remplazaba en el instante, y de este modo íbanse sucediendo las olas unas á otras, creciendo cada vez en elevacion, y quedando el mar convertido en una vasta llanura de agua que tenia un movimiento de ondulacion. A pesar de esto, aun se notaban las oleadas por intérvalos distantes uno de otro, pero marcados por la espuma que cubria su cima al desplegarse. Todavía fué preciso una media hora para comunicar to-

da su fuerza á aquel fenómeno, y entonces los tre buques se sumergieron en el agua, como dicen los marinos, hasta que, empujados otra vez hácia arriba por la fuerza de las olas, se escurrió el agua que habian recogido por los imbornales.

Considerando Colon aquella circunstancia como un orígen de nueva alarma ó como un medio de calmar la que existia, tomó sobre la marcha sus medidas para conseguir esto último. Mandó reunir á toda la tripulacion bajo de la popa, y le dirigió la palabra en estos términos:

—Ya lo veis, amigos mios: los temores que abrigabais respecto á la detencion de las aguas acaban de ser destruidos en un momento, y en cierto modo por la mano de Dios, lo que prueba incontestablemente que no teneis que temer peligro alguna por ese estilo. Fácil me seria hacer creer á vuestra ignorancia que el rápido movimiento que acabamos de esperimentar en la mar es un milagro que Dios ha permitido que suceda para darnos su apoyo en contra de insensatas alarmas y de los síntomas de insubordinacion; pero mi causa es por sí misma demasiado buena para que tenga yo necesidad de un apoyo semejante, y que en realidad no procede del cielo. Las calmas, la detencion del agua, y aun las yerbas marinas de que tanto os quejais proceden de la proximidad de la tierra; esta tierra, que no diré yo que sea un continente, debe estar algo mas hácia el Oeste; serán probablemente algunas islas, ó bastante grandes ó en suficiente número para que se noten sus efectos á una tan larga distancia, y esta agitacion repentina del mar no es debida probablemente á otra cosa que á un viento lejano que

atrae sobre el Occéano esas olas gigantes como á veces lo hemos presenciado, olas que hacen sentir sus últimos esfuerzos aun mas allá de los límites del viento que las ha levantado. No diré yo por esto que un fenómeno que con tanta oportunidad ha venido á disipar vuestros temores no haya sido producto del mismo Dios en cuyas manos yo solo soy un instrumento; muy al contrario, yo lo creo así plenamente, y le doy gracias por ello: mas sin embargo, como semejante incidente pertenece al número de los acontecimientos naturales, no puede atribuirse á la Providencia mientras que esta no nos lo demuestre con la continuacion de sus desvelos y de su estremada bondad.

Permaneced, pues, desde este momento tranquilos; si la España se halla á gran distancia á vuestra espalda, el Cathay se encuentra ya mas próximo á vuestro frente: cada hora que pasa nos acercamos mas al objeto de nuestro viaje. El que permaneza fiel y sumiso no tendrá que arrepentirse de su confianza; pero el que trate de crear en su ánimo ó en el de los demas dudas ó temores absurdos me verá hacer alarde de una autoridad que sabrá sostener los derechos de SS. AA. haciendo someterse á sus subditos.

Hemos trasladado con tanto mas placer este discurso del célebre navegante, porque de él se deduce claramente que Colon no creia debida á un milagro directo la súbita cesacion de la calma, como algunos de sus biógrafos é historiadores han querido suponer, sino que la consideró tan solo como una intervencion del poder divino, valiéndose de medios naturales para ponerse á cubierto de los peligros que po-

dian originarse de los pueriles temores de su tripulaciones. Y efectivamente, no es de creer que un marino con la esperiencia de Colon ignorase la causa natural de un accidente tan comun en el Occéano, y del cual han sido testigos mil veces cuantos viven en las costas.



CAPITULO XXI.

No pareecerá inutil que demostremos á nuestros lectores hasta qué punto la pequeña escuadra habia adelantado en las desconocidas aguas del Atlantico, y cuál era, en aquellos momentos, su situacion verdadera ó supuesta. Como hemos tenido ya ocasion de observar, el almirante, desde su salida de Gomera, habia establecido dos guindolas, una para su gobierno, que era la mas aproximada á la verdad en cuanto lo permitian los imperfectos recursos de la ciencia náutica, y otra, que estaba espuesta á la vista de toda la tripulacion, y en la cual se disminuia de intento la distancia adelantada con objeto de evitar las alarmas. Como Colon estaba en la persuasion de que se hallaba empleado en servicio de Dios, semejante superchería podia pasar, en aquel supersticioso siglo, por un engaño piadoso, y no es probable por ningun estilo que haya podido turbar su conciencia, cuando los mismos eclesiásticos no titubeaban en sostener el escudo de la fé por medios algo menos escusables que este.

Las grandes y frecuentes calmas y los leves y mudables vientos habian impedido á los buques avanzar mucho durante los últimos dias; y valuando la dis-

tancia recorrida posteriormente en una direccion que solo diferia del Oeste un poco hácia el Sud, parece ser que, á pesar de todas aquellas señales favorables, como los pájaros, los pescados, las yerbas y las calmas, en la mañana del lunes 24 de setiembre, ó sea el décimoquinto despues de haber visto desaparecer la isla de Hierro, la espedicion se hallaba en el Atlántico, poco mas ó menos á igual distancia de ambos continentes, en una paralela de cerca de 31 á 32 grados. El encontrarse los buques talmente á Norte de Canarias, cuando es sabido que Colon habia dirigido su rumbo casi siempre hácia el Oeste, inclinándose un poco al Sud, es una circunstancia que debe atribuirse á la distancia que se habia recorrido con ayuda de tan leves vientos, y quizá á la direccion de las corrientes en general. Hecha esta sucinta esplicacion, volvamos, á los progresos diarios de las caravelas.

La influencia de los vientos tropicales se hizo sentir de nuevo, aunque muy levemente, durante las veinte y cuatro horas siguientes, y la proa de los buques continuó todavía dirigiéndose al Oeste segun la brújula. Como de costumbre, se vieron pájaros, y entre ellos, un pelicano. Las embarcaciones, sin embargo, solo hicieron 50 millas, distancia que se presentó por supuesto disminuida en la guindola destinada á la tripulacion.

La mañana del 25 fué calmosa, mas hácia la noche sintióse una brisa agradable y constante de la parte del Sudeste. Durante el dia, las caravelas permanecieron á corta distancia unas de otras, flotando negligentemente sobre el agua, que apenas surcaban, y avanzando lo mas una milla por hora.

La *Pinta* se mantenia cerca de la *Santa María*, y los oficiales y marineros de ambos buques conversaban libremente acerca de sus esperanzas y situacion. Colon escuchó largo rato aquellas conversaciones, deseando conocer la opinion dominante por las espresiones empleadas por los interlocutores, á pesar de que la necesidad en que se veian de hablar en alta voz y públicamente les obligaba á guardar mas circunspeccion. En fin, llegó un momento favorable en que creyó poder producir un efecto saludable en el ánimo de sus tripulaciones.

—¿Qué os parece la carta que os envié hace tres dias, Martin Alonso? esclamó. ¿No observais en ella alguna cosa que os haga creer que nos aproximamos á las Indias y que toca ya á su fin nuestro tiempo de prueba?

Apenas se dejó oir la voz del almirante, reinó el mas profundo silencio; pues aunque la mayor parte de los marineros estuviesen descontentos y aun dispuestos á levantarse contra él, habia logrado Colon inspirarles á todos un profundo respeto hácia su discrecion y su persona.

—Es una carta preciosa y bien dibujada, D. Cristóbal, respondió Martin Alonso, y hace honor seguramente al que la ha copiado y adicionado, como tambien á su autor primitivo. En mi entender debe ser obra de algun hombre muy instruido, que ha procurado reunir en una carta las opiniones de todos los navegantes mas notables.

—La carta original es debida á un tal Pablo Toscanelli, sábio toscano, que reside en Florencia, hombre que posee grandes conocimientos, y que pone en todas

sus investigaciones un cuidado tal, que hace avergonzar la pereza. Va unida á esta carta una epístola llena de las mas profundas observaciones con respecto á las Indias y á esas islas que notareis situadas con tanta exactitud. Habla tambien de diferentes pueblos que cita como ejemplos maravillosos del poder del hombre, particularmente del puerto de Gaiton, de donde se hacen á la vela todos los años mas de cien embarcaciones cargadas de pimienta. Tambien añade que en tiempo de Eugenio IV, de feliz memoria, fué enviado un embajador al Santo Padre para hacerle presente el deseo que animaba al Gran-Khan (que significa rey de reyes en el lenguage del pais) de entrar en relaciones amistosas con los cristianos del Oeste, como se nos llamaba entonces en aquella parte del mundo, y que pronto se nos llamará del Este.

—Ved ahí una cosa que me sorprende, señor, dijo Pinzon. ¿Cómo se sabe todo eso? ¿Hay una seguridad de que eso es cierto?

—No existe en ello la mas mínima duda, puesto que Pablo dice asimismo en su misiva que él vió muchas veces al embajador y que iba con frecuencia á su sociedad, cuyo embajador era, sin contradiccion alguna, un hombre grave y prudente, pues solo á quien estuviese dotado de tales cualidades podia encargársele de una mision cerca del jefe de la Iglesia. De esto, pues, adquirió Toscanelli un sinnúmero de pormenores curiosos é interesantes acerca de la inmensa poblacion y la vasta estension de aquellas lejanas comarcas, de la magnificencia de su palacio y la hermosura de sus ciudades. Cita en particular una poblacion que sobrepuja á todas las del mundo conocido y un rio que

tiene á sus orillas doscientos pueblos, el cual se atraviesa sobre puentes de mármol. La carta que teneis á la vista, Martin Alonso, prueba que la distancia desde Lisboa á la ciudad de Quisay es exactamente de 3900 millas italianas, ó sea cerca de mil leguas, navegando siempre hácia el Oeste. (1)

—¿Y ese sábio toscano dijo algo tambien de las riquezas de aquel pais?

Semejante pregunta de Alonso hizo aguzar los oidos á todos cuantos llegaron á oirla.

—Sí por cierto; y hé aquí precisamente en los términos que lo hizo el docto Pablo en su epístola: «Aquel es un pais esclarecido, y deberíamos hacer á él frecuentes viajes á causa de sus inmensas riquezas y de la gran cantidad de oro, de plata y de piedras preciosas que de él pueden sacarse.» Dicen que Quisay tiene 35 leguas de circunferencia, y que su nombre traducido al castellano significa *Ciudad del Cielo.*

—En ese caso, murmuró Sancho en voz muy baja, que solo Pepe pudo oirle, no merece la pena que llevemos allá la cruz, porque este signo es propio de la tierra y nó del paraiso.

—Aquí descubro dos grandes islas, señor almirante, dijo Pinzon con la vista fija en la carta. La una se llama Antilla, la otra Cipango, de la cual habla V. E. muchas veces.

—Así es, Martin Alonso; y observareis tambien

(1) Es digno de notarse que Filadelfia se halla sobre poco mas ó menos en la misma posicion en que el bueno de Toscanelli dice haber estado la famosa ciudad de Quisay.



que se hallan colocadas en esa carta con tal precision, que debe servir de mucho á todo hábil navegante para legar á ellas con la mayor facilidad. Ambas se hallan exactamente á 225 leguas una de otra.

—Segun los cálculos que tenemos hechos á bordo de la *Pinta*, noble almirante, no podemos en la actualidad estar muy lejos de Cipango.

—Los cálculos podrán hacer que así aparezca, pero dudo mucho que sean exactos en ese particular. El error comun á todos los pilotos es creerse mas adelantados que lo que resulta segun sus cálculos, mas en la presente ocasion me parece que ha sucedido todo lo contrario. Cipango está situada á muchas jornadas del continente de Asia, y por consiguiente aquella isla no puede distar mucho del sitio en que nos encontramos; pero las corrientes nos han sido contrarias, y yo dudo por lo tanto que nos hallemos tan cerca como vos y vuestros compañeros os imaginais. Devolvedme esa carta; voy á trazar sobre ella nuestra actual posicion; y todos podremos ver si tenemos motivos para desanimarnos ó para llenarnos de júbilo.

Pinzon tomó la carta, la rolló con cuidado, y poniéndola un pequeño peso, la colocó al estreme de una corredera, arrojándola á bordo de la *Santa María* del mismo modo que se arroja la sonda, lo cual era sumamente fácil, atendida la proximidad de ambas embarcaciones. La *Pinta* entonces, desplegando una ó dos velas mas, tomó la delantera á los otros dos buques, pues aquella caravela continuaba siendo la mas velera, sobre todo cuando el viento era leve.

Colon estendió la carta sobre una mesa colocada en la popa, é invitó á cuantos quisiesen á acercarse para

ver con sus propios ojos el punto exacto del Occéano en que creia hallarse la escuadra en aquel momento. El almirante habia señalado con la mayor precision el camino andado cada dia, disminuyendo solamente el cálculo de las distancias para que no lograse demostrar á su tripulacion, con la posible exactitud, bajo que grados de longitud y latitud se encontraban á la sazon los buques. Y como aquel punto se hallaba próximo de las islas que se suponia estar situadas al Este del continente de Asia, aquella prueba positiva del camino ya recorrido produjo mas impresion en el ánimo de los marineros que la que hubiera causado una demostracion fundada en razonamientos abstractos, aunque hubieran estado basados sobre premisas incontestables; porque la mayor parte de los hombres se someten con mas facilidad al testimonio de sus sentidos que á la influencia de los argumentos. Ningun marinero pensó siquiera en inquirir cómo se probaba que la isla de Cipango se encontrase situada realmente en el punto que señalaba la carta, sino que al verla allí figurar en líneas blancas y negras, todos se hallaron dispuestos á creer que allí debia precisamente hallarse situada, y como la reputacion de Colon para calcular la marcha diaria de un buque escedia con mucho á la de todos los demas pilotos de la flota, este hecho se consideró como completamente demostrado. Entregáronse, pues, á los mas grandes trasportes de alegría y pasaron de nuevo del desaliento á la esperanza; mas á esta ilusion debia tambien muy pronto seguirse un desengaño.

No cabe duda alguna de que Colon obró con la mayor sinceridad en cuanto tiene relacion con esta se-

gunda ilusion, esceptuando solo la reduccion diaria que él hacia de la distancia que se adelantaba. Así como todos los cosmógrafos de aquel siglo, él creia la circunferencia de la tierra mucho mas pequeña de lo que es en realidad, como lo han demostrado los cálculos que se han hecho desde aquellos tiempos, y cercenaba de un solo polpe casi toda la longitud del Océano pacífico. Sus ideas en el particular eran bien naturales, y cualquiera se convencerá de ello echando una ojeada sobre los fastos geográficos que los sábios poseian entonces como otros tantos datos para fundar sus teorías.

Sabíase que el continente del Asia estaba cercado al Este por un vasto Occéano, y que otra estension de agua por el estilo circundaba la Europa por la parte de Oeste, de lo cual se deducia la consecuencia plausible, en el supuesto de que la tierra fuese una esfera, de que no existia sino agua é islas entre estos dos límites estremos de la tierra. Pero se halla menos de la mitad de la verdadera circunferencia del globo entre los límites del antiguo continente al Oriente y al Occidente, segun era conocido á fines del siglo XV; en el estado de los conocimientos humanos en aquella época, hubiera sido un grande esfuerzo de una imaginacion atrevida el formarse una idea de hecho tan admirable. Las teorías, pues, se contentaban en circunscribir los límites del Este y del Oeste á un círculo mucho mas estrecho, á falta de datos para trazar uno mas ámplio, creyendo que era ya mucho atrevimiento el sostener que la tierra tenia una forma esférica. Es verdad que aquella teoría se remontaba hasta Ptolomeo y probablemente aun mucho mas lejos: pero la

misma antigüedad de un sistema viene á ser un argumento en contra suya cuando han trascurrido siglos enteros sin que la esperiencia haya demostrado la verdad. Colon suponia que su isla de Cipango ó del Japon se hallaba á cerca de 140 grados de longitud al Este de su verdadera posicion, y como un grado de longitud, bajo los 35 de latitud septentrional á que se halla la del Japon, suponiendo que la superficie de la tierra sea perfectamente esférica, viene á ser sobre poco mas ó menos unas 46 millas geográficas, síguese que Colon habia adelantado dicha isla en la carta mas de 7,000 millas inglesas por la parte del Este, distancia que escede considerablemente de 2,000 leguas marinas.

Todo esto era por consiguiente un misterio no solo para los marineros de las tres caravelas, sino para el mismo célebre navegante, cuyos mas atrevidos pensamientos no hubieran nunca osado ir tan allá. Con todo eso, un hecho de aquella naturaleza no seria bastante para disminuir en un ápice la gloria de los vastos descubrimientos que él hizo en seguida, pues solo probará las circunstancias tan poco favorables en que concibió el plan de su espedicion y con que conocimientos tan limitados logró llevarla á cabo.

Mientras que todos los ánimos se ocupaban de la carta de que acabamos de hacer mencion, era curioso el ver la manera con que los marinos observaban los más pequeños movimientos de Colon, estudiaban la espresion de su fisonomía, siempre grave, é intentaban descubrir el porvenir de cada uno en la contraccion ó en la dilatacion de sus pupilas. Los oficiales y los pilotos de la *Sànta María* estaban á su lado, y algunos

antiguos marinos se atrevieron á aproximarse á la mesa para seguir con la vista la lenta marcha de la pluma del almirante ó escuchar la esplicacion de alguna figura geométrica. En el número de estos se contaba Sancho Mundo, que era reputado generalmente como uno de los mejores marinos de la flotilla en todo aquello que no requeria cierto género de conocimientos que solo se adquíeren con el estudio y en las cátedras. Colon dirigia la palabra benignamente aun á estos últimos, tratando de hacerles comprender ciertos puntos de su profesion que ellos veian practicar diariamente sin comprender sus causas, y les hacia observar particularmente la distancia ya recorrida y la que aun les faltaba por recorrer. Los mas jóvenes y los menos esperimentados no tomaban menos interés que os otros en lo que pasaba, y subidos en los aparejos, veíaseles mirar con la mayor atencion la escena que tenia lugar ante su vista, escuchando la demostracion de las teorías que tan al alcance se hallaban de su inteligencia como las Indias tan deseadas estaban al alcance de sus ojos. Cuanto mas inteligentes son los hombres mas se ocupan de abstracciones, abandonando el dominio de los sentidos para refugiarse en el del pensamiento; pero hasta que este cambio llega á suceder están todos singularmente sometidos á la influencia de las cosas positivas. No siempre produce el mismo efecto lo que se habla como lo que se escribe, y el elogio á la crítica que entra por un oido y sale por otro podria causar una viva impresion si llegase al alma por el intermedio de los ojos. De manera que aquellos marineros, que no podian comprender los argumentos de Colon, estaban persuadidos de que entendian

su carta, y creian muy fácilmente que las islas y los continentes debian existir en los mismos puntos donde los veian diseñados.

Desde que tuvo lugar la operacion que acabamos de describir volvió á reinar el contento y la satisfaccion á bordo de la *Santa María*, y Sancho, á quien se reputaba generalmente por un partidario del almirante, tuvo que contestar á un sin número de preguntas de sus camaradas que deseaban obtener mas pormenores acerca de varios puntos relativos á la carta que acababan de tener á la vista.

—Sancho, preguntóle uno de ellos, que acababa repentinamente de pasar del mayor desaliento al estremo contrario, ¿crees tú que la isla de Cipango sea tan grande como el almirante la designa en su carta? Que existe donde él la ha situado, eso no se necesita mas que tener ojos para verlo, pues parece tan natural como la isla de Hierro ó la de Madera.

—Sí, por cierto, repuso Sancho con tono decisivo, y eso se puede ver por su forma. ¿No has visto allí cabos, bahías y promontorios tan á la vista como en todas las costas que conocemos? ¡Ah! estos genoveses son muy diestros navegantes, y el Sr. Colon, nuestro noble almirante, no creais que se haya venido desde tanta distancia sin saber de antemano en que rada habia de echar el ancla.

Los individuos de mas cortos alcances de la tripulacion encontraban un gran consuelo en unos argumentos tan concluyentes, y no habia un solo marinero que no confiase en ver terminar el viaje felizmente, desde que por sus propios ojos se habia cerciorado de lo que á su modo de ver era una prueba incontesta-

ble de la existencia de una tierra en aquella parte del Occéano.

Cuando hubo terminado la conversacion entre el almirante y Pinzon, la *Pinta*, que llevaba adelantadas ya unas cincuenta toesas á la *Santa María*, alejóse aun un poco mas. De repente, y mientras que los marineros se ocupaban todavía de las nuevas esperanzas á que se entregaban, una esclamacion lanzada á bordo de la *Pinta* atrajo la atencion de todos hácia aquel buque. Pinzon se hallaba de pié en la popa, echando al aire su sombrero y dando á conocer por sus ademanes el júbilo que sentía.

—¡Tierra, señor, tierra! esclamaba. Reclamo mi recompensa. ¡Tierra, tierra!

—¿Por qué lado, Martin Alonso? preguntó Colon con una ansia tal que su voz parecia temblar; ¿por qué lado se descubre esa vista tan hermosa?

—Por allí, por la parte del Sudeste, repuso Pinzon estendiendo su brazo hácia aquel lado. Se descubre una sombría cadena de altas montañas que prometen dejar satisfechos los piadosos deseos del Padre Santo.

Todas las miradas se dirigieron al Sudeste, y cada cuál creyó ver allí la prueba tan ansiada del buen éxito de la espedicion. Notábase en el horizonte una gran masa cubierta de vapores, cuyos contornos, sin ser bien perceptibles, estaban, sin embargo, mas marcados que lo estan comunmente las nubes; pero al mismo tiempo era tan confusa aquella mole, que se necesitaba tener una vista bien ejercitada para distinguirla en medio de la oscuridad del vacío. De esta manera suele aparecerse la tierra á los marinos cuando la

atmósfera se encuentra en cierto estado que no permite distinguir nada, sino muy escasamente, á los ojos de los hombres. Colon conocia tan á fondo todos los fenómenos del Occéano, que apenas cada uno hubo dirigido su mirada al punto del horizonte indicado, todos los ojos se fijaron en él para inquirir cuál seria su opinion. Era imposible engañarse, segun la fisonomía del almirante, que en el momento apareció radiante de placer y animada de un entusiasmo religioso. Descubrióse la cabeza, y alzando al cielo sus ojos, que espresaban un reconocimiento sin límites, se hincó de rodillas para tributar públicamente las debidas gracias al Eterno. Aquella era la señal del triunfo, y sin embargo, en la situacion en que se encontraban nuestros marinos, no era un sentimiento de triunfo el que dominaba entre ellos. Estaban convencidos, así como Colon, de que se hallaban en manos de Dios, y el reconocimiento se apoderó simultáneamente de todos los corazones. Todos se arrodillaron á un tiempo á bordo de los tres buques y entonaron en coro el cántico sublime, ¡*Gloria ni exelsis Deo!*, elevándose al cielo de este modo la voz del agradecimiento por la primera vez desde la creacion del mundo en la inmensa soledad del Occéano. Es verdad que en aquella época era costumbre, en la mayor parte de las embarcaciones cristianas, celebrar los oficios de la mañana y de la noche: pero en esta circunstancia se oia por primera vez aquel sublime cántico entre las olas, que despues de largos siglos, ya en su furor ya en su calma, cantaban sin cesar las alabanzas del que por su sola voluntad las habia sacado de la nada.

—¡Gloria á Dios en los cielos! cantaron aquellos

toscos marineros, cuyo corazon se sentia enternecido á la sola idea de los peligros á que habian estado espuestos y del éxito que habian al fin alcanzado; sus voces se dejaban escuchar como si una sola boca hubiese reproducido la solemne armonía de aquel canto religioso: Gloria á Dios en los cielos y paz á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, os bendecimos, os adoramos, os glorificamos, os tributamos gracias por vuestra bondad infinita, etc. etc. ect.

Entre aquel canto sublime, que se aproxima á los de los ángeles en cuanto cabe en el poder del hombre, oíase la voz de Colon, fuerte y sonora, pero respirando la mayor emocion.

Concluido aquel acto de piadoso agradecimiento, los marineros subieron á los mástiles para cerciorarse mas aun de aquel suceso. Todos convinieron en que la masa todavía informe que se descubria no podia ser mas que tierra, y á su primer trasporte de alegria sucedió un sentimiento mas tranquilo de seguridad. Púsose el sol un poco hácia el Norte de las sombrías montañas que se dejaban entreveer, quedando el Occéano tan cubierto de sombras como nunca se le vé bajo el cielo de los trópicos y en un firmamento despejado. Cuando se hubo establecido el primer cuarto, Colon, que siempre que el viento lo permitia habia hecho dirigir el rumbo hacia el Oeste, dió órden, á fin de satisfacer la impaciencia de las tripulaciones, de emprender el mismo rumbo, segun la brujula, lo cual, de hecho, venia á ser como dirigirse al Sudeste cuarto de Sud. Arreció el viento, y como el almirante habia supuesto que la tierra se hallaba á unas 25 leguas cuando dejó de vérsela al poner el sol, nadie dudaba

en la pequeña flota que se distinguiese claramente á la mañana siguiente. Colon mismo alimentaba esta esperanza, aunque varió su rumbo con repugnancia, pues creia firmemente encontrar el continente avanzando directamente al Oeste, ó hácia lo que él creia el Oeste, á pesar de que no tenia la misma confianza de descubrir por aquella parte una isla.

Pocas fueron las personas de las tres tripulaciones que durmiéron con entera tranquilidad aquella noche.

Las riquezas y maravillas del Oriente se representaron á manera de visiones en el ánimo de aquellos que tenian menos alcances, viniendo á turbar su dormir sueños que la sed del oro y la curiosidad no podian menos de hacer fatigosos. Los marineros dejaban á cada momento sus hamacas para subir á los mástiles y ver si inquirian alguna nueva prueba de la proximidad de la tierra: pero todos sus esfuerzos por penetrar en la oscuridad y para descubrir objetos á los que su imaginacion daba ya una forma, fueron inútiles. Durante la noche, los buques, avanzando en derechura hácia el Sudeste, hicieron diez y siete leguas sobre las veinte y cinco que Colon habia calculado que le separaban de la tierra, y en el momento en que iba á aparecer la aurora, todos los que se hallaban á bordo estaban levantados con la esperanza de ver á los primeros albores del dia iluminar un espectáculo que entonces les parecia merecer bien el largo viaje que habian hecho y los peligros á que se habian visto espuestos.

—Yo veo brillar en el Oriente una faja de luz, esclamó Luis con alegria; conque ahora ya, señor al-

mirante, podemos llamaros la gloria y el honor del mundo.

—Todo depende de Dios, mi jóven amigo. Que la tierra esté ó no cerca de nosotros, ella forma los límites del Occéano occidental y debemos llegar hasta esos límites. Pero teneis razon, amigo Gutierrez, la luz principia á aparecer en el horizonte y aun se alza formando círculo sobre la mar.

—Yo desearia que el sol saliese por el Oeste, aunque no fuera mas que este dia, para que pudiéramos ver por primera vez nuestras nuevas posesiones en esa gloriosa parte del cielo que sus rayos van á alumbrar sobre los mismos parages que acabamos de atravesar hace poco.

—Eso no es posible, maese Pedro, porque desde el mas remoto orígen de los tiempos el sol no ha dejado un solo dia de recorrer su carrera de Este á Oeste, y así continuará siempre hasta lo infinito: acerca del particular podemos referirnos á nuestros sentidos, aunque á veces tambien nos engañan en diferentes ocasiones.

De este modo razonaba Colon, él, cuyo genio habia aventajado á su siglo en su estudio favorito, él, de ordinario tan tranquilo y tan filósofo, y solo á causa de que aun no habia logrado sacudir el yugo del hábito y de la preocupacion. El célebre sistema de Ptolomeo, esa mezcla singular del error y de la verdad, era la ley favorita de la época en astronomía. Muchos años despues del descubrimiento de la América fué cuando Copérnico, que era muy jóven al emprender Colon su viaje, sujetó la precision de la ciencia al exacto y justo pensamiento de Pitágoras, justo en su primera base, si bien imaginario con relacion á las causas y á los

efectos; y lo que demuestra todo el peligro que habia entonces en seguir la marcha progresiva del pensamiento, es que ese mismo Copérnico recibió por recompensa de aquel notable esfuerzo de la razon humana la escomunion de la iglesia, la cual estuvo pesando sobre su alma, sino sobre su cuerpo, hasta una época nada lejana de la nuestra. Esta sola circunstancia bastará para hacer ver al lector cuántos obstáculos tuvo que vencer el célebre navegante para dar cima á la grande empresa que habia concebido.

Mas durante esta digresion ha aparecido ya el dia, y la luz comienza á esparcirse en el cielo y sobre el Occéano. Todas las miradas se hallaban fijas en el horizonte occidental, pero bien pronto el estremecimiento del desengaño heló todos los corazones, cuando la esperanza cedió á la certidumbre, cuando fué una cosa evidente que no se descubria tierra alguna. Los buques acababan de pasar aquellos mismos límites del horizonte visible en donde se veian acumuladas á la caida de la tarde precedente grandes montones de nubes, no pudiendo á nadie quedar duda de que sus sentidos se habian engañado por cualquier accidente de de la atmósfera. Entonces todas las miradas se dirigieron al almirante, el cual, aunque sentia en el fondo de su corazon el peso cruel del desengaño, demostró, sin embargo, una tranquila dignidad que nada en el mundo era capaz de turbar.

—Estas falsas apariencias no se presentan con frecuencia, señores, dijo á los que le rodeaban pero esforzando bien la voz para que le oyese toda la tripulacion, así como tampoco son siempre tan engañosas como las que acabamos de observar. Cuantos han via-

jado por el mar han visto sin duda otras semejantes. Como hechos físicos, no deben considerarse ni en favor nuestro ni en contra; mas como presagios, cada cual las mirará segun su confianza en Dios, á cuya bondad debemos muchas mas gracias que las que nuestra gratitud puede retribuirle entonando el *Gloria in excelsis* desde la mañana hasta la noche y por todo el tiempo que nuestra voz lo consienta.

—Sin embargo, D. Cristobal, repuso uno de los oficiales, nosotros habíamos concebido tan grandes esperanzas, que este desengaño no puede menos de sernos muy sensible. Vos que hablais de presagios, señor, ¿notais acaso alguna señal física que os dé á conocer que nos hallamos próximos al Cathay?

—Dios es quien envia los presagios: ellos son una especie de milagro que precede á los acontecimientos naturales, así como los milagros verdaderos los esceden. Yo creo que esta espedicion es un designio inspirado por Dios, y no hallo irreverencia en suponer que se han acumulado nubes en el horizonte y han tomado la forma de la tierra para escitarnos á la perseverancia y como una prueba de que nuestros trabajos acabarán por ser recompensados. Sin embargo, yo no diré que esto haya sucedido mas que por medios ordinarios y naturales, porque semejantes ilusiones nos son familiares á nosotros los marinos.

—Procuraré comprenderlo de ese modo, señor almirante, contestó el oficial, y terminó con esto la conversacion.

Habiendo, pues, desaparecido lo que tan confiadamente habian creido ser la tierra, la tristeza volvió á apoderarse de las tres tripulaciones, que pasaron nue-

vamente de la esperanza al desaliento. Colon siguió dirigiendo su rumbo hácia el Oeste, segun la brújula, pero en realidad al Oeste cuarto Sudeste; sin embargo de esto, á esó del mediodia, cediendo á las vivas instancias de cuantos le rodeaban, cambió por segunda vez de rumbo poniendo la proa al Sudeste. Continuó avanzando por aquel lado hasta que hubo caminado lo bastante para hacer conocer á los incrédulos que la noche anterior habian sido engañados por las nubes. Llegó la noche, y como ya no quedaba el menor vislumbre de esperanza, volvieron á emprender el rumbo hácia el Oeste. En el trascurso de aquellas veinte y cuatro horas se hicieron treinta y una leguas, que solo figuraron como veinte y cuatro á los ojos de las tripulaciones.

Siguiéronse muchos dias sin que ocurriese ningun acontecimiento de importancia. El viento continuó favorable, pero á veces era tan leve, que no se hacian mas de cincuenta millas por cada 24 horas. La mar estaba en calma, y volvieron á aparecer otra vez yerbas marinas, si bien en menor cantidad que antes. El 29 de setiembre, á los cuatro dias de haber gritado Pinzon ¡tierra, tierra!, se vió aparecer un pájaro de una especie que llaman *rabihorcados*; y como los marinos estan generalmente persuadidos de que esta ave no se aparta á mucha distancia de la ribera, su vista hizo renacer por un momento la esperanza. Tambien se dejaron ver dos pelicanos, y el aire que se respiraba era tan agradable y embalsamado, que Colon opinaba que solo faltaban algunos ruiseñores para que las noches fuesen tan deliciosas como las de Andalucia.

De este modo iban y venian las diferentes aves, haciendo concebir esperanzas que bien pronto se veian desvanecidas, y volando á veces en número tan crecido, que parecia imposible que se arriesgasen de aquella manera sobre el vasto Occéano sin conocer bien á fondo su situacion. La declinacion de la aguja volvió á llamar la atencion del almirante y de toda la tripulacion, siendo la opinion unánime que no podia esplicarse aquel fenómeno sino por los movimientos de la estrella polar. Por último, llegó el 1.° de octubre, y los pilotos de la *Santa María* se dedicaron con la mayor formalidad á asegurarse de la distancia á que se hallaban de la Europa. Habian sido engañados asi como el resto de la tripulacion, por la oportuna maniobra de Colon, y cuando se dirigieron á él á darle cuenta del resultado de sus cálculos, á la sazon que se hallaba en su puesto ordinario sobre la popa, su fisonomía era un fiel espejo que reflejaba completamente sus inquietudes.

—Señor almirante, dijo uno de los pilotos, nos hallamos nada menos que á 578 leguas al Oeste de la isla de Hierro. Esta es en verdad una increible distancia para seguir arriesgándonos en un Occéano desconocido.

—Es cierto, valiente Bartolomé, repuso Colon tranquilamente; pero cuanto mas nos arriesguemos, tambien reportaremos mas honra. Vuestros cálculos no están arreglados á la verdad, pues de los mios, que no son un secreto para nadie, resultan 584 leguas, ó lo que es lo mismo, seis mas que sacais vosotros. Ademas, esto apenas es comparable con un viage de Lisboa á Guinea, y no hemos de ir á dejar que nos aventajen los marinos de D. Juan.

—¡Ah! señor almirante, es que los portugueses conocen el camino de sus islas y van costeando el antiguo mundo, mientras que nosotros, si llega á suceder que la tierra no sea realmente una esfera, vamos avanzando cada dia hácia su estremidad, y corremos peligros tales que no podemos formarnos una idea.

—Vamos, vamos, Bartolomé, que hablais como un barquero de un rio cualquiera á quion un fuerte viento ha arrojado mas allá de su barra y que cree correr los mas grandes peligros que nadie ha pasado solo porque el agua que ha tragado es algo salada. Manifestad resueltamente vuestros cálculos á la tripulacion, y procurad reanimar su esperanza, pues de ese modo no se acordarán de vuestros temores cuando nos hallemos en los bosques del Cathay.

—Ese hombre se muere de miedo, dijo friamente Luis mientras que los pilotos bajaban de la popa con lentos pasos y lastimado el corazon. Esas tristes seis leguas son para él un peso demasiado escesivo. Las 578 ya le habian amostazado; pero 584 son para su débil espiritu una carga insoportable.

—¿Pues qué hubiera dicho si llega á conocer la verdad entera, verdad que ni vos mismo la sabeis?

—¿Pero á lo menos yo confio, D. Cristobal, que no me habreis ocultado ese secreto por desconfianza en la firmeza de mis fuerzas?

—Yo creo, conde de Llera, que hubiera hecho mal en eso; y sin embargo, aun desconfia uno de sí mismo cuando se trata de intereses de tal calibre que solo penden de un hilo. ¿Os formareis, quiza, una idea de la distancia que hemos atravesado?

—¡No, por Santiago, señor! Me basta solo saber



que nos hallamos muy lejos de Doña Mercedes, y para mí una legua mas ó menos es cosa de escasa importancia. Si vuestra teoría es verdadera y es cierto que la tierra es redonda, tengo el consuelo de saber que con el tiempo nos encontrarémos en España dando cara al sol.

—Pero siempre os formareis una idea de la distancia á que nos hallamos de la isla de Hierro, puesto que no ignorais que he disminuido el cálculo de nuestra jornada diaria antes de ponerla á la vista de la tripulacion.

—Para deciros la verdad, D. Cristobal, la aritmética y yo no estamos en muy buenas relaciones. Aunque me costara la vida, me seria imposible demostraros por medio de números el total importe de mis rentas, aunque me seria mucho mas fácil hacerlo de cualquiera otra manera. Sin embargo, y esto es la pura verdad, yo creo que en vez de vuestras 584 leguas, podrán ser muy bien 610 ó 620.

—Añadid encima todavía 100 leguas, y os aproximareis mas á la verdad. Nos hallamos en este mismo momento á 707 leguas de la isla de Hierro, y nos vamos aproximando rápidamente al meridiano de Cipango. Así que pasen unos ocho ó diez dias á lo mas, yo principiaré formalmente á esperar ver el continente de Asia de un momento á otro.

—Hemos viajado mas de lo que yo creia, señor, repuso Luis con negligencia; pero continuad, que al menos uno de los que os acompañan no ha de quejarse, aunque tuviéramos que dar la vuelta al mundo.

CAPITULO XXII.

Iban ya trascurridos veinte y tres dias desde que nuestros aventureros habian perdido de vista la tierra, y escepto algunos insignificantes cambios de viento y uno ó dos dias de calma, habian constantemente seguido su rumbo hácia el Oeste, con alguna variacion al Sud, que fué aumentándose sucesivamente hasta mas de los 12 grados, si bien este último hecho les era desconocido. Sus esperanzas fueron tantas veces burladas, que una especie de disgusto comenzaba ya á reinar entre los marineros, el cual solo por momentos solia disiparse, esto es, cuando las nubes, produciendo alguna pasajera ilusion, hacian lanzar de nuevo el grito de ¡tierra! ¡tierra! Sin embargo, hallábanse en ese estado de fermentacion que admite cualquiera súbita mudanza; y como el mar seguia tan tranquilo como un rio, el aire embalsamado y el tiempo magnífico, no se dejaban enteramente llevar de su desesperacion. Sancho argumentaba á su manera con los compañeros, y segun su costumbre, oponia á la ignorancia y á la falta de juicio un tono doctoral y un descaro imperturbable, mientras que Luis, por su parte, ejercia una feliz influencia en el ánimo de

los oficiales por su confianza y su buen humor. Colon conservaba su aire de dignidad tranquila y reservada, firme en la exactitud de sus teorías y sin cejar un punto en su resolucion de conseguir el objeto propuesto. El viento seguia favorable, y durante el dia y la noche del 2 de octubre sus buques avanzaron mas de 100 millas por aquel ignorado y misterioso mar. Las yerbas marinas se dirigian entonces hácia el Oeste, lo cual no dejaba de ser un cambio notable, pues hasta entonces las corrientes les habian impelido en opuesta direccion. La jornada del 3 fué aun mas favorable todavía, habiendo recorrido en ella 47 leguas. El almirante principió á creer entonces que se hallaba mas allá de las islas marcadas en su carta; pero, armándose de aquella firme resolucion propia de un hombre que está sostenido por lo elevado de sus proyectos, se decidió á continuar su rumbo al Oeste á fin de llegar directamente á las costas de la India. Aun fué mas propicio el dia 4, pues la flotilla, sin separarse un instante de su rumbo, habia hecho 189 millas, la distancia mayor que habia recorrido en una jornada, distancia formidable para unos hombres que contaban con inquietud los dias y hasta las horas, y la cual rebajó Colon para toda la tripulacion á 138 millas.

La jornada del viernes 5 de octubre principió bajo los mas felices auspicios. La mar estaba en calma, y Colon vió surcar el agua á su caravela á razon de unas ocho millas por hora, celeridad que jamás habia observado, y que le hubiera hecho andar aun mas camino que la víspera si el viento no se hubiera echado durante la noche. Sea como quiera, ello es que aun se interpusieron 57 leguas mas entre los buques y la is-

la de Hierro, distancia que para la tripulacion quedó reducida á 45. El dia siguiente no dió de sí ningun acontecimiento importante; la Providencia parecia comunicar á los buques un grado tal de velocidad, que debia dar por resultado la solucion del gran problema que Colon habia discutido por largo tiempo con los sábios. Ya era de noche cuando la *Pinta* se acercó lo bastante á la *Santa María* para que pudiesen hablarse sin bocina.

—¿El señor D. Cristóbal se halla en su puesto, segun costumbre? preguntó Pinzon con el tono de un hombre que tiene algo que le mortifica su espíritu; veo gente en la popa, pero no alcanzo á distinguir si se halla allí S. E.

—¿Qué es lo que quereis, Martin Alonso? respondió el almirante; estoy aquí, aguardando á descubrir las costas de Cipango ó del Cathay, (me es indiferente sean unas ú otras) cuando a Dios le plazca, en su bondad, dejárnoslas ver.

—Tengo tantos motivos para creer, noble almirante, que debemos cambiar de rumbo y dirigirnos mas hácia el Sud, que no he podido resistir al deseo de venir á hablaros de ello. La mayor parte de los últimos descubrimientos se han hecho en latitudes meridionales, y deberíamos por lo mismo dirigirnos mas al Sud.

—Cuando nos hemos dirigido hácia esa parte, ¿hemos ganado ó adelantado algo mas? Vuestro corazon me parece que aspira á un clima mas meridional, mi digno amigo, mientras que, á mi modo de ver, nos hallamos en este momento en un paraiso de perfumes, al cual solo la tierra puede ser preferible. Es posible

que hallásemos islas al Sud y aun al Norte; pero debemos encontrar un continente al Oeste. ¿Por qué habremos de abandonar lo cierto por lo dudoso, y renunciar á un gran descubrimiento por la sola esperanza de hacer uno de menos importancia? ¿Por qué hemos de preferir á Cipango ó al Cathay una isla que será sin duda alguna muy agradable y muy productiva, pero que carecerá de un nombre célebre, y cuyo descubrimiento no podrá ser tan glorioso como el de las costas orientales del Asia?

—Yo desearia, sin embargo, poder decidiros á navegar mas al Sud.

—Vamos, vamos, Martin Alonso, olvidad semejante deseo. Mi corazon está fijo en el Oeste y mi razon me indica que debo seguirle. Por el pronto oid mis órdenes, y despues buscad á la *Niña*, para que vuestro hermano el digno Vicente Yañez pueda tambien contribuir á ejecutarlas. Si llegamos á separarnos durante la noche, ambos continuareis vuestro rumbo hácia el Oeste y tratareis de volvernos á encontrar, puesto que para cada uno de nosotros seria desagradable é inútil el andar errantes y aislados por este ignorado Occéano.

Aunque en verdad no muy satisfecho, Pinzon se vió obligado á obedecer, y despues de breve y vivo altercado con el almirante, marchóse para llevar las órdenes á la falúa.

—Martin Alonso principia á vacilar, dijo Colon á Luis. Es un marino diestro y arriesgado, pero la constancia en sus proyectos no es seguramente su principal mérito. Es preciso que la mano fuerte de la autoridad le

impida el ceder á esa flaqueza. ¡El Cathay! El Cathay es el único objeto de mi viaje.

Despues de media noche arreció el viento, y por espacio de dos horas las caravelas surcaron la vasta superficie del Occéano con la mayor rapidez, esto es, á razon de nueve millas por hora. Pocos eran los que entonces se desnudaban; sino era para mudar de traje, asi es que Colon pasó la noche sobre la popa, echado en una vieja vela. Luis hizo otro tanto, y ambos se hallaban ya de pié cuando empezó á apuntar la aurora. La idea mas general era que la tierra estaba cerca y que iba á hacerse un gran descubrimiento. Los soberanos tenian ofrecido una pension vitalicia de 10,000 maravedises al que primero descubriese tierra: asi es que todos los ojos estaban en acecho, siempre que la ocasion lo permitia, con objeto de adquirir aquel premio.

Cuando la luz principió á estenderse sebre el Occéano, hácia el horizonte occidental, todos creyeron ver una apariencia de tierra, y á bordo de los tres buques se apresuraron á desplegar las velas, cada cual de ellos deseando adelantar á los otros, á fin de qne su tripulacion tuviese mas probabilidades de obtener la recompensa prometida. Por lo tanto, la ventaja y la desventaja estaba singularmente divididad entre los tres competidores; la *Niña* era la mas veloz cuando el viento era leve y habia calma, pero tambien era la mas pequeña; la *Pinta*, que era la que seguia segun sus dimensiones, aventajaba á las demas apenas arreciaba el viento, y la *Santa Maria*, la menos velera de la escuadra, tenia los palos mas elevados y por consiguiente descubria mucho mas horizonte.

—Parece que hoy la gente tiene buenos ánimos, don Cristóbal, dijo Luis, que estaba de pié al lado del almirante, y aguardando con él á que fuese dia claro, y podemos esperar quizá descubrir tierra, como eso dependa del poder de la vista. La distancia que ayer recorrimos ha despertado todas las esperanzas, y es preciso que descubramos tierra, aunque tengamos que hacerla salir del fondo del Occéano.

—Hé ahí á Pepe, el humilde esposo de Mónica, colocado en la mas alta verga, con la vista fija en el occidente con la esperanza de ganar la pension ofrecida por los reyes, dijo Colon sonriendo. Una pension de 10,000 maravedises no dejaria de ser un alivio para la madre desolada y para el hijo abandonado.

—Mirad Martin Alonso como no se descuida, señor, y como la *Pinta* hace fuerza de vela. Pero Vicente Yañez le adelanta, y se conoce que está resuelto á saludar el primero al Gran-Khan, sin tener consideracion á los derechos de su hermano mayor.

—¡Señor! ¡Señores! esclamó Sancho sentado sobre una verga con tanta satisfaccion como puede estarlo una dama de nuestros tiempos recostada en una otomana: la falua hace una señal.

—Es verdad, dijo Colon; Vicente Yañez acaba de enarbolar el pabellon de la reina, y el cañonazo que acabamos de oir nos anuncia algun notable acontecimiento.

Como aquellas dos señales eran las convenidas caso de que uno de los buques descubriese tierra antes que los otros, nadie dudó que la falua hubiese anunciado realmente el éxito definitivo de la espedicion; mas sin

embargo, el recuerdo del cruel desengaño recientemente esperimentado contuvo todos los labios hasta que la verdad fué bien patente, si bien cada cual dió por lo bajo gracias al cielo. Con todo, se desplegó á bordo de la *Santa María* hasta la última vela, y los buques parecia que aumentaban en velocidad conforme avanzaban hácia el Oeste, semejantes á las aves cuyas alas fatigadas por un vuelo prolongado hacen mas y mas esfuerzos cuando perciben á lo lejos algunos árboles donde poderse reposar.

Las horas trascurrieron, sin embargo, sin que se confirmase tan halagüeña nueva. Es verdad tambien que durante toda la mañana estuvo el horizonte por la parte del Oeste cargado de nubes que engañaron mas de una vez á los ojos mas esperimentados; pero cuando entró mas el dia, y despues de andadas ya 50 millas, no pudieron menos de atribuirse las esperanzas de la mañana á alguna otra ilusion de óptica. El desaliento que siguió á esta nueva decepcion fué aun mas amargo que ninguno de los esperimentados hasta entonces, y algunos murmullos nada equívocos, murmullos que no se trataban de ocultar, se dejaron oir por todas partes. Decíase, entre otras cosas, que una maligna influencia prestaba impulso á la espedicion para conducir á las embarcaciones á su ruina en medio de un Occeano no conocido.

Se ha querido suponer que Colon en aquellos momentos se vió obligado á transigir con sus tripulaciones y á prometerles que sino descubrian tierra en un término dado renunciaria á su empresa; pero se equivocan grandemente los que han tratado de atribuir tal debilidad al gran navegante; pues lejos de

éso, y en el mismo instante en que muchos le creian en el estremo mas recóndito de la tierra, supo conservar el pleno ejercicio de su autoridad, persistir en sus designios y hacer alarde de su poder con la misma calma y la misma firmeza que lo hubiera podido hacer en cualquier rio de España. Mas sin embargo, la prudencia y la política le sugirieron al cabo un cambio de conducta, que no fué ni tan orgulloso ni tan obstinado que la desechase, pero que fué, sí, emanado de su propia voluntad.

—Segun mis cálculos secretos, Luis, nos hallamos en este momento á mil buenas léguas de la isla de Hierro, dijo á su jóven compañero en una conferencia privada que tuvieron al caer el dia, y este es precisamente el momento en que debemos esperar ver las costas del Asia. Hasta ahora solo pobia esperar el encontrar algunas islas, y aun esto tampoco lo esperaba, á pesar de que Martin Alonso y los pilotos tuviesen de ello tan grandes esperanzas; pero esas numerosas bandadas de pájaros que hoy hemos visto parece que nos brindan á seguir su vuelo, que sin duda tendrá la tierra por paradero; vóy pues, á cambiar de rumbo dirigiéndo la proa mas al Sud, aunque no tanto como quisiera Pinzon, pues el Cathay está perpétuamente ante mi vista.

Colon dictó en seguida las disposiciones al efecto: los otros dos buques se acercaron á distancia suficiente de la *Santa María* para poderles hablar con la bocina, y sus comandantes recibieron órden de dirigir el rumbo hácia el Oeste-Sud-Oeste. La razon que dió para un cambio de esta especie fué el gran número de aves que se habian visto volar en aquella direccion,

siendo la intencion del almirante seguir aquel rumbo por espacio de dos dias.

A pesar de todo esto, la tierra no se dejó ver en todo el trascurso de la mañana; mas como el viento era leve y solo se habian hecho cinco leguas desde el cambio de rumbo, aquel desengaño vino á causar menos mal efecto que de costumbre. No obstante sus dudas y sus temores, todos cuantos iban á bordo de los buques disfrutaban de la frescura embalsamada de la atmósfera, notándose el aire perfumado hasta tal punto, que servia de placer el respirarlo. Volviéronse á encontrar de nuevo multitud de yerbas marinas, y la mayor parte de ellas parecian tan frescas como si solo hiciese uno ó dos dias que se habian arrancado de su tallo. Dejáronse asimismo ver dos pájaros que, á no dudarlo, eran de la tierra, y aun pudo cogerse uno de ellos. Los anades abundaban mucho, y hasta se vió tambien un pelicano.

De este modo se pasó el dia 8 de octubre, mas nuestros aventureros no perdieron aun sus esperanzas, á pesar de que los buques no habian adelantado mas de unas 40 millas en 24 horas. El dia siguiente no ocurrió mas novedad que una mudanza de viento que obligó al almirante á dirigir el rumbo al Oeste cuarto Nordeste durante algunas horas. Semejante necesidad no pudo menos de contrariarle un poco, pues él deseaba navegar directamente hácia el Oeste, ó por lo menos al Oeste cuarto Sudeste; pero sirvió, sin embargo, para inspirar confianza á varios marineros que estaban asustados de ver que el viento soplaba siempre de una misma parte. Si aquel rodeo hubiera continuado, hubiera sido de hecho lo mismo que nave-

gar en la direccion que el almirante deseaba seguir; pero se hallaban á la sazon los buques á ciertos grados de longitud y de latitud en que la aguja recobra toda su propiedad y su direccion ordinaria. Durante la noche, los vientos tropicales volvieron á regir, y en la mañana del 10, aun bien temprano, las embarcaciones avanzaban hácia el Oeste-Sudeste, segun la brújula, lo que era en realidad, ó poco menos, el rumbo verdadero.

Tal era el estado de las cosas al salir el sol el dia 10 de octubre de 1492. El viento habia arreciado, y los buques navegaban á razon de cinco á nueve millas por hora. Las señales de proximidad de la tierra se habian hecho tan frecuentes, que á cada legua que se andaba creian los marineros que iban á descubrirla, y á bordo de los tres buques casi todas las miradas estaban sin cesar fijas en el horizonte occidental, deseando cada cual ser el primero que pudiese dar aviso tan halagüeño. El grito de ¡ tierra ! ¡ tierra ! se habia dejado oir ya tantas veces, que Colon anunció que el que lo diese sin justo motivo perderia sus derechos á la recompensa, aunque posteriormente llegase á merecerla. Esta órden inspiró alguna mas circunspeccion, y durante los dias 8, 9 y 10 de octubre ni una sola boca se abrió para dar inciertas esperanzas. Mas como en este último dia se habia adelantado mucha mas distancia que en los dos precedentes, todos fijaron sus miradas aquella tarde en el horizonte occidental, pero con una atencion tal como nunca se habia prestado á la postura del sol. Aquel era, pues, el momento mas á propósito para semejante examen, cuando el grande astro iba á desaparecer de un momento á otro, ilumi-

nando á la sazon con su resplandor toda la estencion de las aguas por aquel lado, de suerte que presentaban ante los ojos todos sus secretos.

—¿No es una elevacion de tierra lo que se vé allá bajo? preguntó Pepe á Sancho en voz baja mientras que tomaban asiento sobre una verga y miraban lo mas elevado del disco del sol, que parecia una brillante estrella próxima á hundirse en el horizonte. ¿O acaso es una de esas malditas nubes que nos han engañado ya tantas veces?

—No es ni lo uno ni lo otro, Pepe, repuso Sancho, que tenia mas sangre fria y mas esperiencia. Es una oléda que se agita en el horizonte. ¿Has visto tu acaso en alguna ocasion una calma tan profunda para que el agua forme círculo en el horizonte? No, no; hoy no se descubre tierra al poniente. El Occéano por ese lado presenta igual aspecto que si estuviésemos en la ribera occidental de la isla de Hierro, considerando la vasta estension del Occéano Atlántico. Nuestro noble almirante podrá saber para sí lo cierto, Pepe; pero lo que es hasta ahora no hay mas pruebas que las que dan de sí sus argumentos.

—¿Acaso te decides en contra suya, Sancho? ¿Será posible que tu digas que es un loco que trata de conducir á sí y á los demas á su ruina por solo el placer de morir almirante de hecho y virey en su imaginacion?

—Yo no me decido contra un hombre cuyos doblones están decididos por mí, Pepe; eso seria indisponerme con el mejor amigo que tanto el rico como el pobre pueden tener, y este mejor amigo es el oro, Don Cristóbal, á no dudarlo, es todo un sábio, y aunque ni

él ni ninguno de nosotros lleguemos jamás á ver una sola de las joyas del Cathay ni arrancaremos un solo pelo de la barba del Gran-Khan; por el pronto ya han demostrado una cosa á mi entera satisfaccion, y es que la tierra es redonda. Efectivamente, si fuese llana, toda esta agua no permaneceria en su estremidad, pues es evidente que se escurriría, como la misma tierra no formase un dique que la detuviera. ¿No conoces esto mismo, Pepe?

—Sin duda alguna: sí, eso está en la rason y en la esperiencia de cada uno. Mónica tiene al genovés por un santo.

—Oye, Pepe, tu Mónica es en verdad una mujer estraordinariamente sensata, y á no ser así no se hubiera casado contigo, habiendo podido elegir entre una docena de tus camaradas. Yo mismo he pensado en ella algunas veces, y se lo hubiera dicho, si ella hubiera juzgado conveniente el llamarme tambien santo; pero muy lejos de eso, me distinguió con un epiteto enteramente diferente. Suponiendo, pues, que el señor Colon fuese un santo, por eso no habia de ser mejor almirante, porque yo no he dado aun con santo alguno, ni aun con una vírgen, que fuese capaz de dirigir un buque ni tan siquiera de Cadiz á Barcelona.

—Estás hablando, Sancho, de los santos y de las vírgenes con muy poco respeto, y te olvidas sin duda de que todo lo saben.

—Todo, escepto esto. ¿Cuánto va que Nuestra Señora de la Rabida no sabria distinguir el Oeste-sud-oeste-medio-oeste del Este-nordeste-medio-oeste? Hé intentado examinarla en este particular, y me he convencido que es tan ignorante acerca de ello como tu

Mónica lo es acerca del modo con que la duquesa de Medinasidonia saluda al noble duque su marido cuando vuelve de cazar con sus halcones.

—Y tambien me atrevo yo á decir que esa duquesa no sabria que decirme si se hallase en el lugar de Mónica y tuviese que salir á recibirme, cómo lo sabrá Mónica, cuando regresemos de esta famosa espedicion. Si es cierto que yo jamás he cazado con halcones, tambien es bien seguro que ese señor duque no ha navegado por espacio de 32 dias al Oeste de la isla de Hierro, y esto sin volver á ver tierra ni una vez siquiera.

—Eso es una verdad, Pepe, y ademas de todo, que aun no te hallas de vuelta en Palos despues de hecho todo lo que dices.

—¿Pero qué significa todo ese movimiento sobre cubierta? ¿Qué mosca habrá picado á esa gente? Juraria que han descubierto el Cathay ó distinguido al Gran-Khan brillante como un carbunclo en su trono.

—Pues la causa de esa agitacion es mas bien porque no han visto ni descubierto nada. ¿No oyes las voces y las amenazas que pronuncian los jefes del tumulto?

—¡Por Santiago! Si yo fuese D. Cristobal, habia de rebajar un doblon del salario de cada uno de esos bribones, y lo repartiria entre los hombres pacíficos como tú y como yo, Pepe, que estamos prontos á morir de hambre antes que volvernos atrás sin haber visto el Asia.

—Eso está muy bien pensado, Sancho: pero bajemos para que vea el almirante que aun tiene amigos con quien contar en la tripulacion.

Habiendo Sancho accedido, Pepe y él se hallaron en un minuto sobre cubierta, donde hallaron á la tripulacion toda amotinada de un modo tal, como no se habia visto desde su partida de España. La continuacion de los vientos favorables y lo propicio y hermoso del temporal habian hecho consentir hasta tal punto á los marineros que tocaban ya al término de su viaje, que á la sazon todos pensaban únanimemente que estaban en el caso de insistir para con el almirante á fin de que renunciase á una espedicion que solo podia conducirles á una muerte cierta. La discusion era viva y animada, y aun uno ó dos de los pilotos opinaba con los marineros que una mas prolongada resistencia seria fatal, ademas de ser inútil. En el momento en que Sancho y Pepe se presentaron sobre cubierta, acababan de decidir que se presentarian todos en cuerpo á Colon, y que le exigirian, en términos que no le dejaran lugar á la duda, que regresase á España en el instante. Para que todo se hiciese con el órden debido, habian elegido para llevar la palabra al piloto Pedro Alonso Niño y á un antiguo marinero llamado Juan Martin. Precisamente en aquel mismo instante bajaban de la popa el almirante y Luis para retirarse á su cámara. Todos cuantos se hallaban sobre cubierta le salieron al encuentro, y mas de veinte voces gritaron á la vez:

—¡Señor! ¡D. Cristóbal! ¡Señor Excelentísimo! ¡Señor almirante!

Detúvose Colon, é hizo frente á los marineros con un aire tan tranquilo y con tal dignidad, que no pudo menos de conmoverse el corazon de Niño y entibiarse el ardor de un gran número de los que le seguian.

—¿Qué quereis? preguntó el almirante con grave continente. Hablad: os hallais ante un amigo.

—Señor, cada uno de nosotros viene á reclamaros una vida que tanto le interesa, y lo que es mas aun, el medio de asegurar el pan á su esposa y á sus hijos, respondió Juan Martin, que creyó que el rango subalterno que ocupaba en la tripulacion le serviria de garantia. Cuantos aqui se hallan están cansados de este inútil viaje, y la mayor parte son de opinion que si dura mas tiempo que el que necesitamos para regresar á nuestro país llegará el caso de que todos perezcamos de hambre.

—¿Sabeis acaso á la distancia que os hallais de la isla de Hierro para venir á hacerme tan necia peticion? Habla, Niño, pues bien veo que eres de su partido, si bien parece que estás titubeando.

—Señor, repuso el piloto, todos estamos conformes. El penetrar mas allá en este desconocido Occéano es tentar á Dios, que nos castigará por temerarios. Es inútil suponer que este ancho cerco de agua haya sido colocado al rededor de la tierra habitable con ningun otro designio que el de reprimir la audacia de los que intentasen conocer los misterios que están mas allá de su inteligencia. Los sacerdotes, señor, incluso el santo prior de Santa María de la Rábida, vuestro amigo particular, ¿no nos hablan contínuamente de la necesidad de someternos á ciertos conocimientos á los cuales no nos es dado llegar, y de creer las cosas incomprensibles para nosotros sin intentar descorrer el velo que las cubre?

—Bien podria redargüirte, honrado Niño, y decirte que tuvieses confianza en los que poseen conocimientos á los que tu jamas podrás llegar, y que siguieses

humildemente á quien tu no estás en estado de conducir. ¡Retiraos todos y no vuelva yo á oir hablar de tal exigencia!

—Pero, señor, esclamaron dos ó tres voces á un mismo tiempo, nosotros no podemos consentir en perecer sin hacer presentes nuestras quejas. Ya os hemos seguido bien lejos, quizá bien lejos para que podamos regresar á España con seguridad. Mandad que desde esta noche misma vuelvan las caravelas hacia España, no sea que no vivamos suficiente tiempo para volver á ver aquel hermoso país.

—¡Esta es una sublevacion! ¿Quién de vosotros es el que se atreve á dirigir tan atrevido lenguaje á vuestro almirante?

—Todos, señor, todos, contestaron veinte voces á la vez. Justo es que haya atrevimiento para hablar si ha de ser la muerte la pena del silencio.

—¿Y tú Sancho, eres tambien de los alborotadores? ¿Acaso tu corazon se resiente del achaque del país, y se daja llevar de indignos temores que superan á tus esperanzas de gloria inmarcesible y á tus deseos de adquirir las riquezas del Cathay?

—Si asi sucediese, señor almirante, deberíais enviarme á untar los mastiles y retirarme del manejo del timon, como un hombre que no es á própósito para observar las calaveradas de la estrella polar. Pero no: podes conducir las calaveradas á la sala de audiencia del Gran-Khan, amarradlas á su trono, y allí hallareis á Sancho, fijo siempre en su puesto, ya sea manejando el timon ó ya la sonda. Yo he nacido, como sabeis, á la puerta de un astillero, y como es natural, deseo ver todo lo que un buque es capaz de hacer.

—¿Y tu, Pepe, habrás quizá olvidado tus deberes hasta el punto de dirigir un lenguaje de esa especie á tu comandante, al almirante y virey de tu soberana doña Isabel?

—¿Virey de qué? gritó una voz que salió de entre la turba sin dejar á Pepe lugar de contestar: virey de las yerbas marinas, teniendo por vasallos á los á tunes, á las langostas, á las ballenas y á los pelicanos? Habeis de saber, señor Colon, que no es asi como debe tratarse á unos castellanos que gustan de descubrimientos mas sólidos que un campo de yerbas marinas y unas islas compuestas de nubes.

—¡A Europa! ¡A España! ¡A Palos! ¡A Palos! esclamaron casi todos, habiéndose puesto Sancho y Pepe al lado del almirante. Nosotros no adelantamos un solo paso hácia el Oeste, pues es enojar á Dios, Queremos volvernos al punto de donde salimos, si ya no es demasiado tarde para conseguir semejante dicha.

—¿A quién teneis el atrevimiento de hablar de esa manera, miserable? esclamó Luis llevando involuntariamente la mano al puño de su espada; retiraos sino quereis......

—Tranquilizaos, amigo Pedro, y dejad á mi cargo este negocio, dijo el almirante, que á pesar de la insubordinacion de su gente, no habia perdido ni un solo instante su sangre fria. Escuchad lo que voy á deciros, hombres rebeldes y groseros, y tened entendido que esta es mi respuesta definitiva para cualquier peticion semejante á la que acabais de tener la osadia de dirigirme: esta espedicion ha sido destinada por ambos soberanos y señores vuestros para atravesar toda la longitud del Occéano Atlántico hasta llegar á la cos-

tas de la India. Por lo tanto, suceda lo que sucediere, sus designios se han de llevar á cabo: navegaremos hácia el Oeste hasta que la misma tierra nos sirva de límite, y yo respondo con mi vida del cumplimiento de esta resolucion. Cuidad mucho cada uno de vosotros de que no peligre su existencia por oponerse á las órdenes de nuestros soberanos ó por desobedecer ó faltar al respeto al que los representa. Que llegue yo á escuchar un murmullo, y el culpable será castigado severamente. Tal es mi firme y resuelta determinacion, y ved de no esponeros á la cólera de aquellos cuyo descontento es mas terrible que los peligros imaginarios del Occéano.—Tened, pues, bien en cuenta lo que podeis esperar ó temer. Por un lado debeis temerlo todo del resentimiento de los soberanos si llegais á cometer cualquier acto de violencia que tienda á oponeros á su autoridad, ó, lo que aun es peor, teneis una seguridad, si llegais á sublevaros contra vuestros legítimos jefes, de no volver á ver la España por la falta de agua y de víveres: es, pues, demasiado tarde para pensar en volveros atrás. Un viaje al Este debe durar doble tiempo del que hemos invertido en llegar hasta aquí, y las carávelas se resienten ya bastante del escaso peso de nuestras provisiones; la tierra, y principalmente á la altura en que nos hallamos, se ha hecho para nosotros necesaria. Ahora, contemplad el reverso de la medalla: teneis delante de vosotros el Cathay, que os brinda con la gloria, con sus riquezas y con novedades de toda especie; una comarca la mas maravillosa de cuantas el hombre ha habitado hasta el dia, y ocupada por un pueblo de un carácter tun dulce como hospitalario. Añadid á todo esto las recom-

pensas de vuestros soberanos y la gloria que ha de reportar hasta el mas infimo de los marineros si coopera lealmente con su comandante al mejor éxito de esta espedicion.

—Si os obedecemos aun por espacio de tres dias, y en este tiempo no se descubre tierra, ¿nos prometeis que regresaremos á España? esclamó uno de los amotinados.

—¡No, jamás! contestó Colon con la mayor energía. Mi mision es ir á las Indias, y he de ir allá, aunque faltase un mes todavía para terminar este viaje. Qué se vuelva inmediatamente cada uno á su puesto ó á su hamaca, y que semejante conducta no vuelva á reproducirse jamás.

Habia una dignidad tan natural en las maneras de Colon y tal severidad en su acento cuando se mostraba irritado, que nadie osaba responderle una vez impuesto silencio. Dispersáronse, pues, los marineros con aire sombrío, mas sin haber perdido su espíritu de insubordinacion. Si su buque hubiera formado solo la espedicion, es indudable que habrian cometido algun acto de violencia; mas como no sabian si las tripulaciones de la *Pinta* y de la *Niña* pensaban como ellos, y como ademas profesaban á Martin Alonso, lo mismo que á Colon, un respeto mezclado de temor, los mas atrevidos se contentaron con murmurar, pero sin abandonar el proyecto secreto de tomar mejor sus medidas apenas se les presentase ocasion para ponerse de acuerdo con las tripulaciones de los otros dos buques.

—Esto es un poco sério, señor, dijo Luis al almirante cuando se vieron solos en su cámara. ¡Por San Lucas! Ya veriais como se disminuia notablemente el



ardor de esos miserables si V. E. me concediese su permiso para arrojar al mar á dos ó tres de los mas insolentes.

—Favor que sin duda alguna nos querian dispensar á vos y á mí algunos de ellos, respondió Colon. Sancho me informa con la mayor exactitud de cuanto pasa entre la tripulacion, y hace ya bastantes dias que me lo tenia advertido. Pero trato de emplear los medios pacíficos por todo el tiempo que me sea posible, señor Gutierrez ó señor Muñoz, sea el que quiera el nombre que prefirais; pero si me llego á ver en la necesidad de apelar á la fuerza, tendreis ocasion de ver que Cristóbal Colon sabe manejar su sable tambien como los instrumentos náuticos.

—¿A qué distancia creeis vos que nos hallaremos de la tierra, señor almirante? Y os advierto que solo por curiosidad, no por temor, os lo pregunto; pues aunque nuestro buque flotase sobre el último estremo del mundo y estuviese próximo á hundirse en el vacío, no oirias ni una sola queja salir de mis lábios.

—Estoy bien seguro de ello, mi jóven amigo; pues de otro modo no estariais aquí, respondióle Colon apretándole afectuosamente la mano. A mi entender estamos por lo menos á 1000 leguas marinas de la isla de Hierro, que es con corta diferencia la distáncia á que, segun mis cálculos, se halla el Cathay de la Europa, y hemos andado ya á la verdad lo suficiente para encontrar algunas de esas islas que, como es sabido, existen en abundancia en la via de Asia. Mi guindola, la que espongo á la vista de la tripulacion, no hace subir la distancia sino á poco mas de 800 leguas, pero como posteriormente nos han favorecido las corrientes,

casi me atreveré á creer que nos hallamos á 1100 de las Canarias, y quizá á algo mas de las Azores que están mas hácia el Oeste, si bien bajo una latitud mas elevada.

—Siendo así, señor, ¿creeis que podremos descubrir la tierra de aquí á pocos dias?

—Tengo de ello tal certidumbre, Luis, que no hubiera titubeado en aceptar las proposiciones de esos rebeldes si hubiera sido capaz de ceder á la humillacion. Ptolomeo ha dividido la tierra en veinte y cuatro partes á quince grados cada una, y yo no concedo al Atlántico mas que cinco ó seis de esas partes. Yo estoy persuadido de que llegaremos al Asia con unas 1300 leguas de navegacion, y de estas 1300 leguas debemos tener ya hechas 1100.

—Quiere decir, señor almirante, que el dia de mañana será quizás un gran dia. Pues bueno, ahora acostémonos. Voy á soñar con el pais mas hermoso que cristiano alguno haya visto jamás, y en mis sueños me representaré á la mas bella jóven de España, de la Europa entera, ¡por San Pedro! que me hará señas de que llegue cuanto antes.

Colon y Luis por el pronto solo pensaron en descansar. Al dia siguiente por la mañana los sombríos rostros de los marineros dejaban traslucir evidentemente el profundo disgusto que bullia en su corazon como la lava en las entrañas de un volcan. Por fortuna se echaron de ver bien pronto las señales de una naturaleza completamente nueva, y no pudiendo esto menos de llamar la atencion de los reboltosos, contribuyó á hacerles desistir de sus proyectos. El viento era fuerte y tan favorable como de ordinario; además, y esta

era una verdadera novedad desde la salida de la isla de Hierro, la mar habia cobrado movimiento, y los buques bogaban sobre unas olas que no presentaban apariencia alguna de esa calma tan opuesta á la naturaleza, y cuya duracion habia puesto en consternacion á los marineros. Apenas hacia cinco minutos que Colon se hallaba sobre cubierta, cuando un grito de júbilo lanzado por Pepe atrajo todas las miradas hácia la verga en que aquel trabajaba; Pepe señalaba con ánsia una cosa que flotaba sobre el agua. Toda la tripulacion se precipitó hácia aquel costado del buque, y en el momento en que una ola lo elevaba, descúbrieron un verde junco, tan fresco y tan lozano, que nadie pudo contener una esclamacion de gozo, pues todos sabian perfectamente que aquella planta procedia, á no dudarlo, de alguna orilla, y su lozanía daba á conocer que no hacia mucho tiempo que habia sido desprendida del parage donde creciera.

—Este si que es realmente un halagüeño presagio, dijo Colon; los juncos no crecen sino con la luz del cielo.

Aquel pequeño incidente vino á cambiar completamente las ideas de los descontentos, ó al menos las paralizó. La esperanza triunfó aun una vez mas, y todos los que no tenian ocupacion, en el momento subieron á los mástiles y á las vergas para observar el horizonte Occidental. El mismo movimiento rápido de los buques daba nueva vida y esplayaba los ánimos. Veíase á la *Pinta* y á la *Niña* pasar y repasar cerca del buque almirante como manifestando su contento. Pocas horas despues halláronse tambien verdes y frescas yerbas, y á eso del medio dia Sancho anun-

ció positivamente que acababa de ver un pescado que solo se criaba en las inmediaciones de las rocas. Una hora mas tarde la *Niña* vino á colocarse muy cerca del navio almirante, y su comandante, que estaba en lo mas alto de una verga, parecia tener que comunicar algunas noticias importantes.

—¿Qué hay, pues, Vicente Yañez? esclamó Colon; me pareceis mensagero de buenas nuevas.

—Y asi es, efectivamente, D. Cristobal. Acabamos de ver pasar sobre la mar una rama de rosal silvestre llena de botones, y que parecia recien cortada de la planta. Esta es una señal que no puede ser engañosa.

—Es cierto, amigo mio. ¡Al Oeste! ¡al Oeste! ¡Dichoso aquel cuyos ojos sean los primeros que descubran las maravillas de las Indias!

Dificil seria referir cuánto se dilataron los corazones con la esperanza y la alegria. No se oia mas que risas y bromas sobre cubierta, allí, donde pocas horas antes todo era descontento y desesperacion. Los minutos pasaban con rapidez; nadie se acordaba ya de la España: todos tenian su pensamiento fijo en aquel Oeste todavia invisible.

A poco rato oyóse un grito de alegria á bordo de la *Pinta*, que seguia el mismo rumbo que el buque almirante y algo mas avanzado. En seguida amainó sus velas, púsose al pairo, y por ultimo, echó su esquife á la mar. *La Santa Maria*, hendiendo las espumosas olas se dirigió hácia aquel punto, y en pocos minutos se halló al nivel de la caravela para poder hablarse.

—Y bien, Martin Alonso, dijo Colon procurando ocultar su ansiedad bajo un aspecto digno y tranquilo,

¿parece que vos y vuestra tripulacion os habeis quedado en éstasis.

—Y no falta razon para ello, señor. Acabamos de pasar junto á un pedazo de caña, planta de la cual, segun dicen los viajeros, se saca el azúcar en el Oriente, y que se conduce con frecuencia á nuestros puertos. Esta es una gran señal de estar próximos á la tierra; pero aun no es nada en comparacion con un tronco de árbol que hemos visto al mismo tiempo. Y como si la providencia no hubiese sido ya suficientemente bondadosa con respecto á nosotros, y aquellos objetos flotasen cerca el uno del otro, hemos echado el esquife á la mar para apoderarnos de ellos.

—Cargad las velas, Martin Alonso, y remitidme vuestra presa para poder juzgar de su valor.

Pinzon obedeció, y habiéndose puesto al pairo la *Santa Maria*, llegó bien pronto el esquife. Martin Alonso se plantó de un solo brinco desde el banco de los remeros en la regala de su chalupa, y al cabo de un minuto se halló sobre el puente del navio almirante. Apresuróse en el acto á enseñar á Colon los diferentes objetos que acababan de ser sacados del mar, y que los marineros de su esquife iban arrojando sobre cubierta.

—Hé aquí, nobles señores, dijo casi sin aliento en fuerza del ansia que tenia de presentar sus tesoros, hé aquí un tronco de arbol, no sé de que especie, pero perfectamente cuadrado. Hé aquí tambien un trozo de caña dulce, planta que procede precisamente de la tierra, y hé aquí, finalmente, esta especie de junco ó caña, labrada sin duda por la mano del hombre y con un singular cuidado.

—Así es muy cierto, dijo Colon examinando aquellos objetos por su órden. Gloria al poder de Dios, y démosle gracias por habernos dado estas consoladoras pruebas de que nos acercamos al Nuevo mundo. Solo un infiel podria dudar del éxito de nuestra espedicion.

—Sin duda todos esos objetos irian en alguna barca que se ha ido á pique, y así se esplica como se han encontrado en el agua tan cerca los unos de los otros, dijo Martin Alonso queriendo apoyar sus pruebas físicas en una teoria plausible. No me estrañará nada que encontremos algunos cadáveres de los que se hayan abogado.

—Esperemos todo lo contrario, Martín Alonso, dijo el almirante, y no nos dejemos llevar de tan tristes ideas. Mil accidentes diversos pueden muy bien haber reunido en el mar estos objetos, y una vez en el agua hubieran seguido su curso juntos por espacio de un año á menos que el viento ó las olas no los hubiesen separado. Pero, sea como quiera, no dejan de ser para nosotros unas pruebas infalibles, no tan solo de que nos hallamos próximos á la tierra, sino de que esa tierra está habitada.

Dificil seria dar una idea del entusiasmo que reinaba á bordo de las tres embarcaciones. Hasta entonces solo se habian encontrado aves, pescados y yerbas, señales frecuentemente engañadoras; mas al fin existian pruebas irresistibles de que se hallaban cercanos á sus semejantes. A la verdad, los objetos en cuestion podian, andando el tiempo, haber venido desde tan larga distancia como la que la flota habia recorrido; mas no era, sin embargo, probable que hubieran continuado tanto tiempo juntos sin separarse. Ademas, los bo-

tones de la rama del rosal estaban frescos, el pedazo de madera era de una clase desconocida, y el baston, si tal era el uso de la caña á que daban este nombre, tenia un trabajo de talla de una especie desconocida enteramente en Europa. Todos aquellos objetos pasaron de mano en mano hasta que toda la tripulacion los hubo examinado, y cuantas dudas existian aun quedaron desvanecidas ante aquella inesperada confirmacion de las predicciones del almirante. Pinzon regresó á bordo de su caravela, diéronse las velas al viento, y continuóse el rumbo al Sudeste hasta ponerse el sol.

Algunos espíritus de los mas meticulosos quedaron aun bastante desconcertados al ver ocultarse el sol por la trigésima cuarta vez desde su salida de Gomera en un horizonte de agua. Casi todas las miradas se fijaron con el mayor interés en el poniente, y á pesar de que el cielo estaba cubierto de nubes, ninguna ilusion de óptica se presentó á la vista de los que lo contemplaban; solo se dejaron ver las formas que ordinariamente toman las olas á la caida del dia.

El viento arreció al caer la tarde, y Colon, habiendo reunido todos sus buques segun tenia de costumbre, dió nuevas órdenes acerca del rumbo que había de seguirse. Hacia dos ó otres dias que se navegaba en lo general al Oeste-sudeste, y Colon, que estaba persuadido que el camino mas seguro y mas corto, de una á otra tierra, era atravesar el Occéano, si era posible, siguiendo una sola paralela de latitud, deseaba volver á emprender su rumbo favorito, esto es, hácia donde él creia estar el verdadero Oeste. Entrada, pues, la noche, los tres buques tomaron este rumbo,

avanzando á razon de nueve millas por hora y siguiendo el astro del dia como si hubiesen estado risueltos á penetrar en los misterios de su nocturna morada, hasta tanto que algun descubrimiento notable viniese á recompensar sus esfuerzos.

Inmediatamente despues de aquel cambio de rumbo, la tripulacion entonó el himno de la noche, lo cual solia á veces diferirse en aquel mar tan en calma hasta el momento en que el cuarto que era relevado iba á buscar sus hamacas. Mas sin embargo, aquella noche nadie pensó en dormir, y ya era bastante tarde cuando los marineros cantaron el *Salve Régina*. Aquel religioso cántico, unido á los murmullos de la brisa y al zumbido de las olas en aquella soledad del Occéano, tenia un no sé qué de solemne que aumentaba en su tanto la ansiedad de nuestros aventureros, que por momentos esperaban ver descorrerse el velo que tantos misterios encubria. Jamás aquel himno sonó tan melodiosamente á los oidos de Colon, y hasta hizo asomar lágrimas á los ojos de Luis, que no podia menos de recordar los tiernos ecos de la voz de Mercedes cuando elevaba su alma al Criador en hora semejante. Terminado el oficio de la noche, el almirante mandó reunir la tripulacion bajo la popa y la dirigió la palabra en estos términos:

—Estoy lleno de gozo, amigos mios, de haberos oido cantar el himno de la noche con un espíritu tal de devccion y en unos momentos en que teneis tantos motivos para alabar á Dios por las bondades que nos ha dispensado durante todo el trascurso de este viaje. Echad una mirada sobre lo pasado, y vereis si alguno de vosotros, aun el mas antiguo marino, recuerda

haber hecho un viaje por mar, no diré de tanta estension en cuanto á la distancia recorrida, pues ninguno habrá emprendido uno parecido, pero que haya durado tantos dias como este, y durante el cual hayan sido los vientos tan favorables, el tiempo tan propicio y el mar haya estado tan tranquilo. ¡Qué de señales no nos ha enviado Dios para hacernos cobrar ánimo y perseverancia! El se halla en medio de este inmenso Occéano, amigos mios, lo mismo que en los templos que existen sobre la tierra. El nos ha conducido, en cierto modo, hasta aquí paso á paso, ya dejándonos ver pájaros que revoloteaban por los aires, ya haciéndonos notar pescados que surcaban la mar lejos de sus sitios acostumbrados, y á veces estendiendo ante nosotros campos enteros de yerbas marinas que rara vez se hallan á distancias de las rocas que las ven nacer. De todas estas señales, las mas recientes, y tambien las mas positivas, son las que nos ha dado en el dia de hoy. Mis cálculos están conformes con ellas, y creo sumamente probable que tengamos la tierra á la vista esta misma noche. Dentro de algunas horas, ó bien cuando hayamos llegado á una distancia en que la vista alcance á distinguir con ayuda de la escasa luz que queda, tendré por cosa acertada el disminuir las velas, y os invito á todos á que estemos vigilantes, no sea que vayamos á dar al traste contra una costa desconocida. Ya sabeis que nuestros soberanos han prometido una recompensa de 10,000 maravedises de pension vitalicia al primero que descubra la tierra; pues bien, yo añado á eso un jubon de terciopelo, digno de un grande de España. No os durmais, pues, y en la primera hora del dia estad atentos y vigilantes. Yo os hablo con las mayores

veras: confio en que veremos tierra al lucir el primer rayo del sol.

Aquellas consoladoras palabras produjeron un completo efecto. Los marineros se esparcieron por todo el buque, y cada cual escogió el sitio que creyó mas á propósito para optar á la recompensa prometida. Una viva espectacion suele ser siempre un sentimiento tranquilo, durante el cual los sentidos agitados parecen exigir el silencio y la concentracion para tener su entera libertad de accion. Colon permaneció de pié sobre la popa. Luis, cuidándose menos de la aparicion de la tierra, echóse sobre una vela, y dedicó aquellos momentos á pensar en Mercedes y á representarse el feliz instante en que la volviese á ver, despues de salir victorioso de aquella empresa y con todos los honores del triunfo.

Un silencio tan profundo como el de la muerte reinaba á bordo de la *Santa Maria*, y hacia crecer la ansiedad que se habia apoderado de todos los animos. A la distancia de una milla por la parte de adelante navegaba la *Niña* á velas desplegadas, mientras que á mayor distancia todavía, y á media hora de marcha de aquella, dejabanse apenas entrever los contornos de la *Pinta*, que, como mejor velera que las otras dos, se aprovechaba de la brisa. Sancho practicó su reconocimiento para examinar una por una las velas y las vergas, y jamás el buque almirante habia seguido tan de cerca á los otros dos como aquella noche. Los tres buques parecian animados de la misma impaciencia que las personas que conducian, y como que querian escederse unos á otros. En ciertos momentos, esto es, cuando el viento silbaba entre las jarcias, los marine-

ros se sorprendian como si hubiesen escuchado voces estrañas y deconocidas procedentes de un mundo misterioso, y cuando una ola espumosa llegaba á estrellarse en los costados del navío, volvian la cabeza esperando encontrarse con algunos seres ignorados que, viniendo del mundo oriental, se aparecian sobre cubierta.

Colon por su parte exhalaba frecuentes suspiros. A veces permanecia por largo rato con los ojos fijos en el occidente como si una organizacion superior á la del resto de los hombres le hubiese permitido penetrar en las tinieblas. Por último, se inclinó hácia adelante, miró con la mayor atencion por bajo de la defensa al viento de su buque, quitóse su sombrero, y pareció que oraba ó que daba gracias mentalmente. Luis no le perdia de vista desde el sitio donde estaba acostado, y poco despues oyó que lo llamaba.

—Pedro Gutierrez, Pedro Muñoz, Luis, ó cualquiera que sea vuestro nombre, dijo Colon con voz conmovida, venid, hijo, y decidme si vuestros ojos están conformes con los mios: mirad por este lado—un poco mas á la altura del buque—¿no descubrís alguna cosa estraordinaria?

—Hé visto una luz, señor, una luz como la de una vela, ni mas ni menos; me ha parecido que se movia como si alguno la llevase en la mano ó estuviese combatida por las olas.

—No os engañan vuestros ojos.—Ya veis que esa luz no procede de ninguno de los buques de conserva, porque ambos están bajo la serviola del viento.

—¿Y de dónde procederá entónces, D. Cristobal?

—De la tierra, Luis. Esa luz se halla en la tierra,

y disminuye á nuestros ojos por efecto de la distancia, ó bien de algun buque desconocido, y que pertenece á las Indias.—Aquí debajo tenemos al contralor de la flotilla, Rodrigo Sanchez; bajad y decidle que suba.

Luis obedeció, y pasados algunos minutos, el contralor estaba en presencia del almirante. Media hora trascurrió sin que la luz volviese á aparecer. Viósela, por fin, brillar una ó dos veces como una antorcha, y volvió á desaparecer de repente. Aquel incidente llegó en un momento á noticia de toda la tripulacion, pero nadie le dió la misma importancia que Colon.

—Aquella es la tierra, dijo el almirante con tranquilo acento á cuantos le rodeaban, y podremos distinguirla dentro de breves horas. Bien podeis ya abrir vuestros corazones á la gratitud y á la confianza, pues ya no cabe ilusion alguna con semejante señal. Ninguno de los fenómenos que hemos notado en la mar vale tanto como esta luz, y segun mis cálculos, estamos colocados en un punto del Occéano donde debe por fuerza existir tierra, pues de otro modo el mundo no seria esférico.

A pesar de la completa confianza del almirante, muchos de los que componian la tripulacion no estaban tan seguros como él del resultado, si bien todos esperaban ya firmemente descubrir tierra al siguiente dia. No habiendo Colon añadido nada á lo que acababa de decir, el silencio volvió á reinar como antes, y todas las miradas se fijaron por segunda vez en el Oeste con una inquieta vigilancia. Así fué trascurriendo el tiempo, y los tres buques navegando con una rapidez tal que so-

brepujaba con mucho á su marcha ordinaria. A media noche un vivo resplandor vino á disipar por un instante la oscuridad, y el ruido de un cañonazo disparado á bordo de la *Pinta* resonó bien pronto en todos los oidos, aunque alejado por los vientos.

—El que así se esplica es Martin Alonso, esclamó el almirante, y debemos estar seguros que cuando lo hace debe tener muy fundadas razones para ello. ¿Quién está allá arriba en los masteleros de juanetes para descubrir el primero las maravillas del Oeste?

—Soy yo, señor almirante, respondió Sancho, que estoy aquí desde que concluimos de cantar el himno de la noche.

—¿Ves algo de estraordinario hácia el Oeste? Míralo con cuidado, pues estamos abocados á grandes acontecimientos.

—Nada veo, señor, sino es que la *Pinta* ha disminuido sus velas, la *Niña* acaba de reunirse con ella, y disminuye asimismo las suyas.

—Honor y gloria á Dios por tan grandes y notables novedades. Esta es una prueba mas de que por esta vez podamos dar crédito á las señales, y que ninguna ilusion ha estraviado nuestra razon. Nos reuniremos á nuestros buques de conserva, Bartolomé, antes que disminuir una sola pulgada nuestras velas.

En aquel mismo instante púsose todo en movimiento á bordo de la *Santa María*, y al cabo de una media hora llegó á alcanzar á las otras dos caravelas, las cuales, habiendo punteado el viento, iban dando lijeras bordadas, semejantes á los caballos que se refrescan despues de haberse disputado el premio de la carrera.

—Venid acá, Luis, y llenaos de júbilo al contemplar

un espectáculo del cual no han podido gozar aun los mejores cristianos.

El cielo de los trópicos estaba iluminado con mil estrellas, y el mismo Occéano parecia arrojar un resplandor meláncólico, circunstancias que contribuian á hacer desaparecer en gran parte la oscuridad de la noche. Por consiguiente, podia estenderse la vista á muchas millas de distancia, y aun distinguir los objetos colocados en el horizonte occidental. Apenas D. Luis hubo tendido una mirada en la direccion que Colon le habia señalado, vió distintamente un punto en que el azul del cielo desaparecia tras de una sombría elevacion que se alzaba en el Occéano y que se prolongaba por espacio de algunas leguas al Sud, terminando á su fin como habia comenzado, esto es, con la reunion de las aguas del Occéano y el vacío del firmamento. Todo el espacio intermedio ofrecia los mismos contornos, la densidad y el color de la tierra vista á lo lejos y media noche.

—¿Distinguís las Indias? preguntóle Colon. El gran problema se halla resuelto. Esa tierra será probablemente una isla, mas un continente no debe estar muy distante. ¡Rindamos á Dios las debidas alabanzas!

FIN DEL TOMO TERCERO.

MERCEDES DE CASTILLA.

MERCEDES DE CASTILLA,

POR

FENIMORE COOPER.

TOMO IV.

Madrid:

IMPRENTA DE D. AGUSTIN ESPINOSA Y COMPAÑÍA,

CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1847.

CAPITULO XXIII.

Las tres horas siguientes fueron de un interés sumo y estraordinario. Los tres buques iban corriendo bordadas á la altura de la costa, que aun se veia envuelta en las tinieblas, á una distancia prudente para no tener nada que temer, y llevando cargadas casi todas las velas, parecian navios que cruzaban sosegadamente en un espacio dado, siéndoles bien indiferente el ir mas ó menos veloces. Al pasar uno cerca de otro, los marineros se dirigian mútuas felicitaciones; pero durante aquella noche célebre no se dejó sentir ningun estrepitoso trasporte de alegria. Las sensaciones que aquel acontecimiento hecia renacer en todos los corazones tenian un carácter demásiado profundo y solemne para que escitasen tan vulgares demostraciones de júbilo. Quizá no se hallaria entre aquellos un solo hombre que no esperimentase un sentimiento de confianza absoluta en la divina Providencia y de entera sumision á su voluntad.

Colon permanecia silencioso. Las emociones como las que él esperimentaba no es fácil manifestarlas con palabras; pero su corazon rebosaba de reconocimiento y alegría. Creia encontrarse en la estremidad del Orien-

te, y pensaba que habia llegado hasta allí navegando hácia el Occidente. Era muy natural suponer que él se figurase que al rayar el dia iba á ofrecerse á sus ojos alguna de esas escenas de oriental magnificencia tan hábilmente descritas por los Polo y demas viajeros que habian penetrado en aquellas remotas é ignoradas regiones. Lo poco que ya habia visto le daba á conocer suficientemente que la isla descubierta y cuantas pudieran hallarse por aquellos parages estaban habitadas, pero por lo demas todo eran conjeturas é incertidumbres. Lo cierto es que se respiraba un aire embalsado, y que dos de los sentidos del hombres contribuian ya por el pronto á proclamar el éxito del viaje.

Aquel dia, esperado con tal impaciencia, estaba á punto de aparecer. El cielo se cubrió por la parte del Este de aquellas agradables tintas que preceden á la salida del sol. Conforme se iba esparciendo la luz sobre el oscuro azul del Occéano, los contornos de la isla iban haciéndose mas pronunciados, y veíanse en su superficie rocas, valles, árboles que iban saliendo como de las tinieblas; en una palabra, la escena toda fué tomando aquel pálido y solemne colorido de la mañana. Por último, los rayos del sol se estendieron por toda la isla, cubriendo con su dorado resplandor sus puntos mas culminantes, mientras que otros permanecian completamente sombríos. Vióse entonces claramente que la tierra que acababa de ser descubierta era una isla de corta estension, cubierta de árboles y de verde yerba. El sol estaba todavía bajo; mas sin embargo, aquellos sitios ofrecian un aspecto bastante agradable para que los creyesen un paraiso

aquellos hombres que muy formalmente estaban persuadidos de que nunca volverian á ver la tierra. Semejante espectáculo suele causar siempre un vivo placer á los marinos que han pasado largo tiempo sin ver otra cosa que cielo y agua; pero este placer en aquella ocasion era triplicado para unas gentes que no solo acababan de salir de un estado de desesperacion, sino que al mismo tiempo veian renacer sus brillantes esperanzas. Por la posicion que ocupaba aquella isla Colon deducía que habrian pasado cerca de otra durante aquella noche, que debió ser la en que él descubrió una luz; y en lo sucesivo, y segun el rumbo que él habia llevado, aquella conjetura vino á convertirse en certidumbre.

Apenas hubo salido el sol cuando se vieron salir de los bosques varios hombres que contemplaban con asombro la aparicion de unas máquinas que aquellos isleños, en su ignorancia absoluta, creian ser enviadas del cielo. Poco despues mandó Colon echar el ancla, y desembarcó para tomar posesion de la isla en nombre de ambos soberanos.

Verificóse, pues, aquella ceremonia con todo el aparato que permitian los cortos recursos de nuestros aventureros. El almirante, vestido con un traje color de escarlata y llevando el estandarte real en la mano, abria la marcha seguido de Martin Alonso y de Vicente Yañez Pinzon, que tambien llevaban cada uno una bandera en que se veia ondear una cruz, símbolo de la espedicion, con las iniciales de Fernando é Isabel.

Se observaron todas las formalidades que se acostumbran en tales ocasiones. Al poner el pié en aquella tierra desconocida, Colon tomó posesion en nombre

de los soberanos, dió gracias á Dios por el éxito de su espedicion, y echó en seguida una mirada á su alrededer para hacerse cargo del valor de su descubrimiento.

Terminada aquella ceremonia, toda la tripulacion rodeó al almirante y le felicitó por el buen resultado obtenido, manifestándole asimismo el pesar que tenian por haber desconfiado de él y haberse insubordinado. Aquella escena ha sido citada muchas veces como una prueba de la inconstancia y veleidad de los designios de los hombres; aquel que hacia pocos dias era considerado como un aventurero egoista y temerario, ahora le veneraban y agasajaban poco menos que á un Dios. Mas aquellas lisonjeras y aduladoras demostraciones no hacian enorgullecerse al almirante, así como tampoco las amenazas de los revoltosos lograron intimidarle. Conservó constantemente su aire grave y tranquilo en medio de los que se apresuraban á disculparse; mas sin embargo, un curioso observador hubiera podido ver brillar el triunfo en sus miradas y retratarse en su rostro su júbilo interior.

—Estas buenas gentes son tan inconstantes en sus temores como estremadas en los trasportes de su gozo, dijo Colon á Luis cuando pudieron verse libres de la turba. Ayer me hubieran echado al mar con la mayor frescura, y hoy no parece sino que tratan de sustituir conmigo al mismo Dios. ¿No habeis notado que los que mas recelos nos han inspirado por sus demostraciones de descontentos y de insubordinacion son ahora los que mas me adulan y lisongean?

—Tal es la humana naturaleza, señor: asi pasamos de un terror pánico á la mas inconsiderada alegria. Esos perillanes creen hacer mil elogios de vos, cuan-

do en realidad lo que hacen es felicitarse á sí propios por haber escapado de los peligros ignorados que tanto temian. Nuestros amigos Sancho y Pepe no parece que participan de semejantes ideas, pues veo al segundo de ellos ocupado en coger flores de las que abundan en esta costa de la India, y el primero contempla á su alrededor con una sangre fria admirable, como si calculase la longitud y la latitud de los doblones del Gan-Khan.

Sonrióse Colon y se dirigió acompañado de Luis hácia aquellos dos marinos, que se hallaban á alguna distancia de sus camaradas. Sancho tenia las manos metidas en su jubon, y contemplaba el país con la sangre fria de un filósofo. A él fué á quien Colon se dirigió.

—¡Como es eso, Sancho de la Puerta del Astillero! le dijo. ¿Será posible que mires tan gloriosa escena con tal indiferencia como si fuese una calle de Moguer ó un campo de Andalucia?

—Señor almirante, la misma mano ha hecho esto que aquello. Esta isla no es la primera en donde yo he desembarcado, y esos salvajes en cueros que allí se perciben no son tampoco los primeros hombres que yo he visto que no lleven un jubon color de escarlata.

—¿Pero no te sientes satisfecho de nuestro éxito? ¿No esperimentas reconocimiento para con Dios por este gran descubrimiento? Recuerda que nos hallamos en las costas del Asia, y que hemos llegado á ellas navegando siempre hácia el Oeste.

—Por lo que á eso hace, señor, confieso que es una verdad que no admite réplica; pues yo mismo he manejado el timon mas de una vez en este viaje. Pero creeis, señor almirante, que hayamos venido desde tan

gran distancia para hallarnos al otro lado de la tierra y estar pies con pies con los españoles?

—No. El reino del Gran-Khan es el que acaso ocupará la posicion que tu quieres decir.

—Y en ese caso, señor, ¿quién impedirá que los doblones de ese país caigan en el vacío y nos quedemos por toda recompensa con los afanes de nuestro viaje?

—El mismo poder que impide que nuestras caravelas caigan en en el mar, y al mar mismo el seguirlas. Todo depende de leyes naturales, y la naturaleza es un legislador que sabe hacerse respetar.

—Cuanto estais hablando es hebreo para mí, repuso Sancho frotándose las cejas.—Si no estamos en este momento bajo los pies de los españoles, los nuestros deben hallarse en línea diagonal con los suyos, y por tanto tan fácil me parece aquí como en Moguer el sostener derecha mi quilla. —¡Por Santa Clara! Y aun mucho mas fácil bajo cierto aspecto, porque aquí no se halla vino de Jerez tan fácilmente como en España.

—Yo aseguro, Sancho, que no eres israelita aunque el nombre de tu padre sea un misterio.—¿Y tú, Pepe, qué te llama la atencion en esas flores para que te distraigan tan completamente de todas las demas maravillas del pais?

—Estoy haciendo un ramo para Mónica, Señor. Como una mujer tiene sentimientos mucho mas delicado que un homdre, se quedará encantada al ver con qué clase de adornos ha dotado Dios á las Indias.

—¿Y crees tú, Pepe, que tu cariño bastará para conservar á esas flores su frescura y lozanía hasta que

nuestra caravela haya vuelto á atravesar el Atlántico? preguntó Luis riéndose.

—¿Quien sabe, señor Gutierrez? Mas hace el que quiere que el que puede: si teneis alguna dama castellana á quien deis la preferencia en vuestro corazon, os aconsejaría que pensaseis en su belleza y cogieseis algunas de estas estrañas flores para adornar sus cabellos.

Colon se retiró, pues los isleños parecian querer dirigirse contra los estranjeros. Luis continuó al lado del jóven marino, que prosiguió cogiendo flores de los trópicos. A poco rato nuestro héroe se dedicó á la misma ocupacion, y antes que el almirante y los de la isla, colmados de sorpresa, hubiesen dado principio á su primera entrevista, ya tenia él arreglado un soberbio ramillete, que se lo representaba como sirviendo de adorno á los cabellos de ébano de Mercedes.

Los sucesos de interés público que acontecieron en seguida son demasiado conocidos de nuestros lectores para que haya necesidad de hacer aquí mencion de ellos. Despues de haber permanecido por breve tiempo en San Salvador, Colon pasó á otras islas, llevado de la curiosidad y guiado por lo que sabia ó creia saber de los mismos naturales. Finalmente, el 28 llegó á Cuba. Ya allí, él se imaginó durante algun tiempo que había descubierto el continente, y por espacio de un mes anduvo costeando aquella isla, primero al Nordeste y despues al Sudeste. Las nuevas escenas que iban ofreciéndose á la vista de nuestros aventureros fueron perdiendo su influencia conforme se hicieron para ellos familiares, y bien pronto las ideas de ambicion y de codicia volvieron á tomar todo su impe-

rio en el corazon de aquellos que habian sido los primeros en ofrecer una completa sumision al almirante cuando el descubrimiento de la tierra demostró tan victoriosamente la exactitud de sus teorias y lo vano de sus temores. Entre los que mas pronto cedieron á la influencia de su carácter se encontraba Martin Alonso Pinzon. Viendose casi enteramente escluido de la sociedad del jóven conde de Llera, á los ojos del cual ocupaba un puesto muy secundario, dió acogida á mil ideas acerca de su importancia personal, y principió á envidiar á Colon una gloria que, segun decia, podia haber adquirido él mismo. Mas de una vez tuvieron lugar vivos altercados entre ambos, y cada dia se añadia un nuevo motivo de tibieza en su trato.

No entra ciertamente en el plan de la presente obra el describir cuanto aconteció durante el tiempo que nuestros aventureros invirtieron en ir de isla en isla, de puerto en puerto, de rio en rio. Convenciéronse muy luego de que habian hecho importantes descubrimientos, y de dia en dia iban siguiendo el curso de sus investigaciones, valiéndose de las noticias que adquirian, que, aunque á veces no las comprendian bien, les indicaban á su modo de ver minas de oro. Encontraban por do quiera una naturaleza pródiga y abundante, escenas que fascinaban la vista, y un clima delicioso; mas solo habian hallado al hombre en la mas completa condicion del estado salvaje. La creencia de que se hallaban en las Indias era una ilusion general; y cada palabra, cada ademan de los naturales del pais eran interpretados como si tuviesen relacion con las riquezas del pais. Todos pensaban que si no estaban positivamente en el reino del Gran-Khan, al me-

nos se encontraban casi en sus límites. Con semejantes circunstancias, y como cada dia que pasaba se presentaba á sus ojos alguna novedad, pocos eran los que se acordaban de España, si no es cuando les ocurria la idea de la entrada triunfal que deberian hacer á su regreso. El mismo Luis no pensaba en Mercedes tan incesantemente, y á pesar de su hermosura, no podia evitar que las estraordinarias cosas que á cada instante encantaban su vista remplazasen por algunos momentos á su imágen. Es cierto tambien que á escepcion del fértil suelo y del clima delicioso, aquel pais nada ofrecia que pudiese realizar las brillantes esperanzas de nuestros aventureros con respecto á las ventajas pecuniarias que tenian en su mente; mas nadie por esto desmayaba en sus esperanzas, pues no sabian lo que el dia siguiente habia de dar de si.

Al fin se decidió la marcha de dos comisionados al interior para que hiciesen nuevos descubrimientos, y Colon trató de aprovechar este momento para hacer varios reparos en los buques. Cuando ya se aguardaba el regreso de aquellos, Luis salió á su encuentro con un destacamento de hombres armados, del cual formaba parte Sancho. Halléseles á una jornada de las carabelas, acompañados de algunos naturales del pais que los seguian por curiosidad esperando sin duda á cada instante verlos volar hácia el cielo. Cuando ambos grupos llegaron á reunirse, hicieron un pequeño alto para descansar, y Sancho, que despreciaba lo mismo el peligro en la tierra que en la mar, entróse en una poblacion que distinguió á corta distancia. Allí procuró con sus gestos y ademanes ganarse en cuanto le fué posible la voluntad de sus habitantes, y se dió

la misma importancia que un gran personaje podria darse en una aldea. Apenas trascurrieron algunos minutos desde que se hallaba llamando la atencion de aquellos hijos de la naturaleza, cuando ya trataron de darle muestras de una particular distincion. Uno de ellos se adelantó hácia él llevando en la mano unas hojas secas y negruzcas, que le ofreció con la misma buena voluntad y finura con que un turco ofreceria sus conservas y un americano sus pastas. Sancho se disponia á aceptar aquel regalo, aunque á decir verdad mas hubiera agradecido un doblon (pues desde el último que le dió el almirante no habia vuelto á ver otro) cuando varios naturales del pais se inclinaron haciendo un respetuoso ademan y pronunciaron con énfasis la palabra *tabaco*. Entonces el que hacia el presente, dando un paso hácia atrás, repitió la misma palabra con el tono de un hombre que hace una apología, y se puso á rollar aquellas hojas de cierto modo hasta que logró hacer lo que en el lenguaje del país se llamaba *un tabaco*, esto es, una especie de cigarro, que volvió á ofrecer al marino. Sancho aceptó, hizo un ademan con la cabeza como en señal de condescendencia, repitió aquella palabra lo mejor que supo, y se guardó el tabaco en el bolsillo. Aquella accion dejó sorprendidos á los naturales, y despues de una breve deliberacion, uno de ellos encendió la punta de uno de aquellos rollos de hojas, poniendo el otro estremo en su boca, y con gran satisfaccion asi suya como de los que le rodeaban principió á arrojar nubes de oloroso humo. Sancho quiso imitarle, pero le aconteció lo que á todos lo que no están acostumbrados, esto es, que fué á reunirse á sus

compañeros sin poderse sostener de pié, pálido como si hubiera tomado ópio, y atormentado con crueles náuseas como jamás las habia esperimentado desde que pasó la barra de Saltes para navegar por el Occéano Atlántico.

Aquella escena puede llamarse ciertamente la introduccion de la yerba americana, tan conocida en el dia en la sociedad civilizada, á cuya planta han dado los españoles equivocadamente el nombre que aquellos naturales daban á las hojas arrolladas. Sancho de la Puerta del Astillero fué, pues, el primer cristiano que fumó tabaco, ciencia en la cual tuvo bien pronto por rivales á los hombres mas notables de su siglo, y que llegó á perpetuarse hasta nuestros dias.

Despues del regreso de sus agentes Colon volvió á darse á la vela siguiendo la costa septentrional de Cuba. Mientras que luchaba con los vientos tropicales para avanzar hácia el Oeste, hallóse con un viento demasiado fuerte, y decidió acogerse á un puerto de aquella isla, al cual dió por nombre Puerto del Príncipe. Con esta mira hizo una seña para llamar á la *Pinta*, que debia marchar á gran distancia; mas como la noche iba ya llegando, se encendieron faroles para que sirviesen de guia á Martin Alonso á fin de poderse reunir á su comandante. Al dia siguiente, apenas apuntó la aurora, Colon subió á la popa, echó una mirada en torno suyo, y distingió á la *Niña* á sotavento, mas no pudo alcanzar á ver la otra caravela.

—¿Quién de vosotros ha visto á la *Pinta*? preguntó á Sancho que iba manejando el timon.

—La he visto bien claramente, señor, y durante todo el tiempo que la vista puede seguir á un buque

que trata de eclipsarse. Martin Alonso ha desaparecido por la parte del Este mientras que nosotros estuvimos al pairo para darle tiempo de reunírsenos.

Colon conoció entonces que habia sido abandonado por el hombre que tanto celo habia mostrado en su favor, y que, obrando de aquel modo, dió una prueba mas de que la amistad desaparece ante el interés personal y la codicia. Con relacion á informes de los naturales, habíase esparcido entre las tres tripulaciones la voz de que existian en aquel país minas de oro, no dudando ya el almirante que cometiendo un acto de insubordinacion, su primer oficial se hubiese aprovechado de que su buque era el mas velero para tomar la delantera con la esperanza de llegar el primero al Dorado, que era el objeto de sus deseos. Como el viento continuaba siendo contrario, la *Santa María* y la *Niña* entraron en el puerto con el fin de aguardar que el tiempo cambiase. La separacion de que acabamos de hacer mérito tuvo lugar el 21 de noviembre, y la espedicion en aquella época aun no habia penetrado mas allá de la costa septentrional de Cuba.

Desde aquel dia hasta el 6 del mes siguiente Colon continuó el reconocimiento de aquella hermosa isla. Entonces atravesó lo que desde aquel tiempo tomó el nombre de Paso del Viento, y tocó por vez primera en las costas de Haiti. Durante todo aquel tiempo se entablaron numerosas comunicaciones con los naturales del pais en cuanto las circunstancias lo permitieron, logrando los españoles hacerse con infinitos amigos á consecuencia de las prudentes y humanas disposiciones del almirante; y aunque es cierto que cometieron un acto de violencia apoderándose de media docena

de individuos para conducirlos á España y hacer con ellos un presente á Doña Isabel, aquel acto era bien fácil de justificar en aquel siglo, bien sea por la deferencia que se tenia al poder real, ó bien porque aquella accion iba dirigida á conseguir la salvacion de las almas de los prisioneros.

Nuestros marinos quedaron aun mas sorprendidos del aspecto montañoso pero atractivo de Haiti, que lo fueron de la isla vecina de Cuba. Hallaron á los habitantes mas civilizados y de una raza mejor que las que habian visto en las islas descubiertas hasta entonces; eran dóciles y de un carácter muy dulce, cualidades que gustaron en gran manera al almirante. Poseian el oro en grandes cantidades, y los españoles dieron principio bien pronto á un tráfico con ellos, que se reducia á cambiar el metal que escita los mas vehementes deseos en los hombres civilizados, por cascabeles.

Entre estos incidentes, y marchando no sin peligro á lo largo de la costa, se invirtió el tiempo hasta el 20 de aquel mismo mes. Llegó, pues, á la sazon el almirante cerca de una punta de tierra que, segun decian, estaba próxima á la residencia del gran cacique que mandaba en toda aquella parte de la isla. Este príncipe, cuyo nombre era Guacanagari, segun la ortografía de los españoles, tenia bajo sus órdenes gran número de caciques tributarios, y segun decian sus súbditos en lo poco que podia comprendérseles, era aquel un monarca muy querido. El 22, hallándose ambas embarcaciones en el puerto de Acul, donde habian echado el ancla dos dias antes, se vió llegar una piragua. A poco rato pusieron en noticia del almirante que aquella piragua conducia un embajador que le traia varios re-

galos de parte de su soberano, y que estaba encargado al mismo tiempo de invitarle á que adelantase sus buques á una ó dos leguas al Este y viniese á fondear en la altura de la ciudad, donde residia aquel príncipe: mas no permitiéndolo el viento, envióse un mensajero con una respuesta conveniente, y el embajador se dispuso para volver á marchar. Don Luis, cansado de estar ocioso, prefiriendo ver el pais, é impulsado por su natural aficion á las aventuras, solicitó permiso de marchar en la piragua acompañando á un jóven llamado Mattinao, con quien habia entablado amistad, y el cual habia venido con el embajador. Colon accedió con gran repugnancia por su parte, pues el rango y la clase de nuestro héroe le hacian temer los riesgos de una traicion ó de un accidente cualquiera; pero fueron tales las instancias de Luis, que triunfaron de la oposicion del almirante.

Partió, pues, no sin haber recibido muchos y muy prudentes consejos, y de encargarle que no se olvidase que si alguna desgracia le ocurria, toda la responsabilidad habria de recaer sobre Colon. Por via de precaucion, dióse órden á Sancho Mundo para que en clase de escudero le acompañase en aquella caballeresca aventura.

Como no se habia visto en manos de los isleños arma alguna de consideracion mas que una flecha sin punta, el jóven conde de Llera no quiso cargar con su cota de malla; llevóse, pues, tan solo su buen sable, cuyo temple fué mas de una vez esperimentado en los cascos y corazas de los moros, y un ligero escudo. Le ofrecieron un arcabuz, mas él lo rehusó como arma impropia de un caballero, y que solo manifestaria una

desconfianza á que no daba lugar por cierto la conducta de los naturales del pais; pero Sancho, menos escrupuloso, se apoderó de aquella arma. Con objeto de evitar que la tripulacion no echase de ver una concesion que el almirante estaba convencido que era una infraccion á sus mismos reglamentos, Luis y su compañero saltaron en tierra y se embarcaron en la piragua ocultos por una punta de tierra que los ponia á cubierto de las miradas de los marineros de ambos lugares. De este modo su ausencia pasó desapercibida.

Las circunstancias que acabamos de referir, unidas al misterio que á los ojos de todos rodeaba al jóven grande de España durante la espedicion, son la causa de que los sucesos de que vamos á ocuparnos no fuesen consignados en el diario de Colon, habiéndose escapado por lo tanto á las investigaciones de los diversos historiadores que han sacado tantos y tantos materiales de aquel tan importante documento.



CAPITULO XXIV.

A pesar de su carácter resuelto y de aquella indiferencia hácia el peligro que rayaba en temeridad, Luis, al verse solo entre los haitianos, no pudo menos de estrañar muy vivamente la novedad de su situacion. Sin embargo, nada ocurrió que pudiese escitar en él la mas ligera inquietud ni interrumpiese las imperfectas comunicaciones que se habian establecido entre él y sus nuevos amigos, teniendo solo que hacer á veces á Sancho alguna pequeña advertencia, que solo necesitaba la mas mínima escitacion para estarse hablando las horas enteras. En vez de seguir al esquife de la *Santa María*, á bordo del cual se habia embarcado el embajador, la piragua se adelantó á distancia de algunas leguas por la parte del Este, pues habíase decidido que Luis no se presentaria en la ciudad de Guacanagari sino despues que hubiesen llegado las dos caravelas, reuniéndose entonces con sigilo á sus compañeros, de modo que no pudiese llamar la atencion.

No hubiera sido nuestro héroe un verdadero enamorado si hubiese permanecido insensible á la vista de

los encantos naturales que se ofrecieron á sus ojos durante el tiempo que tardó en recorrer las costas de Haiti. La escarpada naturaleza de aquellas costas, como sucede en las del Mediterráneo, desaparecia bajo lo agradable de una baja latitud, comunicando á las rocas y á los promontorios un encanto parecido al que presta una graciosa sonrisa á la hermosura de una mujer. Repetidas veces se le escaparon algunas esclamaciones de placer, á las cuales no dejaba nunca Sancho de contestar en el mismo tono, ya que no en los mismos términos, creyendo de su deber ser una especie de eco de las poéticas ideas del jóven conde.

—Yo supongo, señor, dijo Sancho cuando se hallaron á algunas leguas de distancia del sitio en que el esquife de la *Santa María* habia sido amarrado en la costa, yo supongo que vos sabreis á donde nos llevan esos señores que van completamente en cueros. Segun la prisa que se dan, no parece sino que tienen un puerto presente en su imaginacion, ya que no lo tengan á la vista.

—Temes algo, amigo Sancho, cuando me diriges semejante pregunta con tono tan formal.

—Si algo temo, D. Luis, es solo por la familia de los Bobadillas, que perderia á su cabeza si llegase á sobrevenir cualquier accidente á V. E. ¿Qué mas le importa á Sancho de la Puerta del Astillero el casarse con una princesa de Cipango, el ser adoptado por el Gran-Khan ó quedarse, por último, hecho un pobre marino de Moguer? Eso viene á ser lo mismo que si se le diese á escoger entre llevar un buen jubon y comer ajos, ó ir completamente desnudo y llenarse el estómago de escelentes manjares. Yo creo, señor,

que V. E. no querria cambiar vuestro castillo de Llera por el palacio de este gran cacique.

—Tienes razon, Sancho: la categoría de las personas debe guardar proporcion con el estado que cada uno ocupa en la sociedad. Un noble castellano no puede tener envidia á un soberano de Haiti.

—Sobre todo desde que el señor almirante ha anunciado que Doña Isabel, nuestra magnánima soberana, debe ser en lo sucesivo y para siempre reina de este pais, repuso Sancho guiñando el ojo con aire de malicia. Estas buenas gentes no saben bien el honor que les está reservado, y mucho menos que nadie S. A. el rey de Guacanagari.

—Silencio, Sancho, y guarda para tí solo esas inoportunas advertencias. Mas nuestros amigos van á hacer entrar la piragua en la embocadura de este rio, y á lo que parece piensan desembarcar en la orilla.

Despues de haber ido costeando hasta el punto á donde se dirigian, los naturales se adelantaron hácia la embocadura de un riachuelo, que trayendo su orígen de entre aquellas hermosas montañas, cuyas cimas se veian descollar en el centro de la isla, dejaba correr sus aguas á lo largo de un alegre valle para venir á desembocar en el Océano. No era este rio ni muy ancho ni muy profundo, pero contenia el agua suficiente para que pudiesen navegar las ligeras piraguas de los isleños. Sus riberas se veian llenas de arbolillos, y mientras que bogaban en sus aguas, Luis echó de ver muchos parages en donde á su modo de ver accederia á pasar su vida entera siempre que Mercedes le acompañase. Creo casi escusado el añadir que en semejantes sitios él se representaba á su amada

vestida de terciopelo y de encajes, segun la moda de la época, entre las damas mas elevadas, y contemplaba sus gracias naturales adornadas de todos los accesarios de la civilizacion, y embellecidas por aquel aire desembarazado, tan propio de una dama que estaba diariamente y á todas horas en contacto con la reina su señora.

Asi que hubieron perdido de vista la costa al entrar en el rio entre dos puntas de tierra que formaban su embocadura, Sancho hizo reparar á D. Luis en una flotilla de piraguas, cuyas velas eran de tela de algodon, la cual bajaba el rio contra el viento, y á lo que parecia, y segun otras varias que habian encontrado en el trascurso del dia, iban á la bahia de Acul á ver á los maravillosos estranjeros. Los indios que iban con nuestros aventureros en la piragua notaron tambien aquellas endebles embarcaciones, y por sus señas y sus sonrisas dejaron conocer bien que no sabian cual fuese su objeto. En aquel mismo momento tambien, esto es, cuando la piragua entraba en el rio, Mattinao saco de debajo de la ligera ropa de algodon que á veces le cubria, un sencillo aro de oro puro que colocó sobre su cabeza á manera de corona. Luis sabia de antemano que aquella era una prueba de que Mattinao tenia la dignidad de cacique, y que sin duda era uno de los tributarios de Guacanagari. Al verle de aquel modo revestirse de sus insignias, pensó Luis, y con razon, que Mattinao acababa de entrar en el territorio de su mando, y se puso de pié para saludarle, lo cual verificaron asimismo los haitianos. Apenas hubo abandonado su incógnito el jóven cacique, dejó tambien el remo, tomando un aire de dignidad y de autoridad.

De cuando en cuando intentaba hablar con Luis en cuanto lo permitian los imperfectos medios de comunicarse. Pronunció repetidas veces el nombre de Ozema, y de la manera con que la nombraba dedujo Luis que debia ser el nombre de su favorita, porque los españoles sabian ya, ó al menos aparentaban saberlo, que á los caciques les era permitido tener varias mujeres, aunque á sus súbditos les estaba severamente prohibido tener mas de una.

La piragua continuó rio arriba por espacio de muchas millas, llegando al fin á uno de esos valles de los trópicos en los que la naturaleza parece que, ha desplegado todos sus recursos para llenar de encantos y atractivos la tierra que pisamos; y si bien el país parecia no deber nada al arte, sin embargo, se dejaba conocer que la mano del hombre le habia despojado de aquella rudeza salvage que caracteriza á la inculta naturaleza. Así como los habitantes, aquellos deliciosos lugares poseian una gracia natural que las invenciones de los hombres no habian aun conseguido alterar ni destruir. Las habitaciones no carecian tampoco de encanto, si bien eran tan sencillas como las costumbres y necesidades de los que las habitaban. Las flores se veian abiertas en medio del verano, y los árboles estaban abrumados con el peso de sus ricos frutos, que servian de alimento y eran de un gusto esquisito.

Mattinao fué recibido por sus súbditos con el mas profundo respeto, mezclado con el interés de la curiosidad. Todos ellos rodearon á Luis y á Sancho manifestando una admiracion semejante á la que esperimentaria un hombre culto si viese á uno de los profetas descender sobre la tierra en carne y hueso. Aun-

que ya estaban advertidos del arribo de los buques, no por eso dejaban de mirar a nuestros marinos como seres bajados del cielo. Aquella opinion no seria probablemente estensiva á los hombres de mas categoría de entre ellos; pues aun en el estado salvage, los conocimientos del vulgo son muy inferiores á los de las personas mas favorecidas de la suerte. Ya fuese consecuencia de su carácter mas familiar, ya porque sus costumbres se adaptasen con mas facilidad á las sencillas maneras de aquellos isleños, lo cierto es que Sancho vino á ser bien pronto el favorito de lo que se llama pueblo, el cual abandonó al conde de Llera á los distinguidos cuidados de Màttinao y de otros personages elevados, permaneciendo, como consecuencia de aquella circunstancia, separados ambos españoles. Sancho se dejó conducir por la muchedumbre á una especie de plazuela en el centro de la poblacion, y el cacique condujo á D. Luis á su palacio.

Apenas nuestro héroe se halló á solas con Mattinao y dos de sus confidentes, elegidos entre los jefes principales, los indios principiaron á repetir vivamente el nombre de Ozema; siguióse una rápida conversacion, y salió de la estancia un mensagero sin que Luis hubiera podido comprender cual era su objeto. Por último, los dos jefes se retiraron dejando al jóven castellano solo con el cacique. Despues de haberse despojado del aro de oro que llevaba en su cabeza, y de haberse puesto un ropage de algodon que le cubria el cuerpo, que hasta entonces habia tenido casi desnudo, Mattinao hizo seña á su compañero de que le siguiese, y salió de la habitacion. Luis, por su parte, echó su escudo á la espalda, arregló el cinturon de su sable de modo que no le

molestase al andar, y siguió al cacique con la misma confianza que si hubiera ido acompañando á un amigo por las calles de Sevilla.

Atravesando una atmósfera cargada de perfumes, le condujo Mattinao á un valle en donde las plantas mas hermosas de los trópicos crecian al pié de árboles cuajados de deliciosas frutas. Iban siguiendo un sendero trazado á lo largo de un torrente que corria por una quebrada, yendo sus aguas á perderse en el rio, y despues de haber andado cerca de media milla, llegaron cerca de un conjunto de habitaciones rústicas, situadas en un hermoso terreno sobre la pendiente de una montaña, desde donde se percibia la ciudad principal á orillas del rio y el mar en lontananza. Luis conoció en el instante que aquel agradable retiro estaba destinado al bello sexo, y se figuró que seria una especie de serrallo ocupado por las mujeres del jóven cacique. Condujéronle á una de las principales habitaciones, en donde le presentaron los sencillos pero agradables refrescos que se acostumbraban en el pais.

Un mes entero de contínua comunicacion entre los españoles y los habitantes de aquellas islas no fué suficiente para que así unos como otros aprendiesen recíprocamente sus idiomas peculiares. Los europeos habian retenido algunas de las palabras mas usuales del vocabulario de los indios, y Luis era uno de los que mejor se aprovechaban de esta ventaja, aunque, como es natural, se equivocaria frecuentemente creyendo hacerlo muy bien. Pero el lenguaje de la amistad no puede confundirse con otro alguno, y nuestro héroe no habia esperimentado el mas mínimo senti-

miento de desconfianza desde que habia abandonado las caravelas.

Al penetrar en la rústica habitacion á donde Luis fué conducido por Mattinao, este habia enviado un mensagero á una de las estancias contiguas, y despues de haberle dejado el tiempo suficiente para que saborease los refescos que le habia hecho servir, se levantó, invitando á su huésped á seguirle por medio de un ademan, cuya gracia hubiera hecho honor á un maestro de ceremonias de la córte de Isabel de Castilla. Poco tardaron en llegar á una casa algo mayor que las demas, y que parecia hallarse dividida en diferentes habitaciones, pues al pronto no pasaron de una especie de antecámara. Allí permanecieron un breve rato, mientras que el cacique dijo unas cuantas palabras a una mujer y descorrió una cortina ingeniosamente fabricada con yerbas marinas, cuya cortina abrió paso para una habitacion interior. En aquella estancia habia una mujer, y para ponerse al corriente de quien era, bastóle solo á Luis escuchar la palabra «Ozema» que al entrar pronunció Mattinao con tono afectuoso. Luis saludó á aquella hermosa india tan rendidamente como si hubiese sido una gran señora de la corte de España. Al alzar los ojos los fijó en el rostro de aquella bella criatura, llena de curiosidad y medio asustada, y no pudo menos de esclamar todo admirado y sorprendido:

—¡Mercedes!

Mattinao repitió aquel nombre lo mejor que le fué posible creyendo sin duda que era una palabra que espresaba la admiracion ó la satisfaccion. La encantadora jóven, toda temblorosa, que habia dado lugar á

aquella esclamacion, retrocedió, y sonriendo en medio del mas grande rubor, repitió á su vez con acento dulce y armonioso, «Mercedes», como un ser ingénuo que se complace en prolongar lo que ha sido para ella el orígen de un placer inocente; en seguida permaneció de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil, viva imagen del asombro. Como es preciso que espliquemos por qué causa los pensamientos de Luis se habian fijado en aquel momento en su amada, por qué su boca habia pronunciado su nombre, haremos desde luego una breve descripcion de la figura y del trage de Ozema, pues este era el nombre de aquella hermosísima india.

Todas las relaciones de los viajeros están conformes en describir á los primeros habitantes de las Indias occidentales como perfectamente formados y dotados de una gracia tal en todos sus movimientos, que causó la admiracion general de los españoles. El color de su piel nada tenia de repugnante, y en particular la de los habitantes de Haiti, segun dicen, no pasaba de ser de un moreno algo mas subido que la de los europeos. Los habitantes que se esponian pocas veces á los ardores del sol de aquel clima, y los que vivian habitualmente bajo la sombra de los bosques ó en el interior de sus habitaciones, asi como las personas que tienen iguales costumbres en Europa, hubieran podido pasar por blancos comparativamente con los demás. Tal habia sido la vida de Ozema, que no era mujer del jóven cacique, sino su única hermana. Segun las leyes de Haiti, la autoridad de los caciques se trasmitia por medio de las hembras, y un hijo de Ozema deberia suceder á su tio. Por consecuencia de

este hecho, y siendo asi que la familia real (si es lícito aplicar esta espresion á un estado social tan sencillo) solo se componia de dos individuos, habíanse prodigado á Ozema mas delicados y preferentes cuidados que de costumbre, no permitiéndola dedicarse á ninguna clase de trabajos ni de fatigas en todo aquello que era compatible con la condicion de los habitantes de aquel país.

Habia ya cumplido sus diez y ocho años sin haberse visto jamás espuesta á la intemperie de las estaciones y sin haber esperimentado ninguna de aquellas vicisitudes que mas ó menos son inherentes á la vida salvaje; á pesar de que los españoles hicieron la observacion de que cuantos indios habian visto hasta entonces parecian estar bien distantes de padecer aquellas enfermedades tan propias de una existencia como la que llevaban, ventajas que eran debidas, á no dudarlo, á la influencia del sol, al agradable temple de aquel clima y á lo saludable y puro del aire. En una palabra, Ozema reunia en su persona todos aquellos atractivos esteriores que, como es consiguiente, adquiere una mujer que goza de una libertad sin límites, que posee mil gracias naturales, que no carece de cuanto puede halagarla, y todo esto en un clima tan benigno, disfrutando de unos alimentos sencillos y saludables y estando exenta de toda fatiga y libre de cualquier pena ó cuidado. Se podria, pues, poner en parangon á una criatura semejante con Eva cuando por primera vez se presentó á la vista de Adan, modesta, ingenua, tímida y perfecta en todos conceptos.

Los haitianos, si bien usaban algunas ropas para cubrirse, tampoco tenian reparo alguno en presen-

tarse tales como los creó naturaleza. Entre las personas mas distinguidas se contaban pocas que no tuviesen aficion á vestirse, pero esto era mas bien por vía de ornato ó de distincion que por conformarse con la costumbre ó porque lo hallasen mas cómodo. La misma Ozema no se esceptuaba de esta regla general; una tela de diferentes colores tejida en el pais rodeaba su esbelto talle, cayendo hasta cerca de sus rodillas, mientras que otra de algodon, mas blanca que la misma nieve, y de un tejido tan fino que hubiera dejado atrás algunas manufacturas de nuestros dias, caia por uno de sus hombros como una especie de banda sujeta al lado opuesto de su cuerpo por un ligero nudo, y cuyos estremos, adornados de un fleco, descendian casi hasta el suelo. Unas sandalias de admirable trabajo resguardaban las plantas de sus pies capaces de dar envidia á una reina; y de su cuello pendia una gran medalla de oro, tóscamente trabajada, puesta en un bellísimo collar de menudas conchas. Sus lindos brazos se veian adornados de brazaletes hechos tambien de conchas, y dos sencillos aros de oro rodeaban la parte mas baja de sus piernas, que eran tan perfectas como las de la Venus que se ostenta en el Museo de Nápoles. En aquel pais la finura de los cabellos indicaba un distinguido nacimiento, así como, con menos razon por cierto, pretenden en algunos puntos de nuestro culto pais que la pequeñez del pié ó de la mano sea tambien una prueba de aquella ventaja: por consiguiente, como en Haiti el poder y las supremas dignidades habian ido trasmitiéndose de mujer en mujer desde tiempo inmemorial, los cabellos de Ozema eran sedosos, flexibles, ondulantes y negros

como el azabache; cubrianla las espaldas como un manto de gloria, y caianla hasta mas abajo de su cintura, siendo ademas aquel velo tan ligero que casi se veian agitados sus estremos por el aire antes de que este hubiese penetrado en las habitaciones.

Aunque es cierto que aquella estraordinaria criatura era el complemento de cuantas bellezas habia visto D. Luis entre las demás jóvenes de las Indias Occidentales, no fué tanta la admiracion que le causaron sus graciosas y torneadas formas, ni los encantos y la espresion de su rostro, como la sorpresa que recibió al contemplar la casual y tan completa semejanza que tenia con la mujer que en España embargaba sus pensamientos, y que hacia tan largo tiempo era el ídolo de su corazon.

Aquella semejanza, pues, fué la sola causa que le hizo pronunciar el nombre de Mercedes en el primer movimiento de sorpresa. Si ambas hubiesen podido estar una al lado de la otra, facil habria sido descubrir entre ellas marcadas diferencias, sin entrar en comparaciones acerca de la inteligente y reflexiva espresion de la castellana y del aire de sorpresa, de inquietud y de zozobra de Ozema. Mas sin embargo de esto, la semejanza era tal, que cualquiera que conociese á una de ellas no podia menos de quedar sorprendido al ver á la otra. Es verdad tambien que las facciones de Mercedes tenian un no sé qué de mas elegante y delicado, su frente era mas noble, sus ojos animados de mucho mas elevada inteligencia, su sonrisa era mas radiante á causa de las ideas y pensamientos que la inspiraba su cultivado talento, su rubor, mas pronunciado, procedia del pensamiento íntimo de la costumbre del trato y en

la espresion general de su fisonomía habia mas estudio que en la de la jóven haitiana, cuyas maneras y ademanes carecian de arte alguno. Mas en cuanto á belleza, á juventud, á lindos contornos, la diferencia era sumamente imperceptible. La viveza, la franqueza, la ingenuidad y aquel encanto que presta á una mujer cualquier ardiente sentimiento que no trata de ocultarse, hubieran inducido á algunos á dar la preferencia á la jóven y bella india sobre la estudiada reserva, sobre la dignidad que las relaciones sociales prescribian á la heredera castellana. Todo cuanto en Mercedes era efecto de su natural entusiasmo, sincero magnánimo y religioso, en Ozema solo procedia de la impetuosidad de sus impulsos naturales, propiamente femeninos en cuanto á sus principios, pero que no reconocian freno alguno.

—¡Mercedes! esclamó Luis al aparecer inopinadamente ante su vista aquella encantadora vision de la India.

—¡Mercedes! repitió Mattinao.

—¡Mercedes! dijo tambien Ozema retrocediendo cubiertas de rubor sus megillas, y con la sonrisa en los lábios: poco despues, volviendo á recobrar su inocente confianza, repitió muchas veces aquella palabra que habia tomado, así como su hermano, por una espresion de admiracion. Como no era posible entablar y seguir una conversacion, se vieron obligados á espresarse por medio de señas y ademanes que denotaban el mejor afecto. No se lanzó Luis á su pequeña espedicion sin haberse antes provisto de regalos; y previendo que no dejaría de tener alguna entrevista con la mujer del cacique, habia llevado consigo diferentes baratijas que él

creia muy suficientes para sorprender agradablemente á una india; mas desde el momento en que vió á aquella adorable criatura las juzgó completamente indignas para hacerle un presente con ellas. En uno de sus combates con los moros habia recogido como despojos de la batalla un turbante de cierta tela, tan rica como ligera, el cual conservaba como un trofeo. Habiéndolo traido consigo de España, lo usaba con frecuencia cuando estaban en tierra, ya fuese por puro capricho, ya como un adorno que quizá podia producir una favorable impresion en el ánimo de aquellos buenos isleños. Aquella originalidad no encontró nunca oposicion entre los españoles, pues los marinos estan acostumbrados á satisfacer todos sus caprichos cuando no se hallan en presencia de aquellas personas á cuyas observaciones deben prestar completa deferencia. Luis llevaba, pues, aquel turbante en su cabeza al entrar en la habitacion de Ozema, y dejándose arrastrar del placer que esperimentaba al contemplar en ella tan inesperada semejanza con Mercedes, y de la sorpresa que le causaba el aspecto de aquella encantadora jóven, quitóse su turbante, le deshizo, y estendiendo la tela que lo formaba, la colocó con la mayor galantería sobre los hombros de la hermosa india.

El placer y el agradecimiento que aquella jóven é inocente criatura procuró espresar en cuanto pudo fueron tan vivos como francos y sinceros. Repitió ademas varias veces la palabra «Mercedes», demostrando al mismo tiempo su satisfaccion con todo el entusiasmo de un corazon generoso é ingenuo. El querer suponer que las muestras de placer Ozema estaban enteramente exentas de aquel trasporte de júbilo infan-

til inseparable quizá de su ignorancia, seria lo mismo que atribuir al estado salvaje la esperiencia y los sentimientos propios solo de una civilizacion mucho mas adelantada; y sin embargo de esto, á pesar de la inocente sencillez que se dejaba descubrir en todas sus emociones, se notaba cierta dignidad en aquel aire tan satisfactorio, que es la que en todos los paises del mundo caracteriza las acciones de aquellas personas que pertenecen á una clase elevada. Luis halló á la jóven haitiana tan llena de gracias como sencilla y atractiva: y procurando figurarse en su imaginacion la manera con que su amada recibiria una joya de piedras preciosas que le presentase Doña Isabel, vino á deducir que aquella gracia tan natural de Ozema no cederia en nada á la dignidad y al placer causado por el agradecimiento que Mercedes sabria demostrar en una ocasion semejante.

Mientras que estas reflexiones ocupaban la imaginacion de nuestro héroe, la jóven india, sin sospechar siquiera que tuviese que ruborizarse de ello, se quitó de sus hombros la tela que le servia de banda, y la sustituyó con la riquísima del turbante.

Despues de haber ejecutado aquel cambio con la gracia y el desembarazo propios de un alma exenta de preocupaciones, desabrochóse el collar formado de conchas que llevaba al cuello, y adelantándose hácia Luis, se lo ofreció inclinando al mismo tiempo la cabeza y dirigiéndole una mirada y una sonrisa tan espresivas como las mas elocuentes palabras. Luis aceptó aquel presente con la mayor solicitud, y no quiso tampoco privarse del placer de besar con una galante-

ria completamente castellana la linda mano que al efecto le fué presentada.

El cacique, que con aire de la mayor satisfaccion acababa de presenciarlo todo, hizo entonces una seña al jóven español para que le siguiera, y le condujo á otra estancia. D. Luis halló en ella varias jóvenes y dos ó tres niños, que al momento conoció ser las mujeres y los hijos de Mattinao. A fuerza de señas y gestos ayudados de alguna que otra palabra, y echando mano por último de cuantos medios de comunicacion solian usar los españoles en sus relaciones con los naturales, acabó de convencerse Luis del grado de parentesco que existia entre el cacique y Ozema. Su corazon se sintió conmovido por una especie de sensacion de placer al saber que la jóven y bella india no estaba casada, sensacion que él atribuyó tan solo, y quizá con razon, á una celosa susceptibilidad causada por su semejanza con Mercedes.

Luis pasó el resto de aquel dia y los tres siguientes én aquella mansion campestre, la cual era la favorita y sagrada residencia de su amigo el cacique. Como era natural, él venia á ser para sus huéspedes un objeto de mayor curiosidad que ellos podian serlo para él: tomábanse mil inocentes libertades examinando sus vestidos y cuantos adornos llevaba, y no cesando de hacer comparaciones entre la blancura de su piel y el color oscuro de la de Mattinao.

En estos casos, Ozema era la que mostraba mas reserva y timidez, si bien no apartaba la vista de los movimientos de sus compatriotas, dejándose conocer por su fisonomía el interés que le inspiraba cuanto tuviese

relacion con el estranjero. Recostado en una perfumada esterilla, Luis se pasaba frecuentemente las horas enteras al lado de tan amable y candorosa criatura, tratando de estudiar la espresion de sus facciones con la mira de encontrar en ellas mas y mas semejanza con las de Mercedes, y olvidándose á veces de todo hasta el punto de no ver mas que lo que pertenecia esclusivamente á la jóven india. Sin embargo de esto, no perdia tampoco de vista el obtener y reunir algunas noticias curiosas acerca de aquella isla, y bien fuese efecto del elevado rango de Ozema ó de la natural superioridad de su ingenio, ó ya del encanto que poseia en sus maneras, ello es que Luis llegó á imaginarse que ninguna de las mujeres del cacique, ni aun el cacique mismo, habia de conseguir entenderse mejor con él para aquel efecto que la linda hermana del último. A Ozema, pues, era á quien Luis dirigia casi todas sus preguntas, y en el trascurso de un solo dia habia adelantado mas aquella atenta é inteligente jóven en cuanto tenia relacion con los medios de comunicacion entre los españoles y sus conciudadanos, que cuanto se habia hecho en el particular por espacio de un mes entero. Retenia las palabras españolas con una facilidad hasta cierto punto instintiva, y las pronunciaba con un acento tan dulce y agradable, que parecia que sonaban mejor al oido.

Luis de Bobadilla era justamente tan buen católico como podia serlo un hombre de su clase, de su edad, de su temperamento, y que habia siempre traido una vida errante ó vivido en los campamentos: mas sin embargo, en aquel siglo, en que la mayor parte de los legos mostraban un profundo respeto hácia la religion,



sometiésense ó no á su influencia purificadora, eran bien escasos los ánimos esforzados que se encontraban, como no fuese entre los hombres que pasaban su vida en el silencio de su gabinete, ó entre los religiosos, de los cuales habia algunos que solo vestian el hábito para mejor ocultar su incredulidad. Sus relaciones íntimas y frecuentes con Colon habian tambien contribuido á fortalecer la tendencia de nuestro héroe á creer en la perpetua vigilancia que sobre nosotros tiene establecida la Providencia; así es que creia firmemente que la estraordinaria facilidad que Ozema manifestaba para aprender un idioma estranjero dependia de una de esas milagrosas vias cuyo resultado inmediato debia ser el acelerar la introduccion de la religion cristiana entre los naturales del país. Cuando fijaba sus miradas en los radiantes aunque dulces ojos de aquella jóven; cuando prestaba su atento oido al escuchar los esfuerzos que hacia para que comprendiese lo que queria decir, Luis no podia menos de lisonjearse muchas veces de ser el destinado para llevar á cabo un tan importante acontecimiento con la mediacion de una persona tan encantadora. El almirante habia significado tambien á Luis la importancia de cerciorarse, si era posible, de la posicion que ocupaban las minas de oro; y este habia ya logrado hacer comprender á Ozema sns preguntas acerca de aquel particular, que era lo que ocupaba casi esclusivamente el ánimo de todos los españoles: mas las contestaciones de la jóven india no eran tan inteligibles como Luis hubiera deseado, ó al menos él no las creía bastante esplícitas, y haciéndoselas repetir, se imaginaba acomodarse á las miras de Colon.

Al dia siguiente de su llegada trataron de distraer á nuestro héroe con algunos juegos de los mas en uso entre aquellos isleños, de los cuales se han hecho ya tantas descripciones, que creemos inútil el repetir una mas. Eran aquellos juegos sumamente pacíficos, y en todos los ejercicios que requerian gracia y habilidad consiguió hacerse admirar la jóven princesa. Invitaron tambien á Luis á tomar parte en su diversion, y como no carecia de agilidad y de vigor, logró al fin llevarse la palma y triunfar de su amigo Mattinao; mas no por esto el cacique se manifestó resentido ni disputado, y su hermana misma no cesaba de aplaudir al ver á su hermano vencido en los ejercicios de su pais por la destreza ó por la fuerza superior de su huésped. Mas de una vez reprendieron á Ozema las mujeres de Mattinao aquella manifestacion de sus sentimientos; pero ella les respondia sonriendo y en tono de burla, y en aquellos momentos justamente aparecia á los ojos de Luis, y quizás con razon, mas hermosa que la imaginacion puede figurarse, pues sus mejillas se animaban, sus ojos brillaban como el azabache, y sus dientecillos, al asomar por entre sus labios, que parecian dos corales, semejaban dos hileras de marfil. Hemos dicho que Ozema tenia los ojos negros, siendo por consiguiente distintos de los meláncolicos y de color azul oscuro de Mercedes; mas sin embargo, aun en esto se notaba entre ambas alguna semejanza, puesto que los sentimientos que en lo general espresaban eran unos mismos, principalmente en cuanto tenia relacion con Luis. A veces, durante aquellas luchas en que ambos amigos ejercitaban sus fuerzas, el jóven español creyó observar que aquellos trasportes de alegría que

lucian en los ojos de Ozema eran completamente parecidos á la espresion de placer intenso que tantas veces habia contemplado en los de Mercedes cuando se distinguia en los torneos, figurándose en aquellos momentos que la semejanza entre ambas jóvenes era tanta, que prescindiendo del trage y de algunas insignificantes circunstancias, hubiérase podido equivocar una con otra.

No debe, sin embargo, el lector deducir de todo esto que nuestro héroe fuese infiel á su antiguo amor; muy al contrario, Mercedes era quien, como soberana, reinaba plenamente en el corazon de su amante. Luis, fuesen los que fuesen sus defectos, se hallaba demasiado enamorado y era al mismo tiempo demasiado constante para faltar de un modo tal á la bella castellana : pero era jóven, separado por tan largo tiempo del objeto de su cariño, y, si es preciso decirlo, no podia permanecer insensible por mas tiempo á la admiracion que de una manera tan ingenua y seductora le manifestaba la jóven india. Si él hubiera visto una sola mirada atrevida lanzada de los ojos de Ozema, si hubiera notado en su conducta el menor artificio ó coquetería, hubiérase alarmado en el momento, y hubiera tratado de sacudir el yugo de una pasagera ilusion: pero, por el contrario, todo era franqueza y naturalidad en aquella inocente jóven. Si acaso llegaba á echarse de ver el imperio que sobre su imaginacion habia tomado, resaltaba en todo una candidez tan evidente, una naturalidad tan espontánea y una ingenuidad tan solo dimanada de la inocencia, que era materialmente imposible sospechar allí artificio de ninguna especie. En una palabra, al ceder Luis á una fas-

cinacion que hubiera hecho vacilar muy formalmente la fidelidad de muchas personas, por bien sentada que tuviesen su reputacion de estabilidad en sus resoluciones, nuestro héroe solo hizo conocer que era hombre.

En una situacion que ofrece tantas novedades como aquella, el tiempo se pasa sin sentir; así es que Luis se sorprendió en gran manera cuando, al echar una ojeada á lo pasado, se convenció de que hacia ya bastantes dias que se hallaba en compañía de Mattinao, no habiéndose casi separado en todo aquel tiempo de lo que puede llamarse el serrallo del cacique.

Por su parte, Sancho de la Puerta del Astillero no se habia tampoco descuidado; en su tanto habia sido un héroe como el jóven conde, y no habia olvidado su deber con respecto á investigar el sitio que ocupaban las minas de oro. Si bien él no habia aprendido una palabra del idioma de Haiti, ni habia enseñado una sola sílaba del español á aquellas risueñas ninfas de que se veia rodeado, habíalas en cambio adornado con un sin número de cascabeles, recibiendo él en recompensa diferentes adornos de oro que ellas tenian. Aquel cambio sin duda alguna fué hecho con la mejor buena fé, pues se apoyaba en la teoría favorita de los defensores de la libertad de comercio, que pretenden que las transacciones de aquel género son solo un cambio de equivalentes, independientemente de las circunstancias que puedan influir en sus valores. Sancho profesaba estas ideas de comercio tan de veras como los filósofos modernos, y en una de las pocas entrevistas que tuvo con Luis, desde que este permanecia con Mattinao, le reveló algunos de sus pensamientos sobre tan curioso particular.

—Veo, amigo Sancho, que no has perdido todavía tu decidida aficion á los doblones, le dijo Luis riéndose cierto dia que el antiguo marino le enseñaba su pacotilla compuesta de polvos de oro y medallas del mismo metal; con todo ese oro que posees bien podrian acuñarse unos veinte doblones con el busto del rey y la reina, nuestros señores.

—Y aun doble, señor, doble; y todo ello por 17 cascabeles, que solo cuestan unos cuantos maravedises. ¡Diantre! Este es un honrado y lícito comercio, que en nada desdice de un verdadero cristiano. Ahí teneis esos salvajes, que no hacen mas caso del oro que el que V. E. haria del cadáver de un sarraceno, y yo, para no tener que deberles nada, estimo en tan bajo precio los cascabeles. Continúen ellos mirando con todo el desprecio que gusten sus adornos y sus polvos de color amarillo, que yo por mi parte siempre estaré dispuesto á deshacerme de estos veinte cascabeles que me quedan; vengan, pues, cuando quieran á hacer un cambio, que me hallarán pronto á todas horas á darles nada por nada.

—¿Y es acaso razonable y propio de un hombre honrado el despojar á un indio de su oro, dándole en cambio una barajita que te cuesta á tí una friolera? Acuérdate de que eres castellano, y de aquí en adelante paga con dos cascabeles lo que hasta ahora has estado pagando con uno solo.

—Señor, yo jamás me olvido de mi nacimiento, puesto que felizmente el astillero de Moguer está en la antigua España. ¿El valor de un artículo no debe fijarse por el precio que tiene en el mercado? Preguntadolo á cualquiera de nuestros comerciantes y os di-

rá otro tanto, pues esto es mas claro que el sol que vemos en el cielo. Cuando los venecianos sitiaban á Candía, las uvas, los higos y los vinos griegos no costaban mas en la isla que el trabajo de pedirlos, y sin embargo, se vendian allí mismo á peso de oro los géneros procedentes del Occidente. ¡Oh! Cada cosa debe tener su precio; esta es una verdad incontestable, y la verdadera mente del comercio consiste en dar una cosa que carezca de valor por otra que tenga mas precio.

—Si es proceder de buena fé el aprovecharse de la ignorancia de otro, dijo Luis, que profesaba al comercio todo el desprecio propio de un noble, ¿será lícito tambien el engañar á un niño ó á un idiota?

—No permita Dios, y sobre todo, San Andrés, mi patron, que yo cometa una falta como esa, señor. Los cascabeles son en Haiti mas apreciados que el oro; y como yo estoy muy al corriente de ello, me presto á cambiar semejantes preciosidades por cosas que aquí son como basura. Bien veis que yo soy generoso, y nada interesado, porque hallándose ambas partes en Haiti, aquí es donde el valor de los objetos á cambiar debe fijarse. Es verdad tambien que despues de haber corrido grandes peligros en la mar, y sufrido muchas penalidades para poder trasportar este oro á España, podré hallarme recompensado de mis zozobras y tener para vivir tranquilamente haciendo efectivos mis beneficios. Yo confio que Doña Isabel se interesará suficientemente por sus nuevos súbditos para que no trate de prohibirles todo comercio marítimo, el cual constituye un oficio muy trabajoso y que no carece de riesgos, como vos y yo sabemos perfectamente.

—¿Y por qué deseas tu tan particularmente, San-

cho, obtener semejante gracia en favor de estos pobres isleños, y pones para ello en contribucion tus propios huesos?

—Unicamente, señor, repuso el muy tuno guiñando el ojo con aire maligno, únicamente porque temeria que sus espediciones marítimas viniesen á desorganizar el comercio, que debe mantenerse libre y sin travas en cuanto sea posible. Si nosotros los españoles volvemos á Haiti, cada cascabel que traigamos nos valdrá un doblon; pero si dejamos á estos salvajes en libertad para ir á España, con uno solo de sus doblones podrá comprar mas de cien cascabeles.—No, no. Las cosas están bién como se hallan, y ojalá una doble racion de purgatorio sea la recompensa del que trate de poner travas al comercio libre, útil, de buena fé y propio de todo pais civilizado.

De este modo esplicaba Sancho á D. Luis sus ideas acerca de la libertad de comercio, ese gran caballo de batalla de los modernos filántropos, cuando oyeron salir de la poblacion inmediata un grito tal que solo pudiera ser lanzado en momentos de un terror repentino y de un estremo peligro. La conversacion de que nos ocupábamos tenia lugar en medio del valle, poco mas ó menos á mitad del camino entre la poblacion y lo que hemos llamado el serrallo de Mattinao; y como ambos españoles tenian tan completa confianza en sus nuevos amigos, hallabanse sin mas armas ni defensa que las que debian á la naturaleza. Luis, al salir, habia dejado su sable y su escudo á los pies de Ozema, que intentaba manejarlos haciendo el papel de guerrero para su mútuo entretenimiento; y Sancho, encontrando muy pesado su arcabuz para ir cargado

con él á todas partes como si fuese un junco, habíaselo dejado en la habitacion que tenia escogida como su cuartel general.

—¿Seria esto acaso una traicion, señor? esclamó Sancho. ¿Habrán acaso descubierto estos malditos cuál es el verdadero valor de los cascabeles? ¿Si tratarán quizás de arreglar cuentas conmigo?

—Yo respondo con mi propia vida de la buena fé de Mattinao y de toda su gente. Este tumulto procede sin duda de alguna diferente causa. ¡Escucha! ¿No percibes el grito de: Caonabo?

—Efectivamente, señor. Ese es el nombre del cacique caraibo que es el terror de todas estas tribus.

—Busca tu arcabuz, Sancho, si puedes dar con él, y ven en seguida á reunirte conmigo sobre aquel cerro. Es preciso, á todo trance, que defendamos á la hermana y á las mujeres de nuestro amigo.

Dichas estas palabras, Luis y Sancho se separaron. El primero se dirigió precipitadamente á la poblacion, que á la sazon ofrecia una escena de tumulto y de desórden; el segundo se volvió con paso mas mesurado hácia las casas que estaban situadas en lo alto del cerro. Dirigiendo de rato en rato sus miradas en pos de sí como si quisiese lanzarse en medio de la pelea, Luis echó de menos mas de una vez su caballo favorito y una buena lanza, pues para un cumplido caballero hubiera sido una hazaña harto digna el poner en completa fuga á un centenar de enemigos como los que esperaba encontrar. Varias veces habia él solo arrollado filas enteras de soldados, y no estaba muy distante el tiempo en que un solo ginete hiciese huir ante sí á miles de americanos.

La alarma habia ya cundido en el serrallo de Mattinao cuando llegó nuestro héroe. Al penetrar en la habitacion de Ozema la halló rodeada de mas de cincuenta mujeres, de las cuales algunas acababan de venir de la ciudad, y todas ellas repetian sin cesar el terrible nombre de Caonabo. Ozema era la que manifestaba mas sangre fria, aunque era bien facil de advertir que ella era el principal objeto de la comun solicitud; efectivamente, aquellas mujeres que no se separaban un ápice de la princesa, parecia que la impulsaban á huir, á fin de no caer en manos del jefe caraíbo.

Por algunas palabras que pudo comprender, Luis pensó, y no se engañaba por cierto, que aquellas mujeres estaban persuadidas de que el verdadero objeto de aquella súbita agresion de Caonabo era apoderarse de la linda hermana del cacique. Semejante conjetura en nada hizo desmayar su celo y diligencia para protejerla. Apenas Ozema le distinguió, corrió á él con las manos cruzadas, pronunciando el nombre de Caonabo con un acento capaz de conmover á un corazon de piedra, al mismo tiempo que en sus espresivos y suplicantes ojos se veia pintada la esperanza y la confianza.

No era á la verdad necesario tanto para determinar á nuestro héroe á tomar por su cuenta la defensa de la hermosa india. En el acto se apoderó de su sable con la mano derecha y armó su brazo izquierdo con el escudo; despues, para manifestarla su celo tan espresivamente como era posible, la cnbrió el pecho con su escudo, blandiendo el sable como en ademan para desafiar á sus enemigos. Así que Luis hubo dado aquella especie de muestra de su proteccion, todas las demás mujeres desapare-

cieron, unas por salvar á sus hijos, las restantes por buscar un asilo donde guarecerse, y á consecuencia de aquel súbito é inesperado abandono, se encontró por la vez primera á solas con Ozema.

Permanecer dentro de la casa hubiera sido consentir que el enemigo llegase sin ser visto de antemano, y al mismo tiempo el rumor de los gritos y de los lamentos se iba haciendo mas y mas inminente. Acercándose pues, á la jóven, Luis la envolvió uno de sus brazos con la tela de su turbante con el objeto de que pudiese, en caso de necesidad, oponerlo como un escudo á las flechas enemigas.

Mientras que se ocupaba de aquella operacion, el pecho del jóven español servia de apoyo á la cabeza de Ozema, cuyas lágrimas principiaron por fin á correr: pero aquel signo de poca firmeza solo duró un instante, pues volvió al momento á armarse de valor, una encantadora sonrisa brilló á través de sus lágrimas, oprimió el brazo de Luis como atacada de un movimiento convulsivo, y convertida enteramente en una heroina india, le siguió fuera de la estancia.

Luis reconoció al primer golpe de vista que no habia podido llegar á presentarse en momento mas oportuno. La familia de Mattinao hallábase ya toda dispersa, y un numeroso grupo de enemigos se dirigia silenciosamente por el valle á fin de apoderarse de su presa. Sintió á Ozema, que continuaba apoyada en su brazo, temblar violentamente, y la oyó que pronunciaba estas palabras:

—¡Caonabo! ¡No, no, no!

La jóven princesa haitiana habia aprendido aquél monosílabo español, que espresa á un tiempo la nega-

tiva, la repulsa y la repugnancia, y Luis interpretó aquella esclamacion como en sentido de espresar su firme resolucion de no ser jamás la mujer del jefe caraibo. Su determinacion de protegerla ó perecer no decayó ni un solo punto con aquella involuntaria declaracion de sus sentimientos, declaracion que él no pudo menos de mirar como enlazada consigo mismo, porque, aunque honrado y generoso, Luis se hallaba dispuesto á pensar favorablemente de sus medios de agradar, y solo en cuanto tenia relacion con Mercedes aparecia su modestia y humildad.

Soldado casi desde su infancia, el jóven conde echó apresuradamente una mirada en torno suyo para ver si hallaba una posicion á propósito para defenderse y hacer uso de sus armas con la mayor eficacia posible. Por fortuna encontró una á tan pocos pasos de donde estaba, que solo un minuto tardó en ocuparla. El cerro se hallaba situado entre dos escarpados peñascos, y á unos cien pasos de la habitacion de Ozema. El frente de aquellas rocas formaba un ángulo entrante, cuyos costados se adelantaban haciendo como una muralla á derecha é izquierda hasta cierta distancia, mientras que una roca saliente cubria lo bastante su base para poner al abrigo de las piedras que desde la cima se pudieran arrojar á los que en aquel sitio se vieran obligados á refugiarse. En el espacio que separaba entre sí aquellas dos especies de murallas naturales, hallábanse varios fragmentos de rocas, que servian de escudo contra las flechas, y habia asimismo una llanadita cubierta de yerba, en la que un caballero podia desembarazamente hacer alarde de su valor. Nuestro héroe conoció en el instante que aquella era una

posicion magnífica y sumamente defendible, ya que no inespugnable, puesto que no podia ser atacado mas que de frente. Colocó, pues, á Ozema oculta en uno de los fragmentos de roca; mas ella no quiso ocultarse enteramente porque el interés que Luis la inspiraba y la inquietud que por los movimientos del enemigo esperimentaba no pódian menos de impulsarla de cuando en cuando á sacar la cabeza y á veces hasta medio cuerpo.

Apenas Luis hubo tomado posesion de aquél fuerte, cuando una docena de indios vinieron á colocarse en fila frente á frente de él, como á unas 25 toesas; llevaban por armas arcos, mazas y jabalinas. Como el jóven español no contaba con otra arma defensiva que su escudo, hubiérase visto en bien crítica situacion á no saber que el arco de los indios es un arma poco temible. Sus flechas podian ciertamente ocasionar la muerte siempre que fuesen disparadas á corta distancia y sobre cuerpos desnudos; pero era mas que dudoso que pudiesen penetrar del mismo modo el tupído terciopelo que cubria á D. Luis de pies á cabeza, sin contar que 25 toesas era tambien una distancia bien escesiva para inspirar una seria alarma. Quedóse, pues, en la parte de adelante de las rocas, pues necesitaba un espacio desembarazado para poder hacer uso de su sable, y esta era la única arma con que contaba para aspirar á conseguir una victoria que no parecia tan facil á la verdad.

Quizá fué una suerte para nuestro héroe el que Caonabo no fuese del número de los que le atacaron. Aquel terrible jefe, que habiase ido persiguiendo por otra parte á una porcion de mujeres fugitivas, con-

fiandose sin duda hallar á Ozema entre ellas, hubiera seguramente decidido la cuestion por medio de un ataque general, en el cual, á no dudarlo, el número hubiera triunfado del valor y del esfuerzo. Los que á la sazon le atacaban siguieron otra marcha y principiaron á estirar sus arcos. Uno de los mas diestros tiradores colocó una flecha en el suyo y la disparó; mas resbalando en el escudo del caballero, vino á dar en la roca contigua, tan levemente como si hubiera sido lanzada en un combate figurado. Dispararon otra segunda flecha, mas no dignándose Luis alzar siquiera su escudo, la paró de un sablazo. La sangre fria con que él soportaba aquel ataque hizo que los indios prorrumpiesen en agudos gritos. ¿Mas seria acaso de rabia ó de admiracion? Esto era lo que D. Luis no podia juzgar.

Emprendieron despues un segundo ataque con mayor prudencia, pues fué dirigido con arreglo á un principio que Napoleon, segun cuentan, adoptó para las descargas de su artillería. Todos los que llevaban arcos, que eran unos siete ú ocho, dispararon sus flechas á un mismo tiempo, y de este modo era muy difícil escapar á un ataque tan bien combinado. Las flechas sonaron como granizos sobre el escudo, y una ó dos de ellas, escurriéndose en el borde, vinieron á tocar el cuerpo del guerrero castellano, sin hacerle otro daño que unas ligeras contusiones. Una segunda descarga iba á tener lugar, cuando la jóven india, toda alarmada, abandonó el sitio en que se hallaba oculta, y como la Pocahoutas de nuestros tiempos, púsose delante de Luis con los brazos cruzados sobre el pecho. Apenas la hubieron percibido, dejóse oir el grito de —«¡Ozema, Ozema!»—entre los sitiadores, que eran,

como inferirán los que conocen la historia de aquella isla, no caraibos, sino haitianos dirigidos ó capitaneados por un jefe caraibo. En vano Luis procuró hacer los mayores esfuerzos para obligarla á retirarse: la generosa india conocia el peligro que le amenazaba, y toda la elocuencia del jóven conde no hubiera bastado para decidirla á dejarle espuesto á tamaño riesgo. Como los indios trataban de buscar los medios de tirarle á él, sin causar el menor daño á la princesa, nuestro héroe se convenció de que no le quedaba otra alternativa que ponerse á cubierto detrás de uno de los fragmentos de roca. Acababa de tomar aquella medida en favor de su propia seguridad, cuando un guerrero caraibo, de ademan feroz y amenazador, vino á unirse con los sitiadores, que al momento se pusieron á dar gritos todos á la vez para esplicarle á qué altura se encontraban los asuntos.

—¿Caonabo? preguntó Luis á Ozema indicándole el recien llegado.

Despues de haber examinado bien al jefe caraibo, la princesa meneó la cabeza, y apoyándose en el brazo de nuestro héroe con seductora confianza, esclamó:

—No, no, no.... No Caonabo. ¡No, no, no!

Luis supuso que la primera parte de aquella contestacion significaba que el recien venido no era Caonabo, y que la segunda espresaba la decidida voluntad de Ozema de no ser jamas de aquel jefe.

La conferencia que tuvieron los sitiadores fué bien breve. Seis de ellos, armados los unos de mazas, lo otros de jabalinas, se dirigieron á atacar al enemigo en su fortaleza. Apenas nuestro héroe los vió á distancia de veinte pies, salióles al encuentro. Dos jabalinas vi-

nieron en aquel instante á estrellarse contra su escudo, mas él las separó con su espada: uno de los enemigos tenia ya levantada la maza sobre su cabeza, pero una cuchillada tirada de abajo arriba hizo caer á sus pies la maza y el brazo que la manejaba: entonces Luis, dirigiendo al frente su espada, llegó á herir á los otros dos, aunque, como estaban fuera del alcance de su brazo, la punta se escurrió, causándoles solo un leve rasguño en el pecho.

Un arrojo tan súbito é imprevisto esparció el terror entre los sitiadores: No conocian aun el poder del acero, y la vista de un brazo cercenado de raiz de un solo golpe tocaba para ellos en lo maravilloso. El mismo feroz caraibo no pudo menos de retroceder todo consternado, y la esperanza vino á reanimar, como era consiguiente, el valor de nuestro héroe. Aquel encuentro fué el primero en que los españoles derramaron la sangre de los habitantes de aquellas islas recientemente descubiertas, á pesar de que los historiadores citan como el principio de sus contiendas un incidente ocurrido en época muy posterior. El absoluto silencio que se guardó con respecto á aquella espedicion de don Luis ha debido hacer inútiles las investigaciones de aquellos, aunque bastantemente superficiales.

En aquel mismo momento los gritos de los sitiadores y la vista de un nuevo cuerpo de enemigos, á cuya cabeza marchaba un hombre de elevada estatura y ademan imponente, anunciaron la llegada de Gaonabo en persona. Aquel belicoso cacique se informó en un instante del estado de las cosas, y la proeza que acababa de ejecutar nuestro héroe debió llenarle, por lo que se advirtió, de sorpresa y de ad-

miracion. Al cabo de un breve rato dió órden á toda su gente de que se retirasen á alguna distancia hácia su espalda, y, arrojando su maza, se dirijió con el mayor desembarazo hácia Luis haciéndole mil demostraciones de amistad.

Al encontrarse ambos adversarios se repitieron las muestras de confianza y de respeto mútuos. El caraíbo pronunció un breve y enérgico discurso, cuya única palabra inteligible para el español fué el nombre de la hermosa india. Ozema se habia tambien adelantado, como si deseára tambien hablar, y Caonabo, volviéndose hácia ella, la dirijió la palabra en términos que, si bien no eran elocuentes, al menos parecian apasionados; apoyaba repetidas veces su mano contra el corazon, y su voz se dulcificó y se hizo persuasiva. Ozema le contestó con viveza y con el acento de una mujer cuya determinacion está resueltamente adoptada. Al terminar su discurso, un vivo rubor coloreó sus mejillas, y como si ella hubiera deseado hacer comprender á nuestro héroe cuanto acababa de decir, esclamó en español:

—¡Caonabo, no, no, no! ¡Luis! ¡Luis!

El huracan que tiene su orígen en los trópicos no se presenta mas sombrío y amenazador que el rostro del jefe caraíbo al ver tan terminantemente desechadas sus proposiciones, y que un estranjero era el preferido. Amenazando de nuevo con su gesto, volvióse hácia su tropa, y dió órden de emprender un nuevo ataque.

Por esta vez una nube de flechas precedió á la carga, y Luis se vió obligado nuevamente á buscar un abrigo, ocultandose en uno de los fragmentos de roca. De hecho, solo asi podia salvar la vida de Ozema, que

insistia en querer colocarse delante de él con la esperanza de protegerle contra sus enemigos. Caonabo habia reprendido severamente á caraibo, que despues del primer ataque habia emprendido la fuga, y aun volaban las flechas por el aire cuando aquel, ansioso de sapir por su honra, se lanzó solo hácia su enemigo. Luis le salió al encuentro, tan firme como la roca que dejaba á sus espaldas. El encuentro fué violento, y el golpe de maza descargado sobre el escudo hubiera sido suficiente para hacer mil pedazos un brazo menos acostumbrado á semejantes lances; pero habiéndose escurrido la maza, vino á descargar en tierra toda la fuerza del golpe con la misma violencia que un martillo de fragua. Nuestro héroe se penetró bien pronto que el éxito solo pendia de la impresion que sus hechos lograsen hacer en los animos: así es que despues de haberse visto brillar al sol la hoja de su espada, la cabeza del caraibo vino á caer junto á su maza, permaneciendo el tronco de pié por un momento: tal era el temple de aquella soberbia hoja: tal fué el golpe con ella descargado y con tal destreza.

Mas de veinte salvajes se dirigian ya al sitio del combate, pero aquel inesperado espectáculo los dejó como petrificados. Sin embargo, Caonabo, que, aunque sorprendido en estremo, no se habia acobardado, dió sus órdenes á los suyos con una voz semejante al bramido de un toro furioso, y aquella aterrada tropa ya se disponia á obedecer, cuando una fuerte detonacion, seguida como de un silbido, se dejó oir, y en aquel mismo instante otro indio cayó muerto. El valor de ninguno de aquellos salvajes no era capaz de resistir á aquel espectáculo, pues para su ignorante imagina-

cion, el golpe que habia causado la muerte á su compañero solo podia proceder del cielo. En menós de dos minutos Caonabo y toda su gente habian ya desaparecido. Mientras que ellos bajaban con la mayor precipitacion la montaña, vió Luis salir de entre unas breñas á Sancho Mundo trayendo en sus manos el arcabuz, que habia tenido la precaucion de volver á cargar.

Las circunstancias no eran á propósito para perder el tiempo. Ni un solo hombre de la tribu de Mattinao se encontraba por parte alguna, y Luis se llegó á convencer de que todos habian huido. Decidido á salvar á Ozema á cualquier costa, se dirigió hacia el rio con ánimo de apoderarse de una de las piraguas que allí habia para tratar de escaparse. Al atravesar la poblacion, observaron que ni una sola casa habia sido saqueada. Ambos españoles no pudieron menos de hacer sus comentarios sobre aquella circunstancia, y Luis se la hizo notar á su compañera.

—¡Caonabo! No, no, no. ¡Ozema! ¡Ozema! esclamó la jóven india, que sabia perfectamente cuál habia sido el verdadero objeto del ataque del caraibo.

Una docena de piraguas se veian amarradas en el rio, y cinco minutos bastaron á los fugitivos para apoderarse y saltar en una de ellas y emprender seguidamente su retirada. No necesitaron mas que dejarse llevar por la corriente, y en el espacio de un par de horas se encontraron en el Occéano. Como el viento venia de la parte del Este, Sancho desplegó una mala vela de tela de algodon, y una hora antes de ponerse el sol habian desembarcado ya en una punta de tierra que impedia que fuesen percibidos desde la ba-

bia, pues Luis no habia echado en olvido que el almirante le habia encargado estrechamente que su escursion no se divulgase por temor de que otro cualquiera no le pidiera su permiso para emprender otra semejante.

CAPITULO XXV.

Un espectáculo que no podia menos de llenarle de terror y de consternacion aguardaba á nuestro héroe, apenas pudo dar vista al fondeadero. La *Santa Maria*, aquel navío almirante que él habia dejado hacia cuatro dias en el mejor estado, se veia hecho pedazos sobro la playa, sus mastiles por tierra, sus costados despedazados y con todas las demas señales de destruccion, á consecuencia de un naufragio. La *Niña* era la única que se distinguia anclada á corta distancia; pero no pudo menos el jóven de dejarse llevar de un sentimiento de aislamiento y de abandono al considerar aquel buquecillo, que no pasaba de ser una falua, y que para emprender aquel célebre viaje habia sido elevado al rango de caravela. Veíanse en la ribera gran número de materiales, y no era dificil de conocer que asi los españoles como los súbditos de Guacanagari trabajaban de concierto en la construccion de una especie de fortaleza, lo que demostraba evidentemente que habian ocurrido grandes novedades en la espedicion. Ozema se quedó en la habitacion de uno de los naturales del pais, y sus dos compañeros apretaron

el paso con el afan de volver á ver á sus amigos y de pedirles la esplicacion de cuanto tenian ante su vista.

Cristóbal Colon, aunque sumamente afligido, recibió muy cordialmente á su jóven amigo. Como el naufragio de la *Santa María* ha sido tantas veces referido, creemos muy escusado reproducirlo aqui nuevamente. Luis supo entonces que siendo la *Niña* un buque demasiado pequeño para contener á los españoles todos que allí se hallaban, quedaria en aquella fortaleza una especie de colonia, mientras que los demas se apresurarian á regresar á España. Guacanagari habia mostrado en todo la mayor bondad y eficacia; y por lo que hace al resto de las tripulaciones, habia estado aquella gente demasiado ocupada con el naufragio para notar la ausencia de nuestro héroe, ó para que les llamase la atencion en lo mas mínimo un incidente tan comun como la invasion de un jefe caraíbo con objeto de robar á una bella y jóven india. Quizá tambien este último acontecimiento estaba demasiado reciente para que hubiese llegado su fama hasta á aquellas orillas.

La semana que siguió á la vuelta de Luis se pasó en la mayor actividad. La *Santa María* habia naufragado en la mañana del dia de Navidad de 1492, y el 4 de enero siguiente la *Niña* se hallaba ya dispuesta á partir, de regreso para Europa. Durante este tiempo, Luis solo habia visto á Ozema una sola vez, y habíala encontrado melancólica, enmundecida, y semejante á una flor que conserva toda su hermosura aun despues de haberse marchitado. Sin embargo, en la noche del 3, mientras que él se paseaba á la inmediacion de la recien concluida fortaleza, fué invitado por conducto de

Sancho para una nueva entrevista. Nuestro héroe, con no poca sorpresa, halló al joven cacique con su hermana.

Aunque entre los tres no era posible una conversacion, sin embargo, lograron entenderse perfectamente. Ozema no estaba ya melancolica ni abrumada de tristeza, la sonrisa se dejaba ver en sus labios y la alegría habia renacido en su corazon, tanto que Luis creia no haberla visto jamas tan bella y seductora. Tenia un peinado, aunque sencillo, dispuesto con coqueteria, y la frescura de sus mejillas añadia nuevo brillo á sus espresivos ojos. Su figura, toda esbelta y ligera, modelo de gracia, sin afectaccion alguna, parecia tan aérea que apenas tocaba la tierra. El motivo de aquella súbita variacion pronto dejó de ser un misterio para Luis: ambos hermanos, despues de haber recorrido en su imaginacion los peligros de que se habian visto amenazados y la manera con que habian escapado de ellos, y teniendo presente al mismo tiempo el carácter y designios de Caonabo, habian venido á sacar por resultado que no quedaba á Ozema otro recurso que la fuga. Inútil seria preguntar qué era lo que impelia al cacique á dejar á su hermana que acompañase á los estranjeros á tan remotos paises; mas la razon que pudiera tener Ozema no debe ser un secreto para el lector. Era cosa sabida que el almirante deseaba llevar á España algunos indios del pais, y ya se cóntaba con três mujeres, una de ellas de igual clase y rango que Ozema, las cuales habian consentido en embarcarse: una de aquellas mujeres, que era esposa de un jefe, no solo era conocida de Ozema, sino tambien parienta. Todo, pues, parecia secundar sus designios; y como un viage

á España era á la sazon un misterio para aquellos isleños, que lo tomaban como una travesía de una isla á otra, ninguna dificultad capaz de retraerlos se presentaba á la imaginacion del cacique ni de su hermana.

Semejante proposicion no pudo menos de sorprender estraordinariamente á nuestro héroe; pues si bien es cierto que le halagaba y llenaba de júbilo la decision de Ozema, sin embargo, por otra parte no dejaba de esperimentar una especie de zozobra y turbacion: tal vez hubo momentos en que casi llegó á dudar de sí mismo. Mas á pesar de todo, Mercedes era la única que reinaba en su corazon; así es que procuró en el instante desechar semejante pensamiento, como una sospecha impropia de un caballero, y que no podia concebirse sin insultar á su propia honra. Una segunda reflexion le hizo ya ver menos obstáculos para aquel plan que los que él suponia en un principio, y despues de una hora de discusion se separó de Ozema con ánimo de consultar á su amigo.

Cristóbal Colon, que siempre se le encontraba en la fortaleza, escuchó á nuestro héroe con gravedad é interés. Una ó dos veces se vió Luis obligado á bajar la vista ante la escudriñadora mirada del almirante, pero al fin consiguió desempeñar de una manera muy digna la comision de que él mismo se habia encargado.

—¿La hermana de un cacique decís, D. Luis? respondió el almirante con aire pensativo. ¿Una jóven doncella hermana de un cacique?

—Sí, D. Cristóbal, y que reune una gracia, un nacimiento y una hermosura tal, que no podrá menos la reina nuestra señora de formar por ella una idea

muy aventajada del mérito de nuestro descubrimiento.

—No echareis en olvido, señor conde, que la pureza solo puede ofrecerse á la pureza. Doña Isabel es el modelo de las reinas, de las madres y de las esposas, y no debe serle ofrecida por sus servidores cosa alguna que pueda herir en lo mas mínimo su angelical espíritu. ¿No ha estado esa jóven á punto de ser engañada y conducida al pecado y á la miseria?

—D. Cristobal, no teneis motivo para pensar de mí de semejante modo. La misma Doña Mercedes no es mas pura é inocente que la jóven de quien yo quiero hablar, y su hermano no puede ser mas celoso ni solícito por su dicha como yo mismo lo soy. Cuando el rey y la reina hayan satisfecho su curiosidad y les dén sus órdenes para retirarse, pienso colocarlos bajo la proteccion de la de Valverde.

—Cuanto mas estrañas sean las muestras que podamos presentar, Luis, será mejor. Esto habrá de agradar á nuestros soberanos y les dará una idea muy favorable de nuestros descubrimientos, como vos decis muy oportunamente. Es verdad que la *Niña* es un buque harto pequeño, pero asi estaremos mas anchos dejando mucha gente en pos de nosotros. Hé dejado la cámara principal para las damas, porque tanto vos como yo estaremos bien de cualquier modo durante unas cuantas semanas; que venga, pues, esa jóven, y cuidad de que nada le falte.

Con estas últimas palabras terminó aquella conversacion. Al dia siguiente muy temprano se embarcó Ozema, llevando consigo las únicas riquezas de una princesa india, entre las cuales iba perfectamente guardado el turbante. Su parienta llevaba por criada una

jóven de la cual se servian ambas. Luis puso su cuidado en disponerlo todo de manera que nada les faltase en cuanto á comodidades y conveniencias. La despedida de Ozema y Mattinao fué tierna é interesante, porque el cariño doméstico parece haber sido cultivado con sumo cuidado por los naturales de aquel dulce y sencillo pais. Ellos confiaban en que la ausencia no habia de ser muy larga, y ademas, Ozemá habia repetido nuevamente á su hermano que no la era posible vencer la repugnancia que Caonabo la inspiraba; que lejos de eso, á cada minuto se aumentaba mas y mas, y daba mayor fuerza á su resolucion de no ser jamás de aquel hombre. No le quedaba, pues, mas alternativa que vivir oculta en la isla ó emprender el viage á España; en este último partido se descubria mayor seguridad al mismo tiempo que gloria. Por último, los dos hermanos, consolados en parte con semejantes reflexiones, se separaron.

Colon tuvo la intencion de llevar mas lejos sus descubrimientos antes de dar la vuelta á Europa; pero la pérdida de la *Santa María* y la desercion de la *Pinta* le pusieron en el caso de poner término á su espedicion con el temor de que por algun accidente imprevisto no se perdiese para el mundo lo que ya tenia adelantado. Asi es que el dia 4 de enero de 1493 se hizo á la vela en direccion del Oeste, bordeando por las costas de Haiti; su principal deseo era entonces poder regresar á España antes de que el insignificante esquife que le quedaba llegase á faltarle tambien, temiendo que su nombre quedase sepultado con los importantes detalles de sus descubrimientos. Por fortuna el dia 6 apareció la *Pinta*, que venia contra el viento,

habiendo ya Martin Alonso llevado á cabo uno de los proyectos que le habian impulsado á separarse, que era el adquirir una respetable cantid ad de oro, ma sin haber podido descubrir una mina, lo cual fué, á no dudarlo, su único y especial motivo.

Nada tienen que ver con nuestra narracion los pormenores de la entrevista que tuvo lugar. Colon acogió al culpable Pinzon con una prudente reserva, y despues de oidas sus razones, le mandó que dispusiese la *Pinta* para volverse á España. Despues de todas las pláticas indispensables en una bahía á propósito para el objeto, ambos buques se hicieron á la vela de conserva con direccion al Este, costeando siempre por toda la parte septentrional de Haiti, ó sea la Española, esto es, pequeña España, pues este fué el nombre que Colon habia puesto á aquella isla.

Hasta el dia 16 del mismo mes no partieron nuestros viageros decididamente de aquel delicioso país. Apenas habian perdido de vista la tierra, siempre navegando al Nordeste, cuando ya cesó el viento favorable, y volvieron á sentirse de nuevo los de los trópicos. El tiempo era bastante bueno, y como los buques continuaban en el mejor estado, el almirante, despues de diferentes separaciones de la línea recta, habia ya atravesado, para el 10 de febrero, aquella parte del Occéano en que dominaban los vientos tropicales, y habia asimismo alcanzado una latitud paralela á la altura de Palos. Al verificar aquel largo rodeo, la *Niña*, contra lo esperimentado en el primer viage, tuvo que irse deteniendo contínuamente á causa de la lentitud con que navegaba la *Pinta*. Este buque, que tenia resentido el palo de mesana, no se hallaba en disposi-

cion de resistir muchas velas, y á la *Niña* la favorecian las ligeras brisas, pues habia sido siempre tenido por un buque muy velero, con tal que el mar estuviese en calma y el viento fuese leve.

La mayor parte de los fenómenos del primer viage volvieron á observarse á la vuelta; pero los atunes no escitaban ya la esperanza, las yerbas marinas no causaban temor alguno. Pasaron con lentitud, más sin riesgo alguno, aquellos objetos familiares, y aparecieron por fin á los 15 dias los vientos variables. Entonces las bordadas llegaron á hacerse cada vez más complicadas, y por último, los pilotos, que no estaban acostumbrados á una tan larga y difícil navegacion en la que no se sentian ayudados por el agua ni por la tierra, se mostraron menos seguros de sus cálculos, acabando por disputar con el mayor calor acerca de su posicion verdadera.

—Ya habeis oido hoy, Luis, dijo el almirante sonriendo á nuestro héroe en una de sus conferencias habituales, los altercados de Vicente Yañez con su hermano Martin Alonso y los demas pilotos, con relacion á la distancia á que nos hallamos de España. Estos continuos cambios de viento han desorientado á estos pobres marinos que creen hallarse en todos los puntos del Atlántico menos en el que nos encontramos realmente.

—Mucho consiste en vos, señor, no tan solo por lo que hace á nuestra seguridad, sino por el conocimiento de nuestros grandes descubrimientos.

—Tambien es verdad, D. Luis. Vicente Yañez, Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldan, dejando aparte á los profundos calculistas de la

Pinta, colocan á nuestros buques en las inmediaciones de Madera, lo cual equivale á estár 150 leguas mas cerca de España de lo que en realidad nos encontramos. Esas buenas gentes se han dejado llevar mas de sus deseos que de los datos que suministra el cielo y el Occéano.

—¿Y vos, D. Cristóbal, en que posicion colocais las caravelas, puesto que no hay motivo alguno para ocultar la verdad?

—Nos hallamos al Sud de la isla de Flores, D. Luis, á 12 grados al Oeste de las Canarias, y bajo la latitud de Nafé en Africa; pero yo quisiera que permaneciesen en su incertidumbre hasta que el derecho de posesion de nuestros descubrimientos estuviese asegurado. Todos esos hombres están persuadidos en la actualidad de que ellos serian capaces de hacer lo que yo he hecho, y sin embargo de eso, ninguno de ellos puede establecer un rumbo fijo para regresar al punto de partida, despues de haber atravesado toda la estension del Occéano hasta el Asia.

Luis comprendió al almirante, y como por la poca capacidad del buque no era muy prudente el confiarse secretos, mudaron de conversacion.

Hasta entonces, si bien los vientos no fueron fijos, el tiempo estuvo hermoso: hubo algunas borrascas, como no puede menos de haberlas en el mar, pero no fueron de consideracion ni muy duraderas. Colon iba ya manifestándose muy satisfecho de su viage; pues ya cumplido su gran designio, el cual podia decirse que habia sostenido su vida, no podia menos de sentir la mas viva inquietud al pensar que aquel importante secreto podia perderse para el resto del mundo,

así como un hombre que lleva consigo un objeto precioso á través de escenas y situaciones peligrosas teme por la seguridad del depósito que le ha sido confiado. Mas un nuevo cambio se preparaba, y en los momentos mismos en que la esperanza del gran navegante comenzaba á reanimarse, iba á quedar sometido á la mas cruel de todas las pruebas.

Conforme las embarcaciones iban aproximándose al Norte, el tiempo se sentia naturalmente mas fresco y los vientos mas arreciados. Durante la noche del 11 de febrero, las caravelas hicieron mas de 100 millas desde la postura del sol al amanecer. A la mañana siguiente se vieron muchas aves, lo cual hizo creer á Colon se hallaban inmediatos á las Azores, mientras que los pilotos se figuraban estar muy cerca de Madera. Al otro dia el viento, aunque fuerte, no fué tan favorable, y la mar se presentó inquieta y agitada. Las cualidades de la *Niña* se dieron á conocer entonces ventajosamente, pues antes de terminar el dia tuvo que luchar contra los elementos desencadenados, pues la mayor parte de los que se hallaban á su bordo jamas habian visto tempestad semejante. Felizmente habíase hecho cuanto una consumada esperiencia puede imaginar para dar á aquel buque mas solidez y fortaleza, y hallábase tan bien preparado como las circunstancias lo permitian para hacer frente á una tempestad: su único defecto esencial consistia en que iba muy aligerada, pues habiéndose agotado casi todos los víveres, inclusa el agua, era preciso tener el mayor cuidado para que no pasase de su línea. Aquella circunstancia, que hubiera sido de escasa importancia para una embarcacion de mayor porte, era un gravísimo inconvenien-

te para un buque tan pequeño, que en su estado ordinario no se hallaba á cubierto de los peligros en un fuerte temporal. El lector comprenderá mejor esta distincion cuando se le haya hecho observar que los buques de grandes dimensiones no pueden perder su arboladura sino por efecto de una violenta é imprevista sacudida, y raras veces se vencen sobre los costados como no sea impelidos por la fuerza de las olas, mientras que las pequeñas embarcaciones pueden zozobrar con la mayor facilidad cuando su velamen es desproporcionado para sus fuerzas. Aunque los marinos de la *Niña* se apercibieron de aquella falta, que procedia en gran parte del consumo del agua dulce, era tal la esperanza que alimentaban de llegar muy en breve á algun puerto, que no se cuidaron de tomar disposicion alguna para remediar el mal.

Tal era el estado de las cosas al ponerse el sol en la tarde del 12 de febrero de 1493. Segun su costumbre, Colon se hallaba sobre la popa, pues entonces los buques de gran porte tenian todos aquella tosca elevacion, si bien la de la *Niña* era naturalmente tan pequeña, que apenas se le podia dar el nombre de tal. Luis se hallaba á su lado, y ambos observaban el aspecto del cielo y del Occéano con profundo silencio. Nuestro héroe no habia visto todavía los elementos en tan grande agitacion, y el mismo almirante se veia precisado á confesar que pocas veces habia tenido ocasion de observar una noche mas amenazadora. Hay cierta solemnidad en la postura del sol en el mar, cuando las nubes toman un aspecto siniestro y principian á notarse las señales precursoras de una tempestad, solemnidad que con nada puede ser compa-

rable sobre la tierra. El solitario aspecto de un buque luchando con una formidable masa de agua contribuye á influir en las sensaciones que se escitan, y que solo ven un objeto contra el cual van á estrellarse los esfuerzos reunidos de la tempestad. Todo parece ponerse de acuerdo para dar su apoyo al general combate, siendo los accesorios de tan lúgubre cuadro el Océano, el cielo y el aire; y si la nublada atmósfera del invierno llega á añadir á todo ello su tristeza, la escena se completa enteramente con tan negros y sombríos colores.

—Hé aquí una postura de sol que no anuncia nada bueno, D. Luis, dijo Colon en el momento mismo en que desaparecian los últimos rayos que aquel astro arrojára sobre las nubes. Pocas veces la he visto tan amenazadora.

—Mas con todo, siempre es una garantía inmensa el navegar á vuestras órdenes, señor: tengamos confianza en la bondad de Dios, sin dejar de tenerla tambien en la destreza de su agente.

—El Todopoderoso así dota a los mas débiles é insignificantes mortales de la destreza necesaria, cuando es su voluntad perdonar, como sabe oscurecer la razon de los mas entendidos cuando su cólera no puede ser satisfecha sino con la destruccion de sus criaturas.

—¿Creeis, D. Cristóbal, que la noche ofrezca peligro?

—A deciros verdad, pocas veces he visto peores síntomas que los que ahora se presentan. Si la caravèl no fuese tan cargada, quizá nuestra situacion sería menos desesperada.

—Me dejais sorprendido, señor almirante; pues los pilotos sienten que el buque vaya tan aligerado.

—Asi es en cuanto al peso material, Luis; pero lleva á su bordo un cargamento de descubrimientos que seria muy sensible ver desaparecer en las profundidades del Occéano. ¿No observais con qué rapidez va cayendo la noche, y cómo vá siendo para nosotros la *Nina* nuestro único mundo? Apenas se percibe la *Pinta*, que parece una informe nube sobre las espumosas olas: se asemeja mas á un faro colocado á cierta distancia para advertirnos el peligro que nos amenaza, que á un compañero que nos anima con su presencia y su proximidad.

—¡Jamás os he visto tan receloso por el temporal, señor!

—No lo acostumbro, D. Luis. ¡Pero guardo en mi corazon tan glorioso secreto!... ¡Mirad, mirad, una prueba mas del furor de los elementos!

El almirante estaba de cara á la parte de España, mientras que su compañero daba frente al horizonte occidental, cuyo resplandor casi estinguido contribuia á dar á aquel conjunto un aspecto bastante siniestro. No habia visto por consiguiente el cambio que habia dado lugar á la advertencia de Colon; mas volviéndose con la mayor rapidez, le pidió le esplicase aquel fenómeno. A pesar de la estacion, el horizonte por la parte del Nordeste habíase iluminado súbitamente por un relámpago, y mientras que el almirante le referia aquel hecho señalándole el punto en que se habia percibido, dos ó tres relámpagos mas se volvieron á ver brillar.

—¡Señor Vicente! esclamó Colon dando algunos



pasos como para examinar un grupo de sombrías figuras que se veian reunidas sobre cubierta y debajo de él. ¿El señor Vicente Yañez está entre vosotros?

—Aquí estoy, D. Cristóbal, examinando el aspecto que presenta el cielo. Esta señal nos anuncia aun mas viento.

—Vamos á tener tempestad, digno señor Vicente, y deberá venir por aquella parte ó por esta otra de enfrente. ¿Se halla todo dispuesto en la carabela?

—Nada nos queda por hacer, señor almirante. No podemos tener mas recogidas las velas, y todo lo demas se halla en regla. Sancho Ruiz, examinad esas alquitranadas, no sea que hagamos mas agua de la que sea menester.

—Cuidad tambien de la luz del fanal: parece que la *Pinta* no nos pierde de vista en medio de la oscuridad. Es preciso no dormirse, Vicente: destinad los mejores hombres que tengais al timon.

—Señor, han sido elegidos con el mayor cuidado: Sancho Mundo y el jóven Pepe el de Moguer están destinados en este momento á ese deber, y otros tan diestros como ellos les remplazarán cuando termine su cuarto.

—Está bien, buen Pinzon. Esta noche ni vos ni yo me parece que dormiremos.

Todas las precauciones de Colon no eran en manera alguna supérfluas: cerca de una hora despues de que la atmósfera, cargada de electricidad, se habia mostrado con un aspecto tan poco natural, levantóse un viento Sudoeste en direccion favorable, pero con una terrible violencia. A pesar de sus vivos deseos de llegar á un puerto, el almirante juzgó prudente hacer car-

gar la única vela disponible, y durante toda la noche ambas caravelas navegaron contra el viento, á palo seco, con direccion al Nordeste. Hemos dicho ambas caravelas, porque Martin Alonso, á pesar de su larga esperiencia de mares tempestuosos y de su propension á obrar solamente por interés propio, entonces, ya que el principal problema se hallaba resuelto, sostuvo a la *Pinta* á tan corta distancia de la *Niña*, que se pasaban pocos minutos sin que se la percibiese alzándose sobre lo mas elevado de una espumosa ola, ó desapareciendo en sus concavidades, siempre siguiendo el irresistible empuje del viento, pero manteniéndose muy cerca de la *Niña*, así como el hombre no se aparta de su semejante en los momentos del peligro.

De este modo trascurrió la noche del 13; el sol vino á iluminar con mas vivos colores aquella escena, si bien parecia que iba cesando la violencia del viento, conforme el sol iba elevándose sobre el horizonte: tal vez esta alteracion solo existia en la imaginacion de los marinos, pues la luz comunmente disminuye la apariencia del peligro, suministrando á los hombres los medios de hacerle frente. Cada una de las caravelas desplegó, pues, una pequeña vela, y ambas surcaron de aquel modo las olas, con direccion á España, ansiosas de llevar allá noticias tan inesperadas. La tormenta fué disminuyendo notablemente en el trascurso del dia; pero al llegar la noche volvió á cobrar nueva fuerza, el viento se hizo contrario, y nuestros marinos se vieron obligados á recoger hasta la mas pequeña vela que se habian arriesgado á desplegar. No era esto, sin embargo, lo peor de aquella aventura:

las caravelas habian sido arrojadas por entonces á un punto del Occéano en donde la direccion de las olas se cruzaba con la del viento, efecto sin duda de algun otro huracan que se habria esperimentado en diverso punto. Ambas embarcaciones echaban el resto á fin de conservar su rumbo en circunstancias tan contrarias y difíciles; pero los que conocian la verdadera fuerza de los dos buques, y los que sabian de donde procedia el orígen real y efectivo del peligro, llegaron á inquietarse formalmente de la continuacion de aquellas circunstancias. Al aproximarse la noche, Colon advirtió que la *Pinta* no podia resistir por mas tiempo á los embates del viento, cuyas sacudidas combatian con la mayor violencia su palo de mesana, á pesar de no llevar desplegada ni una sola pulgada de vela. Dispuso, pues, aunque á su pesar, que la *Niña* se acercase al buque, pues el llegar á separarse en medio una crísis como la que estaban atravesando, era, despues de un naufragio, la mayor desgracia que podia acontecerle.

Asi trascurrió la noche del 14 para nuestros viajeros aislados en medio del Occéano; lo que en la noche anterior no pasó de presagios y amenazas, vinó á convertirse en aquella en una aterradora realidad. El mismo Colon no pudo menos de confesar que jamás habia presenciado una tempestad mas atroz, y no trató de ocultar á Luis toda la estension de sus temores. En presencia de los pilotos y de la tripulacion se mostraba tranquilo y hasta festivo; pero á solas, con nuestro héroe, aparecia humilde y sincero. No dejó, sin embargo, de ser un solo momento aquel célebre navegante impasible y de gran sangre fria que cono-

cemos; y ni una cobarde queja se oyó salir de sus lábios, á pesar de hallarse desolado en el fondo de su corazon con el temor de que sus descubrimientos corriesen el peligro de verse perdidos para siempre.

Estos eran los sentimientos que dominaban al almirante hallándose sentado en su reducida cámara durante las primeras horas de aquella terrible noche, y no cesaba un momento de espiar el menor cambio, ya favorable, ya adverso, que pudiese ocurrir. El silbido de los vientos que arrastraban tras sí las aguas del Occéano enfurecido apenas se sentia á causa del estrépito de la tormenta. A veces, cuando la caravela caia entre el hueco de sus enormes olas, oiase sonar el fragmento de vela que aun conservaba, y entonces el aire parecia tranquilo y silencioso; despues, al tratar el ligero esquife de volver á colocarse sobre la superficie del agua, asi como un hombre que se ahoga hace frenéticos esfuerzos para salir arriba, parecia que las columnas de aire iban á arrebatarlo en pos de si con la misma facilidad que el agua que recogian de lo mas elevado de las olas. El mismo Luis, aunque poco propenso á alarmarse, no podia menos de conocer que su situacion se iba haciendo muy crítica, habiendo reemplazado á su natural alegría una triste gravedad que no se conformaba con su carácter. Si nuestro héroe se hubiera hallado al frente de un millon de moros, hubiera mas bien pensado en vencerlos que en emprender la fuga; pero la guerra de los elementos no ofrecia un recurso semejante, y era hasta cierto punto como tratar de oponerse á los designios del Todopoderoso.

—Ciertamente es una terrible noche, señor, pro-

nunció nuestro hêroe con tranquilo tono y una indiferencia mas aparente que efectiva: esta sobrepuja á cuantas tempestades he presenciado.

Colon suspiró profundamente, y en seguida, separando ambas manos con las cuales tenia cubierto el rostro, miró en torno suyo como si buscase algun objeto que echase de menos.

—Conde de Llera, esclamó con la mayor dignidad, nos queda un solemne deber que cumplir. En el cajon de esa mesa que teneis al lado hay pergaminos, y he aquí recado de escribir. Desempeñemos nuestra mision ínterin la voluntad divina nos concede tiempo para ello; solo Dios puede saber cuántas horas nos restan de vida.

Luis escuchó aquellas palabras de mal agüero sin inmutarse; pero no pudo menos de revestirse de un aspecto triste y melancólico. Abrió, pues, el cajon, sacó el pergamino y lo colocó sobre la mesa. El almirante tomó una pluma, hizo seña á Luis de que tomase otra, y ambos comenzaron a escribir segun el violento é incesante movimiento de la caravela se lo permitia.

La tarea era dificil, mas al fin salió bien ejecutada; conforme Colon escribia una frase se la dictaba á Luis, que la copiaba exáctamente sobre el pergamino que tenia ante su vista.

Aquel documento venia á contener en sustancia la relacion de los descubrimientos que habian hecho, la latitud y la longitud de la Española, las posiciones respectivas de las demas islas, y una razon exacta y sucinta de cuanto el almirante habia visto. La carta iba dirigida á Fernando y á Isabel. Apenas fueron

terminados ambos escritos, el almirante envolvió con el mayor cuidado el suyo en una tela encerada, y Luis, siguiendo en todo su ejemplo, hizo otro tanto con el suyo; en seguida, tomando un gran pedazo de cera, introdujeron en él el pliego respectivo, y cerraron las junturas con pedazos de la misma cera. Colon hizo despues venir al carpintero y le mandó que metiese cada uno de aquellos pedazos de cera en un barril separado; como de estos nunca faltan en un buque, al cabo de pocos minutos las dos cartas se hallaban seguras dentro de dos barriles vacíos; entonces el almirante y nuestro héroe, cargando cada cual con el suyo, subieron sobre cubierta. La noche era tan aterradora que nadie pensaba en dormir; casi toda la tripulacion de la *Niña*, asi marineros como oficiales, se hallaban reunidos junto al palo mayor, único parage en que, á escepcion de otros puntos mas privilegiados, podian ponerse al abrigo de ser arrebatados por las olas; y a la verdad, nadie se veia libre de ser empapado en agua del mar, y la misma popa no se veia exenta de tan inoportunas visitas.

Tan pronto como apareció el almirante todos se dirigieron á él y le rodearon ansiosos de saber cuál era su opinion y qué se proponia hacer en aquel trance. Decir la pura verdad, hubiera sido entregar aquellos hombres á la desesperacion, pues la esperanza casi habia desaparecido de sus ánimos: Colon por lo tanto les anunció que iba á cumplir un voto religioso, y con su propia mano arrojó su barril á los furores del Océano. El de Luis se colocó en la popa, confiando que si la caravela llegaba á irse á pique, iria sobrenadando.

Tres siglos y medio han trascurrido desde la pru-

dente precaucion adoptada por Colon, pero jamás se ha vuelto á oir hablar de aquel barril. Era tan ligero, que bien podria continuar flotando durante siglos enteros, y quizá ande bogando todavia sobre la vasta estension de los mares, conteniendo sus grandes revelaciones. Tambien puede que haya sido repetidas veces arrojado sobre alguna arenosa playa, hasta que una de las muchas olas del mar le haya vuelto a lanzar en medio de las aguas, y es posible asimismo que algunos buques le hayan visto pasar mil y mil veces á su inmediacion, confundiéndolo con los toneles que frecuentemente se ven flotar sobre el Occéano. Caso de haber dado con él, hubiera sido abierto., y de haber caido en manos de cualquier hombre civilizado, parece casi imposible que tan interesante documento no hubiera llamado su atencion.

Cumplido ya aquel deber, el almirante pudo dirigir su vista en derredor de sí. Era tal la oscuridad, que sin la debil claridad que se destacaba en las olas agitadas hubiera sido sumamente dificil distinguir los objetos de un estremo á otro de la caravela. Seria imposible á cualquiera que solo hubiera estado embarcado á bordo de un buque de grandes dimensiones el formarse una idea aproximada de la situacion en que se encontraba la *Niña*. Aquel buque, que era solo una gran falua, habia partido de España aparejada con las entenas y las velas latinas, de las cuales hacen tan frecuente uso los navegantes de las costas del mediodia de Europa, y hasta Canarias no habia variado su sistema de arboladura. Puesto en una bahía ó en un rio, su regala no sobresalia del agua mas que unos cuatro ó cinco pies, y en la presente ocasion, que tenia que

luchar con la tempestad en un mar cuyas olas seguian opuesta direccion que el viento, y precisamente en uno de los puntos del Atlántico en que mas violento es aquel y las aguas aparecen mas agitadas, hubiérasele tenido por un animal marino que subia de cuando en cuando á la superficie para poder respirar. Hubo momento en que parecia que la caravela se iba á hundir decididamente en lo mas profundo del Occéano; alzábanse en torno suyo y por todos lados altas y sombrías montañas de agua, habiéndose destruido con la confusion de las olas el ordinario compas y la comun simetría del balanceo de la mar. Aunque es cierto que se ha abusado mucho del lenguage figurado hablando de las montañas de agua que forman las olas, puede sin embargo, añadirse, sin separarse un punto de la verdad, que las vergas de la *Niña* quedaban frecuentemente ocultas bajo la elevacion de las ondas, las cuales llegaban á tal altura que no podia menos de temerse verlas descender convertidas en cataratas sobre los cuarteles que forman la parte del puente que se halla en el centro del buque, por delante del palo mayor. En esto estaba el verdadero peligro, pues una sola de aquellas olas que cayese sobre tan fragil buquecillo seria bastante para llenarlo enteramente de agua y hacerle irse á pique con todo su cargamento. Sea como quiera, es lo cierto que la superficie de las olas venia á saltar incesantemente á bordo, ó se elevaba á la altura de la caravela como una cascada de brillante espuma; pero felizmente carecia de fuerza para sumergirla en las agitadas aguas. En aquellos instantes de inminente peligro, la seguridad del buque pendia solo de unas frágiles lonas embreadas: si está dé-

bil defensa hubiese llegado á faltar, dos ó tres olas que se hubiesen sucedido habrian infaliblemente inundado la cala, y una vez dueña el agua del navío, su pérdida era inevitable.

El almirante habia dado órden á Vicente Yañez de coger los rizos á la vela de mesana, esperando que en medio de aquel caos de los elementos podria dirigir su buque á un punto del Occéano en que las olas guardasen mas regularidad. La direccion general de estas, si puede decirse que tuviesen alguna, fué tomada en consideracion. La *Niña* habia navegado cinco ó seis leguas desde la caida de la tarde sin que hubiese ocurrido cambio alguno en el temporal. Era ya cerca de media noche, y la superficie del Occéano presentaba todavía la imágen terrible de un caos. Vicente Yañez se acercó al almirante y le anunció que el buque no podia soportar por mas tiempo la vela que llevaba.

—Las sacudidas que sufrimos al empuje de las olas, dijo, son tan sumamente violentas, que no parece sino que la popa vá á ser arrancada del buque, y los rebotes que de rechazo se esperimentan en seguida no son tampoco menos peligrosos; la *Niña*, pues, no puede navegar con la mayor seguridad.

—¿Habeis visto á Martin Alonso de una hora á esta parte? preguntó Colon mirando con impaciencia hácia el lado desde donde deberia distinguirse la *Pinta*. ¿Habeis amainado el fanal, Vicente Yañez?

—No ha podido conservarse fijo en su puesto á causa del huracan: lo hemos colocado de rato en rato, y mi hermano ha contestado á estas señales.

—Mostrádselo todavía. en momentos como este, la

presencia de un amigo llena el alma de júbilo, aunque este amigo sea tan desgraciado como nosotros.

Izóse, pues, el fanal, y á poco rato un débil y lejano resplandor se dejó ver en medio de los desencadenados elementos. Aquella prueba se repitió con algunos intérvalos, y siempre contestaron á la señal, mas á una distancia cada vez mas remota; y últimamente, desapareció toda luz á bordo de la *Pinta*.

—El mástil de la *Pinta* es de escasa consistencia para resistir tanto con un viento como este, repuso Vicente Yañez, y mi hermano no ha podido sin duda cargar la vela como nosotros hemos hecho; decae demasiado su rumbo a sotavento.

—Cargad la vela de mesana, como habiais propuesto, le dijo Colon: el choque de las olas se vá haciendo escesivamente violento para nuestra endeble embarcacion.

Vicente Yañez escogió entre sus hombres los mas hábiles, y se dirigió él mismo á vigilar la ejecucion de aquella órden; en el mismo instante se dió nueva direccion á la caña del timon; la caravela verificó con lentitud su abatimiento, y en seguida, impelida por el viento de popa, marchó con la mayor rapidez. La operacion de cargar la vela fué fácil comparativamente, pues la verga se hallaba solo á algunos pies de elevacion sobre cubierta. Eran necesarios por consiguiente hombres de destreza y de buenos puños para atreverse á subir hasta allí en semejantes momentos. Sancho fué, pues, el que trepó por uno de los lados del mastil y Pepe por el otro, demostrando ambos en aquella ocasion cualidades que solo de un marino perfecto son propias.

Hallábase á la sazon la caravela á merced de los vientos y de las olas, pues la espresion de que marchaba con viento de popa apenas era aplicable á los movimientos de un buque tan bajo que la elevacion de las olas le ponia al abrigo de los vientos. Si las olas hubieran guardado su habitual regularidad, habríanse podido tragar el esquife al sufrir los vaivenes; y si este se libertó de semejante contratiempo, fué debido hasta cierto punto á una irregularidad que daba márgen á un nuevo peligro. La *Niña* seguia navegando rápidamente con viento en popa; pero nunca con tanta ligereza cómo era necesario para adelantarse á las olas que la perseguian, lo cual hubiera podido ejecutar si estas hubiesen seguido su ordinario curso. La mar, que se hallaba en oposicion directa con el viento, lo impedia; las olas chocaban con las olas, y su superficie, en lugar de descender espumosa, se alzaba convertida en chorros de agua.

El peligro hacia crísis en aquel momento; una hora trascurrió, durante la cual la caravela marchaba entre las tinieblas de aquel caos con una espec e de ciego furor, lanzándose á veces á presentar sus costados al embate de las olas, como si la popa impaciente hubiera querido adelantarse al remate de la quilla, y esponiendo de ese modo al buque al estremo peligro de recibir de frente las oleadas. Tan inminente esposicion solo pudo evitarla la actividad reconocida del que dirigia el timon, que era Sancho, el cual hizo uso hasta tal punto de sus conocimientos y energía, que el sudor bañaba su frente como si hubiera estado espuesto al sol ardiente de los trópicos. Por último, la alarma llegó á hacerse tan grande y general, que todos

las voces á una pedian al almirante que ofreciese á los santos las promesas de costumbre. Toda la tripulacion se reunió con tal objeto sobre la popa, escepto los que manejaban el timon, y allí se hicieron los preparativos necesarios para que la suerte decidiese quien habia de hacer el voto.

—Nos hallamos en manos de Dios, amigos mios, les dijo Colon, y seria conveniente declarar todos que os entregais llenos de confianza á su bondad, y que colocais la esperanza de vuestra seguridad en sus beneficios y en su clemencia. Dentro del sombrero del señor Muñoz hay tantos garbanzos como personas estamos aqui presentes: uno de estos garbanzos está señalado con una cruz, y el que logre sacar aquel sagrado símbolo, queda de hecho obligado á ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Guadalupe, llevando una vela de cinco libras de peso. Como yo soy el mayor pecador de los que presentes se hallan, al mismo tiempo que vuestro almirante, yo seré el que meta primero la mano.

Hízolo así Colon, y acercando á la linterna el garbanzo que acababa de sacar, vió que tenia el signo convenido.

—Está bien, señor, dijo uno de los pilotos; mas volved ese garbanzo al sombrero; pido que se imponga una penitencia algo mas dura, y ante una imagen de mas veneracion para todos los buenos cristianos: por ejemplo, Nuestra Señora de Loreto. Esta peregrinacion es doble que la primera.

El peligro aumenta considerablemente la religiosidad de los sentimientos, asi es que aquella proposicion fué apoyada con la mayor vehemencia. El almi-

rante consintió tambien en ello, y sacando cada cual su garbanzo, resultó haberle tocado el de la cruz á un simple marinero, llamado Pedro Devilla, el cual no descollaba entre los demas ni por su piedad ni por su suficiencia.

—Es el caso que este viaje es tan largo y tan costoso, dijo entre dientes el designado por la suerte, que no es fácil emprenderlo así como se quiera.

—Déjate de eso, amigo Pedro, contestó Colon; no tendrás que poner de tu parte mas que la fatiga del camino, pues de los gastos yo me encargo. ¿Y la noche, Bartolomé Roldan, continúa tan amenazadora?

—Cada vez mas, señor almirante; y á la verdad no me satisface gran cosa un peregrino como Pedro, á pesar de que el mismo cielo debe haber presidido la eleccion. Una misa á Santa Clara de Moguer y velar una noche entera en su capilla, seria de mucho mejor efecto que unos tan remotos viajes hechos por un hombre como ese.

Como esta idea no dejó de tener acogida entre los marineros de Moguer, verificóse un tercer sorteo. El garbanzo señalado con la cruz volvió á tocar por segunda vez al almirante; mas á pesar de todo, el peligro estaba bien lejos de disminuirse, y la caravela cada vez parecia mas dispuesta á desaparecer entre el remolino de las olas.

—Tenemos poco lastre, Vicente Yañez, dijo Colon; y por difícil que aparezca la empresa, es preciso hacer un esfuerzo para llenar de agua nuestros toneles: que se introduzca con la mayor precaucion una manga por debajo de la alquitranada, y que se tenga el ma-

yor cuidado para que el agua no llene la cala en lugar de llenar los toneles.

Muchas horas se emplearon en cumplir aquellas órdenes. La gran dificultad estribaba en proteger á los hombres que cogian el agua de la mar, pues en medio del conflicto de los elementos, no era tan fácil el disponer así como se quiera de una sola gota. Al fin se consiguió vencer todos los obstáculos á fuerza de paciencia y de perseverancia, y antes de que fuese de dia habíanse ya llenado tantos toneles, que el buque adquirió conocidamente mayor estabilidad. A la mañana siguiente la lluvia cayó á torrentes, y el viento varió de Sud á Oeste, sin perder, á pesar de esto, gran cosa de su violencia. Volvióse á restablecer el trinquete, y el débil esquife navegó algunas millas hácia el Este, atravesando un mar de aspecto todavía siniestro.

Al rayar el dia, la situacion parecia menos desesperada; pero habiéndose perdido de vista la *Pinta*, los marinos de la *Niña* presumian si se habria ido á pique.

Sin embargo, las nubes se veian menos compactas, y una especie de místico resplandor iluminaba el Occéano, cubierto de una blanca espuma y mugiendo aun en su furor. Poco á poco se fueron regularizando las olas, y los marineros no creian ya necesario acogerse á los aparejos para librarse de la furia de las ondas. Desplegáronse mas velas, y conforme la caravela iba recobrando su acompasado movimiento de frente, iba tambien siendo mayor su aplomo y dirigia mejor su rumbo.

CAPITULO XXVI.

Tal era el estado de las cosas en la mañana del 15, cuando, a poco rato de haber salido el sol, se oyó desde lo mas elevado de un mástil el alegre grito de «¡tierra!» y aun debe añadirse que se distinguia ya por la parte delantera del buque: tan exactos eran los cálculos de Colon y tan seguro se hallaba de su posicion sobre la carta. Sin embargo, suscitaronse diversas opiniones entre los pilotos y la gente de la tripulacion con respecto á aquella vista tan deseada. Unos querian que aquella tierra fuese el continente europeo, otros creian que era Madera: pero Colon declaró públicamente que era una de las Azores.

A cada hora que pasaba íbase disminuyendo la distancia que separaba al buque de la tierra, acogida con tan grandes trasportes de alegría, cuando, por una repentina variacion, el viento se hizo enteramente contrario. Durante una larga y terrible jornada, el pequeño bagel tuvo que seguir luchando con el temporal para conseguir arribar á aquel puerto tan deseado. pero la fuerza de las olas y el viento contrario hacian sus esfuerzos lentos y penosos. El sol se puso entre ne-

bulosas nubes de invierno, y la tierra seguia siempre en direccion del costado mas combatido del pequeño buque, y segun todas las apariencias, á una distancia demasiado considerable para poder llegar allá. Las horas trascurrian, y no obstante la oscuridad, la *Niña* continuaba sus esfuerzos para acercarse al punto en que se habia visto la tierra. Colon no abandonó un momento su puesto mientras duraron aquellas horas de ansiedad, pues le parecia á aquel célebre navegante que el porvenir de sus descubrimientos se hallaba á la sazon pendiente de un hilo. Nuestro héroe velaba con menos afan; mas sin embargo, íbale dando algun cuidado el resultado, conforme se iba aproximando mas y mas el momento en que habia de decidirse la suerte de la espedicion.

Al salir el sol, todas las miradas recorrieron el Océano, y con gran sentimiento de nuestros viajeros, no se descubria tierra alguna visible. Muchos creyeron que su aparicion habria sido efecto de una ilusion; pero el almirante pensaba que habian pasado la isla mientras la oscuridad, y viró de bordo para dirigirse mas al Sud. Solo habian trascurrido una ó dos horas desde que se verificó este cambio, cuando volvió á aparecer la tierra, como un punto oscuro, por la parte de la popa y en una posicion en que no se la habia podido antes observar. La carabela viró de proa para llegar á la isla, y hasta el momento en que todo volvió á quedar en la oscuridad tuvo que luchar contra un furioso viento y una mar borrascosa, sin lograr siquiera aproximarse. Por último, vino de nuevo la noche, y la tierra desapareció otra vez en las tinieblas.

A la hora de costumbre, habíase reunido la tripula-

cion de la *Niña*, en la noche anterior, para cantar la *Salve Regina* ó el himno de la noche á la vírgen, pues esta fué una de las mas interesantes particularidades de aquel viage estraordinario, que aquellos rudos marineros llevaron consigo hasta los ignorados desiertos del Atlántico aquellos cánticos de su religion y aquellas plegarias del cristianismo. Mientras que desempeñaban tan sagrado deber, habíase percibido una luz á sotavento, y se suponia que podria ser de la isla que se dejó ver primero. Aquel incidente hizo confirmar al almirante en su creencia de que se hallaban en medio de un grupo; y que guardando constantemente el viento, podria hallarse en posicion de arribar á algun puerto por la mañana; pero aquella mañana, como ya hemos dicho, no trajo consigo mas novedad que la que hemos mencionado, y ya se preparaba á pasar otra noche en la mayor incertidumbre, cuando el grito de «tierra al frente» vinó de repente á reanimar todas las esperanzas.

La *Nina* avanzó atrevidamente, y antes de media noche ya se hallaba bastante próxima a la tierra para poder echar el ancla; pero la mar y el viento continuaban tan agitados, que el cable se rompió, y aquellos infelices marinos fueron por consiguiente rechazados de las regiones á que pertenecian. Hiciéronse de nuevo á la vela, repitieron los esfuerzos para ponerse de nuevo al viento, y al apuntar el dia la caravela se encontró en disposicion de echar el ancla á la parte del Norte de la isla. Entonces, los navegantes, casi exánimes de fatiga, se convencieron de que Colon habia dicho bien, y que por consiguiente se hallaban en Santa María, una de las Azores.

No corresponde á esta historia el referir los acontecimientos que tuvieron lugar mientras la permanencia de la *Niña* en aquel puerto. Los portugueses trataron de apoderarse de la caravela, y así como fueron los últimos en impacientar al almirante á su partida del antiguo mundo, fueron tambien los primeros en hostigarle a su regreso. Mas sin embargo, sus manejos no surtieron efecto alguno, y despues de haber visto lo mejor de su tripulacion en poder de los portugeses y de haber abandonado ya la isla sin ellos, el almirante pudo arreglar aquel asunto de manera que al fin partió para España el 24 de aquel mes, llevando consigo toda su gente.

Durante los primeros dias, la Providencia protegió la travesía: el viento era favorable, y la mar estaba apacible. Desde el dia 24 por la mañana hasta el 26 por la noche la caravela habia adelantado cerca de 100 leguas en su directo rumbo hácia Palos, cuando la mar principió à agitarse de nuevo y el viento varió completamente: poco á poco fué aumentándose su vio lencia, si bien era bastante favorable para que se pudiese navegar hácia el Este, inclinándose un tanto al Norte. El tiempo no era bueno efectivamente, pero como sabia el almirante que marchabá para Europa, no se quejaba, y hacia reanimar á su gente con la esperanza de una próxima llegada. De este modo fué trascurriendo el tiempo, hasta el sábado 2 de marzo, en cuyo dia Colon creyó hallarse á unas 100 millas de las costas de Portugal, pues los incesantes vientos del Sud le habian lanzado á una distancia tal hácia el Norte.

La noche se inauguró bajo favorables auspicios, navegando la caravela viento en popa con una mar agi-

tada, cuyas olas venian con la mayor violencia de la parte del Sud, recibiendo el viento de frente y bastante recio, de modo que no tuvieron necesidad de disminuir las velas á fin de hacer mas sencilla la maniobra. La *Niña* era un escelente buque, de lo cual habia dado ya suficientes pruebas, y su marcha se habia regularizado notablemente desde que habia sufrido las primeras tempestades, pues los pilotos habian cuidado de que se llenasen mas toneles que los que se pudieron llenar en un principio.

—Tú no te has separado del timon mientras han durado los temporales, Sancho Mundo, dijo el almirante con gozo cuando á última hora del primer cuarto pasó cerca del puesto que ocupaba el antiguo marino. Pues no es poco honorífico á la verdad el desempeñar un cargo semejante cuando ocurren tempestades tan terribles como la que acabamos de pasar.

—Así lo creo, señor, y tambien confio en que sus muy poderosas y muy ilustres altezas, nuestros soberanos, pensarán del mismo modo, al menos en cuanto concierne al cumplimiento del deber respectivo.

—¿Y por qué no en lo que concierne al honor, amigo Sancho? dijo Luis, que se habia hecho amigo decidido del antiguo marino desde que tuvo la habilidad de llegar tan oportunamente á su socorro cuando se hallaba en el cerro.

—El honor, señor Pedro, es una comida muy fuerte, y no conviene al estómago de un pobre hombre. Un doblon vale mas que dos títulos de duque para un hombre como yo, porque los doblones me darán consideracion, mientras que un título de duque solo me gran-



gearia el ridículo. No, no, señor Pedro: dénme á mí una bolsa llena de oro, y dejo los honores para quien los quiera tomar. Si un hombre ha de ser algo en este mundo, es preciso que principie por el principio, esto es, por tener una sólida base, y despues de esto se podrá hacer de él hasta un caballero de Santiago, si los soberanos le necesitan para aumentar su catalogo con uno mas.

—Eres un poco charlatan para tener que atender al manejo del timon, Sancho, aunque tampoco puede negarse que eres un hombre escelente bajo otros conceptos, dijo con gravedad el almirante. No pierdas, pues, de vista tu objeto principal; los doblones no habrán de faltarte cuando nuestro viaje haya terminado.

—Muchas gracias, señor almirante: mas para daros una prueba de que mis ojos ven muy claro, aun cuando mi lengua se halla ocupada, yo desearia que V. E. y los pilotos se tomasen la pena de examinar aquella especie de nube que se descubre allá á lo lejos por la parte de Sudeste, y yo os preguntaré despues si anuncia bueno ó mal tiempo.

—¡Diablo! tiene razon, D. Cristóbal, esclamó Bartolomé Roldan, que se hallaba al lado del almirante. Mirad una nube que tiene la mas siniestra apariencia.

—Aguardad, aguardad Bartolomé, repuso Colon con presteza; hemos confiado demasiado en nuestra buena suerte, y nos hemos olvidado del aspecto que presentan los cielos. Llamad á Vicente Yañez y á los demas, pues quizá los necesitemos.

Subió Colon á la popa, desde donde su vista abrazaba mucha mayor estension del Océano y del firmamento. Las señales eran, en efecto, de tan mal agüero, como

sublime habia sido su aparicion. La atmósfera estaba impregnada de una niebla blanquecina que parecia humo, y apenas el almirante tuvo tiempo para dirigir una ojeada en torno suyo, cuando se sintió un ruido semejante al que podrian hacer mil caballos al pasar á escape por un puente: oyóse silbar al Occéano, como en tales circunstancias acontece, y la tempestad vino á estallar contra aquel buque infeliz, como si los demonios inspirados por la envidia hubieran deseado impedir que se trasmitiesen á España noticias tam importantes como las que en él se conducian.

Un ruido parecido al de una sorda descarga de mosquetería fué la señal primera que anunció la tempestad á la *Niña*: aquel ruido procedia de las velas, que acababan de hacerse todas pedazos á un mismo tiempo. La caravela se dió á la banda en el momento en que el agua llegaba ya á los mástiles. Hubo un momento de ansiedad, durante el cual los marinos mas esperimentados temieron no zozobrase; y si no se hubiesen desgarrado las velas, tal contratiempo hubiera sido sin duda alguna inevitable. Sancho colocó al viento en tiempo oportuno la caña del timon, y cuando la *Niña* volvió en sí del choque sufrido, casi se lanzó fuera del agua al emprender su rumbo viento en popa.

Aquel incidente fué el principio de un nuevo huracan, que escedió en violencia al que acababan tan recientemente de sufrir. Durante la primera hora el terror y el desaliento llegaron casi á dejar paralizados á los que componian la tripulacion, pues ya nadie sabia qué hacer ni á qué recurrir para escapar de aquel nuevo peligro. El buque marchaba ya con viento de popa, último recurso de los marinos, y los restos de las

velas habian sido arrebatados hechos trizas de lo alto de las vergas con objeto de ahorrar á los de la tripu-pulacion el tiempo que invirtiesen en cargarlas. En aquellos momentos tan críticos recurrióse tambien á las piadosas costumbres de los marinos, y por segunda vez cupo la suerte al almirante de hacer una peregrinacion á un santo favorito; además, la tripulacion hizo voto de ayunar á pan y agua el primer sábado despues de su llegada á España.

—Es digno de notarse, D. Cristobal, dijo Luis cuando se hallaron solos nuevamente sobre la popa, es digno de notarse que estas peregrinaciones siempre os tocan á vos. Habeis sido elegido hasta tres veces por la providencia como un instrumento de gracias y de penitencia. Esto, sin duda, consiste en vuestra fé sincera.

—Decid mas bien, D. Luis, que consiste en mis muchos pecados. Solo mi orgullo debia atraerme penitencias todavía mas severas que esta. Yo temo haberme olvidado muchas veces de que soy un mero agente elegido por Dios para llegar á realizar sus sublimes designios, y temo tambien haber caido en las redes del demonio al pensar con presuncion sobrada que con mi tacto y mi ciencia he concluido la grande hazaña de que solo Dios es el verdadero y único autor.

—¿Creeis que nos hallemos en peligro, señor?

—Estamos, D. Luis, rodeados de los mas grandes riesgos que hemos corrido jamás desde que abandonamos á Palos. Hemos sido lanzados hácia el continente, que dista de aquí á lo mas unas treinta leguas, y como estais viendo, el Occéano se muestra cada vez mas amenazador. Por fortuna, la noche se halla bas-

tante adelantada, y el dia podrá acaso procurarnos los medios de ponernos en salvo.

El dia volvió á aparecer como de costumbre; pues sean las que fueren las escenas que puedan ocurrir sobre la superficie de la tierra, esta, en su sublime inmensidad, no detiene jamás su diaria revolucion, dando de este modo á los átomos que la cubren una prueba irrecusable de que una mano todopoderosa preside á todos sus movimientos. La luz de aquel dia no produjo, pues, cambio alguno notable en el aspecto del cielo ni del Occeano. El viento soplaba furiosamente, y la *Niña* luchaba como desesperada con aquel caos de oleadas, avanzando cada vez hácia el continente que tenia delante de sí.

Poco despues de medio dia, los indicios de proximidad de la tierra fueron apareciendo mas claramente, y nadie dudaba ya de que el buque se hallase inmediato á las costas de Europa. Mas á pesar de esto, nada mas se percibia que el Occéano enfurecido, el cielo amenazador, y esa especie de resplandor sobrenatural de que á veces se vé cargada la atmósfera durante una tempestad. El punto por donde el sol se ponia, aunque conocido por medio de la brújula, no podia determinarse solo á la simple vista, y la noche vino por fin á cubrir con su negro manto aquella escena tan terrible. La esperanza pareció entonces abandonar á la pequeña caravela, así como la habia abandonado la luz del dia. Para que nada faltase á aumentar el terror de la tripulacion, la mar fué agitándose mas y mas progresivamente; y como suele suceder á los buques de cortas dimensiones en semejantes circunstancias, grandes masas de agua caian sin cesar á bordo, amenazando

destruir los cuarteles y su indeleble cubierta embreada.

—Hé aquí la noche mas cruel de todas, Luis, hijo mio, dijo Colon cerca de una hora despues de haber quedado sumidos en la oscuridad. Si llegamos á escapar de este trance, podemos creernos especiales favorecidos de Dios.

—Y sin embargo de eso hablais, señor, con la mayor tranquilidad; con tanta tranquilidad como si vuestro corazon estuviese lleno de esperanza.

—El marino que no sabe dominarse á sí mismo, aun en medio de los mas grandes peligros, puede decir que ha errado la vocacion. Pero yo me siento tranquilo, Luis, tan tranquilo como os lo parezca. Dios nos conserva á todos bajo su santa guarda, y hará lo que mas convenga al objeto de sus designios. Mis hijos, mis dos pobres hijos son los que me inquietan terriblemente; mas tampoco Dios se olvida de los huérfanos.

—Si llegamos á perecer, señor, los portugueses van á ser los dueños de nuestro secreto: tan solo lo saben ellos y nosotros, pues á lo que creo no hay esperanza alguna con respecto á Martin Alonso.

—Esto es un nuevo orígen de disgustos: mas á pesar de todo, yo he adoptado tales disposiciones, que creo que nuestros soberanos, por efecto de ellas, no han de quedar defraudados en sus derechos. Todo lo demas depende del cielo.

En aquel mismo instante se oyó un grito, el grito de «¡tierra!»

Todo el mundo se sobresaltó, y aquella palabra, que en otro tiempo hubiera producido repentinos trasportes de alegría, solo produjo en aquella ocasion un nuevo terror. La noche estaba ya muy ade-

lantada, los nublados se abrian por algunos puntos, y una débil claridad se esparcia al rededor del buque, á la distancia de una ó dos millas: Durante aquellos cortos momentos podian distinguirse perfectamente unos objetos tan prominentes como una costa. Al oir el grito de que hablamos, Colon y nuestro héroe se precipitaron hácia la proa del buque para poder abrazar mayor estension de las costas, aunque aquel movimiento, por mas comun que pueda parecer, no estaba exento de peligro. Hallábase ya tan próxima la costa, que los que componian la tripulacion oyeron, ó al menos creyeron oir, el bramido de la resaca contra las rocas.

Nadie dudaba á bordo de que aquellas costas no fuesen las de Portugal. Continuar avanzando, en medio de la incertidumbre de la posicion exacta que ocupaban, sin que se presentase puerto alguno á su vista, era, para nuestros marinos, correr un riesgo inevitable. No les quedaba, pues, mas alternativa que virar con viento de popa con objeto de alejarse de la tierra y engolfarse hasta que amaneciese. Apenas hubo indicado Colon la necesidad en que se hallaban de adoptar este partido, cuando ya Vicente Yañez ponia en ejecucion sus órdenes con toda la precision que las circunstancias lo permitian.

Hasta entonces el viento habiase sentido por estribor, pues la caravela seguia en direccion del Este uno ó dos cuartos hacia el Norte: tratábase, pues, de enderezar el rumbo de manera que pudiese navegarse un cuarto ó dos al Oeste. Segun parecia prolongarse la costa, era de creer que aquel cambio de direccion bastaria para sostener al buque por espacio de algunas

horas á una distancia conveniente de la tierra. Pero semejante maniobra no podia ejecutarse sin el auxilio de las velas, y al efecto se dió órden de desplegar la de mesana. Apenas fué largada al viento, aquella vela principió á azotar con terrible violencia; á tales sacudidas estuvo en poco el arrancarse el pié del mástil de carlinga, y hácia la proa todo permaneció en el mas mortal silencio, pues el casco del buque habíase estrellado en una muralla de agua de bastante elevacion que ocultaba hasta las mismas velas. Sancho y sus compañeros aprovecharon el primer momento favorable para sujetar los puntos, y cuando la pequeña embarcacion llegó á levantarse, las velas se hincharon de repente con un estrépito semejante al de un cable cuando se arroja. Desde este instante volvió á emprender su ruta lentamente, si bien tuvo que abrirse paso por entre una gran multitud de turbulentas olas que amenazaban sumergirla á cada instante.

—¡Luis! esclamó una voz delicada al pasar nuestro héroe inmediato á la puerta de la cámara de las damas: ¡Luis! Haiti mejor, Mattinao mejor, Luis muy mal!

Era Ozema, que no pudiendo de modo alguno conciliar el sueño, se acababa de levantar del lecho para contemplar aquel terrible Occéano. Como el tiempo habia sido favorable durante la primera parte de la travesía, Luis habia sostenido con los isleños que traian á España un trato ameno y entretenido. Ozema, aunque algo molestada por las incomodidades del viage, recibia siempre sus visitas con un placer que no trataba de ocultar, y sus adelantos en el idioma español eran ya tales que causaban admiracion á su mismo maestro.

De aquel trato no solo Ozema sacaba provecho, pues si recibia las lecciones de Luis, tambien le enseñaba varias palabras de su lenguaje al mismo tiempo que él la instruia en el suyo. Asi pues, podian conversar ambos valiéndose ya de uno, ya de otro dialecto, segun lo exigian las circunstancias del momento. Vamos á poner á continuacion la traduccion libre del diálogo que en los momentos de que hablamos entablaron entre sí, procurando conservarle su caracter particular.

—Pobre Ozema, repuso nuestro héroe colocándola con el mayor afecto en una postura á propósito para poder defenderla de los violentos vaivenes de la caravela; mucho debes echar de menos á Haiti y aquella apacible tranquilidad de los bosques.

—Caonabo allí, Luis.

—Es cierto, inocente jóven: pero Caonabo no es tan terrible como estos furiosos elementos.

—No, no, no Caonabo: ser muy malo. Haber desgarrado el corazon de Ozema: no Caobano, no Haiti.

—Tus temores con respecto al jefe caraíbo, Ozema, estravian algun tanto tu razon. Tu tienes un Dios como lo tenemos los cristianos, y así como nosotros hacemos, debes poner tu confianza en él. El solo puede protegerte.

—¿Qué ser proteger?

—Tener cuidado de tí, Ozema, vigilar para que no te suceda ningun contratiempo, proveer á tu seguridad y á tu bienestar.

—Luis proteger Ozema, asi prometer á Mattinao, asi prometar á Ozema, asi prometer su corazon.

—Querida mia, y asi lo haré en todo aquello que

de mí dependa. ¿Pero qué puedo yo hacer contra esta tempestad?

—¿Qué hacer Luis contra Caobano? Matar, pegar á los indios, hacer huir!

—Eso era facil cosa para un caballero cristiano armado con una buena espada y un escudo; pero ese mismo nada podria contra una tespestad. Solo una esperanza nos ha quedado; confiemos, pues, en el Dios de los españoles.

—Los españoles grandes, su Dios grande.

—No existe mas que un solo Dios, Ozema: él solo gobierna en Haiti, como en España. Bien te acordarás de cuanto te tengo hablado del amor que nos profesa, de la muerte que sufrió por salvarnos, y tú me has prometido adorarle y bautizarte apenas llegues á mi pais.

—¡Dios....! Ozema hacer lo que Ozema decir. Amar ya al Dios de Luis.

—Ya has visto la santa cruz, Ozema, y me has prometido tambien besarla y bendecirla.

¿En dondè cruz? No ver cruz. ¿Arriba en el cielo? ¿En dónde? Enseñar ahora la cruz á Ozema, la cruz de Luis, la cruz amar Luis.

El jóven conservaba siempre sobre su corazon el último presente de Mercedes; tomólo, pues, lo estrechó contra sus lábios con un piadoso fervor, y en seguida se lo presentó á la jóven india.

—Mira, la dijo, esto es una cruz. Nosotros los españoles veneramos este signo: es el símbolo de nuestra salvacion.

—¿Este el Dios de Luis? preguntó Ozema algo sorprendida.

—No, pobre jóven, cuyo espíritu aun no está iluminado.

—¿Qué ser iluminado? interrumpió vivamente Ozema, cuya perspicacia y fino oido no dejaba pasar una sola palabra de las que él jóven la aplicaba.

—No iluminado, se dice del espíritu de aquellos que no han oido aun hablar de la cruz ni de su objeto misericordioso.

—Ozema ahora iluminada, esclamó la jóven estrechando la joya contra su pecho. ¡Tener cruz! ¡Guardar cruz! Sino iluminada ahora, jamás. ¡Cruz Mercedes! Es de advertir que por efecto de una de aquellas frecuentes equivocaciones ó falsas inteligencias que suelen padecerse cuando se entablan las primeras conversaciones entre dos que hablan diferentes idiomas, la jóven india habia llegado á persuadirse, al oir las involuntarias esclamaciones de Luis, que *Mercedes* queria significar todo aquello que era escelente, muy bueno.

—Ojala, por cierto, que esa persona de quien tu hablas pudiera suministrarte sus dulces y afectuosos cuidados, que pudiera guiar tu alma tan pura á que se penetrase de la bondad de su criador. Esta cruz, sino es la misma Mercedes, procede al menos de ella, y haces muy bien en amarla y bendecirla. Ponte a tu cuello esa cadena, Ozema, pues ese emblema sagrado quizá contribuya á salvarte la vida, si por acaso el viento nos arrojase hácia la costa antes de amanecer. *¡La cruz es una señal de amor inmortal!*

La jóven comprendió lo suficiente aquellas palabras para poderlas obedecer, y ayudándola afectuosamente nuestro héroe, se puso la cadena al rededor de su

cuello, viniendo aquel santo emblema á descansar sobre su pecho. El cambio de la temperatura y la decencia habian impulsado al almirante á hacer para las mujeres unos anchos ropages de algodon, y las hermosas formas de Ozema hallábanse á la sazon cuidadosamente cubiertas por una de aquellas túnicas; ocultó, pues, la joya entre sus pliegues, y la oprimió con ternura contra su corazon como un don de Luis. Mas este no veia las cosas de la misma manera. Su ánimo solo fué el prestar aquella cruz en un momento de peligro estremo, momento en que las supersticiones de la época le impulsaban a creer muy formalmente que aquello era un verdadero escudo. Como Ozema no sabia absolutamente vencer los obstáculos é inconvenientes que encontraba á cada paso por ignorar el modo de manejarse con un trage al cual no estaba acostumbrada, á pesar de que su gusto natural la habia indicado la manera de arreglarlo graciosamente á su talle, el jóven la habia ayudado, sin saber lo que se hacia, á colocar la cruz en la disposicion que ya hemos dicho, cuando un violento vaiven del buque le hizo que acudiese á sostener á la jóven pasando el brazo por su cintura, cediendo en parte al balanceo de la caravela, balanceo tan violento que era capaz de hacer perder el equilibrio á los mas diestros marinos, dejándose llevar tambien sin duda alguna de la ternura de su propio corazon. Ozema no trató de contener aquella libertad, la primera que nuestro héroe se permitia; lejos de eso, cándida é inocente como era, no titubeó en apoyarse en aquel brazo, que ella creia estar destinado, entre todos los demas, á protegerla por toda su vida. Un momento despues su cabeza descansó sobre

el pecho de Luis, su rostro estaba vuelto hácia él y sus miradas fijas en las de nuestro héroe.

—Esta terrible tormenta, Ozema, te ha causado menos conmocion de lo que era de esperar. Los temores y desasosiegos que por tu causa esperimento me han hecho padecer mas de lo que yo creia, y sin embargo, no me parece que te hallas muy turbada.

—Ozema no ser desgraciada, no necesitar Haiti, no necesitar Mattinao, no necesitar cosa alguna; Ozema ser ahora dichosa: tener cruz.

—¡Oh dulce, sencilla, é inocente jóven! ¡Quiera el cielo que jamás llegues á conocer otros sentimientos! Pon, hija mia, toda tu confianza en la cruz.

—¡Cruz Mercedes! ¡Luis Mercedes! Luis y Ozema guardar cruz para siempre.

Quizá fué una felicidad para la jóven india que en el mismo momento en que de aquel modo espresaba su dicha, la *Niña* chocase violentamente contra las olas, viéndose Luis obligado, á causa de tan brusco movimiento, á abandonar su carga, sopena de haberla arrastrado tras de sí en su caida. Cayó, en efecto, rodando hasta donde Colon se hallaba de pié, empapado todo en agua y procurando resguardarse del furor de la tormenta. Apenas se alzó del suelo vió que estaba cerrada la puerta de la cámara de damas, y que Ozema habia desaparecido.

—Nuestras pobres amigas deberán estar sumamente sobresaltadas con estos terribles acontecimientos, Luis, dijo Colon con la mayor tranquilidad, pues si bien su pensamiento se encontraba completamente ocupado por la situacion en que el buque se hallaba, no por eso habia dejado de prestar atencion á cuanto habia

sucedido á su inmediacion. Son muy animosas ciertamente, pero aunque fuesen amazonas, debian temblar ante una tempestad semejante.

—No la temen, sin embargo, señor, á causa de que no la comprenden, segun yo creo. Los hombres civilizados tienen tal prestigio é influencia sobre ellas, que ponen su entera confianza en nuestros medios de salvacion. Acabo de poner en manos de Ozema una cruz y de aconsejarla que coloque en aquel emblema su esperanza toda.

—Habeis hecho bien. Dios únicamente es nuestro mas seguro protector. Sosten la proa de la caravela lo mas proxima al viento que sea posible, Sancho, puesto que ahora es menos recio. Aunque solo nos separemos una pulgada de la tierra, eso mas ganaríamos.

Sancho respondió segun costumbre, y la conversacion no pasó de aquí. El furor de los elementos y los estraordinarios esfuerzos que hacia la *Niña* para sostenerse sobre la superficie del agua suministraban no pocos motivos de reflexion á cuantos presenciaban aquellas escenas.

La noche, pues, trascurrió sin mas novedad. Amaneció al fin, y apareció un dia de invierno, tormentoso en todo el rigor de la palabra. El sol estaba oculto por una multitud de vaporosos nublados que, formando una gran mole entre las aguas y la bóveda celeste, parecia apoyarse en las mismas olas. El Océano se veia cubierto de blanca espuma: distinguiéronse á poco rato unas elevadas costas casi al frente de la caravela, las cuales, segun los mas inteligentes marineros, eran el peñon de Lisboa. Apenas se evidenció tan importante hecho, el almirante viró, dirigió la proa del buque

hácia la tierra, é hizo enderezar el rumbo con direccion á la embocadura del Tajo. Solo se hallaban á distancia de unas 20 millas de la tierra si acaso; mas la necesidad de resistir á la tempestad y de seguir la direccion del viento en una tormenta como aquella hacia mas crítica la posicion de la caravela de lo que lo habia sido en los primeros momentos. Por lo tanto, la política de los portugueses fué olvidada, ó por lo menos considerada muy secundariamente; pues un puerto ó un naufragio parecia ya la última alternativa que les quedaba á nuestros aventureros. Cada pulgada que ganaban hácia el viento era para aquellos navegantes de la mayor importancia, y el mismo Vicente Yañez se colocó á la inmediacion del timon con objeto de vigilar los movimientos con todo el celo de la esperiencia y de la autoridad; solo las velas bajas estaban desplegadas, y estas solo en sus rizos inferiores, en cuanto su construccion lo permitia.

De este modo, pues, la caravela, combatida por aquel mar enfurecido, avanzaba esforzadamente, ya descendiendo á lo mas profundo de las olas, hasta el punto de perder de vista la tierra, el Occéano, todo, á escepcion de las blancas oleadas y el cielo, ya saliendo de aquellas hondas concavidades para alzarse entre los encadenados vendabales y entre el mugido y el estrépito de la tempestad. Estos ultimos instantes eran, no obstante, los mas críticos. Cuando la ligera embarcacion se colocaba sobre la cima de una ola, cayendo despues al descender el elemento que la sostenia, parecia que la ola que viniese en seguida habia de sumergirla sin remedio. Y sin embargo, era tal la vigilancia que ejercia Vicente Yañez y la destreza de Sancho, que siem-

pre logró escapar de tan atroz desastre. Hubiera sido ademas imposible el impedir que las olas cubriesen al buque, pues de tal modo anegaban de contínuo la proa, que la tripulacion tuvo que abandonar enteramente aquella parte de la embarcacion.

—Nuestra salvacion solo pende de las velas, dijo el almirante suspirando; si estas llegan á resistir, nos hallamos mas seguros que cuando navegábamos viento en popa. Paréceme que el aire es menos recio que durante la noche.

—Quizá sea así, señor; yo creo que nos dirigimos al punto que vos me designasteis.

—¿Aquella punta pedregosa que se descubre allá adelante? En efecto: si llegamos á doblarla nos hemos salvado; mas si no lo conseguimos, esta será nuestra tumba comun.

—La caravela se porta noblemente, y aun confio en el éxito.

Una hora despues estaba la tierra á tan corta distancia, que hasta se veian moverse las personas. Hay momentos críticos para los marinos en que la vida y la muerte se presentan á sus ojos, una al lado de otra: aquí la destruccion, mas allá la salvacion. Mientras que el buque avanzaba con lentitud hácia la tierra, no solo se dejaba oir el estrépito de la resaca que chocaba contra las rocas, sino que las montañas de blanca espuma que se elevaban hasta perderse de vista aumentaban el horror de aquella escena. En semejantes ocasiones no es una cosa estraña el ver grandes masas de agua hasta mas de cien pies de elevacion, y formidables montañas de espuma que el viento suele llevar á una distancia estraordinaria sobre la tierra. Lisboa tiene á

su frente la inmensidad del Occéano, no interrumpida por ninguna isla ó promontorio, y la costa toda de Portugal es la mas espuesta de toda Europa. Los vientos del Sudoeste llegan atravesando mas de doscientas leguas del Occéano, y las olas que arrojan sobre las costas son ciertamente terribles. La tempestad que acabamos de describir no era á la verdad una tempestad ordinaria: la estacion habia sido borrascosa, y habia tenido á todo el Atlántico en un contínuo sobresalto. Las olas, escitadas por el viento, apenas tenian tiempo para sosegarse, cuando otro contratiempo venia á dar á las aguas una opuesta direccion, de la cual dimanaba esa especie de irregularidad en los movimientos que origina los mayores apuros á un buque, y en particular es doblemente peligrosa para las pequeñas embarcaciones.

La caravela, sin embargo de esto, logró reponerse.

—D. Cristobal, esclamó Luis cuando se hallaban á tiro de fusil de la punta de tierra; si seguimos diez minutos mas con tan favorable rumbo nos hallamos fuera de todo peligro.

—Teneis razon, hijo mio, repuso el almirante con tranquila calma. Si por desgracia llegamos á vernos impelidos hacia las rocas, antes de cinco minutos no queda tabla sana de la *Niña*. Aflojad un poco la caña, Vicente Yañez, aflojadla bien, y dejad á la caravela que hienda el agua. Todo depende de las velas, y asi podremos conseguir el desviarnos de esa punta. ¡Ya estamos en movimiento, Luis! Mirad á la tierra y vereis como vamos adelantando.

—Es cierto, señor; mas la caravela toma la direc-



cion de la punta de una manera que no puede menos de causar terror.

—Nada temais; al arrojo no hay resistencia posible. El agua tiene gran profundidad en esta costa, y nosotros achicamos mucho.

Todo quedó en el mas profundo silencio. La caravela continuaba aproximandose á la punta con una ligereza espantosa, y á cada minuto que pasaba se la veia mas próxima á aquella caldera que en torno suyo hervia á borbotones. Sin entrar precisamente en el remolino, la *Niña* fué costeando por su orilla, y cinco minutos despues ya navegaba directamente hacia el Tajo, que se abria a su frente. Cargóse entonces la vela mayor, y los marineros siguieron avanzando sin temor, seguros de encontrar un puerto, y en completa seguridad.

De este modo vino á terminarse la mas célebre hazaña marítima de que jamás hubo ejemplo en el mundo. Es verdad que la caravela tuvo aun que dar un rodeo para venir á parar á Palos; pero era una distancia muy insigficante, y este viaje no fué por lo tanto fecundo en incidentes. Colon habia llevado á cabo sus grandes designios, y su éxito no era ya para nadie un secreto. Su recibimiento en Portugal es bien conocido asi como las principales circunstancias que tuvieron lugar en Lisboa. Ancló en el Tajo el 4 de marzo, y abandonó àquel rio el dia 13. El 14 por la mañana se hallaba la *Niña* á la altura del Cabo San Vicente, y entonces se hizo á la vela con direccion al Este, aprovechando un ligera brisa del Norte. El 15, al amanecer, pasó de nuevo la barra de Saltes, despues de una ausencia de solos 224 dias.

CAPITULO XXVII.

A pesar de las nobles ideas y del profundo génio que fué necesario para concebir aquel viage, de la perseverancia y la decision indispensables para llevarlo á cabo, y de las mágnificas consecuencias que se desprendian de su éxito, apenas conseguia llamar la atencion en medio de los notables acontecimientos y del refinado egoismo de aquel siglo hasta que fué conocido su resultado. El célebre edicto de ambos soberanos que tenia por objeto la espulsion de los judíos habia sido firmado un mes antes del tratado concluido con Colon, y aquella espatriacion de una gran parte de la nacion española era por si sola un acontecimiento capaz de distraer la atencion de una empresa de éxito tan dudoso y sostenida por unos recursos tan insignificantes como los que se pusieron á disposicion del célebre navegante. Para fines del mes de julio se habia señalado el último plazo de la marcha de aquellos hombres perseguidos: asi es que al mismo tiempo, y casi en el mismo dia en que Colon se dió á la vela en el puerto de Palos, aquel incidente, que bien pudiera llamarse una calamidad nacional, embargaba toda la atencion de aquel pueblo. La espulsion de aquellas gentes se asemejaba

á la que sufrió la misma nacion en Egipto; todos los caminos principales se veian cubiertos de séres humanos, y habia familias que se ponian en camino sin saber á donde dirigir sus pasos.

El rey y la reina dejaron á Granada por el mes de mayo, y despues de haber permanecido dos meses en Castilla, pasaron á Aragon á principios de agosto. Hallábanse, pues, en aquel reino cuando la espedicion se hizo á la vela, permaneciendo allí hasta fin de la estacion, resolviendo importantes negocios y probablemente para evitar el espectáculo de la miseria á que habia dado lugar su edicto contra los judios, pues Castilla era la provincia en que residia mayor número de aquellos desgraciados. En octubre marcharon los soberanos á visitar la turbulenta Cataluña, habiendo pasado el invierno entero en Barcelona. Tristes acontecimientos ocuparon á Fernando é Isabel mientras permanecieron en aquella parte de su territorio. El 7 de diciembre llegó á cometerse un atentado en la misma persona de Fernando, habiendo sido herido gravemente en el cuello por un asesino. La vida del rey estuvo en peligro por espacio de muchas semanas, y durante todo este tiempo Isabel no se separó de la cabecera de su lecho, prodigándole cuantos cuidados eran propios de una mujer tan afecta á su esposo, y sus pensamientos, dedicados todos al objeto de su cariño, se ocuparon bien poco del engrandecimiento de su reino. Hiciéronse inmediatamente averiguaciones con objeto de indagar las razones que pudo haber tenido el criminal. En semejantes ocasiones es sabido que suele suponerse siempre una conspiracion, aunque la historia nos tiene demostrado que la mayor parte de los atentados de aquella

especie son mas bien resultados del fanatismo individual que consecuencia de un plan combinado entre los descontentos.

Isabel, cuya bondad no podia menos de conmoverse al contemplar las miserias que su religiosidad habia hecho pesar sobre los judíos, no tuvo al fin que deplorar una desgracia mucho mayor para ella: la pérdida de su esposo, víctima de una muerte violenta. Fernando fué poco á poco restableciéndose. Todas aquellas circunstancias, unidas á los cuidados del Estado, habian hecho que Isabel se distrajese del viaje de Colon, mientras que Fernando tenia ya hecho desde largo tiempo en su interior el sacrificio del oro empleado en aquella espedicion, que miraba como perdido para siempre.

Entre tanto volvió á aparecer la embalsamada primavera del Sud, y la fértil provincia de Cataluña se cubrió por todas partes de un ameno y delicioso verdor hácia fines del mes de marzo. El rey habia ya vuelto á sus habituales ocupaciones, é Isabel, repuesta asimismo de sus temores conyugales, volvió á dedicarse á sus deberes y á sus obras de caridad. Fatigada del penoso esplendor de su posicion por efecto de los recientes acontecimientos, y suspirando por los afectos domésticos, aquella estimable dama habia vivido mas desde hacia algun tiempo, viéndose rodeada de sus hijos y de sus amigos mas queridos, que jamás le habia sucedido, á pesar de su natural aficion á la vida retirada. Su mas antigua amiga, la marquesa de Moya, se hallaba, como era muy natural, siempre á su inmediacion, y Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo, bien al lado de su real señora, ó bien al lado de sus hijos.

A fines de aquel mes celebróse cierta noche en la córte una reunion poco numerosa; mas Isabel, que se consideraba feliz por poder libertarse de asistir á semejantes ceremonias, se habia retirado á su cámara para disfrutar de la conversacion de aquel círculo que ella preferia. Era cerca de media noche: el rey trabajaba, segun su costumbre, en un gabinete inmediato. Ademas de los individuos de la real familia y de doña Beatriz con su encantadora pupila, se hallaban tambien entonces presentes el arzobispo de Granada, Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla. Estos dos últimos habian sido citados por el prelado para discutir cierta cuestion eclesiástica en presencia de su ilustre señora. Discutido ya este negocio, Isabel amenizaba la reunion con toda la amabilidad de una princesa y la gracia encantadora de una mujer.

—¿Se sabe algo de esos desgraciados judios, señor arzobispo? preguntó Isabel, cuyos humanos sentimientos no podian menos de echarle en cara la severidad de que habia usado dejándose llevar de la piadosa confianza en sus confesores. Nuestras oraciones habrán de alcanzarles, á no dudarlo, ya que nuestros deberes y nuestra política han exigido su espulsion.

—Señora, repuso Fernando de Talavera, regularmente continuarán adorando á Mammon entre los moros y los turcos, asi como lo adoraban en España. El animo indulgente de V. A. no debe tomarse pena por la suerte de esos descendientes de los enemigos de Cristo y de sus verdugos. Si padecen, es con justicia, por el irreparable crímen que cometieron sus padres. Mas valdrá que nos informemos, mi venerada soberana, por medio de los Sres. Santo Angel y Quintani-

lla, que se hallan presentes, de la suerte que ha cabido á su favorito Colon el genovés, cuyo regreso aguardan, sin duda, en compañía del Gran Khan, á quien deberán traer cautivo y sujeto por su larga barba.

—Nada hemos sabido de él desde su salida de Canarias, respetable prelado, respondió Santo Angel vivamente.

—¡De Canarias! ¿Se han recibido acaso noticias de aquella costa?

—Indirectamente, señora. Lo que es carta no ha llegado aun ninguna á España, al menos que yo sepa; mas en Porugal se ha dicho que el almirante habia tocado en Gomera y en la Gran Canaria, en cuyo punto parece que ha sufrido algunas contrariedades, volviendo á emprender su marcha muy en breve con direccion al Oeste; pero desde entonces acá nada se ha vuelto á decir ni de Colon ni de sus caravelas.

—Segun lo cual, señor arzobispo, añadió Quintanilla, debemos creer que nuestros viajeros no tienen ánimo de volverse atrás por simples vagatelas.

—Ese mismo es mi parecer, señores; cuando un aventurero genovés ha logrado obtener de SS. AA. un despacho de almirante, no debe correrle gran prisa le verse despojado de semejante dignidad, contestó el prelado sonriendo, sin demostrar el debido respeto á las gracias que su señora habia tenido á bien conceder á Colon. No es cosa que se vé todos los dias el que las personas prescindan y dejen á un lado su rango, autoridad, sus emolumentos, pudiendo buenamente conservarlos y vivir lejos de aquellos á quienes tienen que agradecer tales favores.

—Sois muy injusto para con el genovés, señor pre-

lado, y le juzgais con harta severidad, dijo la reina. A la verdad, no habia oido nada acerca de esas noticias de Canarias, y me he alegrado en estremo de saber que Colon haya llegado á tan larga distancia con seguridad. El invierno que acaba de pasar creo que ha sido en estremo tempestuoso, segun dicen los marinos, señor de Santo Angel.

—Tan borrascoso ha sido, señora, que he oido decir á algunos marinos, aquí mismo, en Barcelona, que no recuerdan haber visto otro semejante. Si Colon no lograse acaso salir airoso de su empresa, creo muy bien que esta sola circunstancia deberia servirle de disculpa, á pesar de que no dudo yo que él se halle ya á gran distancia de nuestras tempestades y de nuestras borrascas.

—Por supuesto, esclamó el arzobispo con aire de triunfo; y el mejor dia saldremos con que ha estado muy tranquilamente puesto al abrigo en cualquier rio del Africa, y nos veremos obligados, gracias á el tal Colon, á sostener no pocas cuestiones con D. Juan de Portugal.

—Aquí viene el rey, y nos hará conocer su opinion, dijo Isabel. Mucho tiempo hace en verdad que no le he oido pronunciar el nombre de Colon.—¿Os habreis quizá olvidado, D. Fernando, de nuestro almirante el genovés?

—Antes de preguntarme acerca de cosas tan antiguas, repuso el rey sonriendo, permitidme que me informe de otras que me tocan mas de cerca. ¿De cuando acá V. A. tiene su corte, y recibe gente despues de media noche?

—¿Llamais á esto corte? Pues si aqui no hay mas

que nuestros queridos hijos, Beatriz y su pupila, así como el bueno del arzobispo, y dos leales servidores de V. A.

—Asi es verdad; pero os olvidais de los que aguardan vuestra audiencia en las antecámaras.

—¿Quien puede aguardar audiencia á una hora tan desusada? Os quereis chancear sin duda, señor.

—Entonces vuestro mismo page, Diego Ballesteros, se habrá equivocado. No queriendo molestar á vuestra sociedad privada á una hora semejante, ha venido á decirme que un hombre estraño por sus maneras y figura insistia en tener una entrevista con la reina, por mas chocante que pareciese esta hora. Son tan singulares los pormenores que me ha referido con respecto al tal hombre, que he dado órden para que le permitan entrar, y he venido con el objeto de presenciar la entrevista. El page me ha dicho que este estraño personage no cesa de decir que todas las horas son iguales, y que tanto el dia como la noche estan hechos para nuestro uso.

—Querido Fernando, quizá se oculte la traicion en esta aventura.

—Nada temais, Isabel; los asesinos son cobardes y las leales espadas de estos gentiles hombres son bastantes para tranquilizarnos. Oid; se oyen pasos, y debemos procurar aparecer tranquilos aun cuando algo tuviéramos que temer.

Abrióse la puerta, y fué introducido Sancho Mundo á la presencia de ambos soberanos. La estraña facha de aquel singular personage no pudo menos de causar risa y sorpresa á un mismo tiempo, fijandose en él con admiracion todas las miradas, con tanto mas mo-

tivo, cuanto que se habia ataviado con varios adornos de las Indias imaginarias, entre los cuales se veian una ó dos medallas de oro. Mercedes únicamente adivinó su profesion por sus maneras y por su trage; levantóse involuntariamente, golpeó con fuerza ambas manos una con otra, y dejó escapar á pesar suyo una leve esclamacion. La reina, que advirtió aquella pantomima, se impuso en el acto mismo de toda la verdad.

—Yo soy la reina Isabel, dijo levantándose disipada ya toda idea de temor. ¿Tú eres sin duda un mensajero de Cristobal Colon?

Sancho habia tenido que vencer mil obstáculos para lograr al fin ser admitido; pero una vez logrado su objeto, habia vuelto á recobrar su calma acostumbrada. Su primer cuidado fué hincar la rodilla, pues asi se lo habia recomendado particularmente Colon. Como habia aprendido de los naturales de Haiti y de Cuba á hacer uso de la yerba de aquellas islas, y como fué efectivamente el primer marino que mascó tabaco, esta costumbre habíase ya arraigado en él; asi es que antes de colocarse en la humilde actitud que ya hemos dicho, y que era tan nueva para él, ó por mejor decir, antes de responder una sola palabra, creyó muy oportuno colocar entre sus labios una muestra de tan seductora planta. Por último, despues de haber arreglado sus vestidos, pues toda la ropa decente que tenia la llevaba encima, se preparó para contestar convenientemente.

—Señora... Excelencia... Alteza, respondió al fin balbuceando: cualquiera lo hubiera conocido al golpe. Yo soy Sancho Mundo de la Puerta del Astillero, uno de los mas fieles súbditos de V. A., natural y vecino de Moguer.

—¿Vienes de parte de Colon?

—Sí, señora, y doy gracías á V. A. por haberme dirigido esa pregunta. D. Cristobal me ha enviado atravesando todo el país desde Lisboa, creyendo que esos astutos portugueses desconfiarian menos de un simple marino como yo que de uno de esos correos con botas de montar que estamos encontrando á cada momento. Es un camino bien pesado, y desde las caballerizas de Lisboa hasta el palacio de Barcelona no se encuentra ni una sola mula digna de ser montada por un cristiano.

—¿Traes pliegos? Un hombre como tú no puede traer otra cosa.

—En cuanto á eso, se equivoca V. A. de medio á medio, aunque es bien cierto que no traigo conmigo ni la mitad de los doblones que tenia al ponerme en camino. ¡Diantre! si esos pícaros de posaderos me han tenido sin duda por algun gran señor, segun me han desollado.

—Dadle á este hombre algun dinero, D. Alonso, pues es sin duda del número de los que gustan de ser recompensados antes de esplicarse.

Sancho se puso a contar tranquilamente las monedas de oro que le pusieron en la mano, y al reconocer que su número escedia á sus esperanzas, no tuvo ya obstaculo alguno para romper su silencio.

—¡Habla, pues, gran bellaco! esclamó el rey, y no te burles de aquellos á quienes debes respeto y obediencia.

La vibrante voz de Fernando hizo sin duda mas efecto en los oidos de Sancho que la sonora y delicada de Isabel, si bien la hermosura y la gracia de la

reina produjeron una viva impresion en su natural tosco y grosero.

—Si V. A. tuviese á bien decirme lo que desea saber, yo hablaria con el mayor gusto.

—¿Dónde se halla Colon? preguntó la reina.

—Hace poco se hallaba en Lisboa, señora, aunque será probable que ahora se halle en Palos de Moguer ó sus inmediaciones.

—¿Y dónde ha estado antes?

—En Cipango y en los dominios del Gran Khan, á cuarenta jornadas de distancia de Gomera, pais delicioso y maravillosamente bueno.

—No creo que tengas el atrevimiento de burlarte de nosotros. ¿Podremos en suma dar crédito á cuanto estas diciendo?

—Si V. A. conociese á Sancho Mundo, estoy seguro que se desvanecerian todas las dudas con respecto á él. Repito, señora, tanto á vos, como á estos nobles caballeros y damas, que D. Cristóbal Colon ha descubierto la otra parte de la tierra, la cual ya sabemos positivamente que es redonda, puesto que hemos dado la vuelta á ella. Asimismo ha descubierto el almirante que la estrella polar hace su viaje por el cielo, como si fuera una comadre que vá por esos mundos contando sus chismes; y por último, ha tomado posesion de varias islas tan grandes como la España, en donde el oro brota de la tierra, y en las cuales nuestra santa iglesia puede entretenerse en hacer cristianos por todos los siglos de los siglos.

—¡El pliego, Sancho, dame ese pliego! Estoy segura que Colon no te habrá encargado tan solo un mensage verbal.

Púsose entonces Sancho á desenvolver una porcion de cubiertas de tela y de papel antes de que llegase á dar con la carta de Colon; despues, sin abandonar su posicion, pues continuaba hincado de rodillas, se la presentó á la reina desde lejos, permitiendo que esta tuviese que adelantarse algunos pasos para tomarla. Las noticias que contenia eran tan estraordinarias é inesperadas, y la escena que estaba pasando tenia tal sello de originalidad, que cada cual guardó silencio y permaneció inmóvil, dejando á Isabel que obrase por sí sola conforme hasta entonces habia llevado la palabra. Por lo que hace á Sancho, despues que hubo desempeñado el encargo que le habia sido confiado espresamente á causa de su facha y carácter, el cual parecia ser como una especie de salva-guardia contra una detencion ó un robo, sentóse muy tranquilamente sobre sus talones, pues le habia sido recomendado estrictamente que no se levantase sin que le otorgasen permiso para ello, y sacando del bolsillo las monedas que habia recibido, principió á contarlas de nuevo. La reina, pues, absorvia hasta tal punto la atencion general, que nadie absolutamente volvió á ocuparse del marino.

Isabel abrió la carta, devorándola con la vista mas bien que leyéndola: su contenido era estenso, segun la costumbre de Colon, de modo que era preciso algun tiempo para enterarse de ella. Nadie, sin embargo, se movió de donde estaba: todas las miradas estaban fijas en el espresivo rostro de la reina, en el cual se iban dejando ver sucesivamente la significativa animacion del placer y de la sorpresa, de una alegria aun mayor todavía, de una admiracion la mas profun-

da, y finalmente, de un santo arrobamiento. Apenas hubo terminado su lectura, Isabel alzó los ojos al cielo, juntó sus manos con el mas grande entusiasmo, y esclamó:

—A vos, Señor, y no á nosotros es debido todo el honor de tan maravilloso descubrimiento, todos los resultados de esta grandiosa prueba de vuestra bondad y de vuestro poder infinito.

Y dejándose caer sobre un sillon, prorumpió en abundantes lágrimas.

En vista del ademan y de las palabras de su real consorte, Fernando no pudo menos de dejar escapar una ligera esclamacion, y tomando en seguida de su mano la carta con el mayor tiento, púsose á leerla con gran cuidado y atencion. Rara vez se vió al prudente rey de Aragon mas conmovido, á lo menos en la apariencia, que lo que demostró estarlo en aquella ocasion. La espresion primera de su rostro fué la de la sorpresa; el anhelo, por no decir el ánsia, se dejó entrever en seguida; y terminada la lectura de la carta, su grave fisonomia apareció radiante de alegria.

—Luis de Santo Angel, esclamó, y vos, Alonso de Quintanilla, estas noticias os deben ser á vosotros tambien muy agradables, y aun vos mismo, venerable prelado, no podreis menos de regocijaros de tan gloriosas adquisiciones para la iglesia, si bien es cierto que hasta el dia no ha sido el genovés vuestro favorito. Colon ha escedido nuestras esperanzas descubriendo las Indias y aumentando así nuestros dominios y nuestro poder de la manera mas sorprendente.

No se veia de ordinario á D. Fernando tan anima-

do, y él mismo estaba tan convencido de que su conducta sorprendia en estremo á cuantos le rodeaban, que dirigiéndose hácia la reina y tomándola de la mano la condujo á su gabinete. Al salir del salon hizo seña á los tres gentiles hombres de que podian seguirle á aquella especie de consejo. Tan súbita resolucion solo fué adoptada por el rey mas bien como una consecuencia de su prudencia habitual que por motivo alguno determinado; si su ánimo se hallaba conmovido, como no lo tenia de costumbre, la prudencia formaba tambien la base de su religion, así como de su potica.

Cuando los soberanos y sus tres cortesanos hubieron desaparecido, quedaron con las princesas la marquesa de Moya y Mercedes. Las hijas del rey se retiraron á poco á sus habitaciones, permaneciendo por lo tanto solas en el salon nuestra heroina, su tutora y Sancho, este último todavía de rodillas y sin hacer apenas caso de cuanto le rodeaba; tan ocupado se hallaba de su propia situacion y de sus motivos particulares de regocijo.

—Ya puedes levantarte, amigo mio, dijo doña Beatriz. SS. AA. han marchado ya.

Al oir esto, Sancho abandonó su humilde postura, limpióse las rodillas con su manga, y miró en torno suyo con la misma tranquilidad que habitualmente á bordo cuando contemplaba las estrellas.

—Segun lo que acabas de decir, y puesto que el almirante te ha enviado como portador de esos pliegos, ¿serias sin duda de la tripulacion de Colon, buen amigo?

—Así podeis creerlo, señora, y he pasado casi todo

mi tiempo dirigiendo el timon, no muy lejos del sitio favorito de don Cristóbal y del señor de Muñoz, cuyo sitio no abandonaban jamás mas que para dormir, y aun esto no siempre.

—¿Iba en vuestro buque un señor de Muñoz? repuso la marquesa haciendo seña á su pupila para que procurase contener su emocion.

—Sí, señora; uno iba, así como otro señor de Gutierrez y otro don qué se yo quien, y los tres juntos no ocupaban mas que lo que ocupa un marinero. Mas yo os suplico, amable y graciosa señora, que me digais si existe aquí una doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, dama de la ilustre casa de Bobadilla, y que figura en la córte de nuestra bondadosa soberana.

—Soy yo, y tú traes sin duda un mensaje para mí de parte de ese señor Muñoz de que hablabas ahora poco.

—Ya no me admiro que haya grandes señores que posean hermosas damas, y pobres marineros que posean mujeres que nadie puede envidiarles. Apenas he abierto la boca, y ya me adivinan lo que iba yo á decir: ¡la inteligencia es lo que constituye á los hombres, los unos grandes y los otros pequeños! ¡Diablo! ¡El mismo don Cristóbal necesitará de todo su saber si llega á venir á Barcelona!

—Háblanos, pues, de ese Pedro Muñoz, puesto que tu mensage es dirigido á mí.

—Entonces, señora, deberé hablaros de vuestro valiente sobrino el conde de Llera, que es conocido á bordo bajo otros dos nombres, de los cuales el uno es supuesto, mientras el otro es el mas engañoso.

—¿Pero se sabe al fin quién es en realidad mi so-

brino? ¿Son muchas las personas que están en este secreto?

—Sí, por cierto, señora. En primer lugar lo sabe él mismo, en segundo D. Cristóbal, en tercero yo, en cuato Martin Alonso Pinzon, si acaso se halla vivo en este momento, lo cual me parece algo problemático. Ademas, le conoce tambien V. S., y quizá quizá esta señorita tenga alguna sospecha acerca del particular.

—¡Basta ya! Veo que el secreto no se ha hecho público, si bien lo que no puedo comprender es como ha llegado hasta un hombre de tu clase. Háblame, pues, de mi sobrino. ¿Ha escrito tambien? Si es así, entrégame pronto la carta, que quiero leerla.

—Señora, mi partida ha sido tan precipitada, que D. Luis no ha tenido tiempo de escribir. El almirante ha confiado á los cuidados del conde á los príncipes y princesas que traemos de la isla Española, y le ocupan por consiguiente otras muchas ocasiones para que le quede tiempo siquiera de poner cuatro letras: si así no fuese, ¿cómo no habia de haber escrito mas de cien hojas á una tia tan respetable?

—¡Príncipes y princesas! ¿Qué es lo que quereis decir, buen amigo, con esos términos tan elevados?

—Unicamente he querido decir que hemos traido varios de aquellos personajes á España para que ofrezcan sus respetos á SS. AA. No creais que se trata de la morralla, señora, sino de los mas ilustres príncipes y de las mas bellas princesas del Este.

—¿Y quieres tu suponer que personas de semejante rango y categoría hayan venido con el almirante?

—Sin duda alguna, señora. Una de ellas es de tan

rara belleza, que las damas mas hermosas de Castilla harán muy bien en no mirarla por temor de morirse de envidia; es amiga particular y la favorita de D. Luis.

—¿De quién estás tu hablando? preguntó doña Beatriz con voz altiva, que parecia exigir una pronta contestacion. ¿Cómo se llama esa princesa? ¿de dónde viene?

—Señora, su nombre es Doña Ozema, de Haiti; su hermano, D. Mattinao, es cacique ó rey de una parte de aquel país, y la señora Ozema es su heredera ó su mas cercana parienta. D. Luis y este vuestro humilde servidor estuvimos á visitar aquella córte.

—Ese cuento es sumamente inverosimil, hijo mio. ¿Hubiera acaso D. Luis escogido á un hombre como tu por compañero en ocasion semejante?

—Pensad lo que gusteis, señora, pero todo ello es tan verdad, como esta es la corte de Fernando y de Isabel. Es preciso que sepais tambien, ilustre marquesa, que el jóven conde es muy inclinado á emprender espediciones con nosotros los marineros, y hubo cierta ocasion en otro tiempo en que un tal Sancho Mundo se halló con él en uno de sus viajes, y de allí viene nuestro conocimiento. Yo supe guardar el secreto del noble señor, y llegó á hacerse el amigo de Sancho. Cuando D. Luis fué á visitar á D. Mattinao, el cacique, palabra que significa V. A. en la lengua del pais, fué preciso que Sancho le acompañase, y Sancho obedeció. En ocasion que el rey Caonabo descendió de sus montañas para robar á la princesa Doña Ozema y casarse con ella, en lo cual no convenia de modo alguno la princesa, nada quedó por hacer de parte del con-

de de Llera y de su amigo Sancho de la Puerta del Astillero para batir á un ejército entero que vino en apoyo de aquel rey; le batieron, por fin, obteniendo una tan gran victoria, como jamás la consiguió contra los moros nuestro soberano y señor D. Fernando.

—¡Y tú mismo fuistes, á lo que parece, el que robaste á esa princesa! Amigo Sancho de la Puerta del Astillero, (si esos son tus títulos) ¿sabes que ese cuento, aunque muy ingenioso, carece absolutamente de verosimilitud? Si yo quisiese hacerte la debida justicia, buen Sancho, deberia mandarte dar una buena tunda, que la tienes bien merecida, con lo cual te recompensaria de tus chanzas y de tus bromas.

—Este hombre dice, sin duda, lo que le han encargado que diga, observó Mercedes con voz apenas inteligible y poco firme; temo mucho, señora, que sea demasiado cierto cuanto ha referido.

—Nada debeis temer, hermosa joven, repuso Sancho dándole bien poco de las amenazas de la marquesa, puesto que ya se terminó aquel combate, en que conseguimos la victoria, y en que ambos héroes salieron ilesos. Esta ilustre señora, á la cual bien puede perdonársele todo, como á la tia del mejor amigo que he tenido sobre la tierra, siempre, por supuesto, que no pase de palabras, recordará que los haitianos no conocen los arcabuces, con cuya ayuda hemos derrotado á Canoabo, y que Luis ha deshecho mas de una columna de moros con el solo apoyo de su acreditada lanza.

—Asi es muy cierto, contestó doña Beatriz, pero se hallaba á caballo cubierto de una buena coraza y armado de la célebre lanza que habia conseguido derribar á todo un Alonso de Ojeda.

—¿Pero es cierto que viene en tu compañía esa princesa de quien acabas de hablarme? preguntó vivamente Mercedes.

—Os lo juro, señora y señorita, ambas ilustres damas, os lo juro por el santo sacrificio de la misa y por todos los santos del calendario. Una princesa que sobrepuja en hermosura á las mismas hijas de nuestra reina, si, como supongo, son esas jóvenes que acaban de salir de esta habitacion.

—Vete de aquí, bellaco, esclamó Doña Beatriz llena de indignacion. Yo no quiero oir mas, y lo que únicamente me estraña es que mi sobrino se valga para sus mensages de un hombre tan deslenguado como tú. Sal de aquí inmeditamente, y procura ser discreto al menos hasta mañana, pues yo te aseguro que todo el favor de tu almirante no ha de poner á salvo tus costillas.—Mercedes, vámonos á descansar, que ya es sumamente tarde.

Sancho permaneció solo por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales apareció un paje que le indicó el lugar donde habia de pasar la noche. El antiguo marino no pudo menos de quejarse en su interior del áspero carácter de la tia de D. Luis, y volvió á contar una vez mas su dinero: iba, pues, ya á meterse en la cama, cuando el mismo paje vino á invitarle para una segunda entrevista. Sancho para quien no habia casi diferencia entre el dia y la noche, no puso obstáculo alguno, y mucho menos cuando supo que era solicitada su presencia por la jóven señorita, cuya tierna y conmovida voz tanto le habia interesado durante el diálogo anterior. Mercedes recibió al tosco marinero en un gabinete de su habitacion, des-

pues de haberse despedido de su tia por aquella noche. Su rostro respiraba animacion, sus ojos despedian un vivo resplandor: en una palabra, en el momento en que Sancho se presentó ante ella, el aspecto todo de la jóven castellana hubiera revelado á un hombre de mas trato y más conocedor del corazon de las mujeres la profunda ansiedad de que se hallaba poseida en aquel instante.

—Acabas de hacer un largo y penoso viage, Sancho, dijo nuestra heroina apenas se vió sola con el marino, y me atreveria á suplicarte por lo tanto que tomes este bolsillo como una débil prueba del interés con que he sabido las grandes noticias de que eres portador.

—Señorita, esclamó Sancho afectando una notable indiferencia hácia los doblones que acababan de caer en sus manos, yo confio en que no me tendreis por un hombre interesado. El honor de ser el mensajero de D. Cristobal y el de ser admitido á conversar con tan ilustres damas, es la mayor recompensa de mis servicios.

—Pero el dinero puede hacerte falta para tus necesidades particulares, y no rehusarás por cierto el que te ofrece una dama.

—¡Oh! siendo así, lo acepto, señorita, y lo aceptaria aunque fuese doble.

Y Sancho, con aquella resignacion que le era propia, reunió aquellas monedas con las que habia recibido por órden de la reina.

Hallábase Mercedes en la penosa situacion de aquellos que confian demasiado en sus propias fuerzas, y en el momento crítico en que ya estaba á punto

de ver sus dudas satisfechas, titubeaba en dar un solo paso que la condujese á conseguir su objeto.

—Sancho, dijo ella por fin, tu has hecho con el señor Colon ese grande y estraordinario viage, y habrás visto sin duda muchas cosas que las gentes que, como nosotros, jamas han salido de España, deben tener gran curiosidad de oir referir. Todo cuanto has contado respecto á esos príncipes y princesas, ¿es positivo?

—Tan positivo, señorita, como debe serlo una historia. ¡Diantre! Cuantos se han hallado en una batalla ó han sido testigos de alguna notable aventura, y despues han tenido ocasion de oir la relacion de aquel hecho, conocen facilmente la diferencia que existe entre el hecho mismo y su relato. Por consiguiente, como yo me hallaba.....

—Dejemos á un lado las nuevas aventuras, buen Sancho; háblame solo de la misma que ya has referido. ¿Existe efectivamente un príncipe Mattinao y una princesa Ozema, su hermana? ¿Y es cierto que ambos han acompañado á España al almirante?

—Yo no he dicho semejante cosa, hermosa señorita. D. Mattinao se ha quedado en su pais gobernando á su pueblo: solo su encantadora hermana es la que ha seguido al almirante y á D. Luis á Palos.

—¡Seguido decis! Pues qué ¡el almirante y el conde de Llera tienen acaso tanta influencia en el ánimo de las princesas reales que pueden obligarlas á abandonar su pais natal y á *seguirles* á una tierra estranjera!

—¡Oh! señorita, esto podrá acaso pareceros contrario á las costumbres de Castilla, de Portugal, y quizá de la Francia; pero habeis de haceros cargo de que Haiti no es todavia un pais cristiano, y que alli una

princesa puede no ser mas que lo que es una noble dama de Castilla, y aun algo menos, si hemos de juzgar por sus atavios. Mas al fin una princesa es siempre una princesa, y una bella princesa no podrá nunca dejar de ser una bella princesa. Doña Ozema es, pues, una encantadora criatura, y ya principia á hablar el castellano tan bien como si se hubiera educado en Toledo ó en Burgos. Pero D. Luis hace un soberbio maestro, y no hay duda que el hubiera conseguido hacerla progresar notablemente en todo el tiempo que ha vivido en su palacio casi á solas con ella, por decirlo así, si ese diablo maldito de Caonabo no hubiera venido con todo su ejército con ánimo de robarla.

—¿Y la dama de quien hablais será á no dudarlo alguna princesa cristiana, Sancho?

—¡Bendiga el cielo, señorita, vuestra alma inocente y pura! Mas lo que es por esa parte no tiene de que alabarse, aunque en cierto modo no le anda muy lejos porque yo he visto que ahora suele llevar una cruz, una cruz muy pequeñita por cierto, pero de gran valor, como es muy natural, habiendo sido regalo de un rico señor que es nada menos que el conde de Llera.

—¿Una cruz dices, Sancho? interrumpió Mercedes sin poder apenas respirar, pero sobreponiéndose á sí misma lo bastante para ocultar su emocion á los ojos del antiguo marino. ¿D. Luis ha conseguido tambien que ella aceptase una cruz?

—Sí, señora, una cruz adornada de piedras preciosas que hasta entonces habia él siempre llevado pendiente del cuello.

—¿Has visto tu las piedras? ¿Serán acaso turquesas engarzadas en oro finísimo?

—En cuanto al oro, podré contestaros afirmativamente, si bien por lo que hace á las piedras preciosas no soy gran conocedor de ellas: mas lo único que podré deciros es que el cielo de Haiti no tiene un azul mas hermoso que las piedras de que me hablais: Doña Ozema las llama Mercedes, lo cual quiere decir que ella espera que los beneficios de la redencion vengan á iluminar su alma.

—¿Y ha sido tan escaso el respeto que se ha tributado á esa cruz para que haya venido á ser el objeto de las conversaciones, hasta entre las personas de tu clase?

—Oidme, señorita; á bordo de una caravela, cuando la mar se halla agitada, suele hacerse mas caso de un hombre como yo del que parece que se hace aquí, en Barcelona, estando en tierra firme. Nosotros hemos ido á Cipango á mostrar la verdadera cruz y á hacer cristianos; por consiguiente, sostenemos siempre nuestro papel. Por lo que hace á Doña Ozema, ha demostrado hácia mí mucha mas deferencia que hácia muchos otros; es verdad tambien que he contribuido á arrancarla de las garras de Caonabo: hé aquí, pues, la razon de por qué me ha enseñado ella aquella cruz el mismo dia que anclamos en el Tajo, en el mismo momento en que el almirante me acababa de entregar los pliegos para SS. AA.; y por cierto que á la sazon la estaba besando, y la apretaba contra su corazon diciendo que era Mercedes.

—Todo esto es muy raro Sancho. Y decidme, ¿esa princesa tendrá un séquito correspondiente á su condicion y á su dignidad?

—Vos os olvidais, señorita, que la *Niña* es un buque muy pequeño, como se deduce de su nombre, y

que no habria sitio en una embarcacion por el estilo para colocar una comitiva de damas y caballeros: Don Cristóbal y D. Luis son muy apuestos caballeros para poder desempeñar iguales funciones cerca de todas las princesas del mundo. En cuanto á lo demas, Doña Ozema se aguardará hasta que nuestra bondadosa soberana le mande arreglar una habitacion como corresponde á su clase: y por lo que hace á trages, las damas de Haiti visten mucho mas sencillamente que nuestras nobles de España, pues la mayor parte de ellas están convencidas de que el ir vestida no es de una absoluta necesidad en un clima tan agradable y benigno como aquel.

Mercedes parecia haberse ofendido y no dar crédito á todo aquello, pero hasta tal punto se habia escitado su interés y su curiosidad, que le faltó el valor para despedir al marino sin hacerle antes algunas nuevas preguntas.

—¿Y D. Luis de Bobadilla ha permanecido siempre al lado del almirante, dijo ella, dispuesto á todas horas á defenderle y siendo el primero en el momento del peligro ?

—Señorita, estais trazando el retrato del conde como si hubieseis estado á su lado desde el primer dia hasta el último. Si le hubierais visto acuchillar el ejército de Caonabo é imponer respeto á su gente, mientras que Doña Ozema estaba á su inmediacion oculta tras de las rocas, estoy seguro que no hubierais podido contener de puro gozo vuestras lágrimas.

—¡Doña Ozema estaba á su lado! ¡oculta tras de las rocas! ¿Y él logró contener á los que trataban de arrebatarla?

—Sí, señora; pareceis un libro enteramente; sucedió todo asi como lo decis, escepto el que Doña Ozema no pudo permanecer oculta detrás de las peñas, y cuando los salvages dispararon un nublado de flechas, se lanzó ella á colocarse delante del conde, obligando de este modo á los enemigos á retirarse, pues no querian asesinar á aquella de quien trataban de apoderarse. Asi fué como ella consiguió salvar la vida á su caballero.

—¡Ha salvado su vida! ¡la vida de Luis! ¡de D. Luis de Bobadilla! ¡ella! ¡una princesa india!

—Lo mismo que lo estais diciendo: mil veces, despues de pasado ese dia, el jóven conde me ha referido que menudeaban de tal modo las flechas, que á no haber tenido aquella valiente resolucion, Doña Ozema hubiera tenido que mancillar su honor con una retirada, ó en otro caso habria perecido. Es una estraordinaria criatura, y estoy seguro que la querreis como á una hermana apenas la veais y la conozcais.

—Sancho, dijo nuestra heroina cubierta de rubor, has dicho antes que el conde de Llera te habia encargado que hablases de él á su tia. ¿No te ha hecho ese mismo encargo con respecto á otra persona?

—No, señorita.

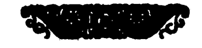
—¿Estás bien seguro de ello, Sancho? Míralo bien. No te ha citado algun otro nombre?

—No, señora; puedo juraros que no. Yo no sé si fué él, ó el viejo Diego el timonero, quien me ha hablado de una cierta Clara que tiene aquí en Barcelona una posada, muy celebrada por su esquisito vino; pero se me figura que fué Diego y no el conde el

que me lo dijo, puesto que el primero se ocupa mas de semejantes cosas, y el otro nada tiene que ver con Clara:

—Puedes retirarte, Sancho, dijo Mercedes con voz apagada. Mañana por la mañana tendré mas que decirte.

No le pesó á Sancho que terminase ya la conversacion, y se dirigió alegremente á su lecho, sin tener la mas mínima idea del mal que habia causado con aquella mezcla de verdad y de exageracion que resaltaba en toda su relacion.



CAPITULO XXVIII.

La noticia del regreso de Colon y de sus importantes descubrimientos se estendió por toda Europa con la rapidez del relámpago, y bien pronto fué tenida como uno de los acontecimientos mas célebres de aquel siglo. Por espacio de muchos años, y hasta el descubrimiento del Occéano pacífico por Balboa, se estuvo en la inteligéncia de que el almirante habia llegado á las Indias por el Oeste, y por consiguiente que estaba resuelto de hecho el problema relativo á la forma de la tierra. Los incidentes del viaje, las maravillas que le acompañaron, la fertilidad del suelo, lo agradable del clima, las riquezas que encerraban aquellas comarcas en oro, en especias y en perlas; en fin, las infinitas curiosidades que el almirante trajo consigo, como otras tantas pruebas de su completo éxito, eran á la sazon el objeto de todas las conversaciones, y se suscitaban contínuas discusiones que nunca tenian fin. Los moros acababan de ser arrojados de la Peninsula tras de luengos años de una encarnizada lucha; pero aquel acontecimiento tan vivamente deseado habia pasado completamente desapercibido con la inesperada novedad del descubrimiento de un mundo

occidental. En una palabra, las almas piadosas se representaban con el mayor júbilo una nueva propagacion del evangelio; los avaros veian en sus sueños grandes montones de oro; los políticos calculaban el acrecimiento del poder de la España; los sabios sentian el mayor placer al presenciar el triunfo del saber humano sobre las preocupaciones y la ignorancia, triunfo que debia conducirles á conocimientos mas estensos y profundos todavía; por último, aunque comidos de la envidia, los enemigos de España no podian menos de hallarse sorprendidos y llenos de respeto.

Los primeros dias que trascurrieron despues de la llegada del correo de Colon fueron muy animados por el júbilo y la curiosidad. En la contestacion que se dió al almirante se le hacian las mas vivas instancias para que fuese á la corte sin pérdida de momento, al mismo tiempo que se le hacia solemne promesa de los mas elevados honores. Su nombre se oia repetir por todas partes, su gloria llenaba el corazon de todos los buenos españoles. Diéronse órdenes para emprender los preparativos de un nuevo viaje, pues nadie hablaba mas que de descubrimientos, ya que el que acababa de tener lugar habia forzosamente de servir de base para otros. Así trascurrió un mes, al cabo del cual el almirante llegó á Barcelona acompañado de la mayor parte de los indios que habia traido consigo, rindiéndosele á su entrada los mayores homenages. Los soberanos le recibieron sentados en su trono, en audiencia pública, se levantaron cuando se aproximó á ellos, é insistieron en que tomase asiento en su presencia, distincion acordada únicamente á los princi-

pes de la sangre. El almirante hizo entonces el relato de su viaje, enseñó las curiosidades que habia traido, y se estendió sobre las grandes esperanzas que ofrecia el porvenir. Cuando hubo terminado su relacion, todos se hincaron de rodillas, los cantores ordinarios de la corte entonaron un *Te Deum*, y el mismo Fernando, á pesar de su carácter impasible, no pudo menos de derramar lágrimas de gozo y de agradecimiento al contemplar la magnificencia de aquel inesperado presente del cielo.

Colon continuó por largo tiempo siendo el objeto de todas las miradas, y no cesó de recibir honores y muestras de consideracion hasta tanto que hubo abandonado la córte para tomar el mando de la segunda espedicion, como se llamó entonces á aquel viaje.

Algunos dias antes de la llegada del almirante á la córte, D. Luis de Bobadilla apareció de repente en Barcelona. En tiempos ordinarios, la ausencia y el regreso de un jóven señor de su clase y de su carácter hubiera suministrado á los cortesanos un motivo de conversacion inagotable; mas á la sazon nadie se ocupaba sino del gran viaje, lo cual le puso al abrigo de las habladurías de costumbre. No obstante, su presencia no podia menos de hacerse notable; decíanse las gentes al oido, con burlona sonrisa y encogiéndose de hombros, que acababa de venir á bordo de una caravela procedente del Levante, y una de las chanzas del dia que tenian mejor acogida era el decirse en voz baja que el jóven conde de Llera habia hecho tambien un viaje al Este. De todo esto se le daba bien poco á nuestro héroe, y viósele bien pronto volver á adoptar su género de vida acostumbrado cuando se hallaba en

la córte. El dia en que Colon fué recibido en audiencia pública, hallábase presente D. Luis ataviado con sus mejores vestidos, y ningun grande de España hizo mas honor á su nombre y á su alcurnia, por la nobleza de su apostura y su airosa presencia, que el jóven conde de Llera. Durante la ceremonia, Isabel le miraba con semblante risueño; pero los atentos observadores, á quienes se debe esta noticia, no pudieron menos de menear la cabeza al reparar en el aspecto de gravedad tan estraordinario que presentaba la favorita de la reina en una ocasion de tanto regocijo, y todos convenian en atribuirlo á las innobles aficiones de su sobrino.

Nadie miraba á Luis aquel dia con mas placer que Sancho, que se habia quedado en Barcelona á disfrutar de los honores que se hacian á su jefe, y á quien, en consideracion á sus servicios, se habia concedido un puesto entre los cortesanos. El uso que él continuaba haciendo de la nueva yerba llamada tabaco causó una estraordinaria sorpresa, y unas quince ó veinte personas que quisieron imitarle solo consiguieron emborracharse y tener náuseas. Una de sus mas célebres aventuras pinta perfectamente la preocupacion de aquella época, y vamos á referirla detenidamente.

Habia ya terminado la ceremonia de la recepcion, y Sancho se retiraba con toda la multitud, cuando fué detenido por un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, y de agradables maneras, el cual le suplicó si tenia á bien honrar con su presencia un pequeño banquete, pues eran muchos los que se dispusieron para obsequiar á Colon y á sus amigos. Sancho, para quien recibir muestras de distincion era una cosa entera-

mente nueva, no se hizo mucho de rogar, y fué conducido á una habitacion del palacio, en donde halló unos veinte jóvenes señores que se habian reunido con objeto de tributarle aquel homenage, pues ya podia llamarse feliz aquel dia en Barcelona el que lograba hacer aceptar sus ofrecimientos al mas insignificante compañero de Colon. En el momento en que llegaron fueron rodeados de todos aquellos jóvenes, que prodigaron á Sancho las mayores muestras de consideracion, y dirigieron al mismo tiempo mas de una docena de preguntas á su introductor, á quien llamaban unas veces Sr. Pedro, otras Sr. Mártir y otras Sr. Pedro Mártir.

Escusado parecerá decir que aquel era el historiador conocido en nuestro tiempo bajo el nombre de Pedro Mártir, italiano, á cuyo cargo habia puesto Isabel la instruccion de la mayor parte de los jóvenes señores de su córte. Solo por satisfacer la curiosidad de estos se habia dispuesto aquel banquete, y Sancho habia sido convidado con arreglo á aquella máxima de que cuando no puede obtenerse lo mejor, lo mas privilegiado, es preciso contentarse con lo de menos buena calidad.

—Dadme el parabien, señores, dijo Pedro Mártir apenas le fué posible esplicarse, pues el resultado de mi espedicion ha escedido mis esperanzas. El genovés y sus principales compañeros están hoy comprometidos á pasar el dia con la gente mas principal é ilustre de la córte; pero aquí teneis un dignísimo piloto, que, á no dudarlo, debia ocupar el segundo lugar á bordo de alguna de las caravelas, el cual ha consentido en hacernos el honor de participar de nuestro banquete. Mi invitacion ha sido preferida á otras muchas, pero ni siquiera he tenido tiempo todavía para preguntarle

su nombre; voy, pues, á suplicarle que tenga la bondad de decírnoslo.

Sancho estaba de bastante presencia de espíritu, y tenia demasiado buen sentido para ser jamás, de propio intento, grosero y vulgar, ó por mejor decir, para tener maneras chocantes; mas á pesar de esto, mis lectores me dispensarán sin duda que les diga que el muy digno timonero no habia nacido para ser un académico, y que sus conocimientos filosóficos eran bien poco profundos. Tomó, sin embargo, un aire de dignidad que le convenia perfectamente, y como las infinitas preguntas á que estaba contestando hacia un mes le habian dado cierta soltura y esperiencia, se dispuso á hacer honor á los conocimientos de un hombre que habia estado en las Indias.

—Señores, dijo, me llaman Sancho Mundo, muy servidor vuestro; otras veces Sancho de la Puerta del Astillero; pero yo preferiria que en la actualidad se me llamase Sancho de las Indias, á no ser que á S. E. el Sr. D. Cristobal le conviniese adoptar aquel sobrenombre, al cual tiene sin duda alguna mas fundados derechos que no yo.

Varias voces se alzaron á un tiempo para protestar que los derechos que él mismo habia adquirido eran sumamente recomendables, y en seguida le fueron presentados á Sancho varios jóvenes de las primeras familias de España, pues si bien los españoles no tienen igual mania que los americanos para este género de atencion, el espiritu de la época habia podido mas que su reserva habitual. Despues de aquella ceremonia, y cuando los Mendozas, los Guzmanes, los Lacerdas y los Toledos, que componian aquella reunion, hu-

bieron tenido el alto honor de darse á conocer á un simple marinero, pasaron á la sala del banquete, en donde habia una mesa cubierta capaz de dar nombre por sí sola á los cocineros de Barcelona. Durante la comida, la curiosidad de los jóvenes pudo mas que su conocimiento y tacto del mundo; pero sus repetidas preguntas no lograron hacer mella alguna en Sancho; tan embebido se hallaba con el asunto que traia entre manos en aquel momento, asunto que le inspiraba una especie de religiosa veneracion. Viéndose, por último, mas ostigado que nunca por las continuas interrupciones, esclamó con solemne tono colocando su cuchillo y tenedor sobre un plato:

—Señores, yo considero la comida como un don que Dios hizo al hombre, y paréceme que es una irreverencia el hablar con tanto esceso, cuando los alimentos que vemos sobre la mesa nos convidan á rendir el homenage debido á nuestro gran proveedor. Sé positivamente que D. Cristobal piensa del mismo modo, y todos los que se hallan bajo sus órdenes imitan la conducta de su querido y respetado jefe. Asi que yo me halle dispuesto á seguir nuestra conversacion, señores hidalgos, os prometo contestaros á cuanto os plazca, y entonces ya puede Dios compadecerse de los ignorantes y limitados de espiritu.

Hecha esta advertencia, nadie volvió á desplegar sus labios hasta que Sancho hubo saciado bien su apetito, de lo cual dió él mismo aviso por medio de las siguientes palabras, y despues de haber retirado su silla á algunas pulgadas de la mesa.

—Yo no abrigo pretensiones de saber mucho, señor Pedro Martir; pero no puedo menos de decir que

lo que yo he visto, lo he visto, y lo que un marino sabe, lo sabe con la misma perfeccion que un doctor de Salamanca. Principiad á preguntarme, en el nombre del cielo, y yo os contestaré tan bien como puede hacerlo un hombre pobre, pero honrado.

El entendido Pedro Martir se hallaba muy dispuesto á aprovecharse de tan buena voluntad, pues, en aquellos momentos, todos procuraban con grande afan adquirir noticias de primera mano, como solia decirse Dió principio, pues, á su interrogatorio tan sencilla y directamente como habia sido invitado:

—Y bien, señor, nosotros aspiramos á instruirnos por todos los medios posibles. Decidnos ahora por en pronto, si gustais; ¿cuál de las maravillas que habeis visto durante vuestro viaje os ha causado mayor impresion y os ha chocado como mas digna de hacerse notar?

—Nada he visto que pueda compararse á los caprichos de la estrella polar, repuso Sancho sin detenerse. Nosotros los marinos siempre hemos tenido á esta estrella por tan fija como la catedral de Sevilla, pero en el trascurso de este viaje se la ha visto cambiar de sitio con tanta inconstancia como el viento.

—Eso es á la verdad maravilloso, esclamó Pedro Mártir, que no sabia á punto fijo qué pensar de semejante novedad. ¿Pero no habrá podido haber en ello alguna mala inteligencia, señor Sancho? Quizá no seais muy práctico en la observacion de los astros.

—Preguntádselo á D. Cristóbal, con quien hice conversacion acerca del particular, cuando aquel *fernomemo,* (como él decia,) se observó por la primera vez; y de ello vinimos á deducir que nada hay estable en

este mundo, por mas que lo parezca. No lo dudeis, señor D. Pedro: la estrella polar dá vueltas como una veleta.

—He de hacer algunas preguntas al almirante respecto á ese punto. Pero, prescindiendo de los movimientos de la estrella polar, ¿qué hecho habeis observado mas digno de notarse, señor Sancho?—Yo me refiero á la marcha ordinaria de las cosas; dejemos aparte la ciencia para abordarla en distinta ocasion.

Era aquella una pregunta demasiado grave para poder contestarla de ligero, y mientras Sancho estaba reflexionando, abrióse la puerta y se presentó Luis de Bobadilla con su gracioso ademan y su magnífico vestido. Una docena de voces pronunciaron su nombre, y Pedro Mártir se levantó para recibirle amistosamente, pero al mismo tiempo con un aire como de reconvencion.

—Os he suplicado que me hicierais el honor de venir á verme, señor conde, á pesar de que hace ya algun tiempo que habeis abandonado mis lecciones y mis consejos, porque he creido que un jóven que tanto gusta de viajar se alegraria y tendria una satisfaccion en imponerse en las maravillas de una espedicion tan gloriosa como la de Colon. Este digno marino, este piloto, en quien el almirante tiene puesta toda su confianza, ha tenido la condescendencia de acceder á la invitacion que le hemos hecho de participar de nuestra pobre mesa, é iba en este momento á dar principio á la relacion de un sinnúmero de hechos é incidentes interesantes que han tenido lugar durante

tan célebre viaje.—Señor Sancho Mundo, aquí teneis á D. Luis de Bobadilla, conde de Llera, grande de España de primera clase, sugeto á quien el mar no es desconocido, pues tiene ya hechos diferentes viajes marítimos.

—Es inútil que me lo digais, señor Pedro, repuso Sancho devolviendo con equívoco respeto el saludo lleno de gracia que le habia dirigido D. Luis; lo he reconocido á la primera ojeada. S. E. ha estado en el Oriente lo mismo que D. Cristobal y yo, solo que hemos llegado allá por diferentes caminos y ninguno de nosotros ha llegado hasta el mismo Cathay. Vuestro conocimiento es un honor para mí, D. Luis, y yo me atrevo á asegurar que el noble almirante ha de poner tan en moda los viajes marítimos como no lo han estado hace muchos años. Si llegais acaso á pasar alguna vez por las cercanías de Moguer, espero confiadamente que no deis un paso mas sin acercaros á la puerta de Sancho Mundo á informaros si este se halla á la sazon en su casa.

—Os lo prometo con todo mi corazon, aunque para ello tuviese que ir hasta la *Puerta del Astillero*, contestó Luis sonriendo.

Y tomando asiento, añadió:

—No quisiera haber venido á interrumpir vuestra conversacion, señor Pedro, que creo por cierto que era sumamente interesante en el momento de mi entrada.

—He reflecciónado, señor Pedro, acerca de la pregunta que me habeis dirijido, dijo entonces Sancho, y el hecho que yo creo mas curioso, despues de los caprichos de la estrella polar, es que no hay doblones

en Cipango. El caso es que el oro es allí muy abundante, y por lo mismo me parece una cosa muy estraña que un pueblo tenga tanto oro á su disposicion sin que piense en la ceremonia de convertirlo en doblones ó en cualquiera otra moneda por el estilo.

Pedro Mártir y sus discípulos no pudieron menos de aplaudir semejante ocurrencia, y en seguida se pasó á otro punto diferente.

—Dejemos á un lado esta cuestion, que pertenece mas bien á la política de los estados que á la clase de fenómenos naturales, dijo Pedro Mártir. ¿Qué es lo que mas ha llamado vuestra atencion en lo concerniente á la naturaleza humana?

—Con respecto á eso, señor, yo creo que la isla de las mujeres puede citarse como el mas estraordinario de cuantos *fernómenos* hemos visto. Yo bien sabia que las mujeres solian encerrarse en los conventos, así como los hombres; pero jamás habia oido decir antes de mi viaje que tanto unos como otras se encerrasen en islas.

—¿Podrá ser eso cierto, señor? esclamaron una porcion de los circunstantes. ¿Es positivo que habeis visto una isla de esa especie?

—La he visto á cierta distancia, señores, y me he considerado muy dichoso en no acercarme mucho, porque yo tengo para mí que para comadres bastantes hay en Moguer, para ir á añadir ademas una isla llena de ellas. ¿Pues y el pan que brota de un árbol como si fuera una fruta? ¿Qué os pareció, Don Luis? ¿No es verdád que tiene un gusto muy sabroso?

—Me dirigís, señor Sancho, una pregunta á la cual podreis responder mejor que yo. ¿Qué puedo yo sa-

ber de las maravillas de Cipango, cuando Candía está enteramente á la parte opuesta?

—Teneis razon, ilustre conde, y os pido por ello mil perdones. El deber del que ha visto algo es referirlo, asi como el del que no lo ha visto es creerlo; con que quiere decir que cada uno de nosotros hará su deber.

—¿Y esos salvajes comen alguna otra cosa que sea tan notable como un pan? preguntó un Lacerda.

—Si por cierto, noble señor; se comen tambien unos á otros. Es verdad que ni D. Cristobal ni yo hemos sido nunca convidados á un banquete por ese estilo, pues es de suponer que ellos debian figurarse que semejante comida no seria de nuesto gusto. Pero hemos adquirido muchas noticias acerca del particular, y segun los cálculos mas aproximados que yo he formado, es de creer que el consumo de hombres en la isla de Bohia debe ser sobre poco mas ó menos al que se hace de bueyes en nuestro pais.

Al escuchar estas palabras prorumpieron casi todos en esclamaciones de horror, y Pedro Martir meneó la cabeza como quien duda de la exactitud de aquella historia: mas como él nunca habia esperado encontrar un sabio ó un filósofo en un hombre de la clase de Sancho, no por eso abandonó la conversacion.

—¿Sabeis algunos pormenores respecto de esas aves tan raras que el almirante ha presentado hoy á SS. AA.?

—Sí señor, y en particular de los papagayos. Estos pájaros tienen una grande inteligencia, y no dudo absolutamente que serian capaces de responder muy satisfactoriamente á muchas de las preguntas que se me han hecho en Barcelona.

—Observo que gastais muy buen humor, señor Sancho, y por cierto que no me disgustan vuestros chistes, dijo el sabio sonriendo. Dejaos llevar de vuestra imaginacion, y al menos divertidnos, ya que no nos instuyais.

—San Pedro sabe bien que yo haré cuanto hay que hacer en el mundo por serviros; pero es tal el cariño que profeso á la verdad, que dudo mucho si sabré adornar y componer una historia cualquiera. Lo que veo, aquello es lo que creo; y habiendo estado en las Indias, no era posible que yo hubiera cerrado los ojos ante todas aquellas maravillas. Por ejemplo, nosotros hemos atravesado un mar cubierto de yerba, milagro que no suele verse todos los dias, pues aun estoy creyendo que todos los diablos se reunieron para apilarlas con objeto impedir que llevásemos la cruz á los pobres infieles que de viven al otro lado del mar; y si al fin conseguimos cruzar aquella parte del Occeano, mas debemos agradecerlo á nuestras oraciones que á nuestras velas.

Los jóvenes dirigieron una mirada á Pedro Mártir para inquirir qué era lo que pensaba de aquella teoria, pero aquel sabio, si bien tenia una tintura de la superstición de su siglo, tampoco se hallaba dispuesto á creer cuanto á Sancho le diese la gana de afirmar, por mas que acabase de hacer un viaje á las Indias.

—Siendo así, señores, que demostrais tanta curiosidad con respecto al viage de Colon, ahora almirante de las Indías, segun el despacho que le han espedido SS. AA, voy en parte á satisfaceros, refiriéndoos cuanto ha llegado á mi noticia, dijo D. Luis con

tranquilo y digno tono. Ya sabeis que yo veia muy frecuentemente á D. Cristobal antes de su partida, y que contribuí en cuanto estuvo de mi mano para hacerle yo volver á Sta. Fé, cuando se creia generalmente que habia ya marchado para siempre. Nuestra intimidad se ha renovado desde la llegada del célebrenavegante genovés á Barcelona, y nos hemos pasadoambos una buena parte de tiempo juntos discurriendo acerca de todos los sucesos de su viage. Me hallo, pues dispuesto á referiros cuantas noticias he adquirido de ese modo, si es que vosotros os encontrais dispuestos á escucharme.

Habiéndole hecho presente todos los circunstantes el ansia que tenian de oirle, dió principio á un relato del viage, y fué poniendo de manifiesto á sus oyentes las circunstancias mas á propósito para interesarles. Los fué conduciendo de isla en isla, indicándoles sus producciones, verdaderas ó imaginarias. Una gran parte de su relacion, que duró cerca de una hora, tenia por base las equivocaciones originadas á causa de que tanto el almirante como él no comprendian bien a señas ni el idioma de los indios; él se espresó ademas con claridad, en términos elegantes, sino elocuentes, y con un aire de franqueza que no pudo menos de producir el mejor efecto. En una palabra, nuestro héroe hizo pasar el resultado de sus propias observaciones como si fuera el producto de las noticias del almirante, y mas de una vez sus descripciones, llenas de verdad y de vida, fueron interrumpidas por las esclamaciones de admiracion y de júbilo de cuantos le escuchaban. El mismo Sancho le oia con evidente satisfaccion, y cuando Luis hubó cesado de hablar, se levantó esclamando:

—Y podeis creer todo cuanto acaba de decir Don Luis, señores, como si fuera el mismo evangelio. Aunque este noble señor hubiera visto con sus propios ojos lo que nos ha referido, no hubiera podido ser mas verídico. Yo me considero muy feliz por haberle escuchado referir toda la historia del viage, pues esta será en adelante la mia, palabra por palabra. ¡Y olvídeme mi santo patron, si yo refiero otra distinta á las comadres de Moguer cuando me halle de vuelta en esa dichosa ciudad, donde yo he pasado mi infancia!

Uno de los efectos que produjo la relacion de Luis fue rebajar considerablemente la importancia que Sancho habia adquirido. Pedro Martir declaro que la manera con que el jóven señor habia dado cuenta del viage hubiera hecho honor á un sábio que hubiera tomado parte en la espedicion. Dirigiéronle algunas preguntas al antiguo marino con objeto de ver si convenia con todos los pormenores que acababan de escuchar, pero solo obtuvieron enérgicas protestas que atestiguaron la exactitud del relato.

No es fácil formarse una idea de la reputacion que valió al conde aquella simple superchería. Hallarse en disposicion de repetir con tanta precision y produciendo tanto efecto una relacion que se suponia haber salido de los lábios de Colon, era un verdadero título de gloria. Pedro Mártir, que gozaba de una reputacion de elocuente justamente adquirida, hacia por todas partes los mayores elogios de nuestro héroe, y sus jóvenes discípulos seguian su ejemplo con todo aquel afan de imitar tan propio de la juventud. Tal era el poder de la fama que habia conquistado el genovés, que se

reflejaba en parte en cualquiera que era tenido por hombre de su confianza, y en el nuevo hecho de haber juzgado el almirante al conde de Llera digno de ser el depositário de sus sentimientos, de sus opiniones y de todos los pormenores de su viaje, se olvidaron mil locuras, verdaderas ó impuestas, que se atribuian á este jóven. Por otra parte, como se veia á don Luis frecuentemente acompañado del almirante, todo el mundo le concedia cualidades de las cuales, á causa de inesplicables circunstancias, nadie se habia apercibido hasta entonces. De este modo Luis de Bobadilla consiguió sacar alguna ventaja á los ojos del público del decidido arrojo con que se habia asociado a aquella celebrada empresa; pero nada habria habido comparable á su gloria si hubiera publicado en alta voz la parte que en ella habia tomado. Hasta qué punto y de qué modo pudo serle útil aquella ventaja con respecto á Mercedes, eso es lo que vamos á saber en las siguientes páginas.

FIN DEL TOMO CUARTO.

MERCEDES DE CASTILLA.

MERCEDES DE CASTILLA,

POR

FENIMORE COOPER.

TOMO V.

Madrid.
IMPRENTA DE D. AGUSTIN ESPINOSA Y COMPAÑÍA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1843.

CAPITULO XXIX.

El dia de la pública recepcion de Colon en la corte habia sido un dia de sentimientos tumultuosos y de una sincera alegría para el alma pura é ingénua de la reina de Castilla. Ella habia sido el móvil de aquella empresa, en cuanto tuvo que ver con los medios de ejecucion, y jamás soberana alguna fué mejor recompensada por el sentimiento íntimo de los resultados que sucedieron á sus esfuerzos tan celosos como bien entendidos.

Pasada la agitacion y el tumulto de aquella jornada, Isabel se encerró en su gabinete: allí, segun tenia de costumbre en las grandes ocasiones, hincóse de rodillas para dar gracias á la divina Providencia y pedirla que la concediese la fuerza necesaria para sostener el peso de aquella nueva responsabilidad y dirigir sus pasos por el buen camino, como soberana y como cristiana. Su oracion duró algunos minutos; y despues, se hallaba sentada, con la cabeza apoyada sobre su mano y entregada á una profunda meditacion, cuando oyó llamar á la puerta. Los golpes eran apenas perceptibles, pero ella sabia muy bien que solo existia una persona en España que estuviese autori-

zada para tomarse semejante libertad. Levantóse, pues abrió la puerta, y el rey apareció en ella.

La reina conservaba aun toda su hermosura. Su talle, que era de una admirable perfeccion, no habia perdido ninguna de sus gracias. En sus dulces ojos existia aun toda su brillantez, y su graciosa sonrisa reflejaba en toda su pureza los benéficos instintos de su corazon. En una palabra, la transicion desde su juventud á la edad de esposa y de madre no habia descompuesto en lo mas mínimo su primitiva belleza. Mas en aquella noche precisamente parecia que todos los encantos de su primera juventud se habian renovado completamente. Sus mejillas estaban animadas de un santo entusiasmo, sus facciones se habian dilatado por la sublimidad de los pensamientos que ocupaban su ánimo, y en sus ojos brillaba una noble esperanza cuyo objeto era la religion. Absorto con aquella ligera mudanza, Fernando, despues de haber cerrado la puerta, se detuvo un momento para contemplarla en silencio.

—Querido Fernando, un nuevo imperio adquirido á tan poca costa ¿no es ciertamente una fabulosa recompensa para nuestros débiles esfuerzos? dijo, creyendo que las ideas del rey giraban sobre el mismo objeto que las suyas. ¡Tantas riquezas que la imaginacion no basta á concebirlas! ¡Y millones de almas que libertar de la eterna condenacion por medio de la eficacia de una gracia tan inesperada para aquellos desgraciados como nuevo ha sido para nosotros el conocimiento de su existencia!...

—¡Siempre pensando en la salvacion de las almas, Isabel! Mas tú tienes razon. Porque, ¿que es la pom-

pa y la gloria del mundo comparada con la esperanza de conseguir la salvacion y los goces celestiales? No puedo menos de confesar que Colon ha sobrepujado todas mis esperanzas, y que ha abierto á la España un porvenir tal, que la misma imaginacion no es capaz de poner límites á la idea que uno tiene concebida.

—¡Figuraos los millones de infelices indios que no cesarán durante su vida entera de bendecir el instante en que sean afiliados como subditos nuestros, y en que esperimenten el influjo y reciban los consuelos de nuestra santa Iglesia!

—Yo confio en que nuestro vecino y pariente Don Juan no, habrá de suscitarnos ningun obstáculo sobre este asunto. Estos portugueses tienen tal aficion á los descubrimientos, que no consienten que los hagan las demas potencias. Dicen tambien que mientras que nuestras caravelas han permanecido en el Tajo, se han hecho al rey de Portugal varias proposiciones tan peligrosas como injustas para nuestra nacion.

—Colon me ha asegurado, Fernando, que duda mucho que estos indios tengan creencia alguna religiósa; de suerte que con solo ponerles de manifiesto las sublimes verdades del evangelio, nuestros sacerdotes no tendrán que combatir ninguna preocupacion.

—El almirante habrá tanteado bien todo ello. El es de parecer que la isla llamada Española es casi tan grande como la Castilla, Leon y Aragon reunidos, en una palabra, que todas nuestras posesiones en la Península.

—¿Te has hecho cargo tambien de lo que nos ha referido respecto á la dulzura y bondad de sus habitan-

tes? ¿No te ha sorprendido en estremo ese aire sencillo y confiado de los que ha traido en su compañía? No será por lo tanto muy árdua empresa el enseñar á un pueblo semejante, en primer lugar, como es debido, á adorar al solo Dios verdadero, y en segundo, á amar y venerar á sus soberanos.

—La autoridad halla siempre medios de hacerse respetar, Isabel, y D. Cristóbal me ha asegurado que mil lanzas escogidas serian suficientes para someter á todas esas comarcas del Oriente. Será preciso dirigirnos sin pérdida de tiempo al Santo Padre con el objeto de que establezca entre D. Juan y nosotros límites suficientes para impedir toda querella relativa á sus intereses y á los nuestros. Ya he hablado algô de esto con el cardenal, y me ha dado á entender que tiene mucho crédito para con el Papa Alejandro.

—Yo espero que los medios de propagar la religion de la cruz no quedaran olvidados en esta negociacion; porque á mí me sirve de gran disgusto el ver á los hombres de la iglesia tratar de cosas temporales y descuidar las relativas á su divino señor.

D. Fernando miró por un instante á la reina con la mayor atencion, pero sin contestarle. Habia echado de ver que los sentimientos de ambos, como solia suceder en cuestiones de política, no estaban en la mejor armonía, y recurrió á una conversacion que rara vez dejaba de hacer descender las elevadas ideas de Isabel á consideraciones mucho mas mundanas, si en ello se empleaba alguna destreza.

—Tus hijos, Doña Isabel, habrán de recoger esa herencia, gracias al feliz resultado de nuestro último y mas célebre acto de política. Tus dominios y los mios

habrán de venir á pasar despues de nuestra muerte á un solo heredero: la proyectada alianza con Portugal quizá nos ponga en camino de un nuevo aumento de territorio: Granada ha sido ya sometida por nuestros ejércitos reunidos; y hé aquí, por último, que la Providencia nos ofrece en el Este un imperio que promete sobrepujar á cuanto ya poseemos en Europa.

—¿Mis hijos no son acaso los tuyos, Fernando? ¿Qué felicidad puede ocurrirnos á cualquiera de los dos en la cual no tome asimismo parte el otro? Yo confio en que nuestros hijos llegarán á saber con el tiempo la razon de por que han sido aumentados á nuestros dominios tan gran número de nuevos vasallos y de territorios, y que siempre permanecerán fieles al primero y al mas sagrado de todos los deberes, que es el de esparcir por todas partes la luz del evangelio á fin de que el poder de la iglesia católica venga á ser en breve universal.

—Puede, sin embargo, ser tambien muy conveniente el asegurarnos por medios humanos de las ventajas que por medios igualmente humanos nos hemo procurado.

—Sin duda alguna, Fernando, y los buenos padres deben velar por los intereses de sus hijos, tanto en este particular cemo en otro cualquiera.

Como Isabel se hallaba dispuesta á dar oidos á las sugestiones políticas del rey su esposo, pasaron ambos una hora entera discutiendo algunas medidas de importancia que importaba á su comun interés se adoptasen inmediatamente. Fernando la abrazó, por último, con el mayor cariño, y se retiró á trabajar á su gabinete, segun su costumbre, hasta que el cansancio y

molesta uno cuando es portador de buenas nuevas.

—Para ella es un deber, señora, y sería tambien un placer el ofreceros sus respetos.

—Ya lo sé yo bien, marquesa hija mia, pero es para mí sumamente satisfactorio el llevárla yo misma esta noticia, dijo la reina dirigiéndose á la puerta.— Conducidme vos, que conocereis el camino mejor que nadie. Ya veis que vamos con bien poco aparato ni ceremonia, semejantes á Colon cuando marchó á esplorar sus ignoradas mares, y llevamos á vuestra pupila noticias tan agradables como serian para los habitantes de Cipango las que el genovés conducia. Estas galerias son nuestros mares desconocidos, y estos complicados corredores las oscuras vias que debemos esplorar.

—Quiera el cielo que V. A. no haga un descubrimiento tan estraordinario como el del mismo genovés. En cuanto á mí, no sé en verdad si debo creerlo todo, ó no dar crédito á nada.

—No me maravilla vuestra sorpresa, pues ese sentimiento ha venido á generalizarse con tan señalados acontecimientos, repuso la reina, que equivocaba enteramente el sentido de las palabras de su amiga. Mas un placer bien diferente nos aguarda, que será el presenciar el júbilo que esperimentará el puro corazon de una jóven que ha sufrido sus contrariedades y que ha sabido sostenerlas como cristiana.

Doña Beatriz suspiró, mas sin responder una sola palabra. Atravesaron entonces el saloncito en que Mercedes recibia á sus amigas, y ya se dirigian á la puerta de su estancia, cuando una de sus doncellas quiso adelantarse para informar á su señora de la visita que

iba á recibir: pero Isabel, que estaba acostumbrada á usar con sus amigas la misma confianza que una madre puede tener con sus hijos, abrió la puerta sin ceremonia, y se halló en presencia de Mercedes antes que esta tuviese tiempo siquiera para salirle al encuentro.

—Hija mia, dijo la reina tomando asiento y mirando á la jóven con bondadosa sonrisa, vengo á desempeñar un solemne deber. Arrodillaos á mis pies y escuchad á vuestra soberana como podriais escuchar á una madre.

Nuestra heroina obedeció con el mayor placer, pues en aquellos momentos todo era preferible para ella á la necesidad de hablar. Cuando estuvo ya arrodillada, la reina la pasó su brazo al rededor del cuello y la atrajo hácia así con dulce violencia: en aquella actitud, el rostro de Mercedes se ocultaba casi enteramente en los pliegues del ropage de Isabel.

—Tengo motivos para estar sumamente satisfecha de vuestra exactitud en cumplir vuestras promesas y vuestro deber, hija mia, dijo la reina apenas se hubieron colocado de aquel modo, que tenia por objeto no herir la delicadeza de Mercedes, habeis guardado la palabra que me disteis, y yo vengo á anunciaros en este momento que os dejo absolutamente en libertad para que sigais vuestra inclinacion, á lo cual nada tendré que oponer. Por consiguiente, ya estais libre del compromiso que teniais con vuestra soberana, pues bien puede encomendarse la guarda de su propia honra á una doncella que ha demostrado tanta discrecion y delicadeza.

Mercedes permaneció silenciosa, si bien Isabel creyó sentir un ligero estremecimiento en todo su cuerpo.

—¿No me respondeis, hija mia? ¿Quereis mas bien confiar á otra la eleccion que ha de fijar vuestra suerte futura, que ser vos misma el árbitro de ella? Pues bien: como soberana y como colocada en el lugar de una madre, voy á daros una órden en vez de un consentimiento, y os diré en consecuencia que mi deseo y mi voluntad son que, tan pronto como lo permitan el decoro y vuestra categoría, seais la esposa de D. Luis de Bobadilla, conde de Llera.

—¡No, no, no, señora, jamás! esclamó Mercedes con voz entrecortada por la emocion, y ocultando mas y mas su rostro entre el manto de la reina.

Sorprendida de todo punto, Isabel miró á la marquesa de Moya; mas su fisonomía no espresaba ni disgusto ni resentimiento, pues conocia demasiado bien el carácter de nuestra heroina para suponer aquello un mero capricho ó un puéril disimulo tratándose un asunto enque era ella la principal interesada. El interés que se tomaba por Mercedes no le hizo esperimentar mas que una viva sensacion de sorpresa cuando la oyó espresarse tan de repente de una manera tan inesperada.

—¿Podreis decirme lo que esto significa, Beatriz? preguntó la reina. ¿Habré acaso sido causa de un pesar cuando creí solo traer la felicidad? Muy desgraciada soy á la verdad, pues parece que he herido en el corazon á esta criatura, creyendo hacerla dichosa.

—No, no, no, señora, esclamó nuevamente Mercedes abrazando con una especie de movimiento convulsivo las rodillas de la reina: V. A. no ha herido á nadie, ni siquiera ha sido esa su intencion: no, eso no es posible. Vos sois toda bondad y condescendencia.

—Beatriz, espero que vos me esplicareis todo esto.

¿Ha sucedido alguna cosa que pueda justificar esta mu danza en sus sentimientos?

—Mucho me temo, señora, que los sentimientos de mi pupila no sean ya los mismos, y que la mudanza de que hablais no exista en su corazon sencillo é inesperto, sino en el de un hombre veleidoso é inconstante.

Un rayo de indignacion partió de los ojos, comun mente tan dulces, de la reina, y toda su persona se revistió de aquel aire magestuoso que le era tan propio.

—¿Será eso cierto? esclamó. ¿Un súbdito de la corona de Castilla habrá tenido bastante atrevimiento para burlarse de su soberana, de la candidez de una jóven dulce y sencilla, y de sus deberes todos para con Dios? ¡Si ese temerario cree que ha de obrar de este modo impunemente, se equivoca en verdad! ¿Habré, pues, de imponer un castigo al que roba á su vecino una triste moneda de plata, y habré de dejar impune al que hiere en lo mas vivo el corazon de una niña inocente?—Me sorprende, por cierto, vuestra calma, marquesa hija mia, vos, que en vuestra justa indignacion acostumbrais á usar del lenguaje que conviene á un corazon leal y decidido.

—¡Ay, señora! ¡Mi querida señora, mis sentimientos se han desahogado ya, y esto es cuanto puede exigirse de la naturaleza! Además, ese jóven es hijo de mi hermano, y aunque quisiera entregarme á todo el resentimiento que merece la falta que ha cometido, la imágen de aquel querido hermano, cuyo retrato es exactamente, se presenta á mi imaginacion y la desarma de repente.

—¡Es una cosa muy estraordinaria!—¡Una criatura tan hermosa, tan noble, tan rica, tan amable por to-

dos conceptos, ser olvidada con tanta facilidad!—Podrá acaso esplicarse esto por alguna inclinacion pasaera, marquesa de Moya?

Isabel se espresaba en estos términos como reflexiojnando para sí misma; y como las personas de una clase tan elevada como la suya suelen generalmente prescindir de las consideraciones subalternas cuando esperimentan una tan fuerte emocion como aquella, se olvidó de que Mercedes la estaba oyendo. El estremecimiento convulsivo que agitó de nuevo el cuerpo todo de nuestra heroina pudo muy bien hacérselo conocer, y la reina la estrechó contra su corazon con igual ternura con que hubiera estrechado á la misma princesa doña Juana.

—¿Qué quereis, señora? dijo la marquesa con amargura: obrando como un jóven inconsiderado y sin principios, Luis ha conseguido decidir á una jóven princesa india á que abandonase su pais y su familia bajo pretesto de añadir un trofeo mas al triunfo del almirante, mas en realidad por obedecer á una aficion del momento, por satisfacer uno de esos caprichos que dejan ver á los hombres como realmente son, y hacen desgraciadas á las mujeres víctimas de sus engaños y artificios.

—¿Una princesa india decís? El almirante nos ha presentado una, pero esa es casada, y no podria nunca por ningun estilo ser la rival de Doña Mercedes de Val verde.

—¡Ah! mi querida señora, esa de que vos hablais no es absolutamente comparable con la otra. Ozema, este es el nombre de la primera india, Ozema es una criatura enteramente diferente, y sus derechos á la

hermosura son de todo punto incontestables. Si la belleza pudiese en algun modo justificar la conducta de ese jóven, seria ciertamente disculpable su falta.

—¿Cómo sabeis vos tales pormenores, Beatriz?

—Porque Luis mismo la ha conducido aquí, señora, y se halla en esa estancia contigua. Mercedes la ha recibido como una hermana, mientras que su presencia la desgarra cruelmente el corazon.

—¿Aqui decís, marquesa? Pero en ese caso no deberá existir relacion alguna criminal entre ese jóven inconsiderado y la estranjera. Vuestro sobrino no hubiera osado ofender hasta tal punto á la virtud y á l inocencia.

—Yo no quiero acusarle, señora. Lo que me encoleriza contra él sobremanera es su inconstancia, su impremeditada crueldad. Nunca he procurado inspirar a mi pupila sentimientos favorables hacia Don Luis, pues no queria yo que pudiese decir el vulgo que por mi mediacion se habia llevado á cabo un enlace tan ilustre y ventajoso para nuestra familia; pero en la actualidad deseo vivamente hacer conocer á Mercedes cuán indigna es de ella semejante matrimonio.

—¡Ah, señora! ¡ah, marquesa! murmuró Mercedes: Luis no es tan culpable. La hermosura de Ozema y la falta total que existe en mi de aquellos recursos indispensables para conservar su corazon, son las única causas de su mudanza.

—¡La hermosura de Ozema! repitió pausadamente Isabel. Beatriz, ¿esa jóven india seria acaso tan perfecta que pudiese temer vuestra pupila su competencia ó estar envidiosa de ella? Yo no creo á la verdad que exista una criatura semejante.



—V. A. no ignora lo que son los hombres; la novedad los arrastra, y la figura mas nueva es siempre la que mas suele gustarles. ¡Por Santiago, que Andrés de Cabrera me lo hizo conocer bien! Pero seria un crimen el suponer que nadie en este mundo hubiera podido dar semejante leccion á Isabel de Trastamara.

—Contened esos impulsos vivos é impetuosos en demasía, marquesa, dijo la reina dirigiendo una mirada á Mercedes, cuya cabeza permanecia aun oculta entre el manto de Isabel; cuando nuestro corazon se deja llevar de una escesiva sensibilidad, no es difícil que se estravie y desconozca la verdad. D. Andrés es un sùbdito leal, y hace la debida justicia á vuestro mérito; en cuanto al rey, no olvideis que es el padre de mis hijos y vuestro soberano. ¿Pero... podria yo ver á esa Ozema?

—No teneis mas que mandar, señora, y al punto seeis obedecida. Se halla muy cerca de aquí, y en el momento en que plazca á V. A. disponer que venga vendrá.

—No, Beatriz; puesto que ella es una princesa y esranjera en este reino, justo será que se le tengan las consideraciones debidas á su clase y á su posicion. Que vaya Doña Mercedes á prepararla para recibirme y yo iré á verla á su habitacion. Aunque es ya muy tarde, tendrá á bien dispensarme esta falta de ceremonia en atencion al deseo que tengo de serla útil en algo.

Mercedes no aguardó á que le repitiesen aquella órden; levantándose en el instante, se apresuró á cumplir los mandatos de la reina. Al quedarse solas Isabel y la marquesa permanecieron en silencio durante algunos minutos, hasta que al fin lo interrumpió la reina primera, como asi convenia á su rango.

—Me sorprende sobremanera, Beatriz, que Colon no me haya hablado de esta princesa. No debia haberse permitido entrar en España á una persona de su clase sin ningun aparato ni ceremonia.

—El almirante, considerándola sin duda como el objeto especial de las atenciones de Luis, ha dejado á mi pérfido sobrino la mision de presentarla á V. A., señora. ¿No es á la verdad inconcebible que una jóven tal como Mercedes haya podido ser suplantada instantaneamente por una criatura tan sencilla, sin bautizar, sumido su espíritu en las tinieblas, que no pertenece al gremio de la iglesia, y de cuya alma puede decirse que se halla en un contínuo peligro?

—Es menester, pues, Beatriz, que cuidemos de su alma, y ha de ser sin la menor tardanza. ¿Pero es tan hermosa esta princesa para poder ser preferida á nuestra amable Doña Mercedes?

—Si no es eso, señora, si no es eso. Los hombres son inconstantes y buscan la novedad. Ademas, el modesto recato de nuestras costumbres civilizadas tiene mucho menos atractivo para ellos que la franqueza de aquellas mujeres, que consideran las ropas con que se cubren como una cosa supérflua. No es mi ánimo manchar en lo mas mínimo la modestia de Ozema, pues, segun lo que hasta este momento he visto, la creo intachable en ese concepto; pero la ardiente imaginacion de un jóven aturdido puede encontrar en sus maneras, que respiran la libertad de la naturaleza, y en su persona, medio desnuda, un momentáneo atractivo, que de ningun modo hallaria en las maneras ni en el traje de una española de alta clase, enseñada á hacerse respetar rígidamente á sí misma y á todo su sexo

—Esto podrá ser asi por lo que hace á los hombres vulgares, Beatriz; pero no es posible que tan indignos motivos hayan podido influir en la conducta del conde de Llera. Si vuestro sobrino ha sido un inconstante, como vos suponeis, es preciso que esta princesa india sea muy superior á cuanto decis de ella.

—Vais á juzgarlo por vuestros propios ojos, señora, pues hé aqui á Mercedes que viene á advertirnos que la indiana se halla dispuesta á ser honrada con la visita de V. A.

Nuestra heroina habia preparado á Ozema para recibir á la reina. La jóven india se hallaba ya suficientemente impuesta en el idioma español para poder seguir con ella una conversacion inteligiblemente, si bien ella no podia menos de producirse de una manera algo confusa y como una mujer para quien aquel lenguage era una cosa enteramente nueva. Al momento comprendió que la que venia á visitarla era aquella adorada soberana de quien Luis y Mercedes le habian hablado varias veces con el mayor respeto. Acostumbrada á ver caciques mas poderosos que su hermano, no fué dificil hacerla comprender á la jóven india que la dama que iba á presentarse á su vista era la primera de su sexo en toda España; la única equivocacion en que incurrió Ozema fué el creer que Isabel era reina, no solo de un pais esclusivamente, sino de todo el mundo cristiano; pues para ella, Luis y Mercedes se hallaban revestidos de la dignidad real.

A pesar de que la reina estaba preparada para encontrar una jóven sumamente bella, sin embargo, su sorpresa fue grande al fijar sus miradas en Ozema;

y no era ciertamente lo mas admirable en ella su hermosura, sino aquella gracia tan natural en todos sus movimientos, la feliz y altiva espresion de su fisonomia y la completa soltura de su talle y de su cuerpo todo. Ozema habíase ya acostumbrado á llevar alguna ropa cuyo solo peso le hubiera parecido insoportable en Haiti, pues Mercedes, con la delicadeza que le era propia habia provisto á su nueva amiga de diferentes adornos que contribuian á hacer resaltar singularmente su hermosura; pero ademas de todo esto, llevaba tambien puesto á manera de banda el rico turbante que le habia regalado Luis, como que era la prenda mas preciosa que encerraba su guardaropa, y pendia asimismo de su cuello la pequeña cruz como la joya que ella mas apreciaba.

—¡Esto parece increible, Beatriz! esclamó la reina deteniéndose en un estremo de la sala, mientras que Ozema en el otro estremo se inclinaba graciosamente para saludarla. ¿Será posible que un ser dotado de tan peregrina belleza tenga un alma que no conozca á su Dios y Redentor? Sin embargo, si su espíritu no se halla iluminado, su corazon no encierra nada de malo ni de engañoso.

—Es cierto, señora. A pesar de nuestros motivos de disgusto, mi pupila y yo ya la queremos, y hasta seríamos capaces de estrecharla contra nuestro corazon; Mercedes, como una hermana, yo, como una madre.

—Princesa, dijo la reina adelantándose con ademan de tranquila dignidad hacia donde Ozema se hallaba de pié, con los ojos bajos, y el cuerpo ligeramente inclinadó; princesa, seais muy bien venida á nuestro dominios; el almirante ha mostrado todo su discerni-

miento en no colocar á una persona de vuestra clase, y á quien asisten derechos de que no debe prescindirse, con los demas individuos de vuestro pais que ha presentado á las miradas del vulgo; sí, en verdad él ha demostrado en esto su fino tacto, asi como el respecto que le merece el sagrado carácter de los soberanos.

—¡El almirante! esclamó Ozema, brillando sus ojos de inteligencia, pues hacia ya tiempo que ella habia aprendido á pronunciar el título de Colon; el almirante Mercedes, Isabel Mercedes, Luis Mercedes, señora reina.

—¿Qué quiere decir, Beatriz? ¿Por qué junta la princesa el nombre de Mercedes con el del almirante, con el mio y tambien con el del jóven conde da Llera?

—Señora, parece ser que á consecuencia de una estraña ilusion, se ha llegado á figurar que Mercedes es una palabra española que se aplica á todo lo que es perfecto y escelente, y lo une por lo tanto á todo aquello que ella quiere ensalzar sobremanera; V. A. habrá advertido que une tambien el nombre de Luis al de Mercedes, union que tan vivamente hemos deseado, pero que ha llegado á hacerse imposible de hoy mas, y que la princesa debe ser la última que lo desee.

—Sí, sí, aquí hay una estraña ilusion, dijo la reina; pero esta idea ha debido su orígen en la imaginacion de la jóven á alguna causa muy particular, pues cosas de esta especie no suelen depender de la casualidad. Ni el almirante ni nadie de su tripulacion conocia á vuestra pupila; luego vuestro sobrino ha sido el único que ha podido enseñar á la princesa á que

mire el nombre de Mercedes como una espresion de scelencia y de perfeccion.

—¡Señora! esclamó Mercedes cubriéndose de un reentino rubor y brillando sus ojos de placer. ¿Seria so posible?

—¿Y por qué no, hija mia? Nosotras podemos haer juzgado este asunto con demasiada ligereza, y tonado las señales de decision y afecto hácia vuestra persona por pruebas de inconstancia y de falsedad.

—¡Ah, señora! Pero eso no puede ser, porque sino Ozema no le amaria tanto.

—¿Y como es que sabeis, hija mia, que la princesa sperimente hacia el conde otros sentimientos que el lel reconocimiento por los cuidados de que le es deuora y por el inapreciable servicio que la ha hecho aciéndola conocer los méritos de la cruz de nuestro alvador? Aquí no puede menos de haber algun error, Beatriz.

—Mucho me temo que no le haya, señora. Por lo ue hace á la naturaleza de los sentimientos de Ozema, o es facil equivocarse; es ella demasiado candida y ncilla para que conozca lo que es disimulo. Que su orazon pertenece todo entero á D. Luis, eso lo heios penetrado desde los primeros momentos de conoerla; y ese corazon es demasiado puro para haber sido entregado sin ser buscado. El sentimiento que esperimenta la india no es solo de admiracion, es, sí el de una violenta pasion, cuyo ardor iguala al del sol que, segun dicen, se deja sentir en su pais natal.

—Señora, ¿cómo era posible que viendo frecuentemente á D. Luis en medio de circunstancias tan á propósito para poner á prueba sus guerreras cua-

lidades y teniendo tantas y tantas ocasiones de conocer su escelente corazon no le colocase sobre todos los demas hombres? preguntó Mercedes.

—¡Cualidades guerreras! ¡escelente corazon! repitió lentamente la reina. ¡Y hacer tan poco caso del mal que ha ocasionado! A ser cierto lo que suponeis, querida mia, Luis no es caballero, ni mucho menos digno de la estimacion de nuestro sexo.

—Señora, repuso vivamente Mercedes, cuya desconfianza no podia menos de ceder al deseo que abrigaba de justificar á nuestro héroe, la princesa nos ha referido la manera con que Luis la ha libertado de su mas cruel enemigo, de su perseguidor, de un tirano llamado Caonabo, soberano de una parte de su isla, y con qué denuedo ha combatido en defensa suya.

—Retiraos, hija mia, y despues de que rogueis á la santa vírgen que interceda por vos, procurad buscar en vuestra almohada la calma que solo se adquiere sometiéndose religiosamente á la voluntad de Dios. Beatriz, desearia quedarme á solas con la princesa.

La marquesa y Mercedes se retiraron, dejando á Isabel y á Ozema solas en la estancia. La entrevista que tuvo lugar en seguida duró mas de una hora, habiendo sido preciso todo este tiempo para que la reina pudiera formular su opinion con respecto á las contestaciones de la estranjera, cuyos medios de comunicacion eran todavía sumamente imperfectos. Que Ozema hubiera entregado á Luis su corazon sin reserva ni limitacion alguna, estaba fuera de toda duda para Isabel. Acostumbrada la jóven india á no ocultar ninguno de sus pensamientos, no le hubiera sido posible disimular la preferencia que dispensa-

á Luis, aunque hubiera tenido ánimo de ocultarlo; ademas de que Ozema, independientemente su franqueza natural, pensaba que su deber exigia que nada disimulase á la soberana de Luis, asi es que abrió completamente su corazon á la reina con tanta sencillez como ingenuidad.

—Princesa le dijo por fin la reina cuando ya se halló en estado de comprender las palabras de la jóven india, ahora yo he entendido vuestra relacion. Caonabo es el jefe, ó, si se quiere, rey de un país vecino del vuestro. El ha intentado casarse con vos; pero como él estaba ya casado con diferentes princesas, rehusásteis, y con mucha razon, sus ofrecimientos. Entonces trató de apoderarse de vos á la fuerza, y el conde de Llera, que á la sazon se hallaba en casa de vuestro hermano...

—¡Luis! ¡Luis! esclamó Ozema manifestando alguna impaciencia. ¡Luis!—No conde.—¡Luis! ¡Luis!

—Está bien, princesa, está bien; pero el conde de Llera y Luis de Bobadilla son una misma persona. Luís, pues, si asi lo quereis mejor, se hallaba á la sazon en vuestro palacio; combatió debidamente á ese presuntuoso cacique, que no contentándose con poseer una sola mujer, conforme á la ley de Dios, queria tener una segunda ó tercera, y habiéndole vencido por último, os condujo triunfante á vuestro palacio. Vuestro hermano entonces os aconsejó que os refugiárais en España durante cierto tiempo, y D. Luis, constituido en vuestro guia y protector, os ha colocado aquí, entregada á los cuidados de su tia.

No le costó gran trabajo á Ozema el comprender aquel discurso, puesto que giraba sobre un punto que

muchas veces habia ocupado su imaginacion, é hizo una señal con la cabeza para manifestar que estaba penetrada de la exactitud de cuanto Isabel acababa de decirla.

—Y ahora, princesa, continuó la reina, debo hablaros con toda la franqueza de una madre, porque yo considero como á hijos mios á todas las personas de vuestra clase por todo el tiempo que residen en mis estados, y tienen derecho siempre á contar con mis consejos lo mismo que con mi proteccion; respondedme: ¿amais á D. Luis lo suficiente para que consintais en olvidar vuestro país y adoptar el suyo?

—Ozema no saber que querer decir *adoptar*, respondió la jóven.

—Yo deseo saber si consentireis en ser la esposa de Luis de Bobadilla.

Mujer y marido eran dos palabras cuya significacion hacia largo tiempo conocia la jóven india. Sonrióse, pues, cándidamente, si bien cubierta de rubor, é hizo un gesto que daba á conocer que consentia en ello.

—Debo, pues, creer que vos esperais casaros con Luis, porque una doncella tan modesta como vos no confesaria tan terminantemente un sentimiento tal de preferencia, si esta esperanza no se la tuviese en su corazon como una especie de certidumbre.

—Sin duda, señora, Ozema, mujer de Luis.

—¿Vos quereis decir, princesa, que esperais casaros bien pronto con el conde, y por lo tanto ser su mujer?

—¡No, no, no! Ozema ser ya *en la actualidad* mujer de Luis. Luis marido de Ozema.

—¿Será posible? esclamó la reina mirando frente á frente á la jóven india para cerciorarse de si lo qu-

acababa de decir seria acaso una ast ucia para engañarla; mas las francas é inocentes facciones de Ozema no dejaban concebir semejante sospecha, é Isabel no pudo menos de creer cuanto le habia dicho. Mas no obstante, para adquirir una mayor certeza acerca de aquel hecho, continuó preguntándola por espacio de media hora y siempre con el mismo resultado.

Al levantarse la reina para marcharse abrazó á la princesa, pues ella calificaba á aquella hija de la agreste naturaleza como si saliese de un estado de sociedad enteramente desconocido y nuevo para los europeos; y rogó al cielo con la mayor eficacia que iluminase su espíritu y que fijase la paz futura de su corazon. Al volver á la habitacion de la marquesa encontró allí á esta fiel amiga que la aguardaba, pues Doña Beatriz no consintió en acostarse sin saber la impresion qué pudo causar á Isabel la conversacion que iba á tener con Ozema.

—Las cosas están aun peor de lo que creíamos, dijo Isabel mientras que la marquesa cerraba la puerta. Vuestro sobrino, hombre falso y sin corazon, se ha casado ya con la india, y en la actualidad es ya su legítima esposa.

—Señora, aquí debe haber alguna mala inteligencia. Ese inconsiderado jamas se hubiera atrevido a engañarme de esa manera, y mucho menos en presencia de la misma Mercedes.

—Tambien es mucho mas natural, marquesa hija mia, que él haya querido confiar á vuestros cuidados á su mujer propia que á otra persona alguna que tuviese sobre él derechos menos legítimos. Pero en esto no cabe mala inteligencia: he repetido mis preguntas á

la princesa, y no me queda la duda alguna de que se hayan casado conforme á los ritos de nuestra religion. No es á la verdad cosa muy fácil el comprender lo que dice; pero esto me lo ha repetido muchas veces y bien terminantemente.

—Pero dígame V. A., ¿puede acaso un cristiano contraer matrmonio con una mujer que no ha recibido el bautismo?

—Ciertamente que no, á los ojos de la iglesia, que en cierto modo son los ojos de Dios. Mas yo estoy casi por creer que Ozema ha recibido el santo sacramento del bautismo, pues al hablarme de su enlace con vuestro sobrino me mostraba repetidas veces la cruz que lleva al cuello.

—Señora, esa cruz era un regalo que le hizo Mercedes á mi indigno sobrino, un regalo aceptado en el mismo instante de su separacion, un símbolo sagrado que debia haberle recordado siempre la constancia y la fé que habia jurado.

—El corazon del hombre se halla espuesto á sufrir tantas variaciones cuando viaja por diferentes paises, Beatriz, que, como una consecuencia de esto, llega á no saber apreciar la confianza y la lealtad de la mujer. Por ahora bueno será que os hinqueis de rodillas y pidais al cielo os conceda la gracia necesaria para poder sostener y ayudar á vuestra pupila en tan cruel pero inevitable trance.

La reina se despidió en seguida de su amiga; adelantóse la marquesa, y tomándola una mano, estampó en ella sus labios con el mayor respeto: pero Isabel, no contenta con esta muestra de repetuosa veneracion, echó sus brazos al cuello de Doña Beatriz, y atrayén-

dola hácia sí, la dió un cariñoso beso en la frente.

—¡Adios, Beatriz, adios, mi verdadera amiga! la dijo; si la constancia ha huido de todos los demas corazones, todavía tiene un arribo en el vuestro.

Dichas estas palabras, la reina y la marquesa se separaron para irse, sino á dormir, al menos á descansar.



CAPITULO XXX.

El dia que siguió á la entrevista que hemos referido en el anterior capítulo era señalado por el cardenal Mendoza para el famoso banquete con que obsequió á Colon. Casi toda la alta nobleza de la corte estaba convidada en obsequio del almirante, el cual, aunque hubiera sido un rey, no podia haber tenido un recibimiento mas distinguido. La modesta conducta del genovés no podia menos de formar un notable contraste con los honores que á cada instante se le tributaban; y por el pronto, todo el mundo manifestaba un placer en reconocer la inmensa importancia de sus servicios y en aplaudir el éxito de aquella empresa, que seguramente escedia á cuanto de ella se habia esperado. Todas las miradas se fijaban en él, todos los oidos escuchaban con la mayor avidez cada sílaba que salia de su boca, y la voz general se alzaba para elogiarle.

En una ocasion como aquella, se esperaba con algun fundamento que Colon refiriese algunos pormenores acerca de su viage y aventuras: mas esto no era tan fácil como parecia á primera vista, pues el resultado de su relacion no podia ser otro que el demostrar

cuán superior era su prevision, su buen juicio, su habilidad y su perseverancia, con respecto al espíritu y á los conocimientos del siglo. No obstante, él procuró desempeñar aquella tarea con cierta habilidad y de un modo que le hiciese honor á si mismo, fijandose principalmente en todas aquellas circunstancias que podian contribuir á la gloria de España y al mayor engrandecimiento de las coronas de Castilla y Aragon.

Luis de Bobadilla era del número de los convidados, siendo aquel honor debido en parte á su elevada clase, y en parte á la confianza y á la particular amistad que el almirante le manifestaba tan abiertamente. Su intimidad con Colon era mas que suficiente para hacer desaparecer las impresiones poco favorables que las locuras de la juventud de Luis habian dejado en algunos ánimos, y en este particular seguian casi sin querer el ejemplo del grande hombre, sin tratar de inquirir el motivo ó el objeto de su conducta. El sentimiento íntimo de que él habia hecho lo que pocos hombres de su clase se hubieran atrevido jamas á emprender comunicaba al rostro noble y altivo de Luis un aspecto de dignidad y de elevacion que no se le habia advertido hasta entonces, y el cual le ayudaba á sostenerse en la buena opinion que habia, por todos estilos, conquistado á tan buen precio. El modo que tuvo de referir á Pedro Martin y á sus jóvenes amigos los principales sucesos de la espedicion se conservaba vivo en la memoria de aquellos, y sin saber á punto fijo por qué causa, todo el mundo principiaba á asociarle, de una manera misteriosa, á los que habian hecho el gran viaje al Oeste. Gracias á estas ac-

cidentales circunstancias, nuestro héroe obtenia en realidad no pocas preeminencias por su genio emprendedor, aunque á favor de unos medios que no podia él ciertamente preveer. Semejante resultado no tiene á la verdad nada de estraordinario, pues los hombres reciben indistintamente ya alabanzas, ya vituperios, por hechos absolutamente impremeditados, ó por otros de que son responsables con razon y con justicia.

—Brindo á la salud del señor almirante, de SS AA. en el Occéano de las Indias, esclamó Luis de Santo Angel levantando su vaso para que lo percibiesen todos los convidados. La España toda le es deudora de un completo reconocimiento por la empresa mas arriesgada y mas útil que se ha concebido y llevado á cabo en el presente siglo, y ningun súbdito leal de nuestros soberanos debe titubear un solo instante en tributarle el honor que merecen sus servicios.

Hízose este brindis, y las modestas espresiones de agradecimiento de Colon fueron escuchadas con un respetuoso silencio.

—Señor cardenal, dijo el recaudador general de rentas eclesiásticas, que no se mordia la lengua, yo considero la carga de almas de la iglesia como duplicada por efecto de estos descubrimientos, y aun creo que el número de las que se salven de la eterna condenacion á favor de los medios que bien pronto van a emplearse para iluminarlas, no será lo que menos contribuya á la gloria de esta espedicion, y esta será una cosa que en Roma no podrán echar en olvido.

—Teneis razon, Santo Angel, repuso el cardenal, y el Santo Padre no deberá olvidar ciertamente al

que ha venido á ser el instrumento de la voluntad de Dios ni á los que han cooperado á obra tan grandiosa. La ciencia tuvo su orígen en el Este, y nosotros aguardábamos el tiempo en que, purificada por medio de la revelacion y de la elevada mision que hemos recibido directamente de aquel de quien dimana todo poder, volviese á encaminarse hácia los mismos lugares de su nacimiento; mas al presente vemos que podrá dirigirse por el Oeste y que llegará al Asia por una via que, hasta que ha sido hecho este admirable descubrimiento, habia estado oculta á los ojos de los hombres.

Si bien en aquel banquete parecia reinar la mas completa unanimidad de sentimientos, como el corazon del hombre en todas partes es el mismo, la envidia, la mas indigna y quizá la mas generalizada de nuestras pasiones, devoraba á mas de un convidado. Las palabras del cardenal dieron lugar á que tan vil sentimiento, (que, á no mediar aquellas, quizá se hubiera sofocado por el momento) manifestase su desastrosa influencia. Entre los convidados se hallaba un señor llamado Juan de Orbitello, el cual no pudo guardar silencio por mas tiempo al escuchar los elogios que prodigaban á Colon aquellos mismos á quienes él estaba acostumbrado á mirar como árbitros de la fama.

—¿Y será posible, señor, dijo dirigiéndose al cardenal, que Dios no hubiera echado mano de otros medios para lograr este objeto si D. Cristóbal hubiera casualmente fracasado en su empresa? ¿O debemos considerar este viage como el único medio posible para salvar á todos esos infieles de la perdicion?

—Nadie, señor, repuso el cardenal con grave tono, puede abrigar la presuncion de señalar límites al poder divino, y no corresponde por cierto á los hombres tratar de averiguar los medios que Dios emplea para ello, ó dudar de la facultad que tiene para crearse los que le convengan, segun su eterna sabiduria; y un lego, mucho menos que otro alguno, no debe cuestionar acerca de aquellas que han recibido la sancion de la iglesia.

—Convengo en ello, señor cardenal, contestó Orbitello un tanto desconcertado, y aun picado de la implícita reprension que parecia envuelta en la respuesta del cardenal; y no era por cierto esa mi intencion. Pero vos, señor D. Cristobal, ¿os considerais acaso como un agente del cielo al haber dado feliz cima á esta espedicion?

—Yo me he tenido siempre como un instrumento harto indigno elegido por el cielo para llevar á efecto tan grande obra, señor, repuso el almirante con grave y solemne aspecto, capaz de imponer por sí solo á todos los circunstantes. Desde un principio ya me sentia impulsado por un móvil sobrehumano, y yo espero humildemente que el cielo no ha de haber quedado disgustado del agente de que se ha servido.

—¿Pero podreis acaso imaginaros, señor almirante, que la España no hubiera podido producir un hombre tan á propósito como vos para llevar á cabo esta empresa en el caso de que algun accidente imprevisto hubiera entorpecido vuestra marcha ó impedido el éxito feliz que habeis alcanzado?

Esta singular y osada pregunta puso fin á todas las conversaciones, y cuantos se hallaban presentes pro-

curaban alargar un poco mas el cuello para no perder la respuesta del almirante. Colon permanecia en silencio por espacio de un minuto, y estendiendo en seguida su brazo tomó un huevo de los que habia sobre la mesa, y enseñándolo á todos los convidados, dijo con dulce acento, mas sin abandonar su imponente gravedad:

—¿Habrá alguno, señores, entre vosotros que se considere con habilidad para hacer tener derecho este huevo sobre uno de sus estremos? Si acaso lo hubiese, yo le invito á que nos dé esta prueba de su ingenio.

Semejante proposicion sorprendió sobremanera á todos los circunstantes. Una porcion de personas, en medio de la mayor risa y algazara, quisieron hacer alarde de su destreza; mas de un jóven señor creyó ya salirse con su intento, mas apenas su mano abandonaba el huevo, iba este rodando por la mesa, como si se burlase de su torpeza.

—Por san Lucas, señor almirante, esclamó Juan de Orbitello, vuestra exigencia escede con mucho de nuestros alcances. El mismo conde de Llera, que tantos moros ha matado y que hizo saltar del arzon á Alonso de Ojeda, no sabe ya que hacer con ese huevo.

—Y sin embargo de eso, tanto á él como á vos mismo, señor, no podrá menos de pareceros una cosa muy sencilla cuando sepais como se hace.

Dichas estas palabras, tomó Colon el huevo, y dando un ligero golpe sobre la mesa con uno de sus estremos, su parte inferior al aplastarse formó una especie de base por medio de la cual el huevo se mantuvo derecho. Un sinnúmero de aplausos acompañó á aquel tácito sarcas-

mó, y el señor Orbitello, completamente abochornado, volvió á entregarse al silencio, del cual le hubiera convenido mas no salir nunca. En aquel mismo instante un page de la reina vino á decir algunas palabras al almirante, dirigiéndose hácia donde estaba D. Luis de Bobadilla.

—Me envia á llamar la reina, señor cardenal, y espero, por lo tanto, que vuestra eminencia me dispensará que me retire. Segun el mensage, se trata sin duda de algun negocio de importancia; escusadme, pues, si me veo obligado á abandonaros tan pronto.

El cardenal le contestó en los términos que aconseja la política, y todos los convidados se levantaron para saludar al almirante hasta que hubo desaparecido de la estancia. Apenas habia salido, cuando se le reunió el conde de Llera.

—¿A donde vais tan precipitado, D. Luis? preguntó Colon. ¿Qué causa os obliga á abandonar un banquete como no se ha visto otro semejante, á no ser en los palacios de los reyes?

—¡Por Santiago! Ni tampoco en los palacios, señor, si hemos de juzgar por el del rey Fernando, contestó Luis maliciosamente. Pero es el caso que he tenido que dejar el banquete á fin de obedecer á Doña Isabel, que acaba de comunicarme una órden para que inmediatamente me presente á ella.

—En ese caso, señor conde, iremos juntos, puesto que llevamos un mismo rumbo. A mí tambien se me acaba de citar para el cuarto de la reina.

—Mucho me regocijo de saberlo, señor, pues solo tengo noticia de un objeto para el cual podamos ser llamados á un mismo tiempo. Sin duda alguna se trata de

mi enlace con Doña Mercedes, y tratarán de que vos deis un testimonio de que os he acompañado durante todo el tiempo de vuestro viaje.

—Mi tiempo y mi imaginacion han estado tan ocupados desde nuestro regreso con los negocios públicos, Luis, que ni siquiera me he acordado de hablaros acerca de ese particular. ¿Cómo está Doña Mercedes de Valverde y cuándo se digna recompensar vuestro amor y vuestra constancia?

—Quisiera, señor, poder contestaros á la última de vuestras preguntas con entera certidumbre, y á la primera con mas satisfaccion por mi parte. Desde mi regreso solo una vez he visto á Doña Mercedes, y si bien ella me ha parecido tan dulce y franca como siempre, mi tia ha respondido friamente y con escusas al exigirle yo que no difiriese mas nuestra dicha. Parece ser que quieren consultar á S. A., y como el ruido causado por el éxito de vuestro viaje ha distraido á la reina hasta tal punto, no ha tenido lugar de ocuparse de cosas tan insignificantes y de tan escasa importancia como las que tienen por objeto poner el sello á la dicha de un soldado tan decidido como yo.

—Es muy probable, en efecto, Luis, que ambos hayamos sido llamados con ese fin; ¿pues para qué otro asunto podemos ser llamados ambos á un tiempo mismo y de un modo tan súbito y poco acostumbrado?

A nuestro héroe no le disgustaba el hacerse el mismo cargo, asi es que penetró en las habitaciones de la reina con ligero paso y el rostro radiante de alegria, como si fuese decidido á hacer la córte á su amante. El almirante del Occéano de las Indias, como llamaban entonces á Colon, no tuvo que aguardar largo tiempo

en la antecámara, pues trascurridos apenas algunos minutos, fué admitido, asi como su compañero, á la presencia de la reina.

Isabel los recibió en audiencia completamente privada, pues solo estaban á su lado la marquesa de Moya, Mercedes y Ozema. A primera vista conocieron Luis y Colon que las cosas no estaban tan bien dispuestas como se esperaban, porque la fisonomía de cada una de aquellas damas aparentaba disfrutar de una fingida calma. Verdad es que el aspecto de la reina aparecia tranquilo y lleno de dignidad, pero sus mejillas estaban encendidas, su frente pensativa, y su mirada melancólica. El pesar y la indignacion se veian pintados á un mismo tiempo en el rostro de Doña Beatriz, y Luis observó con sentimiento que procuraba apartar de él sus miradas, segun tenia de costumbre cuando se hallaba disgustada con su sobrino. Los labios de Mercedes estaban pálidos como la muerte, si bien una pequeña tinta encarnada coloreaba algun tanto sus mejillas; tenia los ojos bajos, y su aspecto era tímido y humilde. Solo Ozema conservaba su situacion ordinaria; mas sin embargo, tambien su mirada aparecia inquieta y desasosegada. Un rayo de alegria brilló en sus ojos, y no pudo contener una leve esclamacion de placer al ver entrar á Luis, á quien tan solo una vez habia visto desde su llegada á Barcelona, ó lo que es lo mismo, desde cerca de un mes.

Isabel se adelantó uno ó dos pasos para recibir al almirante, y cuando este trató de hincar ante ella sus rodillas, se lo impidió dándole á besar su mano y diciéndole:

—No, señor almirante, no. Semejante género de ho-



menaje no corresponde ni á vuestra elevada clase ni á los eminentes servicios que nos habeis hecho. Si somos vuestros soberanos, tambien somos vuestros amigos. Solo temo que el señor cardenal no me podrá perdonar tan fácilmente el haberle privado de vuestra compañía antes de lo que probablemente se esperaria.

—Su enminencia y toda su sociedad, señora, tienen entre ellos con qué pasar el tiempo, repuso Colon sonriendo aunque sin apartarse mucho de su habitual gravedad, y en este momento sentirán menos mi ausencia que en otro cualquiera. Mas aunque así no fuese, tanto este jóven conde como yo estariamos siempre dispuestos á abandonar un banquete mas brillante todavia para ponernos á las órdenes de V. A.

—No lo dudo, señor; pero esta noche he deseado veros para un asunto de interés privado, mas bien que público. Doña Beatriz, que se halla presente, me ha hecho saber la presencia en la córte y la historia de esta hermosa criatura, que dá una idea tan elevada de vuestros vastos descubrimientos, y que me sorprende se la haya tenido oculta un solo momento. ¿Sabeis vos, D. Cristobal, á qué clase pertenece y las circunstancias que la han conducido á España?

—Si, señora, las sé, en parte por mis propias observaciones, y en parte por lo que me ha referido don Luis de Bobadilla. Considero la clase á que pertenece Doña Ozema, como inferior á la dignidad real y como superior á la nobleza, si es posible que nos creemos en nuestra imaginacion una condicion intermedia entre aquellas dos. De todos modos, es preciso tener muy presente que la isla de Haiti no es Castilla, que la una

está sumida en las tinieblas del paganismo y la otra se halla iluminada con las luces de la iglesia y de la civilizacion.

—Sin embargo, D. Cristobal, una categoría es siempre una categoría, y los derechos que se adquieren al nacer no deben menoscabarse en nada por causa de una traslacion de un pais á otro.—Aunque el jefe de la iglesia ha tenido ya á bien (y lo seguirá teniendo aun mas en lo sucesivo,) concedernos ciertos derechos, como príncipes cristianos, sobre esos caciques de las indias, no hay nada de nuevo ni inusitado en este hecho. Las relaciones entre un señor feudal y sus vasallos son ya antiguas y bien establecidas, y un gran número de ejemplos acreditan que ciertos monarcas han estado en posesion de alguna parte de sus dominios á título de vasallos, al paso que las demas partes solo de Dios le habian venido. Bajo este punto de vista, yo considero á esta jóven india como algo mas que noble, y he dado mis órdenes para que sea tratada como tal. Solo os resta ahora darme cuenta de las circunstancias á favor de las cuales la vemos en España.

—D. Luis podria acaso informaros mejor que yo, señora, puesto que las sabe perfectamente.

—Yo desearia saberlas de vuestra propia boca, señor. Conozco ya la historia del conde de Llera.

Colon pareció sorprendido y pesaroso, pero no titubeó en obedecer á la reina.

—Existen en Haiti, señora, príncipes ó caciques de primera y segunda categoría. Estos últimos rinden á los primeros una especie de homenage, y les deben cierto apoyo en sus tribulaciones...

—Ya veis, marquesa hija mia, que este es el órden



natural de todo gobierno, y que lo mismo se acostumbra á hacer en el Oriente que en Occidente.

—Guacanagari, del cual he hablado ya á V. A., es uno de los caciques de primera categoria, y Mattinao, hermano de esta jóven india, lo es de segunda. Don Luis fué á visitar á su territorio al cacique Mattinao, y se hallaba en su compañía cuando tuvo lugar una incursion que intentó hacer Caonabo, célebre jefe canaibo, que pretendia á Ozema por esposa. El conde de Llera se condujo como un valiente caballero castellano derrotó al enemigo, y trajo á Ozema como en triunfo á bordo de nuestros buques. Allí se decidió traerla á España, asi para dar mayor lustre al triunfo de ambas coronas, como para ponerla al abrigo, durante cierto tiempo, de las tentativas de Caonabo, que es un jefe muy poderoso y demasiado aguerrido para que la tranquila y pacífica tribu de Mattinao pudiese oponérsele.

—Perfectamente, señor Colon; eso mismo es lo que habia oido yo contar. ¿Mas por qué razon Ozema no formaba parte de vuestro séquito cuando se verificó vuestro recibimiento?

—D. Luis lo quiso así, señora, y yo le permití que marchase de Palos antes que yo, conduciendo á la jóven princesa india, para reunirme con ellos en Barcelona. Puestos aquí yá, pensamos tanto D. Luis como yo que Doña Ozema era muy superior en clase y circunstancias al resto de sus compañeras y compañeros para ofrecerla como un espectaculo á los ojos del vulgo.

—Al menos en esta idea habia delicadeza, ya que no prudencia, dijo la reina secamente. Y siendo asi

¿habrá estado Ozema confiada á los solos cuidados de conde de Llera por espacio de algunas semanas?

—Asi me lo presumo, señora, sino es que lo haya estado bajo la proteccion de la marquesa de Moya.

—¿Pero acaso era esto obrar prudentemente, Don Cristobal? Un hombre de vuestra esperiencia no debió nunca prestar su beneplácito para ello.

—¡Señora! esclamó Luis no pudiendo ya contener por mas tiempo su emocion.

—Silencio, jóven, dijo la reina. Ahora os preguntaré á vos, y necesitareis sin duda todo vuestro talento para contestarme convenientemente. Señor almirante, ¿vuestro buen juicio no se resiente de haber cometido alguna indiscrecion en el asunto que nos ocupa?

—Señora, esa pregunta es tan sumamente desconocida para mí, como la razon que os asiste para dirigírmela. Yo tengo la mayor confianza en el pundonor del conde, y ademas, sabia que desde largo tiempo tenia entregado su corazon á la jóven mas bella y mas digna de respeto de toda España; por otro lado, mi ánimo estaba de tal modo ocupado con los grandes intereses de V. A., que ni aun tiempo me quedaba siquiera para pensar en cosas que solo tenian á mis ojos una importancia secundaria.

—Lo creo, señor Colon, y acepto vuestras disculpas. Mas sin embargo, para un hombre tan esperimentado como vos, fué cometer una grande imprudencia elfiarse de ese modo en la fidelidad del corazon de un jóven tan ligero como inconstante.—Y ahora, conde de Llera tengo que dirigiros varias preguntas, á lascuales tal vez no os sea muy fácil el contestar. ¿Admitis que todo cuanto hasta este momento se ha dicho aquí sea cierto?

—Si, en verdad, señora. D. Cristóbal no puede tener motivo alguno para desfigurar su relato, dando por supuesto que fuese capaz de cometer una bajeza por el estilo. Me jacto tambien de que mi familia no ha sido citada jamas en España por haber surtido al mundo de caballeros pérfidos y desleales.

—Estoy enteramente conforme con vos en ese particular. Si vuestra familia ha tenido la desgracia de producir un corazon falso y traidor, ha tenido tambien la gloria, dijo la reina dirigiendo una mirada á Doña Beatriz, de haber producido otros que pueden rivalizar en constancia con los mas celebrados de la antiguedad. El esplendor de la casa de los Bobadillas no estriba tan solo en el que actualmente es su jefe. Escuchadme, pues, señor conde, y no despegueis vuestros labios sino para contestar á mi interrogatorio.—¿Vuestros pensamientos no están fijos en el matrimonio desde algun tiempo á esta parte?

—Convengo en ello, señora: ¿pero es acaso un delito el pensar en aquello que es la honrosa consecuencia de un amor que data de largo tiempo, de un amor que yo esperaba ver bien pronto coronado con vuestra aprobacion?

—¡Hé aquí lo que yo me sospechaba, Beatriz! esclamó Isabel; esta criatura tan amable, aunque todavia sumida en las tinieblas, ha sido vilmente engañada con un fingido matrimonio, porque no hay súbdito alguno de la corona de Castilla que se atreviese á hablar de ese modo en mi presencia si le ligasen á otra mujer cualesquiera vínculos tan sagrados. El hombre mas pérfido y relajado de toda España no osaria habérselas con la iglesia y con el trono en este particular.

—Señora, esclamó Luis, V. A. se espresa en términos bien duros para mí, si bien todo lo que oigo es un enigma. ¿Me será permitido preguntar si es á mí á quien van dirigidas tan severas advertencias?

—¿De qué otro podríamos hablar? ¿A quién habíamos de aludir? Vuestra conciencia debe haceros conocer toda la justicia de nuestras reprensiones, jóven perverso, y sin embargo, os atreveis á presentaros ante vuestra soberana y ante esta angelical doncella de Castilla levantando vuestra atrevida frente, como si fuese posible que en ella volviesen á verse pintadas el candor y la inocencia.

—Senora, yo no soy un ángel, pero estoy pronto á reconocer á Mercedes por una criatura angelical; tampoco soy un santo dotado de una perfecta pureza; en una palabra, no soy mas que Luis de Bobadilla; pero tan lejos me hallo de ser acreedor á semejantes reconvenciones, como de merecer la corona de mártir. Dispensadme el que os pregunte con la mayor humildad de qué delito se me acusa.

—Se os acusa, ó de haber engañado con un fingido matrimonio á esta inocente y cándida princesa india, ó de haber insultado á vuestra soberana hablándola de los deseos que abrigabais de enlazaros á una noble y rica heredera castellana, cuando vuestra fé se halla ya ligada á otra persona por medio de votos legítimos, pronunciados al pié de los altares. Vos sabreis á punto fijo de cual de los dos crímines sois culpable.

—¿Y vos, tia mia, y vos, Mercedes, me creeis tambien culpable del delito que se me imputa?

—Temo que todo sea demasiado cierto, contestó friamente la marquesa. Las pruebas son tan claras y con-

vincentes, que hasta un sarraceno no podria negarse á creerlas.

—¿Y vos, Mercedes?

—No, Luis, repuso la generosa castellana con un calor tal y una sensibilidad que dieron por tierra con todos los diques de la reserva y de la timidez, os creo tan incapaz de accion tan baja, como de otra cualquiera de la misma especie. Solo me figuro que os habreis dejado arrastrar de la ligereza de vuestras inclinaciones. Conozco demasiado bien vuestro corazon y vuestro honor, para suponer en vos nada mas que cierta fragilidad, á la cual no debisteis ceder siempre que hubiera estado en vuestra mano dominarla.

—¡Bendito sea Dios y su santa madre! esclamó Luis, que apenas se atrevió á respirar mientras Mercedes se espresaba en aquellos términos. Todo soy capaz de arrostrarlo, escepto la idea de que vos me creais capaz de cometer una bajeza.

—Es preciso que terminemos este asunto, Beatriz, dijo la reina, y no veo medio mas á propósito para ello que proceder á la prueba de los hechos. Acercaos, Ozema, y que vuestro testimonio venga por fin á poner término á este negocio.

La jóven india comprendia el español mucho mejor que lo hablaba, y sin embargo, no habia entendido casi nada de lo que allí acababa de decirse. Obedeció en el momento á la órden de la reina, sintiéndose su alma toda conmovida por efecto de la escena que tenia lugar en su presencia, mientras que su espíritu se esforzaba vanamente por adquirir una inteligencia perfecta. Mercedes solamente habia parado su atencion en la espresion del rostro de la jóven india en el momen-

to en que Isabel reconvenia severamente á Luis y en que este protestaba de su inocencia: ella no pudo menos de convencerse entonces del interés que nuestro héroe inspiraba á Ozema.

—Ozema, dijo la reina hablando con lentitud y como midiendo sus palabras, á fin de que la estranjera pudiera comprenderla y seguir el hilo de su discurso; Ozema, decidme: ¿sois la esposa de Luis de Bobadilla, ó no lo sois?

—Ozema, mujer de Luis, repuso la india sonriendo y ruborizándose; Luis marido de Ozema.

—Esta respuesta es tan clara como de sus mismas palabras puede inferirse, D. Cristóbal, y esto mismo es lo que la princesa ha respondido repetidas veces á mis reiteradas preguntas. ¿Cuándo y cómo os habeis casado con Luis, Ozema?

—Luis, casado Ozema con religion, religion de España, Ozema casada Luis con amor y deber á la manera de Haiti.

—Esto es sumamente estraordinario, señora, y yo desearia hacerla por mí mismo algunas preguntas sobre el particular, si V. A. me otorga su permiso.

—Haced lo que gusteis, señor Colon, respondió Isabel con frialdad. Por mi parte estoy completamente convencida, y mi justicia exije que dicte mi determinacion sin mas tardanza.

—Conde de Llera, dijo el almirante con grave tono: ¿convenís ó negais ser el esposo de Doña Ozema?

—Lo niego rotundamente, señor almirante. Yo no estoy casado con ella, ni jamás he pensado en contraer enlace alguno con otra mujer que con Doña Mercedes.



Luis dió esta contestacion con un acento firme y decidido, y con aquel aire de franqueza y de sinceridad que formaba el mas bello encanto de sus maneras.

—¿Pero le habeis dado con vuestra conducta ó por medio de alguna indiscrecion el derecho de creer que teníais la idea de casaros con ella?

—Jamás. No hubiera podido tratar á mi propia hermana con un respeto mayor que el que siempre he tributado á Ozema, y esto se prueba con el hecho de que tan pronto como me ha sido posible la he colocado bajo la proteccion de mi tia y en compañía de Doña Mercedes.

—Esto me parece muy puesto en razon, señora. Un hombre profesa siempre demasiado respeto hácia la virtud de vuestro sexo para atreverse á ofenderla, n· aun con sus ligerezas.

—En oposicion á todas estas protestas, señor almirante, y á todas estas bellas ideas de virtud, tenemos la declaracion clara y terminante de una jóven que no sabe lo que es engañar, que es demasiado ingénua y sencilla para tratar de hacerlo con nosotros, y que pertenece á una clase de la cual seria indigno un proceder semejante.—Beatriz, vos sois de la misma opinion que yo, y no podeis hallar disculpa alguna para este falso caballero, por mas que en otro tiempo haya sido el orgullo de vuestra familia.

—Yo no sé que deciros, señora: cualesquiera que hayan sido las faltas y fragilidades de D. Luis, (y solo Dios sabe cuantas ha cometido) jamás ha faltado al honor ni ultrajado á la verdad. He atribuido ademas la manera con que ha confiado la princesa á mis cuidados, á los impulsos de mi corazon, que no aspiraba

á ocultar los errores de su cabeza y á la esperanza de que su permanencia entre mi familia me daria á conócer mas brevemente la verdad. Yo desearia que se dirigieran aun algunas preguntas á Doña Ozema á fin de asegurarnos bien de que no se halla ofuscada por algun estraño error.

—Esto es muy justo, respondió Isabel, cuyo deseo de ser justa la impelia en todas ocasiones á hacer un detenido exámen de todos aquellos asuntos en los cuales debia fallar. La suerte de un grande de España depende del resultado de esta informacion, y es muy justo concederle todos los medios posibles de justificarse, si es que puede, de una tan grave ofensa. Conde de Llera, podeis dirigir á la princesa, en presencia nuestra, cuantas preguntas juzgueis conveniente hacerla.

—Señora, seria impropio de un caballero entrar en la lid contra una dama, y sobretodo, contra una dama que se halla en la posicion de esta estranjera, repuso Luis con orgullo y ruborizándose, porque él preveia que Ozema no se hallaria dispuesta á ocultar su predileccion hácia él. Si creis necesario que se la dirijan nuevas preguntas, esa es comision que seria mejor desempeñada por cualquiera otro que por mí.

—Puesto que yo soy la que deberia desempeñar el penoso deber de imponer el castigo, dijo la reina con tranquilo acento, yo me encargaré tambien de esta desagradable tarea. Señor almirante, nosotros no debemos tratar de sustraernos á ninguna de las obligaciones que nos ponen en contacto con el mas sublime de los atributos de Dios: la justicia. Princesa, habeis dicho que D. Luis es vuestro marido, y que vos

os considerais como su esposa. ¿Cuándo y en qué lugar habeis comparecido ante un sacerdote?

Eran tantas las tentativas hechas para convertir á Ozema al cristianismo, que ella comprendia ya mejor las espresiones usuales del lenguaje religioso que lo demas del idioma español, si bien solo presentaban aquellas á su imaginacion un cuadro confuso de obligaciones imaginarias y de ideas místicas. Como suele suceder á todas las personas que se hallan poco familiarizadas con las abstracciones, su piedad se sujetaba mas á las formas que á los principios, y se hallaba mas dispuesta á admitir la importancia de las ceremonias religiosas que la necesidad de la fé. Impúsose, pues, de la pregunta de la reina, y contestó á ella ingenuamente y sin el menor deseo de ocultar la verdad.

—Luis casado Ozema con cruz de cristianos, dijo oprimiendo contra su corazon el santo emblema de la redencion que el jóven español le habia dado en momentos de gran peligro, como ya sabe el lector. Luis pensar él hasta morir. Ozema pensar ella hasta morir; los dos querido morir juntos marido y mujer. Luis casado con cruz como buen cristiano de España. Ozema casada Luis con su corazon, como buena haitiana en su país.

—Aquí hay alguna equivocacion, dijo el almirante, alguna sensible equivocacion motivada por la diferencia de las lenguas y de las costumbres. D. Luis no es culpable de la ilusion que se hace esta jóven india. Yo le he visto entregarla esta cruz; fué en alta mar, durante una tempestad, y yo formé por ello una favorable idea del celo del conde por la salvacion de un alma sumida en las tinieblas. En aquellos momentos

no pudo tratarse de matrimonio, y solo una mujer estraña á nuestras costumbres podia ver en esto otra cosa que no fuese la entrega de un símbolo de religion, para que pudiese ser de alguna utilidad á una criatura que jamás habia sido purificada con el agua del bautismo ni asistido á los oficios divinos.

—¿D. Luis, confirmais la precedente relacion? ¿Asegurais que el donativo de esta cruz solo lo hicisteis con aquella intencion? preguntó la reina.

—Esa es la pura verdad, señora. Nos hallábamos luchando con la muerte, y yo conocí que esta pobre infiel, que se habia puesto bajo mi proteccion, necesitaba alguna clase de consuelo: no hallé otro en aquellos momentos que este recuerdo de nuestro divino Redentor y de nuestra propia redencion. Me pareció, pues, que á falta de bautismo este seria el mejor preservativo para su alma.

—No os habeis presentado jamás con ella ante un sacerdote? ¿No habeis abusado en manera alguna de su inocencia y de su sencillez?

—No es propio de mi carácter el engañar á nadie, señora, y en prueba de ello voy á revelaros todas las faltas de que yo he podido ser culpable en mis relaciones con Ozema. La hermosura y sus seductoras maneras, su semejanza con Doña Mercedes, dicen lo suficiente por sí mismas. Esta semejanza me previno fuertemente en su favor, y si mi corazon no hubiera pertenecido á otra por completo, me hubiera envanecido en hacerla mi esposa. Pero yo no podia pensar en eso ni un solo instante, á pesar de que ¡esa estremada semejanza me llevó á hacer comparaciones que solo podian ser favorables á una mujer criada en la igno-

rancia de la verdadera religion. Que Ozema me llegó á inspirar alguna ternura, debo confesarlo; pero que jamás haya llegado el caso de pensar suplantarla á Mercedes en mi corazon, lo niego y lo negaré á la faz del mundo. Si alguna falta tengo que echarme en cara con respecto á Ozema, es el no haber sido capaz en todas ocasiones de ocultar los sentimientos que me inspiraba su ingénua sencillez y sobre todo su semejanza con Mercedes. Por lo demás, yo jamas la he faltado ni de obra ni de palabra.

—Semejante lenguage me parece hijo de la rectitud y de la verdad, Beatriz. Pero vos, que conoceis mejor al conde, ¿podreis decirnos hasta qué punto debemos dar crédito á sus esplicaciones?

—Yo respondo con mi vida de que él dice verdad, mi querida señora. Luis no es hipócrita, y yo me regocijo (¡oh! sí, me regocijo) al verle de tal modo dispuesto á justificar su conducta. Ozema, que habia oido hablar de las fórmulas de nuestros matrimonios y que ha visto la devocion que la cruz nos inspira, se ha equivocado acerca de su propia posicion, así como tambien se equivocó respecto á los sentimientos de Luis: ella se habia creido ser su esposa, pero una doncella cristiana jamás hubiera podido incurrir en tan sensible error.

—Todo esto presenta ciertamente una apariencia de probabilidad, dijo la reina; mas sin olvidarse de las consideraciones debidas á la delicadeza, por no decir á los derechos de su sexo, añadió:

—Sin embargo, este negocio afecta al pundonor de una dama, de una princesa, debemos decir, y no puede ser tratado sin alguna reserva. Conviene que las espli-

caciones sucesivas tengan lugar entre damas esclusivamente; señores, yo confío en vuestro propio honor que jamas volverá á hablarse de lo que ha pasado aquí, para que nunca venga á ser un objeto de conversacion para los hombres en medio de sus placeres. Yo acojo, ademas, desde aqui en adelante á Doña Ozema bajo mi proteccion. En cuanto á vos, conde de Llera, mañana sabreis cuál es mi decision respecto á vôs y á Doña Mercedes.

Isabel pronunció aquellas palabras con el tono de dignidad propio, no solo de una dama, sino de una reina. Nadie replicó una sola palabra. Colon y don Luis, despues de hacer las reverencias de costumbre, se retiraron.

La reina no se separó de Ozema hasta hora muy avanzada. Las escenas que tenemos aun que referir podrán dar una idea al lector de lo que pasó en aquella entrevista.



CAPITULO XXXI.

Apenas Isabel se vió á solas con Ozema y con Mercedes, pues la reina queria que la jóven castellana presenciase aquella esplicacion, entabló la cuestion del matrimonio con toda la delicadeza propia de un alma sensible, pero con una verdad que hacia imposible cualquier error. El resultado de sus observaciones le dió á conocer perfectamente cuán engañada habia vivido la pobre jóven india: dotada de un alma ardiente, llena de franqueza y acostumbrada á ser tenida por un objeto de la general admiracion entre su pueblo, Ozema habia llegado á imaginarse que Luis sentia hácia ella la misma pasion que él la habia inspirado.

En su primera entrevista, con aquel instinto delicado que distingue á su sexo, conoció que Luis la miraba con admiracion, y como ella se dejaba llevar sin reserva alguna de su inclinacion, el frecuente trato que tuvo con él debió necesariamente contribuir á hacerla creer que era correspondida. Cada uno de ellos ignoraba el idioma del otro; por consiguiente, no podian comprenderse sino por medio de gestos y ademanes, y este mismo lenguage dió nuevo pábulo á su engaño.

Debe recordarse tambien que si la constancia de Luis se contuvo firme, no por eso dejó de sufrir una dura prueba. La equivocada significacion que dió Ozema al nombre de Mercedes contribuyó tambien en gran parte á sostener una ilusion que los delicados cuidados que nuestro héroe la prodigaba en todas ocasiones aumentaban notablemente. El sistema tan estricto de decoro que Luis observó invariablemente respecto á la jóven india, el respeto que la manifestó en todos tiempos, no causaron en ella el menor efecto; pues si bien es cierto que toda su educacion la debia á la naturaleza, ese instinto infalible que caracteriza al sexo débil le hacia conocer asimismo la especie de poder que ejerce siempre sobre el sexo fuerte.

Vinieron despues las diferentes tentativas hechas con objeto de crear en el ánimo de Ozema algunas ideas de religion, y los sensibles errores originados por sutilezas mal esplicadas y peor comprendidas. La jóven india se persuadió de que los españoles adoraban la cruz; y efectivamente, ¿no la veia ella colocada con preferencia y aparato en todas las ceremonias públicas y religiosas? ¿No observaba que se arrodillaban todos ante aquel símbolo, y que se ponia siempre por testigo en los tratos y compromisos mas solemnes? Los marinos la miraban con respeto, y hasta el mismo almirante habia hecho erigir una al tomar posesion del territorio que Guacanagari le habia cedido. En una palabra, Ozema, en su poco desarrollada imaginacion, creia que la cruz servia como de prenda de la fidelidad con que debian cumplirse todas las promesas. Ella habia admirado muchas veces la que nuestro héroe llevaba pendiente de su cuello, y

como, segun la costumbre de su pais, el cambiar mutuamente alguna prenda era una ceremonia indispensable para hacer válidos los casamientos, se figuró que al darla D. Luis aquella joya, que ella tenia en tanta estima, la tomaba por esposa, precisamente en el momento en que acaso la muerte iba á separarlos para siempre. Su candidez y su cariño fueron la causa de que ella no llevase mas allá sus argumentos ni su creencia con respecto á aquel sagrado signo.

Una hora tardó Isabel en coordinar todos estos detalles, sacados con trabajo de las mismas palabras de Ozema, asi como la confesion que esta hizo de cuantos sentimientos habia esperimentado, si bien es preciso decir en justicia que la jóven india no trató de ocultar, ni realmente ocultó, la mas mínima circunstancia. Solo restaba, pues, a la reina cumplir la parte mas sensible de la comision que habia tomado á su cargo, que era el desengañar á una jóven de aquello en que ya habia consentido, y de prepararla á recibir lo mas resignadamente posible la cruel leccion que se desprendia de aquel desengaño. La reina, pues, no obstante lo repugnante del encargo, emprendió aquella tarea, y persuadida de que era lo mas acertado disipar desde luego toda ilusion que pudiera existir acerca del particular, consiguió hacer comprender á Ozema que el conde de Llera, mucho tiempo antes de haberla conocido á ella, habia hecho depositaria de todo su cariño á Mercedes, con quien se habia desposado. Imposible hubiera sido desempeñar aquella triste comision con mayor tacto y delicadeza; pero sin embargo, fué aquel un golpe tan terrible para la jóven india, que la misma Isabel se estremeció de lo que aca-

baba de hacer. La reina no podia esperarse de modo alguno la esplosion de sensibilidad de que fué testigo, propia solo de un corazon que acaba de salir de manos de la naturaleza, y cuyo recuerdo no pudo menos de turbar su sueño por espacio de muchas noches.

Por lo que hace á Colon y á nuestro héroe, permanecieron durante toda la siguiente semana sin saber nada de cuanto habia pasado. Para decir verdad, Luis habia recibido de su tia á la mañana siguiente un billete que le hizo cobrar ánimo, y un page de Mercedes le trajo á la mano, y sin decir una sola palabra, la cruz que por tanto tiempo llevó al cuello. En cuanto á lo demas, estaba completamente entregado á sus congeturas. El momento de la esplicacion llegó por fin, y un page vino á prevenirle que pasase á la habitacion de su tia.

A su llegada, Luis no halló allí á la marquesa, como él se creia: no habia nadie absolutamente en el salon. Habiéndose dirigido al page que le introdujo, este le contestó que aguardase a que viniera alguien para recibirle. La paciencia no era por cierto la principal virtud de nuestro héroe, que se puso á pasear con mucha calma, por espacio de una media hora, sin que persona alguna pareciese pensar en su visita. Cuando ya se disponia á llamar á un criado para hacerse anunciar de nuevo, abrióse lentamente una puerta, y Mercedes apareció ante su vista.

La primera mirada que el jóven la dirijió le hizo conocer que su espíritu se hallaba en un estado de ansiedad y agitacion. La mano de que él se apoderó para besarla temblaba como la hoja en el árbol, y sus mejillas tan pronto aparecian pálidas como encendi-

das, como si estuviese próxima á sucumbir bajo el peso de la emocion que padecia. A pesar de esto, ella rehusó, con una debil sonrisa, el vaso de agua que Luis la presentó, y haciéndole seña de que tomase una silla, se sentó ella misma en un taburete, humilde asiento que ella tenia costumbre de ocupar siempre en presencia de la reina.

—D. Luis; dijo Mercedes asi que pudo dominar un poco su emocion, yo he solicitado tener esta entrevista con vos para que no pudiese quedar un solo motivo de engaño acerca de nuestros sentimientos y nuestros deseos. Vos habeis dado lugar á sospechar que estabais casado con Doña Ozema, y habeis estado por un momento a punto de perderos, atrayéndoos la enemistad de la reina.

—¿Pero *vos*, mi querida Mercedes, jamás me habeis creido culpable de semejante acto de inconstancia y de lealtad?

—Yo os he dicho la verdad, señor, porque os conocia demasiado bien; estaba muy segura de que si Luis de Bobadilla se hubiera determinado á dar un paso semejante, habria tenido suficiente caracter y franqueza para confesarlo. Por lo tanto, yo no he creido ni un solo instante que estuvieseis casado con la princesa.

—¿Por qué razon, pues, siendo así, apartabais de mí vuestras miradas llenas de tibieza? ¿Por qué bajabais esos ojos que debieran cambiar con las mias sus miradas, que hacen las delicias del amor? ¿A qué venian aquellos ademanes, que si no indicaban desde luego una aversion decidida, manifestaban al menos

una reserva y una indiferencia que jamás pude creer existiesen entre nosotros?

Mercedes palideció; estuvo un breve instante sin responderle; y durante aquel corto intérvalo, dudó si se hallaria en estado de ejecutar su proyecto. Mas sin embargo, valiéndose de toda su firmeza, volvió á continuar su razonamiento en el mismo tono con que lo empezó:

—Escuchadme, D. Luis; mi historia no será muy larga. Cuando abandonasteis la España, por indicacion mia, con objeto de emprender ese gran viaje, *entonces me amabais*; (ningun poder de la tierra puede privarme de este delicioso recuerdo.) Sí; vos me amabais entonces, y *no amabais mas que á mí*. Nos separamos prometiéndonos guardarnos fé mútuamente, y urante vuestra ausencia no ha trascurrido un solo dia en que yo no haya pasado largas horas de rodillas rogando al cielo por el almirante y sus compañeros.

—No debe sorprendernos entonces, querida Mercedes, que el éxito haya coronado nuestros esfuerzos: semejante intercesion no podia menos de ser bien acogida.

—Os suplico que me escucheis, señor. Hasta el dia en qué llegó la noticia de vuestro regreso, no hay mujer alguna en España que haya esperimentado mas inquietudes por la suerte de aquel en quien ella habia colocado todas sus esperanzas, que las que yo he sufrido por vos. Mas si el presente aparecia á mis ojos cargado de temores y de zozobras, el porvenir, por el contrario, se mostraba brillante y lleno de esperanzas. El mensagero enviado á la córte por el almirante fué el primero que me abrió los ojos á las realidades del mundo, dándome esta dura leccion, leccion que

la juventud no aprende nunca sino demasiado tarde la leccion del desengaño. Entonces fué cuando por primera vez oi hablar de Ozema, de la admiracion que os causabá su hermosura, de la manera con que estuvisteis á punto de sacrificar por ella vuestra propia vida.

—¡Por San Lucas! ¿A lo que veo ese bribon de Sancho ha tenido la osadia de hacer llegar á vuestros oidos el veneno de pérfidas insinuaciones acerca de la constancia de mi amor hácia vos?

—No ha dicho mas que la verdad, Luis, y no debe por lo tanto hacérsele un cargo por ello. Su relacion me hizo preveer ya algun contratiempo, y doy mil gracias al cielo de que este contratiempo haya llegado con tanta lentitud á mi noticia para haberme podido preparar á recibirle. Cuando conocí a Ozema no me sorprendió ya vuestra mudanza; casi no acertaba a vituperaros. Yo estoy persuadida de que vos hubierais podido al fin resistir á su hermosura; pero su completa decision hácia vuestra persona, su inocencia, su seductora candidez, su alegre modestia, su natural afable bastarian para hacer inconstante al amante de cualquier española.

—¡Mercedes!

—Ya os he dicho que no os inculpo por ello, Luis. Mas vale que haya recibido este golpe ahora que mas adelante, en ocasion tal vez en que no hubiera podido resistirlo. Un cierto no se qué me anuncia que si yo hubiera llegado á ser vuestra esposa, habria sucumbido bajo el peso de un cariño no correspondido; pero en el dia un convento me aguarda, donde podré consagrar mi vida entera al hijo de Dios.—No me interrumpais, Luis, añadió sonriendo dulcemente, aun-

que haciendo un esfuerzo que daba á conocer cuánto le costaba aparentar aquel tono satisfecho; necesito todo mi valor para concluir todo lo que tengo que deciros, y no me siento dispuesta á sostener una discusion. Vos no habeis podido ser dueño de vuestro corazon; y solo á las estrañas novedades que rodeaban á Ozema, á su seductora ingenuidad, debe atribuirse la feliz mudanza en su favor, y en contra mia, que ha tenido lugar en vos. Yo me someto á la voluntad del cielo, y procuro convencerme de que todo esto ha sucedido para mi eterno bienestar. Habiendo sido vuestra esposa, la ternura que rebosa en mi corazon (¿para qué lo he de ocultar?) hubiera llegado a esceder quizá al amor que debo á mi Dios: vale, pues, mas que las cosas continúen como estan. Si la dicha de este mundo no se ha hecho para mí, yo procuraré crearme una eterna felicidad en el otro. Pero nó, no perderé toda mi felicidad sobre la tierra, puesto que podré rogar por vos como por mí misma, y de todos los seres de este mundo, vos y Ozema sereis siempre los primeros en mis pensamientos.

—Esto es tan sorprendente, Mercedes, tan cruel, tan fuera de razon, tan injusto, que no puedo dar crédito á mis oidos.

—Os repito otra vez que no os culpo á vos; la bondad y la sencillez de Ozema son mas que suficientes para justificaros, puesto que en la eleccion del objeto de su amor, los hombres suelen consultar mas bien á sus sentidos que á su corazon.—Una hija de Haiti puede hacer uso inocentemente de un poder que no estaria bien que una cristiana lo emplease.—Un vivo encarnado coloreó las megillas de Mercedes al pronun-

ciar estas palabras.—Pero llegaremos á los hechos que merecen una pronta decision. Ozema ha estado enferma, y aun lo está de peligro; S. A. y mi tutora asi lo creen, y asi lo dicen los médicos; en vuestra mano está, pues, el salvarla, Luis. Id á verla; decidle una sola palabra que la haga dichosa; decidle que si aun no os habeis casado con ella segun las costumbres de España, estais pronto á verificarlo; en fin, que los venerables sacerdotes que estan diariamente á su lado, á fin de prepararla para el bautismo, dispongan la ceremonia para esta misma mañana: de este modo volveremos á ver á la princesa risueña, alegre, esplendente, en una palabra, tal como se hallaba cuando nos la confiasteis á nuestros cuidados.

—¡Y sois vos, Mercedes, la que tales cosas me dice, y con tanta tranquilidad, con tono tan premeditado! Así, como si vuestras palabras fuesen la espresion de vuestros deseos y sentimientos.

—Con tranquilidad, eso *podrá pareceros así*, Luis, repuso nuestra heroina con voz ahogada, pero con resolucion. Si; casarse conmigo y amar á otra: eso el imposible. Si asi es, ¿para que no seguis los impulsos de vuestro corazon? El dote de la princesa no será despreciable, puesto que una religiosa encerrada en su convento no necesita oro ni riquezas de ninguna especie.

El conde miró con ternura á la jóven entusiasta, que jamas le habia parecido mas hermosa. Despues, levantándose, echó á andar por espacio de unos minutos, como si quisiese, con aquel acto puramente físico, disimular lo que padecia moralmente. Cuando hubo recobrado suficiente imperio sobre sí mismo,

volvió á sentarse, y tomando la mano de Mercedes que ella le abandonó sin hacer la menor resistencia, contestóla en estos términos á aquella estraordinaria proposicion:

—Ha sido tanto lo que habeis velado al lado del lecho de vuestra amiga enferma, y es tanto lo que eso os ha ocupado la imaginacion, amiga mia, que os es imposible ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Ozema no tiene sobre mi corazon los derechos que vos creeis, y yo jamás he tenido hácia ella mas que una débil y pasagera inclinación.

—¡Ah! Luis, nunca han cabido aquí esas débiles y pasageras inclinaciones, dijo Mercedes señalando con ambas manos al corazon.

—Nuestra educacion, Mercedes, nuestras costumbres, la dulzura de vuestro carácter y la escesiva rudeza del mio, no admiten comparacion alguna: de otro modo, yo no podria adoraros como os adoro. Si vos no existieseis, la seguridad de casarme con Ozema no haria en manera alguna mi felicidad. Pero existis, y amándoos como yo os amo, semejante union vendria á comunicar á mi vida cierta amargura que, á pesar de mi ligereza natural, me seria imposible soportar. En ningun caso puedo yo ser esposo de esa india.

Un rayo de felicidad vino á iluminar el rostro de Mercedes; mas sus principios tan puros y sus nobles intenciones, reprimieron bien pronto el sentimiento que aquel instante de triunfo habia hecho nacer; ni siquiera respiraba su respuesta el tono de la reconvencion.

—¿Sois acaso justo para con Ozema? ¿Su sencillez no ha sido acaso engañada por esa débil y pasagera

inclinacion, y no reclama el honor que confirmeis con vuestros actos las seguridades que hayais dado, al menos con vuestro modo de proceder?

—Mercedes, querida mia, escuchadme: habeis de saber que no obstante mis ligerezas, mis tergiversaciones, no tengo fatuidad. Nunca han espresado mis acciones otra cosa que lo que ha sentido mi corazon, y jamás mi corazon ha esperimentado otra inclinacion que por vos. En esto consiste la gran diferencia que yo establezco entre vos y todas las demas personas de vuestro sexo. Ozema no es la única mujer; sus encantos no son los solos que me hayan arrancado una tierna mirada ó una palabra de admiracion; pero vos, vos teneis vuestro sitio en mi corazon y formais parte hasta de mi mismo ser. Si supieseis vos cuantas veces vuestra imagen ha sido para mi un mentor mas fuertes que mi propia conciencia; en cuantas ocasiones el recuerdo de vuestras virtudes y de vuestro cariño me han librado de una desgracia, aun cuando yo me hubiese olvidado del deber, de la religion y de las lecciones de mi juventud, comprenderiais la diferencia que existe entre el amor que yo os profeso y ese otro que tanto os habeis complacido en repetir, bajo el nombre de una inclinacion pasagera.

—Luis, ya no deberia escuchar vuestras seductoras palábras, que proceden sin duda de un bondadoso corazon que quisiera evitarme un pesar que me amenaza, pero que no echa de ver que eso seria hacerme mas infeliz en lo sucesivo. Si vos no habeis esperimentado jamás otros sentimientos, ¿cómo es que la cruz que yo os dí al separarnos se ha encontrado en manos de otra mujer?



—Mercedes, vos no conoceis sin duda alguna las terribles circunstancias en que acabo de hallarme. La muerte nos amenazaba muy de cerca, y esta cruz se la dí como símbolo capaz de salvar el alma de una infiel en un estremo tal. Si aquel don, ó por mejor decir, aquel préstamo, fué considerado como una prenda de union, ese es un error sensible que yo no he podido preveer: vuestro propio conocimiento de las costumbres cristianas os lo hará ver como á mi; pues lo mismo podria yo reclamaros como esposa mia, á vos, que me disteis aquella joya.

—¡Ah Luis! ¡Cuando yo os dí esa cruz, era mi deseo que vos la tomaseis como una prenda de mi fé!

—Y al enviármela en esta semana, ¿que me habeis querido dar á entender?

—Os la he enviado, Luis, como devolviéndoos mis esperanzas, y por órden de la reina. S. A. se halla ahora bien dispuesta en favor vuestro, y ella desearia nuestra union, á no haber sobrevenido el lamentable estado de Ozema, á quien todo se le ha revelado, escepto, segun yo temo, el verdadero estado de vuestros sentimientos con respecto á ambos.

—¡Cruel Mercedes! ¿Conque ya no soy digno de inspiraros confianza? ¿Conque ya no debo ser nunca dichoso? Yo os juro, sin embargo, que vos sola poseeis mi corazon todo entero, que seria feliz con vos en una cabaña y desgraciado sin vos sobre un trono. Lo creereis, cuando sepais que soy infeliz, que ando errante por el mundo, sin tranquilidad de ánimo, sin esperanza, culpable quizá, porque vos sola podeis mantenerme en la via de la virtud. Tened presente, Mercedes, la influencia de que podeis disponer, de que es preciso

que dispongais y dispondreis, sobre mis impetuosas pasiones. Desde hace largo tiempo os considero como el ángel de mi guarda, obedezco á vuestra voluntad, y me gobernais enteramente, cuando nadie ha podido vanagloriarse de otro tanto. ¿No soy, como vos, dulce, tratable, escepto cuando vuestras dudas exasperan mi pasion? ¿Ha tenido jamás Doña Beatriz sobre mí la mas mínima parte de la autoridad que vos ejerceis? ¿Vuestro acento no ha sido suficiente para desarmar mi cólera, aun en medio de los mas violentos accesos?

—¡Luis, Luis, los que conocen á fondo vuestro corazon no pueden dudar de cuanto decís!—Detúvose Mercedes, deduciéndose fácilmente por la emocion de su rostro que la sinceridad de su amante habia conseguido desvanecer las dudas que abrigaba acerca de su constancia. Sin embargo, en aquel momento se representaron á su imaginacion las escenas del viaje y el lecho de dolor en que yacia Ozema. Trascurrido un breve rato continuó con voz tímida y apagada:

—Yo no os ocultaré cuán dulce es para mi corazon el escuchar de vuestros labios semejante lenguaje: temeria mucho, sin embargo, que me vencieseis fácilmente, porque se me hace imposible el creer que hayais podido olvidar para siempre á aquella mujer que ha arriesgado por vos hasta su misma vida, sirviéndoos de escudo con su propio cuerpo contra las flechas del enemigo.

—¿Y vos, Mercedes, si os hubieseis hallado en igual caso que Ozema no hubierais hecho otro tanto?

—Quizá hubiera deseado hacerlo, Luis, dijo Merce-

des con los ojos cubiertos de lágrimas, pero no se si hubiera tenido valor para ello.

—Lo hubierais tenido.....lo hubierais tenido.....Os conozco demasiado bien para equivocarme.

—Yo me atreveria á envidiar á Ozema aquel hecho, si la envidia no fuese un pecado. Mucho me temo que vos mismo llegueis á olvidarlo cuando os hagais insensible á los encantos que entonces habrán perdido ya para vos el atractivo de la novedad.

—No solo vos habriais hecho otro tanto, sino con discernimiento. Ozema se ha espuesto por una causa, que era personal de ella misma: vos os hubierais arrojado ún.camente por mi causa.

Mercedes volvió á permanecer silenciosa y pareció reflexionar profundamente. Sus ojos habian recobrado todo su brillo, reanimados por las espresivas protestas de su amante, y á pesar de la generosa decision con que se habia determinado á sacrificar sus esperanzas todas, la seductora influencia de un cariño correspondido volvió bien pronto a adquirir todo su imperio.

—Venid conmigo, Luis, dijo ella por último, venid á contemplar á Ozema. Cuando la hayais visto en el estado en que ahora se encuentra, conocereis mejor vuestros verdaderos sentimientos. Yo no debia haber dejado tomar cuerpo de este modo á vuestra antigua pasion por una entrevista particular. No habiendo estado Ozema presente á nuestra conversacion, es como si hubiéramos dado una sentencia sin oir á una de las partes. ¡Luis! (Mercedes se ruborizó al terminar esta frase, pero el fuego que cubria sus mejillas, producido por su amor y no por la vergüenza, dió un realce es-

traordinario á su belleza) ¡Luis.... si despues de visitar á la princesa creyeseis conveniente variar vuestro lenguaje con respecto a ella, por mas sensible que semejante circunstancia sea para mí, podeis estar bien seguro deque haré por olvidarme de cuanto ha pasado y mis oraciones.....

Los sollozos interrumpieron su voz, detúvose un instante para enjugar sus lagrimas, y se desprendió de los brazos de Luis, que la prodigaba sus consuelos; ella lè rechazaba por un sentimiento de celosa inquietud acerca del resultado de la entrevista que iba a tener lugar, pero en cuyo sentimiento habia mas delicadeza que rencor. Cuando hubo enjugado sus lágrimas y calmado su agitacion, condujo á Luis á la habitacion de Ozema, en donde era tan esperada su presencia.

Luis se estremeció al entrar en la estancia cuando vió allí á la reina y al almirante, y doblemente mas al notar los estragos que el pesar habia producido en Ozema. Una mortal palidez habia reemplazado á la frescura de sus mejillas; sus ojos despedian un brillo que parecia sobrenatural, y sin embargo, su debilidad era tal, que no podia sentarse, estando recostada, sino ayudada de almohadas. Un grito de júbilo se escapó de los labios de la infortunada en el instante en que descubrió á nuestro héroe; en seguida se cubrió el rostro con ambas manos, con la confusion propia de un niño, y como si se avergonzase de hacer traicion al placer que esperimentaba. Luis sufrió aquel espectáculo con el esfuerzo de un hombre, pues si bien su conciencia no se sentia completamente tranquila al recordar las horas ociosas que habia pasado en compañía de Ozema

y la influencia que su hermosura y su sencillez seductoras habian ejercido momentáneamente en su ánimo, sin embargo, no se creia él culpable en realidad de lo que hubiera podido llamarse una falta, y particularmente de pensamiento alguno que le hubiera podido hacer aparecer como desleal al objeto de su primer amor, ó de algun conato de seduccion. Tomó respetuosamente la mano de la jóven india, la besó con una franqueza y una ternura que revelaban el cariño de un hermano, mas bien que la pasion ó la emocion de un amante. Mercedes no habia tratado de observar el continente de Luis; pero sí notó la mirada de aprobacion que la reina dirigió á su tutora en el momento de aproximarse Luis al lecho de Ozema. Ella interpretó, pues, aquella mirada como una señal de que la conducta del conde no desmentia las protestas que acababa de hacerle.

—Habeis hallado á Ozema bien debilitada, dijo la reina, que era la que solo podia romper un silencio que se prolongaba ya demasiado. Hemos tratado de luminar su espíritu sencillo y puro acerca de los misterios de nuestra religion, y por último, ha consentido en recibir el santo sacramento del bautismo. El arzobispo se está preparando para la ceremonia, que se va á verificar en mi oratorio, y tenemos la agradable esperanza de que podremos arrancar de la eterna condenacion esta alma deliciosa.

—V. A. tiene siempre presente en su imaginacion la felicidad de su pueblo, repuso Luis inclinándose profundamente para ocultar las lágrimas que la situacion de Ozema no pódia menos de arrancarle. Yo creo que nuestro clima no prueba bien á esos pobres Hai-

tianos, y me temo que todos los que en Palos y en Sevilla se hallan enfermos den pocas esperanzas de recobrar la salud.

—¿Será eso cierto, D. Cristóbal?

—Señora, es la pura verdad. Se ha cuidado de su alma al propio tiempo que de su cuerpo, y Ozema es hoy dia la única de ellos en España que no haya sido bautizada.

—Señora, dijo la marquesa separándose del lecho de Ozema con la sorpresa y el pesar impresos en su rostro, temo mucho que nuestras esperanzas no queden defraudadas; Ozema acaba de decirme en voz muy baja que era preciso que Luis y Mercedes se desposasen en presencia suya, sin lo cual no consentiria en entrar en el gremio de la iglesia.

—Esto no anuncia en verdad, Beatriz, que su espíritu se halla muy preparado para semejante ceremonia. Y si esto es así, ¿qué hemos de hacer con un corazon tan poco iluminado de la suprema luz? Quiza sea un capricho que habrá desaparecido apenas el arzobispo se halle dispuesto.

—No lo espero asi, señora; jamás la he visto mas decidida; ordinariamente su carácter es tierno y flexible, mas ahora acaba de repetirme por dos veces esa misma idea de un modo que me hace creer que su resolucion es irrevocable.

Isabel se aproximó al lecho y dirigió la palabra á la enferma con la mayor dulzura. Durante este tiempo, el almirante hablaba con la marquesa y Luis se acercó á nuestra heroina. Su emocion era estremada: Mercedes apenas podia respirar, agoviada por la incertidumbre; pero algunas palabras pronunciadas á

su oido la hicieron recobrar pronto una seguridad que presagiaba la dicha. A pesar de sus generosos sentimientos respecto á Ozema, habia al fin concebido la conviccion de que el corazon de Luis la pertenecia todo entero. Desde aquel momento se decidió á dejar á un lado todas sus dudas, y recobró su antiguo afecto.

Las conversaciones todas eran á media voz, como era costumbre en presencia de los soberanos, y aun trascurrió un largo cuarto de hora hasta que un page vino á anunciar que todo se hallaba dispuesto en el oratorio para la ceremonia; entonces se abrió una puerta que comunicaba directamente con la estancia de Ozema.

—Marquesa hija mia, la obcecada jóven persiste, dijo la reina separandose del lecho de Ozema, y yo no sé á la verdad que decirla. ¡Es cosa muy dura el rehusar á nadie los medios de salvacion, y por otra parte, es una proposicion bien estraña y estemporánea para ir á hacérsela de repente á vuestro sobrino y á vuestra pupila!

—En cuanto á lo primero, señora, creo no será muy difícil el convencerla; pero dudo mucho que consienta en ello Mercedes. Su corazon es una mezcla de religion y de delicadeza femenina.

—En verdad, no es conveniente pensar en semejante cosa. Una doncella cristiana debe preparar con tiempo su espíritu para el sacramento del matrimonio por medio de la oracion.

—Y sin embargo de eso, señora, no falta quien se case sin cumplir con ese requisito. Hubo un tiempo en que D. Fernando de Aragon y Doña Isabel de Castilla no hubieran titubeado ante una igual proposicion.

—Ese tiempo no existió jamás, Beatriz. Cuando teneis interes en que yo apruebe algun proyecto ó algun inconsiderado capricho, siempre me recordais aquellos tiempos pasados, aquellos dias de prueba y de juventud. ¿Creeis acaso realmente que vuestra pupila consienta en esa precipitacion y en la ausencia de toda formalidad preparatoria?

—Ignoro seguramente si se hallará dispuesta á prescindir de algunas formalidades; pero lo que si sé es que si alguna mujer hay en España que sea rígida observadora de los mas sagrados ritos de la iglesia, sois vos, señora, y que si existe otra alguna, es Mercedes á no dudarlo.

—Basta, basta, mi querida Beatriz; la adulacion no os sienta bien á vos. No hay nadie que sea bastante rígida, y cada cual tiene necesidad de ser vigilado incesantemente en el cumplimiento de sus deberes. Decid á Doña Mercedes que me siga á mi gabinete, quiero tratar con ella este asunto, para que al menos no le coja de sorpresa.

Dichas estas palabras se retiró la reina. Apenas acababa de llegar á su gabinete, cuando entró en él nuestra heroina con paso tímido y poco firme. Cuando sus ojos se encontraron con los de su soberana, Mercedes se deshacia en lágrimas, y cayendo de rodillas, ocultó su rostro entre el ropage de Isabel. Aquel acceso de sensibilidad fué reprimido prontamente, y la jóven se puso de pié, aguardando las órdenes de su soberana.

—Hija mia, dijo la reina, yo confio en que no existirá ningun desacuerdo entre tu y el conde de Llera. Bien conoces las intenciones de tu tutora y las mias.

y asi, puedes, en un negocio tan delicado, servirte de nuestra sangre fria y de nuestra mucha esperiencia. D. Luis te ama y no ha amado jamas á la princesa, aunque no hubiera sido estraño á la verdad que un jóven dotado de impetuosas pasiones y que se ha visto frecuentemente espuesto á la tentacion, hubiese sentido alguna involuntaria y pasagera inclinacion hácia una mujer tan bella y tan seductora.

—Luis, señora, ha convenido en eso mismo; jamás ha sido inconstante, pero ha sido débil.

—Esta es una dura leccion para la juventud, hija mia, dijo la reina con grave tono; pero aun te habria sido mas sensible si la hubieras recibido mas adelante, es decir, en aquella época en que la ternura mas profunda de una esposa ha reemplazado á las impresiones de una doncella. Ya has oido la opinion de los médicos; ellos piensan que Ozema dá pocas esperanzas de vida.

—¡Ah! ¡Señora, qué destino tan fatal! ¡Morir en un país estraño, en la flor de su edad, y con el corazon destrozado por el peso de un amor no correspondido!

—Y eso no obstante, Mercedes, si el cielo abre los ojos á Ozema cuando el último acto de su vida sobre la tierra se haya terminado, la transicion será para ella mas completamente feliz, y los que lloren su pérdida deberian mas bien regocijarse por ella. Su juventud, su inocencia, su corazon puro se han mostrado a nuestra vista tal como ellos son; solo les faltaba el fruto de una piadosa instruccion. Nada debe temer tampoco por sus errores personales. Todo cuanto puede hacerse por una doncella como esta es darla entrada en el gremio de la iglesia, obteniendo para

ella el sacramento del bautismo, y no podria hallarse un prelado próximo á abandonar el mundo que llevase consigo mas fundadas esperanzas de una dicha futura.

—Ese santo ministerio es el que, segun creo, se prepara á desempeñar el señor arzobispo.

—Esto depende en cierto modo de ti, hija mia. Escúchame, y no pronuncies de ligero tu resolucion: va en ella la salvacion de un alma.

La reina entonces refirió á Mercedes la novelesca exigencia de Ozema; pero lo verificó en terminos tan dulces y penetrantes, que causó en la jóven menos alarma y sorpresa de la que habia creido.

—Doña Beatriz me ha hecho una proposicion que al pronto parece muy plausible, pero que la reflexion no puede admitir. Ella habia concebido el proyecto de hacer casarse al conde con Ozema en este mismo dia (Mercedes se estremeció y se puso pálida) con el objeto de dulcificar en parte los últimos momentos de la jóven estranjera con la alegría de ser ya la esposa del hombre á quien tanto idolatra; pero yo he hallado sérios obstaculos en ese proyecto. ¿Cuál es tu opinion acerca de esto, hija mia?

—Señora, si yo pudiese creer hoy dia, como antes lo he creido, que Luis dispensase á la princesa una preferencia capaz de conducirle á la dicha que produce el mútuo cariño, sin la cual el matrimonio viene á ser mas bien una maldicion que una felicidad, yo seria la última en suscitar cualquier obstáculo; lejos de eso, yo creo que pediria á V. A. de rodillas aquella gracia, porque la que ama en realidad desea antes que todo la ventura del que es objeto de sus afecciones.

Pero estoy segura que el conde no profesa á Ozema el afecto indispensable para enlazarse con ella, y siendo así, ¿no seria á la verdad una profanacion, señora, recibir un sacramento de la iglesia, pronunciar un voto que no sancionaria el corazon, ó por mejor decir, contra el cual se rebeleria inmediatamente?

—¡Escelente jóven! Tus principios son absolutamente los mios, y en ese mismo sentido he contestado yo á la marquesa. No debe jugarse con las ceremonias de la iglesia, y nosotros, ademas de todo, estamos obligados á someternos á las aflicciones que nos son impuestas para nuestra eterna felicidad, si bien á veces es mas duro el soportar las agenas que las nuestras propias. Solo resta, pues, que tu resuelvas respecto á ese capricho de Ozema, y que nos digas si consientes en casarte hoy mismo para que ella pueda ser bautizada.

A pesar de la decision y el amor que Mercedes profesaba á nuestro héroe, la jóven tuvo que sostener una lucha violenta con sus principios habituales y su delicadeza antes que adoptar un partido tan precipitado. Por último prevalecieron las razones de la reina, pues Isabel no desconocia que habria de pesar sobre ella una gran responsabilidad si se dejaba morir á la jóven estranjera sin que antes se hubiese incorporado en el seno de la iglesia. Asi que obtuvo, pues, el consentimiento de Mercedes, la reina despachó un mensagero á la marquesa, despues se hincó de rodillas al lado de su jóven amiga, y pasaron una hora reunidas rezando los divinos oficios acostumbrados en ocasiones semejantes. En seguida ambas damas, tan puras de alma y de corazon, sin pensar en las vanidades de los afeites, pero penetradas de la santidad del deber

que acababan de llenar, se dirigieron á la real capilla á donde ya habia sido conducida Ozema sin moverla de su lecho. La marquesa echó un velo blanco sobre la cabeza de Mercedes y arregló ligeramente su trage, por deferencia al altar y á sus ministros.

Las pocas personas que fueron convidadas para asistir á aquella ceremonia se hallaban ya presentes; en el momento mismo en que los dos futuros esposos iban á ocupar sus respectivos sitios, entró de repente Fernando, trayendo en la mano todavía algunos papeles cuya lectura acababa de interrumpir para condescender á los deseos de su real consorte. El rey estaba dotado de un continente lleno de dignidad, y cuando él queria, no habia soberano que ocupase su puesto con mas gracia y maneras mas nobles. Hizo seña al arzobispo para que suspendiese la ceremonia, y mandando á Luis que se hincase de rodillas, colocó sobre los hombros del jóven el collar de una de sus órdenes, diciéndole al mismo tiempo:

—Alzaos ahora, noble caballero, y cumplid vuestros deberes para con el Señor de los cielos como los habeis cumplido hasta ahora para con nosotros.

Isabel dió gracias á su esposo por su munificencia, dirigiéndole una sonrisa de aprobacion, y la ceremonia comenzó en el momento. Mercedes y Luis quedaron unidos para siempre, y apenas el oficio solemne se hubo terminado, nuestra heroina, á quien Luis estrechó tiernamente contra su corazon, conoció que se comprendian perfectamente, y en el colmo de su propia ventura: Ozema fué olvidada por un instante.

Cristóbal Colon habia conducido al altar á la desposada, para cuyo encargo fué designado por el rey. El

mismo Fernando en persona estuvo al lado de Luis, y á tan corta distancia, que tuvo ocasion de sostener el velo que se estendió sobre la cabeza de ambos esposos. Pero Isabel permaneció apartada y al lado del lecho de Ozema, vigilándola todo el tiempo que duró la ceremonia. La reina no pensó que fuese necesario hacer una pública manifestacion de interés en favor de la desposada, puesto que ellas acababan de mezclar su emocion en una dulce union de sus oraciones. Los cumplimientos de costumbre fueron despachados en un breve espacio, y D. Fernando se retiró en seguida, así como todos los que no estaban en el secreto de la historia de Ozema.

Por un sentimiento de delicadeza hácia la condicion de una mujer estranjera, á quien sus hábitos y sus opiniones habian investido con una parte de los derechos de la dignidad real, la reina habia deseado que su marido y algunas personas de su séquito no presenciasen el bautizo de Ozema. Mientras se celebró el matrimonio, Isabel habia observado la constancia con que la jóven medio iluminada habia seguido los movimientos del arzobispo y los de ambos esposos, y no pudo evitar que las lágrimas bañasen sus megillas, al contemplar en cada una de sus pálidas facciones la lucha que su amor hacia Luis y su amistad hácia Mercedes habian emprendido en lo mas profundo del corazon de la jóven y malograda india.

—¿Dónde estar cruz? dijo Ozema con viveza cuando Mercedes se detuvo para estrechar entre sus brazo su escuálido cuerpo é imprimir un prolongado beso sobre sus mejillas. Dar cruz, Luis no casarse con cruz, dar cruz á Ozema.

Mercedes tomó ella misma la cruz que pendia sobre el pecho de su esposo desde el dia en que se la devolvió, y la puso en manos de la princesa.

— No casarse con cruz, murmuró la jóven cuyos ojos cubiertos de lágrimas apenas podian divisar la joya á que ella daba tan alto precio. Ahora, pronto, señora; hacer Ozema cristiana.

La escena principiaba á adquirir cierta solemnidad é interés para que fuese pasando el tiempo en fútiles palabras, y el arzobispo, á una señal de la reina, comenzó aquella segunda ceremonia. Verificóse en breves instantes, é Isabel, en medio de la bondad de su corazon, quedó en el momento mas tranquila con la seguridad de que la estranjera, que era para ella el objeto especial de todos sus cuidados, acababa de entrar en la alianza de salvacion que Dios tiene estipulada con su iglesia.

—¿Ozema ahora cristiana? preguntó la jóven con tal vivacidad y candor, que causaron tanta pena como sorpresa á cuantos se hallaban presentes.

—Ahora, al menos, tienes la seguridad de que la bondad de Dios acogerá tus oraciones, hija mia, repuso el prelado. Pídeselo asi de todo corazon, y tus últimos momentos, que se van acercando, serán doblemente dichosos.

—¿Cristianos casarse con infieles? ¿Cristiano casarse con cristiana?

—Ya te se ha dicho muchas veces, pobre Ozema, respondió la reina, que la iglesia no puede sancionar una union entre cristianos é infieles.

—¿Cristiano casarse con la mujer que mas querer?



—Ciertamente. Obrar de otra manera seria profanar sus votos é insultar al mismo Dios.

—Así pensar Ozema. Pero poder casarse con segunda mujer; mujer inferior; la mujer amarle despues. Luis, casarse con Mercedes, primera mujer, porque querer á ella mas. Despues, casarse con Ozema, segunda mujer, mujer inferior, porque querer á ella mas despues de Mercedes. Ozema cristiana ahora, no haber obstáculo. Venid, arzobispo, venid, hacer Ozema segunda mujer de Luis.

Isabel lanzó un profundo suspiro y se retiró á un estremo de la capilla, mientras que Mercedes, anegada en llanto, se arrodilló, ocultó su rostro entre las ropas del lecho, y oró con el mayor fervor para que el alma de la princesa lograse salir de las tinieblas que aun la envolvian; el sacerdote acogió con menos indulgencia aquella muestra de la ignorancia de su penitente y de lo poco dispuesta que se hallaba á recibir el sacramento que acababa de administrarla.

—Jóven no bien iluminada, la dijo con severo tono, el santo bautismo ó es saludable ó terrible, segun las disposiciones con que se recibe; la peticion que acabais de hacerme ha recargado ya vuestra alma con el peso de un nuevo pecado. Ningun cristiano puede tener dos mujeres á un mismo tiempo, y Dios no reconoce primeras ni segundas entre aquellas personas que une la iglesia. Por consiguiente, vos no podeis ser la segunda mujer, mientras viva la primera todavía.

—No querer ser de Caonabo, no; de Luis, sí, la quincuagésima mujer, ¡ la centésima de mi querido Luis ! ¿ Es esto posible ?

—Jóven obcecada é infeliz, os vuelvo á repetir que no, no, mil veces no. ¡Jamás! ¡jamás! Tan solo el preguntarlo es tan culpable, que profanais con ello esta sagrada capilla y los símbolos religiosos que en ella se encierran. Sí, sí, haceis muy bien; besad vuestra cruz y humillad vuestra alma al dolor, porque.....

—Señor arzobispo, interrumpió la marquesa de Moya con una viveza tal que daba bien a conocer que acababa de recobrar su antiguo carácter, basta, basta; la jóven á quien amonestais tan severamente ya no puede escucharos; su alma pura acaba de elevarse para comparecer ante otro tribunal en el que, á lo que yo espero, encontrará un juez mas misericordioso. ¡Ozema ha cesado ya de existir!

Lo que la marquesa anunciaba era demasiado cierto. Aterrorizada con las palabras del prelado; trastornada con la confusion de ideas que escitaba en ella la diferencia de los dogmas en que acababa de ser impuesta y los que en su infancia habia aprendido; herida en su corazon por la certidumbre de que su última esperanza de unirse á Luis se habia desvanecido, el alma de la india habia abandonado sus graciosas y seductoras formas, las cuales aun conservaban la tierna impresion de las emociones que la agitaron durante los últimos momentos de su permanencia sobre la tierra.

De esta manera se lanzó á los cielos la primer alma de las que el descubrimiento del Nuevo Mundo debia salvar de la perdicion del paganismo. El casuista podrá provocar controversias, el sábio discutir, el religioso hacer reflexiones sobre su probable porvenir en el mundo desconocido que la aguardaba; mas el hombre bueno y sumiso todo lo espera de la clemencia de un

Dios misericordioso. En cuanto á Isabel, el golpe que esperimentó disminuyó en gran manera el triunfo que ella se prometia obtener del resultado de sus esfuerzos y de su celo; pero estaba, sin embargo, bien lejos de preveer que aquel acontecimiento era tan solo el preludio de los errores que iban en breve á acompañar á la propagacion de la religion de Jesucristo en los paises nuevamente descubiertos, y una especie de presagio práctico de la ruina de que estaban amenazadas la mayor parte de las dulces esperanzas y de los ardientes votos de su corazon.



CAPITULO XXXII.

El ruido que habia hecho la espedicion de Colon puso en boga los viages marítimos. Ya no se miraban las navegaciones de largo tiempo como una carrera de poco mas ó menos y poco á propósito para los nobles; aquella aficion de D. Luis, que tanto se habia censurado en los años precedentes, era entonces objeto de los mayores elogios. Como sus verdaderas relaciones con Colon no han sido reveladas por primera vez sino en las páginas de la presente historia, no habiendo dado con estos datos los historiadores en sus superficiales investigaciones, era una ventaja mas para Luis el ser conocido por haber manifestado antes que nadie lo que puede llamarse una decidida vocacion marítima, en un siglo en que la mayor parte de los hombres de su clase se contentaban con hacer sus escursiones por tierra. El Occéano vino á hacerse de moda, y el caballero que habia contemplado su ilimitada estension, miraba al que no se habia movido de su pais natal sobre poco mas ó menos con los mismos ojos que el jóven decidido que ha ganado con sus hazañas las espuelas mira al que ha pasado su juventud sumido en el ocio y en la molicie. Muchos nobles, cu-

yos dominios lindaban con el Mediterráneo ó con el Atlántico, armaron algunos buques costeros, llamados yachts en el siglo XV, y se propusieron seguir las sinuosidades de las gloriosas riberas de aquella parte del mundo, haciendo lo posible por hallar un placer en una ocupacion que parecia meritorio el imitarla. Seria una temeridad el afirmar que todos consiguieron tranportar las costumbres de la corte y de los castillos á los estrechos límites de los barcos y de las faluas; pero lo que está fuera de toda duda es que aquella tendencia de la época fue sostenida por la esperiencia, que los hombres se ruborizaban de condenar lo que la política y el espíritu del dia recomendaban igualmente. La rivalidad entre España y Portugal dió mayor fuerza á aquella inclinacion, y bien pronto el jóven que jamás habia abandonado sus hogares domésticos corrió mas peligro de ser señalado por su falta de arrojo que el aventurero de ser reconvenido por su vida errante y vagabunda.

Entretanto trascurrieron las estaciones, y los acontecimientos iban pasando, segun su ordinario curso de la causa al efecto. A fines del mes de setiembre, precisamente en aquel estrecho y romántico tránsito que, separando la Europa del Africa, une el Mediterráneo á los cerúleos campos del Atlantico, brillaban los rayos del nuevo sol sobre el vasto Occéano, y con sus dorados reflejos iluminaba cuanto aparecia sobre su superficie. Estos últimos objetos eran en corto número: una docena de navíos que se dirigian hácia diferentes puntos, impelidos por una agradable brisa de otoño. Como nosotros no hemos de hablar mas que de

uno de aquellos buques, bastará que le describamos en pocas palabras.

Aquella embarcacion llevaba la vela latina, la mas pintoresca de cuantas ha inventado el ingenio del hombre, ya sea que el arte la ofrezca á nuestros ojos en miniatura, sea que ella se presente bajo sus verdaderas dimensiones. Su posicion era precisamente la misma que un pintor hubiera podido escoger como la mas á propósito á su objeto, pues la ligera falua corria viento en popa con una de aquellas grandes velas puntiagudas que se estendian por cada lado como las alas de un enorme pájaro en el momento en que llega á aposarse en su nido. Notábase en todos los aparejos un órden y una simetría no acostumbrados, y el casco, que se distinguia por sus bien proporcionadas dimensiones, era de una limpieza tal y de una perfeccion que anunciaban el yachts de un noble.

Aquel navio se llamaba el *Ozema*, y conducia al conde de Llera con su jóven esposa. Luis, que, por consecuencia de sus innumerables viages, se habia llegado á hacer un hábil marino, dirigia en persona las maniobras, lo cual no impedia á Sancho Mundo el pasearse sobre cubierta dándose un aire de autoridad y siendo de derecho, sino de hecho, el patron de aquel buque.

—Así, así, buen Bartolomé, amarra bien esa ancora, dijo Sancho en el mismo momento en que inspeccionaba la proa en una de sus frecuentes rondas, porque aunque el viento y la estacion se muestran ahora favorables, nadie puede saber cómo se presentará el Occéano al despertar de su letargo. Cuando hicimos el gran viage al Cathay tuvimos la travesia mas feliz

del mundo, asi como no he visto nunca cosa mas diabólica que la vuella de aquel viage. El esposo de Doña Mercedes es un escelente marino, como cada uno de vosotros podrá verlo, y nadie es capaz de decir hasta donde puede llevarle su genio al conde una vez puesto en trena. Yo os respondo, camaradas, de que á cada minuto la gloria y el oro pueden llover sobre todos vosotros sirviendo á un señor semejante, y yo espero que habreis tenido muy buen cuidado de proveeros de cascabeles, que no son menos útiles para atraer doblones que las campanas de la catedral de Sevilla para reunir á los cristianos.

—Señor Mundo, le gritó nuestro héroe desde el castillo de popa, enviad á un hombre á la verga de mesana y encargadle que mire al Nordeste.

Aquella órden del conde vino á interrumpir una de aquellas arengas que Sancho improvisaba en honor suyo, y se vió obligado á ir á vigilar la ejecucion. Cuando el marinero hubo llegado al aéreo y al parecer peligroso puesto que le habia sido designado, la voz de D. Luis se alzó desde cubierta para preguntarle que era lo que veia.

—Señor conde, respondió el marinero, el Occéano se descubre cubierto de buques que se dirigen bogando á velas desplegadas hácia donde V. E. ha indicado, y que parece la embocadura del Tajo, cuando un viento del Oeste comienza á soplar.

—¿Podrias acaso contarlas y decirme el número de ellas?

—¡Diantre! Señor, repuso el marinero despues de haberse tomado el tiempo necesario en formar su cálculo, por lo menos veo 16.—Ahora descubro otro pe-

queño que lo ocultaba una carraca. Diez y siete entre todos.

—¡Entonces aun llegamos á tiempo, amor mio! esclamó Luis volviéndose con trasporte á Mercedes; aun podré estrechar una vez la mano del almirante antes que nos deje para volver al Cathay. Parece que tu participas tambien de la alegria que nos proporciona el resultado de nuestros esfuerzos.

—Tus satisfacciones lo son tambien mias, Luis, repuso la jóven; donde solo existe un cariño no puede haber mas que un deseo.

—Querida Mercedes, tu harás de mí cuanto quieras. Tu angelical dulzura y la decision conque emprendiste el viaje han hecho en mí impresion tal, que me parece que mi alma acabará identificándose con la tuya, y viviré mas en tí que en mí mismo.

—Sin embargo, Luis, replicó la jóven sonriendo, el cambio se anuncia en otro sentido, pués es mucho mas probable que tu llegues á hacer de mí un habitante de los mares, que yo de tí un pacífico señor del castillo de Llera.

—Tu no te has embarcado con repugnancia, ¿no es cierto, Marcedes? preguntó Luis vivamente como un hombre que teme haber cometido una indiscreccion involuntaria.

—No, no, querido mio; al contrario, he venido con mucho gusto, ademas del placer que esperimento al acceder á tus deseos. Nada me resiento del movimiento de la falua, y la novedad de este magnífico espectáculo me aembelesa y me encanta.

Decir que Luis escuchó aquellas palabras con suma satisfaccion, es lo mismo que añadir que se aumentó



el placer de que gozaba contemplando el aspecto del Occéano.

Al cabo de una media hora, el buque del almirante se distinguia desde el puente del *Ozema*; y apenas llegaba el sol al meridiano cuando la pequeña falua bogaba ya entre los demas buques de la flota, dirigiendo su rumbo hácia la carraca de Colon. Cuando, despues de hechos los saludos de ordenanza, supo el almirante la llegada de Mercedes, su cortesía le hizo pasar á bordo del *Ozema* á ofrecerla sus respetos. Las situaciones que ambos habian atravesado juntos habian inspirado á Colon una especie de afecto paternal hácia Luis; Mercedes tambien participaba de este afecto desde que se condujo con tanta nobleza en los sucesos que tuvieron lugar en Barcelona; así que, su acogida fué afectuosamente digna, y en la entrevista se manifestó tambien por completo la adhesion y el cariño que tanto el conde como la condesa le profesaban.

Nada era mas sorprendente para cualquiera que fuese testigo de aquella segunda espedicion que el contraste que ofrecia el aislamiento del genovés, cuando emprendió su primer viaje, y el ruido y el aparato de que se veia rodeado el segundo; cuando el anterior salió Colon del puerto, abandonado, casi alvidado, con res buques en muy mala disposicion y ocupados por tripulaciones peor dispuestas todavía, mientras en aquella segunda ocasion el Occéano se veia cubierto de un número considerable de buques, y el almirante se encontraba rodeado de una multitud de nobles caballeros.

Apenas se supo que la condesa de Llera se halla-

ba abordo de la falua que se distinguia en el centro de la flota, echáronse al agua por todas partes un sinnúmero de lanchas, y Mercedes se halló como rodeada de una brillante córte sobre el vasto Océano; las damas que la acompañaban, entre las cuales dos ó tres pertenecian á familias distinguidas, la ayudaron á recibir á los caballeros que se iban presentando sobre cubierta. La balsámica influencia del aire tan puro que se respira en el mar contribuia notablemente á aumentar el júbilo que reinaba en aquel momento, y por espacio de una hora ofreció el *Ozema* un cuadro de alegria y esplendor como muchos de los circunstantes no lo habrian visto en toda su vida.

—Bella condesa, esclamó uno de los caballeros, que era por cierto uno de los pretendientes desechados de la mano de nuestra heroina, ya veis á qué grado de desesperacion me ha conducido vuestra crueldad: parto para lo mas lejano del Oriente. D. Luis debe de felicitarse de que yo no hubiese intentado esta aventura antes de que él hubiese tenido la dicha de agradaros; porque de aquí adelante no habrá señora que rechace las protestas de un hermano de armas del almirante.

—Puede ser que digais verdad, señor, repuso Mercedes, lleno de orgullo su corazon al pensar que Luis, el objeto de su preferencia, habia acometido aquella brillante y arriesgada empresa cuando los resultados eran aun tan inciertos, cuando los demas se estremecian todavía á la sola idea de los peligros que ofrecia.—Puede ser que digais verdad; pero una persona, cuyos deseos son tan moderados como los mios, debe contentarse con estas sencillas escursiones por la costa,

en las cuales, felizmente, una mujer puede acompañar á su marido.

—Señora, esclamó á su vez el valiente y fogoso Alonso de Ojeda, D. Luis me hizo morder el polvo en un torneo, célebre hazaña que ha dejado brillantes recuerdos; mas ahora yo le gano por la mano, puesto que él se contenta con contemplar las playas españolas, dejándonos la gloria de buscar las Indias y de someter á los infieles al poder de nuestros soberanos.

—Es un honor muy suficiente para mi esposo, señor, el poder enorgullecerse del suceso de que acabais de hacer mencion, pudiendo ademas contentarse con la reputacion adquirida por la primera espedicion.

—Dentro de un año, condesa, aun le amarias todavía mas si llegase á partir con nosotros, si hiciese alarde de su valor con los súbditos del Gran Khan.

—Ya veis, D. Alonso, que tal como es en el dia, el ilustre almirante no desprecia así como se quiera á Luis Bobadilla. Juntos se hallan ambos en mi cámara; un hombre sin fé y sin valor no seria por cierto objeto de semejante atencion de parte de D. Cristóbal.

—¡Esto es portentoso! esclamó el amante desdichado; el favor de que el conde disfruta con el almirante nos ha admirado á todos completamente cuando estuvimos en Barcelona. Tal vez, Ojeda, se habrán encontrado ambos en alguna de sus escursiones marítimas.

—¡Por San Jorge, señor! repuso Alonso riendo; pues si D. Luis se ha encontrado alguna vez con Colon co-

mo se encontró conmigo en la liza, pienso yo que con semejante entrevista tenia para toda su vida.

La conversacion siguió sosteniéndose de aquel modo, ya alegre, ya mas grave, pero siempre en buena amistad, mientras que el almirante y nuestro héroe, retirados en la cámara de Mercedes, hablaban reservadamente acerca de un asunto de la mas alta importancia.

—D. Luis, dijo Colon cuando se hubieron sentado uno al lado del otro, ya sabeis el cariño que os profeso, y yo estoy bien seguro del que vos me profesais á mí. Parto de España en busca de muchos mayores peligros que los que juntos hemos corrido. Entonces marché desconosido de todos, casi despreciado, sirviéndome en cierto modo de proteccion la ignorancia y la conmiseracion; mas ahora la malignidad y la envidia siguen mis pasos do quiera que yo vaya. La edad por fortuna me ha dado la suficiente esperiencia para que pueda dejar de preveer las desgracias de que estoy amenazado. Muchos se ocuparán de mí durante mi ausencia; esos mismos que en el dia me aturden con sus aclamaciones serán entonces mis calumniadores, y se vengarán de sus adulaciones pasadas provocando mi caida. Isabel y Fernando se verán rodeados de chismes y mentiras, y el menor descalabro que se esperimente será presentado como un crímen. Es verdad que dejo en pos de mí fieles amigos, tales como Juan Perez, de Santo Angel, Quintanilla y vos; yo cuento con vosotros todos, no para conseguir favores ni distinciones, sino para sostener la causa de la verdad y de la justicia.

—Podeis contar, señor, con mi escaso crédito en



todos tiempos y circunstancias. Yo os he conocido en dias de prueba, y no habrá calumnia alguna ni falsa interpretacion que baste á disminuir la confianza que tengo en vos.

—Ya sabia yo eso, Luis, aun antes de escuchar tan afectuosas y enérgicas protestas, contestó el almirante estrechando con ardor entre las suyas la mano del jóven; yo no sé si Fonseca, que tanta influencia ha llegado á adquirir en los negocios de la India, es de veras amigo mio. Tambien hay un hombre en vuestra familia y de vuestro mismo nombre que me ha mirado con enemigos ojos, y del cual desconfiaria en sumo grado siempre que pudiese hallar ocasion de perjudicarme.

—Sé de quien quereis hablar, D. Cristóbal, y le considero como un hombre que hace poco honor á la casa de los Bobadillas (1).

—Pero goza de gran crédito para con el rey, lo cual en estos momentos es de una terrible importancia.

—¡Ah! señor ' nada bueno ni generoso debemos esperar de ese astuto y falaz monarca. Mientras Doña Isabel siga prestando oidos á la verdad, nada hay que temer; pero D. Fernando se hace de dia en dia mas ambicioso y contemporizador. ¡Por Santiago! Aqueque en su juventud era un valiente y decidido caballero, ¿debia esperarse que manchase sus nevados cabellos por una codicia capaz de avergonzar á un moro? Pero no obstante, mi noble tia vale ella sola por un

(1) D. Francisco de Bobadilla.

ejército entero, y ella será nuestra constante protectora.

—Dios preside á todo en este mundo, y dudar de su prudencia y de su justicia seria un pecado. Mas, Don Luis, hablemos por un instante de lo que os concierne á vos; la Providencia os ha confiado la dicha de una criatura como no se encuentra igual en toda la tierra. El hombre á quien ha concedido el cielo una mujer tan amable, tan virtuosa como la vuestra, debe elevar un altar en su corazon y ofrecer á Dios en él todos los dias, y á todas horas, sacrificios de reconocimiento por el don que ha recibido de su mucha bondad, puesto que goza del tesoro mas precioso, mas puro y mas permanente que nos ha sido acordado en este mundo y que jamás debe ser olvidado. Pero una mujer parecida á Doña Mercedes es una criatura tan delicada como poco comun; que su dulzura calme vuestra impetuosidad; que las imperfecciones de vuestro carácter cedan á su noble influencia; que su virtud sirva de estímulo á la vuestra; que su amor alimente vuestro amor; en fin, que su ternura sea un constante aliciente para vuestra indulgencia en su favor y para la proteccion que debeis dispensarla. Cumplid todos vuestros deberes como un verdadero grande de España, hijo mio, buscad la felicidad en la compañera que vuestro corazon ha elegido, así como en el amor de Dios.

Antes de separarse de Luis, el almirante le dió su bendicion, y en seguida, despidiéndose de Mercedes con las mismas ceremonias que á su llegada, se volvió á su carraca. Las lanchas fueron alejándose sucesivamente de la falúa, repitiendo los saludos varias veces

antes de llegar á reunirse á sus respectivos buques. Pocos minutos habian trascurrido, cuando ya las pesadas vergas se veian encorvadas al hendir los aires, y la flota bogaba directamente al Sudoeste, dirigiendo su rumbo, segun creian entonces, hácia las apartadas costas de la India.

Una hora entera habia pasado desde la partida de Colon, y el *Ozema* permanecia aun donde aquel le habia dejado; hubiérase dicho que los que iban á su bordo buscaban con sus miradas á sus amigos que acababan de partir. Por fin, desplegó sus velas, y el gracioso buquecillo enderezó su proa hácia la pequeña bahía á cuyo fondo se encontraba el puerto de Palos de Moguer.

La noche estaba deliciosa, el aire era perfumado, y al aproximarse el *Ozema* á la orilla se hallaba el mar tan tranquilo como un lago: la brisa era la suficiente para refrescar el aire y hacer que el pequeño esquife corriese una buena distancia cada hora. La tienda que nuestro héroe y nuestra heroina ocupaban durante el dia estaba situada sobre cubierta: se componia de una leta embreada estendida á manera de toldo, y en lo interior estaba adornada de una colgadura de preciosos tegidos, formando un lindo saloncito. Otra tela separada la cerraba por delante poniéndola á cubierto de las miradas indiscretas de la tripulacion, y terminando en una elegante cortina por la parte de la popa. En el momento de que vamos á hablar, aquella cortina estaba negligentemente recogida, y ambos esposos podian pasear la vista sobre la vasta estension de las aguas, y contemplar la magestuosa solemnidad del sol en su ocaso.

Medio recostada sobre un almohadon, Mercedes tenia la vista fija en el Occeano, y Luis, sentado á sus pies en un taburete, se entretenia en tocar la guitarra. En aquel instante acababa de tocar y de acompañarse con la voz la cancion favorita de Mercedes, y cuando dejó á un lado el instrumento, echó de ver que su joven esposa no le habia escuchado con la ternura y atencion que acostumbraba.

—¿Tu estás pensativa, Mercedes? la dijo inclinándose hácia adelante para cerciorarse mejor de la espresion melancólica de sus ojos, en los cuales casi siempre brillaba el entusiasmo.

—El sol vá á ocultarse por el horizonte que corresponde á la patria de la pobre Ozema, Luis, respondió Mercedes con voz un tanto temblorosa; esta circunstancia, unida al aspecto de este Occeano sin límites, imágen tan exacta de la eternidad, no ha podido menos de traerme á la memoria sus últimos momentos. ¡No debemos dudar que una tan inocente criatura no puede haber sido condenada á los eternos suplicios por el único motivo de que sus apasionados sentimientos y su espíritu aun no completamente iluminado la impedian comprender á fondo todos los misterios de nuestra religion!

—Mucho desearia que tus pensamientos se fijasen lo menos posible en semejantes objetos, amor mio; las misas y oraciones que se han mandado decir por su alma deberian haberte satisfecho, ó si acaso es tu deseo, se mandarán decir todavia mas.

—Asi lo haremos, repuso la jóven esposa con voz tan imperceptible que apenas se la oia, mientras que sus lágrimas corrian á lo largo de sus megillas. El me-



jor de todos nosotros necesita que rueguen por él, y nosotros debemos hacerlo por la pobre Ozema. ¿Te has acordado de repetir al almirante que haga cuanto esté en su mano en favor de Mattinao cuando llegue á la Española?

—Ya hemos quedado en ello, conque así, deja de ocuparte de semejante cosa. Hemos levantado en Llera un monumento y, si bien nos es permitido deplorar la pérdida de jóven tan amable, al menos no debe inspirarnos lástima su muerte. Si Luis de Bobadilla no fuese esposo tuyo, ángel querido, consideraria á Ozema mas bien como un objeto de envidia que de compasion.

—¡Ah! Luis, esa lisonja es para mí demasiado grata para que trate de reprenderte por ella, pero no me parece muy conveniente. A la verdad la dicha que me proporciona la seguridad de tu amor, el pensar que nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestro nombre y nuestros intereses son unos mismos, esa felicidad tan grande es solo miseria si se compara con las glorias seráficas de los bienaventurados; y de esta suprema dicha es de la que yo desearia pudiese participar el alma de Ozema.

—Pues no lo dudes, Mercedes; Ozema está disfrutando de cuanta felicidad es debida á su bondad y á su inocencia. Si en ventura iguala á la que yo esperimento al estrecharte de este modo contra mi corazon, no debe inspirarnos lástima por cierto. ¡Y dices tu que ella deberia ser diez veces aun mas dichosa!

—¡Luis, Luis, no hables en esos términos! Haremos, pues, decir aun mas misas en Sevilla, en Burgos y en Salamanca.

—Cómo tu quieras, amor mio. Se dirán todos los años, todos los meses, todas las semanas, á todas horas, y durante todo el tiempo que los sacerdotes crean conveniente.

Mercedes dió gracias á su esposo con una sonrisa, y su conversacion vino á amenizarse algun tanto, si bien adquirió un viso de melancolía. Una hora trascurrió asi, durante la cual se comunicaron mútuamente sus pensamientos con aquella dulce efusion que forma el encanto de las conversaciones entre dos seres que tan tiernamente se aman. Mercedes habia llegado á obtener un grande imperio sobre el carácter ardiente y sobre los impetuosos sentimientos de su esposo, y casi sin sentirlo, ella le iba formando poco á poco con arreglo á su propio corazon. Para conseguir aquella mudanza, que era un resultado de la influencia y no de un cálculo ó de un sistema, se hallaba Mercedes fuertemente secundada por las nobles cualidades de nuestro héroe, que no cesaba de repetirse á sí mismo que en adelante debia de procurar por la felicidad de otra persona ademas de la suya propia. Un ánimo generoso pocas veces resiste á semejante espediente, que corrige con mas facilidad los defectos leves que las reprensiones y las advertencias.

Sin embargo, puede asegurarse que el arma mas poderosa de Mercedes fué la ilimitada confianza que le inspiraban las escelentes cualidades de Luis, que tenia el mas vivo deseo de aparecer en realidad lo que, segun ella, habia venido á ser, opinion que la propia conciencia de Luis no siempre corroboraba.

En el momento en que el sol acababa de ocultarse,

entró Sancho anunciando que acababa de echar el ancla.

—Señor conde, ya hemos llegado,—Señora Doña Mercedes, nos hallamos en el puerto de Palos, á unas cien toesas del sitio en que D. Cristobal y sus valientes compañeros se embarcaron para ir á descubrir las Indias.

—Dios le bendiga mil veces, á él y á cuantos le acompañaron.

—La chalupa está dispuesta para conduciros, señora, y si acaso no encontrais aquí las catedrales y los palacios de Sevilla ó de Barcelona, al menos hallareis á Palos, á Santa Clara y la puerta del astillero, sitios que de aquí en adelante adquirirán mayor renombre que otros cualesquiera; Palos, con su punto de partida de la espedicion; Santa Clara, por haber contribuido á salvar á aquella de un descalabro con los votos que en sus áras se elevaron al cielo; y la puerta del astillero, porque allí se construyó el buque que montaba el almirante.

—Y tambien por haber sido testigo de otros acontecimientos, buen Sancho, dijo el conde.

—Efectivamente, señor, de otros acontecimientos ¿Quereis que os conduzca á tierra, señora?

Mercedes accedió. Diez minutos despues esta y su esposo se paseaban por la playa, á corta distancia del sitio en que Colon y D. Luis se habian embarcado el año anterior. La costa se hallaba cubierta de gentes que habian salido á disfrutar del fresco de la tarde, cuya mayor parte pertenecia á la clase mas humilde de la poblacion; pues, si yo no me engaño, de todos los paises favorecidos de un bello clima aquel es el úni-

co en que no se vé á sus habitantes mezclarse para disfrutar de aquella hora tan agradable de la noche.

Luis y su bella compañera, que solo habian desembarcado por hacer un poco de ejercicio, pues no ignoraban que su falua era mucho mas cómoda que todas las posadas de Palos, llegaron á mezclarse con la multitud que estaba paseando. No tardaron mucho en tropezar con un grupo de mujeres, jóvenes todas, que se espresaban con grande entusiasmo y en tono suficientemente alto para no perder nada de cuanto hablaban. Nuestro héroe y nuestra heroina aplicaron el oido, pues se trataba nada menos que del viaje al Cathay.

—Hoy mismo, decia una de ellas con tono magistral, se ha embarcado en Cádiz D. Cristobal, pues nuestros dos soberanos han considerado á Palos como muy pequeño puerto para hacer en él los preparativos de tan grande espedicion. Podeis tener por muy seguro cuanto yo os refiera, mis buenas vecinas, porque, como no ignorais, mi marido está empleado á bordo del mismo buque que manda el alnirante.

—¡Sois bien digna de envidia, vecina, solo por ser vuestro marido tan estimado de un hombre tan célebre y distinguido!

—¿Y cómo podia ser de otro modo? ¿No ha estado siempre á su lado en época en que fueron bien pocos los que se atrevieron á seguirle, y ha cumplido en todos tiempos fielmente con su deber? «Mónica, no, no, *buena* Mónica, me dijo el almirante en persona, tu Pepe tiene un verdadero corazon de marino: estoy muy contento de él; será, pues, contramaestre de mi carraca, y de este modo, tanto tú como tus hijes podreis vanagloriaros por todos los siglos de los siglos de

haber pertenecido á la familia de un hombre tan valiente.» Estas mismas fueron sus palabras, y cuanto me dijo, lo ha hecho: Pepe es á la sazon contramaestre, pero tambien las oraciones que yo dirijo al cielo por él bastarian para cubrir toda esta costa.

Luis se aproximó al grupo, despues de haber hecho su saludo, pretestando su curiosidad, para reconocer algunos pormenores acerca de una flotilla, de la cual habia formado parte. Conforme él se figuraba, Mónica no le reconoció bajo su rico trage, y contó de muy buena voluntad todo cuanto sabia y hasta lo que no sabia tambien. Aquella conversacion dió á conocer perfectamente hasta qué punto habia variado aquella mujer, trocando en escesivo entusiasmo su antigua desesperacion, lo cual demuestra lo bastante la revolucion que había esperimentado la opinion pública, debiendo deducirse por este caso particular la espresion del sentimiento general.

—He oido hablar mucho de uno llamado Pinzon que marchó en clase de piloto de una de las caravelas, añadió Luis: ¿qué ha sido de él?

—Ha muerto, señor, respondieron á la vez una docena de voces, si bien la de Mónica pudo descollar sobre las otras para referir su historia.

—En otro tiempo Pinzon era muy nombrado en este país, pero en el dia ha perdido toda su reputacion, asi como perdió la vida. Fué un traidor, segun dicen, y murió de pesar al ver á la *Niña* en completa seguridad en el puerto, cuando el trataba de recoger para sí solo toda la gloria de aquella empresa.

Luis habia estado demasiado distraido con sus asuntos personales para pensar, hasta entonces, en averi-

guar qué habia sido de Pinzon; continuó, pues, su paseo, triste y reflexivo.

—¡Ojalá sufran siempre igual suerte las culpables esperanzas y los designios criminales que Dios no puede ni debe favorecer! esclamó apenas se vió lejos de aquel sitio; la Providencia ha protegido al almirante, y á la verdad, amor mio, que yo no tengo menos que agradecerle.

—He aquí Santa Clara, repuso Mercedes: Luis, yo desearia entrar para dar gracias al cielo de haberte salvado, y al mismo tiempo dirigir una oracion al altísimo por el futuro éxito de D. Cristobal.

Entraron en efecto en la iglesia, y fueron á arrodillarse ante el altar mayor; pues en aquella época los mas decididos guerreros no se hubieran avergonzado, como en el dia sucede, de manifestar públicamente agrademiento y sumision hacia su Dios. Llenado, pues, aquel deber, la feliz pareja volvióse silenciosamente hácia la costa y ocupó su falua.

Al amanecer del dia siguiente, el *Ozema* se dió á la vela para Málaga, temiendo Luis ser reconocido si permanecia mas tiempo en Palos. Nuestro héroe y nuestra heroina arribaron felizmente al puerto, y á poco rato llegaron á Valverde, principal posesion de Mercedes, donde los dejaremos disfrutar de una felicidad tan completa como es posible, existiendo una enérgica pasion en el corazon del hombre y un amor desinteresado y pureza de sentimientos en el de su compañera.

La España ha conocido despues otros Luises de Bobadilla entre sus nobles y sus grandes; otras Mercedes han llenado de gozo y á veces han destrozado el corazon de sus adoradores; pero no ha habido mas que

una sola Ozema. Esta Ozema apareció en la córte en el siguiente reinado, brilló en ella un solo instante, así como la estrella que arroja su fulgor en un cielo sin nubes. Su carrera fué bien corta, pues murió muy jóven, derramándose sobre su tumba infinidad de lágrimas.— En parte es debida á esta enojosa reunion de circunstancias la obligacion que nos hemos impuesto de entresacar de documentos por largo tiempo ignorados y que tienen relacion con aquella época tan abundante en acontecimientos la mayor parte de los hechos que hemos referido en esta leyenda.

FIN DE LA NOVELA.

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

I.

Hácia aquella parte de la ciudad de Diepe que dá en frente de la aduana y va á terminar en el puerto, ostentando con coquetería la línea blanca de sus casas, se distinguian ya en 1827 muchos edificios, cuyo solo aspecto revelaba las comodidades que disfrutaban sus moradores. Habiendo pasado casi todos estos edificios al poder de familias inglesas, ofrecian á la vista una larga série de cortinas de colores, puertas de un hermoso verde con sus tiradores de cobre reluciente, cristales limpios y (cosa sorprendente, atendida la localidad) algunas macetas de flores sobre sus ventanas ó azoteas. Elegantes cabalgatas surcaban desde por la mañana la arena amarilla estendida á guisa de alfombra delante de sus fachadas, y por las tardes, como en una calle estraviada de Nápoles, el estranjero y el ocioso paseante hubieran podido recoger al paso muchas melodías argentinas producidas por el piano de alguna Corina de Escocia ó de Irlanda.

En medio de una hermosa mañana del mes de se-

tiembre, la mayor parte de las casas de que acabamos de hablar aspiraban las brisas refrigerantes del mar por sus persianas entreabiertas, y hácia una de ellas, que forma el ángulo del muelle, se dirigian tres personages hablando familiarmente. El de mas edad, por el solo corte de su frac verde, de gruesos botones de oro, sobre los cuales habia esculpidas enormes cabezas de lobo, representaba muy á lo vivo uno de esos *gentlemen* algo encorvado que se vé en los cuadros de cazas inglesas; el mas jóven tenia toda la desenvoltura de un verdadero parisien.

Su compañero era un hombre de 33 á 34 años, y parecia sério y meditabundo.

—¿Con qué os empeñais en presentarme á lady Southwel, mi querido Rodolfo?

—Así es la verdad, doctor, y os lo exijo con tanta mas razon, cuanto que podeis serle útil. Una mujer nerviosa, enferma...

—Creo que esta es la hora en que suele levantarse, replicó el jóven baron Rodolfo de Nanteuil; preguntad á sir Roberto....

Introducidos pronto por un camarero anciano, hallaron á lady Southwel en un elegante gabinete con un periódico inglés en la mano. Al ver la palidez estraña de su hermosa fisonomía y la sonrisa nerviosa que agitaba sus lábios delgados, cualquiera observador hubiera podido adivinar el combate violento que atormentaba su alma. Levantándose no sin algun trabajo, saludó á sus nuevos huéspedes con aire inquieto.

—No me habiais anunciado anticipadamente vues-

tra visita... esta presentacion... balbuceó lady Southwel.

Su mirada seguia todavía interrogando al médico, cuando sir Roberto se apresuró á llevarlo de la mano hasta el sofá donde estaba sentada la hermosa inglesa, diciéndola:

—Es el doctor Bernard, médico de los baños de Diepe.

—¡El doctor! replicó lady Southwel. ¿Sois doctor, caballero?

—¿Necesitais su diploma? esclamó Rodolfo soltando una carcajada. El doctor Bernard es el Hipócrates por escelencia, el grande, el sublime doctor. ¡Ha hcoho aquí cosas maravillosas!

Lady Southwel se estremeció y dijo con acento que revelaba su turbacion:

—Seais bien venido, caballero. Presentado por el baron Rodolfo de Nanteuil y por sir Roberto...

—Estos señores me han dicho que estabais enferma, señora...

—Hoy no... me siento mejor hace algunos dias, añadió haciendo un esfuerzo singular para disimular su emocion.

La presencia del doctor, y sobre todo, el sonido de su voz parecian haber sumergido á lady Southwel en una especie de estupor indefinible. Acariciando entonces con la mano á un lindo perrito faldero de la raza inglesa de los Kingis Charles, miraba á aquel hombre con la misma curiosidad que escita un enigma. El entretanto habia dejado su baston y su sombrero en el ángulo mas oscuro de aquella pieza, y manteniéndose de pié, aparentaba hojear muchos cuadernos de música esparcidos sobre el piano.

Este hombre era de alta estatura, y sus cabellos entre canos indicaban sin duda los estragos del estudio. La impasibilidad ordinaria de sus acciones era realzada por el color bilioso de su tez, y la espresion de su mirada se hacia solamente imperceptible bajo la ancha cubierta de tafetan azul que acompañaba sus anteojos. Llevába una levita de corte muy estrecho, especie de condescendencia á las modas inglesas que le daba buena acogida entre sus clientes británicos, y por último, una corbata negra, cuyas puntas simétricas caian sobre la pechera de su camisa, completaba el severo conjunto de su persona.

Mirábale lady Southwel, como hemos dicho, con una obstinacion de pensamiento y de exámen que ella misma no podia dominar, y llevando al baron Rodolfo de Nanteuil al alfeizar de una ventana, le presentó una hoja, que no habia cesado de estrujar maquinalmente entre sus dedos durante la primera parte de aquella escena. La uña sonrosada de la hermosa lady, incrustada en la mitad del diario, indicaba á Rodolfo un artículo de pocas lineas, artículo violento y personal por el estilo del *Satyrist*, mosca inglesa que pica indistintamente al lord y al plebeyo, á la duquesa y á la modista.

—Leed esto, dijo á Rodolfo; bien sabeis que no tengo secretos para mis amigos...

—Y yo me opongo á ello, interrumpió friamente sir Roberto; el baron Rodolfo de Nanteuil no está, como vos y yo, aguerrido contra los ataques de la imprenta inglesa, y acaso ignora que se puede calumniar entre nosotros sin nombre de autor y á tanto la línea. No leais ese diario, baron, y puesto que lady South-

wel me ha escojido por su confidente y su abogado, debo, como pariente suyo...

—De nada me remuerde mi conciencia, replicó con dignidad lady Southwel; muchos de nuestros compatriotas reciben aquí ese diario, y yo debo enseñarlo á mis defensores naturales. Acaso no lo sea demasiado el señor doctor, añadió lady Southwel volviéndose hácia el médico Bernard.

—¡Yo, señora! ¡Oh! toda mi vida bendeciré la feliz casualidad que me permita ser útil á una persona tan noble como vos. Ignoro de que se trata; pero no reconozco en ninguna persona indiferente el derecho de decírmelo... Cuando se os ha visto una sola vez...

—No os ocupeis ya de ese artículo, señora, replicó con farfantonería Rodolfo de Nanteuil, que acababa de recorrer rápidamente el diario. Dios quiera que nó encuentre en esta ciudad algun tonto ó enemigo, porque os juro que le mataré.

Y con mano todavía alterada por la cólera presentó el *Satyrist* al doctor, que lo tomó sin vacilar.

—Esto es infame, dijo el doctor despues de haber leido. ¡Y es en Lóndres donde se atreven á imprimir semejantes cosas!

—Allí se calumnia á un francés, interrumpió Rodolfo llamando la atencion del doctor sobre el artículo. Leed... es un frances á quien acusan de haber sido hace dos años la causa de un divorcio entre lady Southwel y su marido... Vos, que sois hombre de honor, ¿no conoceis el nombre de ese miserable?... Está escrito con todas sus letras:—*Dionisio.*

—No conozco ese nombre, y por otra parte, es demasiado comun, replicó tranquilamente el doctor to-

mando de su ceja un polvo de tabaco. Hacerse el eco de la mentira es una vergüenza; esas acusaciones absurdas no hallarán aquí crédito alguno. ¿Quereis que me encargue de publicar una carta en uno de los periódicos de esta ciudad?

—No por cierto, doctor, replicó el baron, porque eso seria traducir la calumnia. Leedla en inglés y es bastante.

—Segun eso, señora, replicó el doctor Bernard, han encontrado medio de envenenar los dias pacíficos de vuestro retiro, haciendo llegar hasta vos este periódico como se lanza un dardo mortal á su enemigo. Aunque sé que muchas personas consideran inútil el médico del cuerpo para las heridas del alma, permitidme, sin embargo, que mis visitas...

—Os pido perdon por esta, caballero, respondió lady Southwel con tristeza; dispensadme que no haya podido dominar mis impresiones en vuestra presencia.

El doctor inclinó la cabeza respetuosamente; Rodolfo y sir Roberto se habian aproximado instintivamente á lady Southwel y le hablaban en voz baja. Recostada en el sofá; vestida con un traje blanco en forma de peinador, que aumentaba el encanto singular de su palidez; enlazadas las manos, que descansaba sobre su regazo, y apoyados los pies sobre su perro favorito, lady Southwel parecia una de esas imágenes fantásticas creada por el pincel de un hábil artista. Alguna que otra lágrima se desprendia por intérvalos de sus párpados húmedos, y el ligero círculo azulado estendido bajo sus hermosos ojos oscurecia su tez, como hace con el mar la sombra de una nube.

En aquel momento dieron las tres en el reloj del

salon. El doctor Bernard tomó su baston y sombrero, y disculpándose con una visita indispensable, se despidió de lady Southwel despues de haber prescrito algunas indicaciones que reclamaba su estado.

—¿Os ha desagradado la visita del doctor? dijo el baron Rodolfo de Nanteuil despues de algunos instantes de silencio. El doctor Bernard es un hombre de escelente tono, aunque algo frio.

—Hace algunos dias, baron, que tengo unas ideas muy raras, y mirad ese diario... ese diario parece presajiarme alguna desgracia.

—Dejad hablar á vuestros envidiosos y enemigos. ¿No teneis un brazo en que podeis apoyaros en lo sucesivo? replicó Rodolfo. La hermosa lady Southwel habrá visto que cuando llega la ocasion no dejamos impune la injuria. Cuando puede uno contarse en el número de los mejores discípulos de Grisier, que tiene muchos...

—Ciertamente, baron, no dudo ni de vuestro valor ni de vuestra destreza. Sois jóven, bien educado, agradais á cuantos os tratan, debeis agradar; sobre esto no cabe disputa; pero tened la bondad de someteros como yo al juicio imparcial de sir Roberto, y preguntádle si no es peligrosa empresa defender á cada momento á una mujer.

—¿Y por qué? Cuando la malignidad se ceba en ella, ¿es conveniente dejarla abandonada á sus tiros venenosos? ¿No es entonces un imperioso deber para cualquier hombre sacrificarse y esponer sus dias por su causa? Yo á lo menos creo que esto es lo que cumple hacer á un caballero.

—O á un hombre galante.... añadió maliciosamente

lady Southwel. Escuchad, baron: si he escogido este año las playas de Diepe para seguir el régimen de baños que me está prescrito, es porque pensaba estar al abrigo de la maledicencia inglesa en un puerto de Francia. Habeis herido gravemente en desafío á un elegante de Escocia, al jóven Seidney, que, segun me habeis dicho, me habia insultado en Spá hace un año; desde entonces os habeis erijido en mi caballero, y Dios me libre de dirijiros por ello la menor reconvencion. Sin embargo, debeis conocer que seria pregonarme y perderme el haceros aqui de nuevo mi campeon. Asi pues, como sé que teneis una mano muy desgraciada, os suplico que nada hagais...; las tropas no deben obrar sino por órden del general; pues bien, cuento con vuestra promesa de no sacar la espada delante de sir Roberto para defenderme.

—Muy bien, señora, muy bien, replicó el baron Rodolfo como ofendido: comprendo. Eso es decirme que no tengo derecho alguno para protegeros, y que mi tutela podria pasar por un insulto. Permítidme que os diga á mi vez, delante de sir Roberto, nuestro amigo comun, que no es culpa mia si el interés que por vos he tomado no ha producido resultado alguno; lejos de mí el pensar en vuestra fortuna: la mia me evita la injuria de semejante sospecha; pero vuestra negativa á aceptar la mano de un hombre que confesais digno de agradaros...

—En esa negativa, interrumpió lady Southwel levantándose, no debeis ver otra cosa que el respeto de una mujer á su propia honra. Mientras mi marido exista, divorciada ó no, no debo pertenecer á otro hombre.

El tono absoluto con que fueron pronunciadas estas palabras sorprendió en tan alto grado á Rodolfo de Nanteuil, que necesitó por lo menos dos segundos para reponerse y deslizar al oido de sir Roberto estas palabra,s que lady Southwel no oyó:

—¡Par diez! ¡No la suponia tan puritana.!

El baron habia comprendido que era por lo menos inoportuno en aquel momento entablar la conversacion sobre el capítulo de constancia ilimitada, y se contentó con deshacer entre sus dientes algunos bizcochos secos que estaban destinados para el perrito; llevándose despues á sir Roberto á la ventana, le hizo observar muchos grup s que se dirijian hácia el paseo acostumbrado de la playa.

—¿Lady Southwel quiere aceptar el brazo de su abogado? dijo sir Roberto sacando su reloj; dentro de algunos instantes podremos oir en los baños esa milagrosa sinfonia de Haydn que tanto le agrada.

—Con mucho gusto, contestó ella, sir Roberto; mi brazalete....

—¿Vuestro brazalete? ¿No os acordais que hace tres dias lo perdisteis en la costa?....

—Si, pero ya ha parecido. ¡ Como! ¡No sois vosotros á quienes debo dar gracias por el hallazgo? Continuó mirando á los dos con sorpresa. Al levantarme esta mañana vi mi brazalete sobre el tocador, y creí...

—Algun amante misterioso, esclamó Rodolfo con despecho.

—O ese profesor aleman que comiendo el otro dia conmigo en una mesa redonda, me habló de vos un cuarto de hora largo, dijo sir Roberto.

—Señora, la persona que trajo esta mañana el bra-

zalete pide permiso para entrar..... dijo Harry, el ayuda de cámara.

—¡Diablo! murmuró Rodolfo retorciéndose el bigote, se conoce que trae prisa.... Me alegraria verle, aunque tuviese que retardar el paseo.

La puerta del salon no tardó en dar paso á un hombre, cuya sola aparicion causó la mayor sorpresa á Rodolfo. Era el bañero acostumbrado de lady Southwel, joven de 25 años, vestido con la blusa azul propia de los bañeros de Diepe; su fisonomia era á la vez dulce y resuelta; sus cabellos, negros como el azabache, caian en rizos por ambos lados de su cuello; era robusto y gracioso en toda su persona.

—¡Langlois! esclamó lady Southwel con turbacion y sorpresa.

—El mismo, señora, el mismo... Perdonad esta libertad... Venia á saber si habiais encontrado el brazalete....

—Sí, lo he encontrado, Langlois. ¿Podrás decirme quién te encargó hacer esta restitucion?

—Nadie, nadie... escepto yo.

—¡Cómo! ¿Has sido tú?...

—¡Ah! ¡Preciso es convenir en que he hecho mal!.. Yo me paseaba por la costa no tan tarde como esta mañana, porque hay allí una capilla abandonada, á donde nosotros los marineros vamos todavía de vez en cuando á rezar algunos *Padre nuestros y Ave Marías*, y como y estaba triste, me puse á orar.. ¡Asi se pasa el tiempo! Verdad es tambien que mi pobre hermana está enterrada allá arriba, donde se ven cabras que pacen, y no hay un solo sacerdote para servir la capilla. Era el aniversario de la muerte de Juana. Des-

pues de haber orado sobre su huesa muy devotamente, cuando media con la vista la roca sobre la cual me hallaba, hé aquí que de repente veo brillar una cosa en la escavacion de la roca; me pongo á mirar, y reconozco vuestro brazalete, que se os habia caido paseando la víspera; vuestro bracelete, que tanto sentiais haber perdido, que hace tres dias estais buscando, y por el cual me preguntasteis cuando fuisteis á bañaros. Enajenado de gozo, me agarré al peñasco, cojí el brazalete y os lo traje corriendo.

—¡Pero veo sangre en tu mano! ¿Estás herido?

—¡Oh! nada, un rasguño. ¡Esas rocas son duras como un diablo!

Mientras hablaba asi el bañero, escuchándole lady Southwel con una emocion que no podia dominar, Rodolfo sacó de su bolsillo una moneda y la echó en el sombrero de hule que Langlois tenia en la mano.

—Toma para tí, dijo, y si quieres beber un vaso de vino en la cocina, voy, con permiso de la señora, á dar órden para que te conduzcan....

—No necesito vuestro dinero, respondió Langlois desdeñosamente. Nada me debe la señora....

—¡Diablo! ¡Te las echas de delicado! replicó el baron.

—Es conocido antiguo, se apresuró á decir lady Southwel; creia habéroslo dicho, y ademas, Langlois es mi protejido... ¿No es verdad? continuó dirigiéndose al bañero.

—¡Oh! si, señora; jamas lo olvidaré... respondió Langlois bajando los ojos con respeto.

—Esa no es una razon para rehusar lo que se ofrece, replicó con altivez Rodolfo de Nanteuil. El anun-

cio de la pérdida de vuestro brazalete decia que se daria una *recompensa honrosa*, y no veo ningun mal....

—Mi recompensa está aquí, esclamó Langlois poniendo la mano sobre su corazon.

—¿Nos dejais, Langlois? dijo lady Southwel viendo al bañero que se disponia á salir.

—Sí, señora, respondió Langlois mostrando á lady Southwel una larga nube negra que flotaba ya como un manto sobre el mar. El tiempo está borrascoso, y no hace una hora que hemos visto un *cutter* balancearse sobre las olas.

—¡Un buque inglés! esclamó sir Roberto con ansiedad.

—Sí, milord, y con poca seguridad de llegar hasta nosotros sano y salvo. Si el cutter vuestro compatriota y amigo entra en bahia antes de siete horas...

—Pronto, venga un anteojo, Harry, un paraguas y mi baston de silla.... Id, corred, hallareis todo esto en mi casa, cuarto núm. 7, fonda Real, esclamó sir Roberto saliendo de su habitual apatía.

—Mas sencillo es que yo os acompañe, milord, dijo Langlois; supongo que no desconfiais de mí. Yo no no me llamo Satanás, y no puedo hacer sumergir á vuestros compatriotas.... aunque en cierto tiempo....

Langlois murmuró algunas palabras que sir Roberto no oyó.

—¡Vaya un gusto! dijo Rodolfo á sir Roberto. ¡Mojaros los pies en el muelle por el honor de la vieja Inglaterra! *¡Rule Britannia!* ¡Vais á cojer un buen constipado!

—A lo menos volved pronto para el baile, añadió

lady Southwel en tono afectuoso que acabó de exaltar al inglés. Envuelto en su capote de barragan, provisto de su anteojo y de su baston, que Harry acababa de traer, sir Roberto partió como debió partir Vasco de Gama.

—Hasta mañana, Langlois, si el mar lo permite, dijo lady Southwel á su bañero dándole las gracias con una mirada. No vayais á esponeros esta tarde para que os vea mañana.

—¡Oh! yo no me mezclo en la entrada de los buques en el puerto; esto corresponde á los pilotos.

Langlois saludó á lady Southwel, y siguiendo á sir Roberto, que marchaba á pasos acelerados, llegó al muelle, donde ya se habian reunido todos los marinos y estranjeros que la ciudad contaba.

II.

El peligro que corria la embarcacion designada era real y efectivo. Ademas de la gran marejada que levantaba un viento del noroeste y que amenazaba cubrir á cada instante al cutter, este buque tenia que luchar con el mismo obstáculo de su entrada, pues la posicion de la bahía de Diepe ofrecia graves dificultades para la maniobra.

De enmedio de aquel velo brumoso estendido sobre el Occéano, apenas se divisaba alguna que otra ola espumosa, y las riberas, estendiéndose como una serpiente de greda, se destacaban vigorosamente sobre aquel fondo austero y negro. Una noche profunda habia envuelto ya las torrecillas del Castillo Fuerte, y sobre el muelle coronado de gente enviaba el mar de vez en

cuando un turbion de espuma que bañaba las losas.

Agitado por el balance, el cutter, que traia izado el pabellon inglés, no dejaba de correr bordadas mas ó menos seguras para aproximarse á la costa, y era fácil conocer que se gobernaba con tanta habilidad como destreza, pues no habia hecho hasta entonces la menor guiñada. Graciosamente aparejado á imitacion de los mas hermosos *yachts* de Lóndres, observaba una maniobra tan estricta, que era el blanco de las miradas atónitas de los marinos franceses.

Ya sir Roberto, con el auxilio de su anteojo de larga vista, habia reconocido en aquel buque ligero á un cutter del club de los yachts. Distinguia perfectamente los seis ó siete hombres que lo tripulaban, su uniforme, que consistia en una camisa pegada al pecho, rayada de blanco y encarnado trasversalmente, sus sombreros de cuero cocido y sus fajas mojadas por el agua del mar. Encerrados en tan pequeño espacio, aquellos marineros no le inspiraban temor alguno, pues tenia respecto de ellos esa confianza innata que raras veces dejan de conceder los ingleses á la ciencia naútica de sus compatriotas.

A su lado estaba Langlois, cuyas miradas seguian aún con mayor atencion que las suyas la maniobra del cutter. Acostumbrado desde su infancia á las mil peripecias de ese gran drama que se llama mar, natural de Diepe, huérfano á los 10 años y grumete á los 14, el bañero habia mamado con la leche ese odio tradicional de los normandos á la marina inglesa, ódio vivificado en él por un resentimiento particular, cuyo secreto poseian solo algunos de sus camaradas. Dotado Langlois de una fuerza hercúlea, hijo de un marino

muerto en el servicio, habia conocido desde muy jóven que no habia nacido para arriesgar su vida en simples barcos de pesca; despreciaba en el fondo de su corazon á esos pobres marinos que no se mueven sino por las almejas, el arenque ó un barco venido de Terranova. Asi pues, la marina militar llegó á ser su sueño dorado; habíase embarcado como simple grumete y recorrido el mundo. ¿Por que fatalidad se encontraba á los 30 años de bañero en la ciudad de Diepe? ¿A qué incidente, á qué casualidad debia su retirada ó su despedida de la marina? ¿Su carácter áspero y salvaje, su natural altivez y sus instintos desdeñosos le habian dado á conocer los graves peligros de la subordinacion? El solo hubiera podido contestar á estas preguntas.

Apoyado sobre el parapeto del muelle, observaba los movimientos del cutter como un cazador armado de su escopeta espia los de un pájaro herido que lucha con la muerte.

De repente acometió una oleada al buque con tal violencia, que salieron de la multitud mil gritos de espanto. Vióse en seguida á una lancha, que la oscuridad no habia permitido distinguir hasta entonces, atracar á uno de los costados del cutter. Era el piloto del puerto que acudia en su auxilio.

—¡No hay gente tan feliz como los ingleses! murmuró Langlois sordamente, brillando en sus ojos una luz siniestra que aterró al mismo sir Roberto. En vano este quiso interrogarle para tranquilizarse y desechar toda idea de peligro; pues el bañero le habia ya vuelto la espalda y se habia perdido entre las apretadas filas de los espectadores.

No tardó sir Roberto en ver al cutter entrar magestuosamente en bahía. Las alegres salvas de música que salian de su bordo, sus gallardetes y flamulas agitadas por el viento, sus voces confusas resonaron pronto en el alma de sir Roberto como el himno real del *God save the King* resuena siempre en el corazon del verdadero inglés. Los mil papanatas parisienses que habian acudido de todas partes para ver una tempestad desde el muelle, acompañaban con sus gritos de alegria á aquella embarcacion, que se balanceaba todavía agitada por las olas. Los hombres de la tripulacion, mojados desde la cabeza hasta los pies, permanecieron todos sobre la cubierta del buque, á escepcion de un personage, á quien sir Roberto se apresuró á dar la mano apenas lo hubo reconocido. El conjunto de aquel hombre anunciaba uno de esos tipos ingleses, de quien el lapiz del satírico Monnier hubiera sacado mucho partido; era rechoncho, se meneaba con trabajo á causa de tener las piernas muy cortas, llevaba un sombrero de ala ancha, guantes de gamuza, un frasco de esencia y un paraguas. Una enorme chalina liada al rededor de su cuello, un sobretodo de paño gris y botas forradas completaban su gracioso talante británico.

—¿Sois vos, comodoro? esclamó sir Roberto dando tres pasos atrás. ¿Qué viento os trae aquí?

—Un viento muy malo, como habeis podido ver, sir Roberto, pero ante todas cosas cenemos; porque desde que salí de Brighton no he comido mas que galleta. Vos, que conoceis la playa, guiadme, amigo mio, hasta una taberna cualquiera; dejo á mi amigo Rook á bordo del cutter para que dé las órde-

nes necesarias; pero no tardará en venir á buscarnos.

—En la actualidad solo podeis hospedaros cómodamente en la fonda de los Baños, respondió sir Roberto. Dadme el brazo, luego que deis vuestras instrucciones al capitan Rook, con quien me parece que he estudiado en otro tiempo en Cambridge.

—Lo que no es imposible, sir Roberto, dijo el comodoro poniéndose en marcha despues de haber dicho algunas palabras al oido del capitan Rook; pero esto no impide que Rook tenga la cabeza dura como un peñasco. No ha querido seguir ninguno de mis consejos en la travesía, y le debo una apuesta...

—¿Una apuesta?

—Sí por cierto, ya sabeis que ese es mi fuerte Ayer nos reunimos á comer en la fonda de Glocester muchos *gentlemen* y oficiales, y ya llevábamos rotos muchos platos de loza de Wodgewood, cuando á fuer de marino me creí obligado á hablar de mis campañas en la India. El vino de Bucelas que habíamos bebido, y sobretodo, las bravatas de mi amigo Rook me exaltaron hasta el mas alto punto, y creyéndome obligado á replicar, aposté mil guineas á que haria en un cutter que yo escojiera la travesía desde Brighton hasta Diepe en nueve horas. Todos me tuvieron por loco, y aun yo mismo, al despertar esta mañana con la aurora, no pude formar otra opinion de mi persona; pero me presentaron un papel firmado, y me ví obligado á llevar adelante la apuesta. La desgracia ha querido que Rook y un temporal se hayan mezclado en este asunto, y que en vez de nueve horas haya empleado quince, perdiendo la apuesta. ¡Mil guineas! ¡Cara apuesta!

—Siempre sereis jóven, mi querido comodoro; paréceme, sin embargo, que en nuestra última entrevista en Lóndres...

—¿En la época de mi casamiento? Sí, ya me acuerdo; no hablemos de eso, mi querido sir Roberto, pues no he venido aquí para enternecerme, y por otra parte, continuó sentándose de golpe sobre una silla, me parece mejor que pensemos en cenar. Sois mi convidado, y no os suelto de la mano.

Acababan de entrar los dos en una sala espaciosa que daba al mar, y en la cual se veian muchas mésas sin manteles y alumbradas solamente por la luz de una lámpara humosa. Sir Roberto pudo con mucho trabajo distinguir los objetos; no habia en toda la sala mas que un solo hombre sentado en un rincon y vuelto de espaldas, el cual estaba cenando. Sir Roberto y el comodoro no fijaron en él la atencion, y se pusieron á hablar apenas les cubrieron la mesa de platos y botellas. Llenaron sus vasos, y el comodoro no tardó en olvidar, al verse al lado de un compatriota, la pérdida de su apuesta y los peligros de la travesía.

—Segun eso, mi querido Southwel, sois completamente feliz, replicó sir Roberto fijando en el comodoro una mirada clára y penetrante, como si hubiera querido sondear en él alguna herida.

—Tan feliz como puede serlo cualquiera cuando no corre ya los peligros del mar, encuentra una buena fonda y es viudo... Tres cosas que no son indiferentes, continuó llenando un vaso de vino.

—¿Y vos no os reconvenis de nada?

—De nada absolutamente... sino es de haber per-

dido mi apuesta, lo cual no dejará de perjudicarme en el club de los yachts, del cual soy tesorero...... Por mi ánima, añadió el comodoro bebiendo un vaso de vino de Madera; os aseguro que mi conciencia está tan tranquila como la de un cuáquero, y puesto que debemos hablar aquí como amigos, no me acuso mas que de dos cosas.

—¿De cuáles?

—La primera, haber mandado zurrar á un pobre diablo de grumete hasta desollarlo vivo; y la segunda, de no haber matado al francés que se introdujo en el cuarto de mi esposa, de la cual he tenido que separarme despues de este escándalo.

—¡Lady Southwel está inocente! afirmó sir Roberto.

—Me olvidaba de que es parienta vuestra, sir Roberto. No acuso á lady Southwel; demasiado se encarga de hacerlo por mí todo Lóndres. Quiero hablaros solamente de mi grumete, de un jóven cuyo nombre he olvidado, pero cuyo rostro creo ver todavía, á pesar de haber trascurrido ya trece años por lo menos... Figuraos que visitaba entonces el puerto de Tolon, y el capitan de la fragata francesa *Sofía* me habia dispensado el honor de convidarme á su bordo; aun no me habia casado con mis Olimpia Smith, despues lady Southwel; pero la acompañaba con su padre á la visita de aquella fragata, cuando el capitan tuvo el capricho de empeñarse en que nos quedáramos á comer con él. Entramos, pues, en la cámara del capitan, donde debian servirnos á la mesa tres de sus grumetes. El mas alto de los tres, á quien el dia anterior habia dado el grado de capitan de grumetes, grado convencional

que, como sabeis, se dá al mas diestro, se mostraba tan solícito para servir á mis Olimpia, al mismo tiempo que tan negligente respecto de mí, que se me subió la mostaza á las narices, y aproveché el instante en que aparentaba no oirme para dejar caer sobre el suelo un hermoso salero de Sevres que se hizo mil pedazos. El capitan se puso de muy mal humor, y yo eché la culpa al grumete, que me respondió insolentemente que no servia mas que á su amo y á la dama que habiamos llevado allí. Furioso con esta respuesta, me quejé al capitan exigiendo de su parte un castigo inmediato. Acostaron al grumete sobre la cureña de un obus, le desnudaron hasta la cintura, y un marinero le midió las espaldas á gratelazos por espacio de mas de media hora.

—¡Mas de media hora!

—Despues de estos postres, durante los cuales lanzó el pobre diablo gritos penetrantes, lo enviaron á reflexionar el resto de la noche á los masteleros de juanete, donde esperaban hallarle al dia siguiente, cuando se supo que de cansancio ó de desesperacion se habia dejado deslizar al mar durante la noche y la alegre algazára que habia seguido á nuestra cena. Me olvidaba de deciros que á no haber sido por mis Olimpia, el desgraciado grumete hubiera visto prolongar sus azotes; ella fué la que intervino é hizo cesar el suplicio. Cuando una mujer ha hecho una cosa buena en su vida, sir Roberto, se la debe tomar en cuenta, ¿no es verdad? dijo el comodoro. ¿No bebeis?

—Escuchad, comodoro, voy á hablaros con toda formalidad. Hasta aqui no habeis visto en mí mas que

un pariente de lady Southwel, un amigo... permitidme que sea tambien su abogado.

—¿Pues qué no se ha encargado la ley de romper mis lazos con lady Southwel?

—¡La ley! A pesar de sus infinitas pesquisas aun no ha podido encontrar á ese hombre, el cobarde que queria deshonraros dejó á Lóndres el dia despues de su crímen; ¿pero la misma conducta de lady Southwel no es la mejor protesta contra semejante acusacion? Al separarse de vos para siempre ha llevado una sola esperanza: la de rehabilitarse á vuestros ojos. Entre tanto sigue siendo el blanco de los denuestos, de la calumnia y de los sarcasmos. Los periódicos de Lóndres se han apoderado de lo que llaman su crímen, y se complacen en propalar injurias anónimas contra la reputacion de una infeliz mujer. ¡Paréceme, comodoro, que estais bastante vengado!

—Sir Roberto, es una lástima que no hayais seguido la carrera del foro, pues creo que sabriais defender la peor de las causas. Ya que habeis querido tocar este punto, debo deciros que vais á quedar contento de mí. Ignoro, no quiero saber en que lugar se ha retirado lady Southwel; pero quiero aumentar su patrimonio con la cesion de todos mis bienes, que la asegurarán una independencia noble. Déjola en libertad de casarse con su seductor, y puede hacerlo desde mañana mismo.

—Poco á poco, comodoro; veo que no me habeis comprendido. Os he dicho, y repito, que lady Southwel no comprará jamás á costa de su honra la fortuna y la libertad. En cuanto á ese hombre que llamais su seductor, ella desea vivamente verle cara á

eara. ¡Porque un miserable haya tenido la osadía de penetrar furtivamente en su estancia, no se cree ni desonrada ni culpada! Tarde ó temprano, no lo dudeis, brillará la verdad; tarde ó temprano, vos mismo... Pero alguien nos escucha aquí, esclamó repentinamente sir Roberto interrumpiéndose. ¿Quién es aquel hombre? prosiguió dirigiéndose al único convidado de la sala, en quien no tardó en reconocer al doctor Bernard. ¿Sois vos, doctor? ¿Y por qué no os habeis acercado hácia nosotros?

—Pensaba... habia creido... respondió el doctor visiblemente disgustado de haber sido visto: no conozco al comodoro Southwel, añadió Bernard haciendo una reverencia.

—¿Quereis que os presente al comodoro... amigo mio? preguntó sir Roberto en un tono de fria política.

—Mil gracias, respondió Bernard; estais hablando con él, y deseo que continueis.

Sir Roberto volvió á sentarse á la mesa colocada en el estremo de la sala, sin observar que el doctor Bernard le seguia con la vista y gran ansiedad durante el curso rápido de las siguientes preguntas y respuestas que mediaron ente él y el comodoro:

—Segun eso, comodoro, insistís en no ver mas á lady Southwel; pero puesto que tratais de cederle vuestros bienes, ¿no pensais darle la prueba de esta cesion?

—Aquí la tengo ya escrita y corriente. Sí...... una donacion completa que he hecho legalizar en Lóndres. Creyendo que estábais en Diepe, queria ponerla en vuestras manos. Mañana temprano os la comunicaré...

—Pues bien, caballero Southwel, os suplico que tengais presente lo que voy á deciros, replicó sir Roberto levantándose: lady Southwel no solamente rehusará vuestros beneficios, sino que me ha declarado que mientras vivais no contraerá nuevo matrimonio. Las riquezas son para ella una afrenta cuando puede ser puesto en duda su honor. Y ahora, ¿creeis en la inocencia de vuestra esposa?

Al pronuciar sir Roberto estas palabras aparecia á los ojos del mismo comodoro con todo el brillo de un generoso defensor. Sin duda pensaba prepararle poco á poco para una entrevista y lograr una escena decisiva entre lady Southwel y él, cuando el capitan Rook, seguido de muchos hombres de la tripulacion, entró bruscamente en la sala. El comodoro se alegró en secreto de romper una conversacion en la que se le representaban sus agravios bajo los colores mas vivos; así es que no tardó en desterrar aquellos recuerdos para echar brindis y bravatas.

—¡A vuestra salud, comodoro! esclamó Rook bebiendo sin descansar de cuatro á cinco vasos, pues no era su fuerte la temperancia; aquí nos teneis dispuestos ya al baile como si hubierais dado la órden. Hay concierto en el establecimiento de baños de esta ciudad, y el baile no puede menos de seguir al concierto. Yo sé de un baile que no me disgustaria ensayar con las hermosas francesas.

—Eso es, rompeos las piernas en una sala despues de haber estado espuesto á verlas devoradas por los tiburones.

—No tengais cuidado, comodoro, porque vuestro

amigo Rook las tiene tan firmes como los dos *midshipmen* que le acompañan.

—Dos bravos muchachos que ni un solo momento se han ido á la banda durante la arfada, añadió el comodoro haciendo traer grog, su bebida favorita, y con la cual se curaba la gota. Vamos, señores, atencion á la voz de mando.

Todos los convidados se levantaron, y sir Roberto fué el único que no bebió..

Una niebla opaca producida por las pipas encendidas envolvió la mesa en un abrir y cerar de ojos en una verdadera nube; los convidados chocaban sus vasos, dirigíanse mútuos desafios y llevaban poco á poco á sir Southwel al terreno que mas le agradaba, al de las apuestas, donde sin embargo habia sido mas de una véz vencido.

—Todo eso no vale nada, esclamó de pronto con voz de trueno dirigiendose a sir Rook; todo lo que es posible es indigno de apostarse. ¿Qué estais hablando de andar sesenta millas, de saltar el vallado mas alto del país de Gales, comerse tanta pimienta de Cayenne cuanta cabe en un frasco, ni de dar bueltas al rededor de una mesa por espacio de cuarenta horas? ¡Me comprometo, sir Rook, á pagaros el valor del mejor caballo que tenga Andercon en sus cuadras si no tomo un baño de mar ahora mismo!

—¿Que decís, comodoro? ¿Un baño despues de comer? dijo sir Roberto apoderándose violentamente del brazo del comodoro.

—Ademas, la mar está borrascosa, dijeron á su vez los dos *midshipmen* separando las cortinas de la ventana.

—¡Y os olvidais de que no hace aun dos horas estuvísteis á punto de tomar un baño! replicó irónicamente el capitan Rook.

Esta última frase picó al parecer vivamente al comodoro. Al lado de sir Rook habia dos *gentlemen* del naval club, testigos de su apostador de Brighton. El comodoro Southwel, como todo inglés que llega al parasismo de la embriaguez, habia tomado un aire de seriedad que causaba miedo.

—Yo jamás me desdigo, señores, replicó con la magestad de un emperador y reiteró á sir Rook la apuesta en cuestion. Creo que es cuanto puede hacerse despues de haberse hecho perder las mias.

Herido á su vez el capitan Rook, se mordió los lábios, é iba á replicar, cuando vió al comodoro levantarse de la mesa repentinamente y abrir con su mano trémula la ventana.

—¡Hola! gritó sir Southwel á muchos guias y bañeros que pasaban entonces por delante de la fonda, atraidos sin duda por el ruido que habia en ella, acercaos y venid á beber con nosotros un vaso de grog. ¿Quién de vosotros quiere meterse en el mar conmigo dentro de un cuarto de hora?

Todos rehusaron, haciendo observar al comodoro la furia del mar y el estado en que él se encontraba.

—¡Vamos! replicó sir Southwel, ¿creeis que soy como vosotros? La mar me conoce hace tiempo: bebed conmigo, mientras podemos enjuagarnos la boca con el agua salada. ¡Tú, dijo al mas próximo, me parece que tienes el aire de un buen perillan á quien no es necesario repetir dos veces las cosas!

La persona á quien el comodoro acababa de hablar

tuvo que hacer grande esfuerzo para contestarle. Sin duda salia con sus camaradas de la taberna del *Ancora azul*, pues se balanceaba por intérvalos como una gavia agitada por el viento.

—Bebe te digo, dijo el comodoro presentándole de nuevo el baso de grog.

El bañero cogió el vaso y lo arrojó al suelo respondiendo:

—Yo no bebo con un iglés.

—En ese caso, querido mio, sois difícil de contentar, replicó el comodoro. El inglés que os habla ha bebido, sin embargo, con testas coronadas, y cuando S. M. Británica me dispensó el honor de visitar hace 13 años mi brick el *San Jorge*.

—¿El San Jorge? interrumpió el bañero fijando una mirada atónita en sir Southwel.

—Sí, el San Jorge, de 70 cañones, al mando del comodoro Southwel... ¡Me mirais entre ojos, asi como si quisierais tragarme!

—Comodoro Southwel, replicó el bañero irguiendo la cabeza con aire de orgullo, ¿os acordais de un grumete á quien mandasteis dar hace 13 años 40 azotes por un salero roto?

—Sí..... me acuerdo, contestó el comodoro: hace un momento hablaba de él..... supongo que habrá muerto.

—Está delante de vos, esclamó Langlois descubriéndose la cabeza.

El bañero de Diepe parecia espiar al paso las palabras que iban á salir de la boca del comodoro.

Sir Southwel volvió á sentarse, y registrando su bolsillo sacó de él cinco guineas; pero al ver Langlois

aquel oro, levantó el pestillo de la puerta y dirigió al salir al comodoro una mirada de cólera y de venganza.

—Buscad á otro bañero, dijo retirandose; os deseo buena suerte, comodoro Southwel.

Los espectadores de aquella escena se interrogaban aun mútuamente con la vista, cuando el comodoro esclamó:

—¡Por la vieja Inglaterra! ¡Jamás he visto un pícaro mas testarudo! Espero que no seguireis su ejemplo, añadió sir Southwel volviéndose hácia sus camaradas.

Pero ninguno contestó, ni aun siquiera halló palabras para espresar su negativa, creyendo, con razon, que el comodoro, cuyo vertigo habia redoblado la presencia de Langlois, se hallaba en un estado incapaz de comprenderlas ni oirlas. Sometido mas que nunca á la pesada influencia de la orgia, sir Southwel persistia en su estravagante proposicion.

—Puesto que no quereis oir nada, replicó entonces sir Roberto, aquí hay uno cuya autoridad no puede ser puesta en duda. ¡Vamos, doctor Bernard, persuadid al comodoro si podeis!......

Y sir Roberto, tranquilo y frio en aquella tumultuosa cena, habia sacado al doctor del rincon de la sala donde le hemos visto sentado desde la entrada del comodoro. La actitud del médico durante el diálogo de sir Southwel y de sir Roberto no habia variado un minuto. Impasible y grave, se asemejaba á uno de esos espias de la inquisicion de Venecia pagados para sorprender el secreto de alguna conspiracion. Cuando se levantó y se dirigió hácia el comodoro presen-

tado por sir Roberto, el viejo Southwel se deshizo al verle en escusas báquicas.

—¡Cómo! ¡Estabais cenando en el estremo de esta sala y no os hemos enviado siquiera un vaso de clarete! La culpa la tiene la oscuridad y el humo de estribor que exhala mi pipa. ¿No es verdad que vais á permitirme el baño aunque estos señores me lo prohiben? ¿Quereis coñac?

—*Vitanda est post prandium moratio in aqua.* OEtius es quien lo ha escrito, querido, amigo, respondió el doctor con tono magistral, brillando al mismo tiempo en sus lábios una sonrisa imperceptible.

—¡Al diablo vuestro OEtius, doctor! La mar está magnífica, y por otra parte, es necesario que ese diablo de Rook, que me ha hecho perder mi apuesta....

—Os repito que no seremos testigos de esa locura, esclamó Rook, quien por otra parte tenia prisa de ir al baile.

—Comodoro, haceos cargo de la razon, añadió sir Roberto: cierto negocio de interés me obliga á dejaros por un momento; tengo que ir á ese baile... pero volveré..; prometedme...

—Os prometo ganar mi apuesta, replicó sir Southwel; sereis el historiografo de ella. Cuando el club de los yachts sepa que me he bañado por una apuesta...

—Que sir Rook no quiere aceptar, porque, miradle, se marcha, añadió sir Roberto.

—Que se vaya al diablo si quiere; no necesito de nadie. ¡Qué hermoso está el mar! ¡Miradlo como levanta sus olas!

—Sí, y os arrastrará como un chinarro, replicó sir Roberto. Vamos, leed el *Morning Chronicle*, mi queri-

do comodoro; esto calmará vuestras ideas. Os dejo en compañía de este periódico pacífico.

Y viendo sir Roberto que el capitan Rook se habia alejado con sus amigos y los dos *midshipmen*, buscó con la vista en la sala al médico Bernard pero este se habia ya retirado.

Al dejar sir Roberto la fonda, confiado en que el poder soñoliento del *Morning Chronicle* calmaria la tempestad levantada en el cerebro del comodoro, tomó ademas la precaucion de dejarlo encerrado bajo llave en la sala baja, y avisó á los mozos ocupados en la otra parte del edificio. Queriendo despues advertir á lady Southwel de la vuelta inopinada de su marido, é informarla al mismo tiempo de sus nuevas disposiciones, se dirigió hacia el sitio escojido para el baile.

Cuando el comodoro quedó solo delante de muchas botellas medio vacías, aspiraba la brisa del mar, que a cada instante amenazaba apagar la unica lampara de la sala. Despreciando la lectura del *Morning Chronicle*, habia hecho con este periódico una pajuela para su pipa. Apoyada la frente en sus dos manos, miraba el mar con aire profundamente absorto. Aquel oleaje incesante, aquel ruido sonoro, aquel largo collar de espuma desarrollado por el Occéano, y mas que todo esto, el penetrante sabor de la playa, todo parecia haber sumerjido á sir Southwel en un letargo profundo.... La impresion repentina del aire, tan inmensamente fatal á la embriaguez, le arrastró bien pronto á los campos del absurdo, y alimentó su vista con todo el prestigio que presentaba entonces el ensoberbecido Occéano. Por espantoso que fuese aquel

elemento, creyó que podia desafiarle. Teniéndose sin duda por otro Ayax, trepó sobre la ventana, que no tenía mas que tres pies de altura, saltó abajo, y con paso presuroso atravesó el paseo arenoso que se llama playa; la mar estaba brava, y arrojaba de vez en cuando guijarros contra las tablas de aquella esplanada.

Víctima de las alucinaciones mas estrañas, pero mas que nunca aferrado en su locura, el comodoro creyó entonces percibir enmedio de la bruma á un hombre agachado en la escalera que conduce á las tiendas de los bañeros. Aquella figura sombria, apenas fué llamada por el comodoro, se levantó, le mostró el camino, manifestando hallarse dispuesto á ejecutar sus órdenes.

—¡Enhorabuena! dijo el comodoro; has variado de parecer, y hace poco te hacias el desdeñoso: no te avergüences de tu vivacidad, amigo mio. Vamos, desnudate; aqui tienes dos luises, y mañana podrás decir á todos que me has bañado.

El bañero no respondió; el viento, por otra parte, hubiera impedido al comodoro oir sus palabras. En aquel momento aparecio la luna, y sir Southwel, que se habia despojado de sus vestidos, le vió salir con el traje ordinario de los bañeros; le presentó la mano, y ambos se arrojaron al agua.................................

....

Media hora despues, en medio de la grande efervescencia del baile, y mientras que las cuadrillas llenaban la hermosa sala azul del establecimiento de los baños, muchos aduaneros de ronda llegaron apresuradamente á llamar al doctor Bernard.

La palabra de asesinato circuló pronto de boca en boca. La mar, decian aquellos hombres, habia arrojado sobre la playa el cadaver del comodoro, y á su lado se habia encontrado la ropa todavía mojada de Langlois.

El doctor se apresuró á salir; sir Roberto y Rodolfo de Nanteuil sostuvieron en sus brazos á lady Southwel desmayada...

III.

Al dia siguiente de esta catástrofe, lady Southwel, que habia pasado en pié el resto de la noche, se paseaba todavía con paso agitado por su habitacion, cuando la campana de la fonda le advirtió que venia una visita. Un minuto despues entró Rodolfo de Nauteuil. Luego que el baron le dirigió algunas frases obligadas sobre el acontecimiento de la víspera, añadió:

—Señora, ahora es preciso que os hable de mí, y no puedo menos de confesar que lo hago con repugnancia. Mas de una vez me habeis opuesto con justicia la delicadeza de mi situacion respecto de vos, el peligro de las atenciones que os guardaba y las inducciones calumniosas que podian sacar de mi celo en defenderos; habeis apelado á mi lealtad, levantando una barrera delante de mi amor. Hoy el cielo ha tomado á su cargo libertaros de esos escrúpulos; hoy estais libre, y al reclamar vuestra mano...

—¿Qué estais diciendo, baron? ¿Y es este el momento que escogeis para hablarme de semejante proyecto? Os suponia mas considerado y atento conmigo; el dolor, la turbacion en que estoy...



—Precisamente esa turbacion y ese dolor son las causas que os impiden defenderos, señora: otro debe tomar este cuidado. Sí, la malignidad pública se esparce ya en sordas injurias contra vos; os acusan de haber contribuido á ese atentado, y hasta se dice que ese bañero, preso desde ayer...

—¿Ese bañero? ¿Y qué dicen de él?

—Dicen que estaba pagado para libertaros de vuestro marido...

—¡Callad, callad por Dios!

—Hace una hora que debe haberse celebrado ese interrogatorio delante del procurador del rey; el capitan Rook y sir Roberto han sido citados como testigos; ellos podrán daros cuenta de todo.

—¡Conque todavía han encontrado medio de aumentar mi desgracia!... ¡Soy el blanco de una acusacion!..

—Que no dudo desvanecerá la declaracion de Langlois á vista del cadáver. Pero, señora, no debeis desconocer que necesitais recurrir á su apoyo en tan terribles circunstancias! Cuando á la maledicencia que os ataca pueda yo contestar: «Yo soy á quien lady Southwel ha escogido por esposo», creedlo, lady Southwel, entonces reduciré á vuestros enemigos al silencio. ¿Ignorais que en Lóndres, como aqui, no dan un momento de tregua á su encarnizamiento? ¿Habeis olvidado el motivo de vuestro divorcio con el comodoro?

—¡Ah! ¡Qué cruel sois en recordármelo en este momento! No conoceis la compasion.

—Si os hago este recuerdo es solamente para mostraros el peligro de vuestra debilidad. Mientras ha vivido vuestro esposo, he comprendido, sin dejar por eso de sufrir mas que nadie por esta determinacion, la

inflexible viudez que os imponias respecto de ese hombre, que os dejaba sin embargo dueña de una segunda eleccion; queriais que vuestra conducta le avergonzára de la suya; queriais que pudiera deciros un dia: «He sido injusto contra vos; os he lanzado de mi lado, os he maldecido; ahora os toca recibirme y perdonarme.»

—¡Oh, esclamó ella juntando las manos con dolor, si él me hubiese dicho eso, si hubiera podido decírmelo! Pero Dios no lo ha permitido, continuó sollozando.

Rodolfo de Nanteuil se enterneció, no porque en las fibras íntimas del jóven hubiera un gran fondo de amor ó de piedad para aquella admirable criatura, cuyo valor no podia comprender, sino porque en una mujer hermosa que llora hay siempre una gracia tan interesante, que los hombres mas vulgares se conmueven á la vista de semejante espectáculo. La palidez de lady Southwel, que era la señal mas distintiva de su persona, se habia hecho mas interesante en aquel momento por el desórden de sus largos cabellos, que caian sobre sus mejillas como los pliegues negros y lisos de un velo. Evidentemente aquella noble mujer habia llorado; su piel, jaspeada de manchas moradas, parecia conservar el sello de sus lágrimas. Apoyada en una gaveta, cuyos cajones abiertos estaban llenos de cartas y papeles, habia dejado apagarse su bujía al lado del ramo de baile que llevaba la víspera, y cuyas flores estaban marchitas.

El baron la contemplaba con la satisfaccion secreta que dá la seguridad de una victoria. Enamorado hacia dos años de aquella angelical criatura, que habia

conocido primero en el magnífico palacio del comodoro en Portland-Place envidiada, solicitada por la aristocrácia de Lóndres, cortejada sobre todo porque sir Southwel se habia visto obligado á dejarla al dia siguiente de su casamiento para ir á desempeñar un mando de importancia en las Indias, Rodolfo de Nanteuil la habia vuelto á encontrar en las aguas de Spá abandonada por su esposo, sin mas compañía que sir Roberto, su pariente, ni mas criado que Harry, su camarero. La incomparable hermosura de la inglesa habia hecho en el baron una impresion profunda, y arrastrado del deseo de agradarla en todo, se habia impuesto el sacrificio de renunciar á sus menores caprichos. Ya no fumaba, ni jugaba, ni montaba á caballo; en una palabra, solo se habia mantenido fiel á uno de sus placeres: la sala de armas. Esperto en el juego de la esgrima, habia creido que hacerse el caballero y el paladin de aquella mujer disputada, pero pura, era abrirse un camino natural en su entendimiento antes de llegar á su corazon. Una estocada que habia dado por ella en Spá en ocasion en que el honor de lady Southwel estaba comprometido, le habia valido una carta de ella en respuesta á la declaracion mas apasionada. Esta carta, dictada por la emocion de las circunstancias, dejaba esperar al baron que podria invocar un dia derechos á la mano de la que habia protegido tan noblemente; pero el plazo que se le designaba era vago, lejano, porque durante la vida del comodoro, lady Southwel, como ya hemos dicho, aunque separada por la ley, queria seguir siendo su esposa. Rodolfo de Nanteuil habia conservado aquella carta, y por lo tanto la presentó como un título real,

un crédito valedero, á la que tal vez lo habia olvidado.

—En semejante caso he creido que no podia hacer cosa mejor que poneros á la vista vuestra propia palabra. ¿Qué podeis temer? ¿No tendreis tiempo de estudiar nuevamente en los diez meses que durará vuestra viudez el carácter del hombre que piensa unirse á vos por toda la vida? ¡Ah! Si dos años no os han bastado para ver todo el amor y cariño que encierra este corazon, grande es mi desgracia, señora, porque no amo á nadie mas que á vos, y creia haberos dado la prueba de ello.

Rodolfo continuó suplicándola con ese aire de sinceridad que tan buenos resultados le habia producido respecto de otras mujeres. El baron era jóven, bien formado, un héroe indisputable de club. Lady Southwel devolvió su carta á Rodolfo de Nanteuil diciéndole:

—El porvenir me espanta, señor. ¡Sin ser culpada, he atraido ya el luto y la desgracia sobre la vida de un hombre; tentar al cielo otra vez es imprudente; no creo que pueda yo haceros jamás venturoso!

La manera noble y digna con que lady Southwel pronunció estas palabras, y mas todavía, la amargura de su sonrisa, confundió por un instante á Rodolfo de Nanteuil; iba á replicar, cuando la voz de sir Roberto y la del capitan Rook resonaron en la escalera.

—Vais á saber á punto fijo lo que debeis temer ó esperar, replicó el baron, porque estos señores salen del interrogatorio del procurador del rey.

Un temblor convulsivo se apoderó de lady Southwel, el sudor inundó sus sienes; cualquiera hubiera dicho que ella era tambien culpada.

—¿Qué hay, sir Roberto? dijo ella dirigiéndose con preferencia á su pariente, á quien seguia el capitan.

—Señora, respondió sir Roberto, los rumores infames con que algunos miserables se atrevian á acusaros se han desvanecido como el humo con las respuestas del bañero Langlois. El pobre diablo no ha podido esplicar por qué se ha encontrado mojada su ropa y de dónde procedia el dinero que se halló en su bolsillo; pero tampoco ha podido disimular su ódio al comodoro, ódio que data de 13 años, y del cual no hizo por cierto ayer misterio alguno delante de nosotros, cuando estábamos sentados á la mesa en la fonda.

—Y vá á ser encerrado en el Castillo Fuerte, añadió el capitan Rook.

—Eso es horroroso, esclamó lady Southwel; no se debe dejar condenar á un inocente.

—El bañero no ha podido probar su coartada, replicó sir Roberto. Se le ha visto pasearse por este lado, y se le ha oido pronunciar el nombre del comodoro Southwel. En vano ha protestado de su inocencia: nadie mas que él ha podido cometer el asesinato.

—Insisto en creer, replicó lady Southwel, que ese hombre está inocente. Dejadme que le pregunte. Conducidme delante de sus jueces.

—Es demasiado tarde, y ademas, esto aumentaria las sospechas contra vos misma. ¿No teneis bastante todavía con vuestra desgracia, y quereis intervenir en el proceso de un marinero? Creednos, señora, añadió sir Roberto, tened un poco de calma; estamos dispuestos á complaceros en todo; el mismo capitan Rook, aunque haya sido el amigo constante del comodoro, apre-

cia tanto como nosotros la generosidad de vuestro corazon.

—De cuan os han intercedido en favor de Langlois, añadió sir Roberto, el doctor Bernard es acaso el que mas ha hecho en su defensa.

—¿El doctor?

—Sí; llamado delante del procurador del rey, ha hecho valer sus largos años de servicios. Hace diez años que este hombre está dedicado á los enfermos que concurren á estos baños. A pesar de ser yo un verdadero inglés, no he podido menos de conmoverme, y he apretado fuertemente el brazo del capitan Rook, al oirle decir á los fusileros de la guarnicion: «Os sigo, pero voy por otro.» Y sin embargo, ¿que otro hubiera podido?....

El ruido de la puerta ligeramente empujada interrumpió esta frase de sir Roberto, y se vió aparecer al doctor Bernard vestido con mas esmero que de costumbre. Guantes amarillos lustrosos, una corbata blanca, medias de seda y un baston con borlas de oro anunciaban mas bien á un hombre que sale del baile que de la oficina del procurador del rey. Tomó el brazo de lady Southwel, se puso á escuchar, reloj en mano, los latidos de su pulso, y pidió pluma y tintero para escribir una receta.

—Os dejo con el doctor, dijo Rodolfo al oido de lady Southwel mientras Bernard escribia y sir Roberto hablaba con el capitan en el rincon del cuarto; os suplico que reflexioneis y no me obligueis á tomar un partido que acaso os sorprenderia...

—¿Cuál? preguntó lady Southwel con voz conmovida.

—Esta noche vendré á decíroslo, añadió Rodolfo alejándose precipitadamente.

Ella estaba tan débil, que no tuvo fuerzas para contestarle.

Sir Roberto y el capitan acababan de salir. El cutter de este último debia darse á la vela dentro de algunas horas conduciendo el cadáver del desgraciado comodoro

Lady Southwel se quedó sola con Bernard, quien despues de algunos minutos de silencio le dijo:

—Hay secretos, señora, que se ocultan dificilmente á su médico; no solamente habeis llorado, sino que teneis miedo; sí, veo que temblais cada vez que vuestra mirada se fija en ese péndulo. Cualquiera diria que esperais una desgracia.

—Sí, espero á uno, respondió verdaderamente turbada, espero la persona que me ha escrito esta carta, carta que embarga toda mi atencion á pesar de la desgracia que acaba de caer sobre mí. ¿Conoceis esta letra, doctor?

—La conozco, respondió lentamente Bernard con lealtad misteriosa, que heló de espanto á lady Southwel, la cual le miró como hubiera mirado á un mágico que hubiese podido leer en las líneas de su mano trémula.

—¿Y sabeis tambien lo que esta carta contiene?

—Lo sé.

—En ese caso decidlo.

—La persona que os ha escrito os anuncia que acaba de llegar á esta ciudad.

—Es cierto.

—Y os pide una cita para las tres.

—¡Para las tres! ¡Oh! ¡Con cuánta lentitud camina la manecilla de ese reloj!

—En efecto, os quedan diez minutos; pero tranquilizaos; esa persona no vendrá.

—¿Por qué?

—Porque yo la reemplazo.

—¿Vos?

—Sí; ella misma me ha encargado que justifique su conducta, y os propongo un medio de reparar sus faltas involuntarias contra vos.

—¡Involuntarias, doctor! ¿Luego ignorais lo que ha hecho ese hombre?

—Se ha introducido furtivamente de noche en vuestra casa de Lóndres...

—Y en mi mismo cuarto, de donde le obligué á salir. Espero que no me desmentirá. Hablad.

—No por cierto; deplora los resultados de aquella imprudencia; sabe mejor que nadie que os ha hecho desgraciada. Obligado á marchar al dia siguiente...

—¿Obligado á marchar? ¿Y debia huir, señor, debia huir dejándome espuesta al ultrage de su falta? Yo apenas habia visto á ese hombre, y de repente el infierno le arroja como un demonio delante de mí, y solo tiene una arma con que oponerse á mis enemigos; el arma de los cobardes: el silencio.

—¡Señora!...

—¡Como, doctor! replicó lady Southwel despues de una pausa; concibo que poseais la confianza de muchas familias; pero no podreis decir que ese hombre es vuestro amigo, y no me negareis que al escojeros por intercesor ha tenido miedo.

—Jamás he sabido ocultar la verdad, señora, re-

plicó Bernard con firmeza; pero ese Dionisio, ese hombre á quien me veo obligado á defender contra vuestro resentimiento, ese hombre se ha educado conmigo, he conocido en él sentimientos nobles, y si el amor que le inspiraba vuestra hermosura, único motivo de su falta, de que no ha cesado de arrepentirse, ha podido hacer recaer sobre vos el oprobio que á él solo pertenecia, á lo menos viene á ofreceros el medio de reparar su delito. Sí, señora; heredero de un gran caudal, pone á vuestros pies los bienes que no quiere ya disfrutar sino en vuestra compañía.

—¿Y qué me importan sus bienes? ¿Ha participado acaso de mi vergüenza? ¿Dónde se ocultaba ese hombre cuando la vuelta de mi marido á Londres? ¿Era acogido por risas imperiosas, cuando mi sola presencia en una tertulia desencadenaba el insulto? ¿Estaba allí para justificarme, para defenderme y vindicarme de mi deshonra? ¿Y quién os ha dicho que ese miserable no os ha engañado, que no sea un aventurero, el baldon de alguna honrada familia? Vos, señor, vos, que tocais todos los dias las llagas del cuerpo, ¿ignorais la profundidad incurable del vicio en ciertas almas?

—Os repito, señora, que ese hombre no ha tenido mas que una desgracia: la de encontraros en su camino. Os ama, señora, os ama con toda la energía de su alma; él mismo me lo ha confesado; vos sois á la vez su sueño y su remordimiento. Llegó ayer, y esta misma noche debe partir sin veros, á no ser que le lleve de vuestra parte una respuesta que reanime su valor. Reflexionad bien lo que os digo, señora; ese hombre ha hecho cuanto debia por reparar su falta; pero no os

olvideis de que tiene vuestra suerte en sus manos, puesto que puede proclamarse en alta voz y delante de todo el mundo el amante de lady Southwel. Las apariencias os han condenado, y el divorcio reclamado por el comodoro ha venido á confirmar las apariencias. ¿Quién impidirá á vuestro supuesto seductor proclamar en todas partes su falsa victoria? ¿Quién le impedirá ser creido?

—Dios y mi desprecio, replicó lady Southwel irguiendo la cabeza con orgullo; id á decir á ese hombre que no le temo á él ni á sus mentiras.

—¿Y ese casamiento, esa fortuna que os propone?...

—¿No veis, señor, que eso sería confesar públicamente delante de la opinion una falta que á él solo pertenece? Decid á ese hombre que es demasiado tarde para reparar semejante falta, y si esta confesion no le basta, decidle lo que es verdad: que no le amo y que le detesto.

Y como si lady Southwel hubiese querido evitar cualquiera otra observacion del doctor, abrió precipitadamente la ventana, no tardando en subir hasta su cuarto el ruido confuso de las voces que llenaban la calle. Era el bañero Langlois, á quien la multitud escoltaba desde el Pollet, lugar de su miserable habitacion, hasta la prision del Castillo Fuerte. Por una humanidad mal entendida, habian querido ahorrarle la travesía de la gran calle de Diepe; pero en cambio un enjambre de ociosos y estranjeros, que casi todos vivian en aquella parte de la ciudad, vinieron á engrosar la comitiva. Apoyado en dos bañeros compañeros suyos, dirigia á todas partes miradas lastimosas. Acaso nunca habia aparecido mas visiblemente la her-

mosura de sus facciones, pues realzada notablemente su figura por sus largos cabellos negros, sonreia con esa melancolía que hace sospechar en el reo otras heridas ocultas, un tormento moral mas terrible y punzante. No tenia á su lado ni una madre ni una hermana, esos dos ángeles que Dios en su misericordia infinita deja muchas veces á los que el mundo castiga.

Algunos de esos ingleses, viajeros universales, que se fastidian en todos los paises, se reian insolentemente, no vacilando en creerle autor de un asesinato cometido en un individuo de su nacion por espíritu de avaricia ó de venganza. Cuando Langlois pasó por debajo de las ventanas de lady Southwel, un temblor nervioso se apoderó de todo su cuerpo; pero no tardó en tranquilizarse no viendo en aquel balcon mas que al doctor, que le miró pasar poco mas ó menos como Neron debió ver pasar en otro tiempo á los gladiadores del circo. Lady Southwel estaba allí oculta detras de una cortina.... Las lagrimas corrieron de sus ojos cuando vió pasar aquel hombre que una voz interior le decia estar inocente. El doctor no la oyó murmurar una plegaria, por lo que es preciso creer que él mismo estaba sin duda embargado por sus pensamientos, porque mucho despues de haber pasado Langlois permaneció asomado al balcon. Logrando al fin sacudir aquella especie de letargo en que estaba sumergido, y dirigiéndose á lady Southwel, que acababa de guardar su receta en una linda cartera, la dijo:

—Ya os he dicho, señora, lo que debia deciros ; he desempeñado lealmente mi mision, á pesar de la repugnancia que me costaba. Ahora yo no puedo res-

ponder del porvenir; la pasion de otro es un secreto como el de su venganza. Adios, lady Southwel; no es culpa mia si el que os amaba ayer llega á aborreceros mañana. Pensádlo bien: no os quedan sino muy pocos momentos para hacer de ese hombre ó vuestro esposo ó vuestro enemigo.

—Ya sabeis mi resolucion, doctor, replicó lady Southwel despidiéndole; es inalterable. ¡Adios!

Diciendo así, se retiró á su gabinete, donde se encerró durante algunos minutos con Harry, á quien dirigió las siguientes preguntas:

—¿Conque dices que no se puede penetrar en su prision, á no ser por medio del doctor Bernard? Ese hombre me desagrada; pero no tenemos otro de quien poder echar mano... ¿Crees que entregará de mi parte á ese desgraciado este débil socorro? Yo no tengo mas que mis alhajas... Toma, toma este brazalete, que recobré por su mano. Lo guardará ó lo venderá: poco importa, pues estoy segura de que si le enviára dinero no lo aceptaria, porque es demasiado orgulloso. Además, en este obsequio mio verá una prueba de que lo considero inocente. Lleva esta esquela al doctor, entregasela con este paquete, y vuelve pronto; ¿lo oyes?

Asustada con la llegada imprevista de aquel hombre, en favor del cual habia creido el doctor deber hablarla, se vistió aceleradamente, y en seguida se dirigió á la playa... Rodolfo de Nanteuil, á quien encontró en el camino, se retiraba en aquel momento á su casa, y llevándolo al pié de las rocas sobre las cuales se hallaba el Castillo Fuerte como un nido de águila, le habló en éstos términos:

—Esta mañana me hicisteis una proposicion á la cual creí en un principio no poder responder; ahora, Rodolfo, vengo á deciros que estoy dispuesta á concederos mi mano. No pongo más que una condicion: la de mi partida inmediata. Sí, huyamos de aquí. Esta noche á las doce debe salir para Lóndres un barco de vapor; avisad á sir Roberto; en este sitio aguardo.

Sorprendido con tanta dicha, Rodolfo de Nanteuil creia estar soñando, y se puso á mirar á lady Southwel con aire de asombro.

—¿Qué esperais? le dijo ella. Ya os he dado mi palabra; contad con ella, como yo cuento con vuestro apoyo...

Lady Southwel quedó sola, abismada en la contemplacion de aquellas olas que habian arrojado el dia anterior á la playa el cuerpo inanimado del comodoro, sin que ella pudiera en su conciencia atribuir aquel asesinato al hombre á quien la justicia habia ya castigado. Al volverse distinguió las altas torrecillas del Castillo Fuerte, por cuyas troneras penetraban algunos rayos débiles de luz, pues era ya noche. Aquella prision, que, como es sabido, tuvo el honor de encerrar por algun tiempo á Mme. de Longueville, reflejaba entonces sobre la roca en que estaba edificada la sombra espesa de su línea. Una luna pálida, velada por pardas nubes, alumbraba de vez en cuando las casas de ladrillo que bordan la playa. El aire era penetrante; lady Southwel, envuelta en una capa de viaje, habia permanecido en el mismo sitio fria è inmovil. Ningun ruido, ningun sonido, si no es el de las olas, interrumpia el silencio monotono de aquella soledad, y sin embargo, hubiérase dicho que la infeliz

viuda temia ver levantarse á cada instante de entre las quiebras de aquellos peñascos, una sombra, un genio maléfico. Las palabras del doctor Bernard al separarse de ella se representaron bien pronto á su imaginacion como otras tantas amenazas, y dirijió la vista en torno suyo llena de espanto, el cual creció de punto al oir resonar sobre la arena cierto ruido de pasos. Al ver aproximarse un hombre, lanzó involuntariamente un grito...

Al conocer á Harry, se disipó su terror, mucho mas cuando aquel le dijo que el médico de los baños se habia encargado de su comision y que su voluntad quedaria satisfecha.

—¿Estaba solo el doctor cuando le entregaste ese paquete? preguntó lady Southwel con voz trémula.

—Se hallaba solo en su casa, ocupado en un trabajo importante. M. Bernard me ha suplicado que os diga que mañana al medio dia pasara á vuestra casa.

—No me encontrará, replicó lady Southwel con aire de triunfo. Disponte á partir conmigo esta noche á bordo del *San James.*

Pocos minutos despues se hallaba ya en compañía de Rodolfo de Nanteuil y de sir Roberto, que habian empleado en aquel viaje el mismo misterio que suele acompañar á una fuga. Cuando el vapor surcó las olas, y lady Southwel, retirada en el fondo de su camarote, dirijió una mirada á la faja de tierra de que se alejaba rápidamente, sus ojos se anublaron de lágrimas piadosas, como si hubiese dejado un sepulcro. Apoyada en una de las ventanillas de la cámara, vió estinguirse una á una las luces vacilantes del Castillo Fuerte, que no tardó en convertirse en una enorme

mole negra. Por un instinto de superticion de que fácilmente se dejan arrastrar las mujeres, dirijió al cielo una de esas plegarias tácitas que nadie oye sobre la tierra. La casualidad hizo que en aquel instante reviviera una de las luces de la prision y reflejase de nuevo su rayo trémulo al través de una de las ventanas. Lady Southwel dió gracias al Ser supremo.

—¡Velad por él, Dios mio! dijo en voz baja y juntando las manos en actitud suplicante.

IV.

Diez y ocho meses despues de esta escena hablaban familiarmente dos personajes sentados á una mesita verde en que figuraban aun los restos de un servicio de té, sobre la azotea principal del German-Spá, jardin higiénico contiguo á la casa de los locos, á la cual se llega costeando las colinas que dominan á Brighton.

El de mas edad contrastaba singularmente por lo flaco y amojamado y por la escesiva palidez de sus facciones con el jóven y fresco *dandy* que le escuchaba distraido. Envuelto en una ancha bata que casi le daba dos vueltas al rededor de su débil cuerpo, levantaba la voz de vez en cuando para dar órdenes á muchos criados ingleses ó franceses que atravesaban con paso presuroso las diferentes calles de árboles del jardin.

Evidentemente aquel era el huesped, el propietario del lugar, porque vigilaba con cuidado esquisito los menores movimientos de aquellos hombres.

El peristilo de marmol, poco distante del sitio en donde habia mandado que le sirvieran el té, anuncia-

ba en letras doradas á los enfermos de Brighton las aguas eficaces de Pyrmont, Spá, Carlsbad, Egra y otros establecimientos de baños termales. En el fondo del patio estaba el edificio destinado á los locos. El jardin era de aspecto encantador, y estaba bien cuidado; desde la parte mas alta de él se veian las cúpulas fantásticas y aéreas de la ciudad, su arquitectura oriental y el famoso pabellon construido por Jorge IV cuando no era todavía mas que el príncipe de Gales. Las costas de la isla de Wight apuntaban á lo lejos al traves del velo de bruma, y durante la conversacion de los dos convidados, algunos paseantes esparcidos por las alamedas admiraban desde la plataforma aquel brillante panorama.

—Volveis á vuestro tema, doctor, persistis en crerme feliz, replicó el jóven lanzando un suspiro; porque cazo en Pekam, tengo gran tren de caballos, un palacio alquilado y una mujer hermosa á quien no dejo aproximarse ningun petimetre británico, me colocais en el tercer cielo. ¡Ah! doctor, veo que juzgais por las apariencias como otros muchos.

—¿Por ventura, la baronesa de Nanteuil no es una de esas criaturas nacidas para llevar la felicidad consigo? replicó el doctor Bernard en un tono que revelaba el deseo de verse desmentido.

—En efecto, doctor, mi esposa debe al cielo mil dones preciosos: la hermosura, el talento; se viste como un ángel y canta como una alondra; pero, como dijo muy bien el chistoso Figaro, que sangraba antes que vos, el dinero, doctor, el dinero: hé aqui el nervio de la intriga, el presupuesto de un matrimonio. ¡Oh! es

cosa terrible esta, doctor; bien habeis hecho en permanecer soltero.

—Veo, mi querido baron, que el juego os ha dejado muy mal parado; se juega mucho en Brighton, y hace ya dos meses que habitais en esta playa. Os advierto que aqui tendreis que habéroslas con muy buenos espadas, y que en el discurso de una noche las pérdidas suben a millares de libras... ¿Pero qué necesidad tengo de predicaros moral?.. ¿No teneis bien cerca el libro de la sabiduria en persona, al virtuoso sir Roberto, consejero íntimo de la baronesa?

—¿Y no se dirá que he escogido á un hombre peligroso para mi reposo? Sir Roberto me es sumamente útil; es mi providencia: él lleva el chal, el pañuelo y el bolso de Mme. de Nauteuil; pardiez, es un primo que tiene todas las cualidades de un marido....

—Sí, se apresuró á replicar el doctor, pero estoy seguro de que no será capaz de introducirse de noche en el aposento de una viuda ni de una monja.

Al oir Rodolfo estas palabras, no pudo menos de ruborizarse, pues descubria en ellas una alusion directa á la aventura cruel que habia sido para lady Southwel la causa primera de tantas desgracias. ¿No estaba ya el baron respecto de su mujer en las primeras páginas de la novela? Lady Southwel, baronesa ya de Nanteuil, ¿habia perdido para él el prestigio de la pasion? Indudablemente hubiera temido Rodolfo dirigirse á sí mismo estas preguntas. Su fortuna, disminuida en una tercera parte por sus calaveradas de jóven, en vez de hallarse restablecida con la de su mujer, iba cada dia á menos, pues lady Southwel no habia conservado mas que sus bienes de soltera á causa

de su divorcio. En vano sir Roberto, que recordaba la última conversacion del comodoro y la buena disposicion en que le habia encontrado respecto á su mujer, habia revuelto todos los estudios de abogados y escribanos para hallar en Lóndres una copia del acta importante robada al comodoro en la noche del asesinato ó del accidente, cuyo documento ponia á lady Southwel en posesion de sus rentas aun en vida del marido; todos sus pasos y gestiones sucesivas no habian producido resultado alguno. Sir Roberto tuvo que perderse en el dédalo ordinario de las conjeturas. La prodigalidad y las locuras de Rodolfo no eran las mas á propósito para mejorar este estado de cosas, pues seguia jugando con el mayor desenfreno, recurso que habia ensayado como el enfermo ensaya un remedio desesperado.

Si apetecia la compañía del doctor Bernard, puesto hacia poco al frente del establecimiento de los locos en Brighton, era solamente porque, desde el dia de su casamiento, cuyas cadenas habian llegado á ser tan pronto pesadas para él, habia creido sorprender en aquel hombre un instinto secreto de simpatía y aun de interés por sus mas recónditas heridas. El doctor era el único que, al reconocer las eminentes cualidades de la baronesa de Nanteuil, le parecia no haberse aturdido ni obzecado sobre la gravedad de aquella primera acusacion llevada al tribunal de la opinion contra lady Southwel. Cuando Rodolfo hacia girar la conversacion sobre este punto, notaba en las medias palabras del doctor una conviccion tan profundamente íntima, que no se sentia con fuerzas para combatirla, y cediendo á una especie de poder oculto, habia aca-

bado por mirar á Bernard como un ser estraño, encargado de guardar aquel temeroso misterio.

Lady Southwel no habia dicho á Rodolfo nada del paso intentado por el doctor antes de su partida de Diepe; pero estimulado el baron por las mismas reticencias de Bernard, habia sentido despertarse poco á poco en su ánimo un invencible impulso de curiosidad. ¿Será que el doctor, decia para sí el jóven, tenga la llave de este enigma y pueda ayudarme á levantar el velo que lo cubre? Desde el instante en que Rodolfo comprendió el valor de semejante descubrimiento para el proyecto que él solo meditaba, y del cual no hubiera hecho partícipe á nadie por cuanto hay en este mundo, afectó á los ojos de Bernard el aire de un hombre desgraciado, esperando que de esta suerte le arrancaria alguna revelacion. Rodolfo habia llegado ya á ese estado en que el hombre se esfuerza en creer para triunfar, é iba á hacerse culpable del mas bajo de todos los delitos, el de abandonar á su mujer, á quien queria hallar criminal para disculparse á sus propios ojos.

—¿No me habeis dicho, querido baron, que esta noche á las once hará Mme. de Nanteuil su entrada en el baile de Alden? ¡Oh! dicen que será magnífico, que habrá mucho lujo. La marquesa de Herfort me enseñó ayer su aderezo, y por mi ánima que he creido ver en él las joyas de la corona.

—El de Mme de Nanteuil, querido doctor, puede competir en cuanto á gusto, ya que no en riqueza, con los diamantes de la marquesa de Herfort; verdad es que me cuesta muy caro, añadió Rodolfo; mirad este billete del joyero Jacob: 400 libras de Inglaterra.

—¡Diablo! ¡400 libras! Habeis nacido, baron, para vivir en los tiempos galantes de Bukingham, replicó el doctor con una sonrisa irónica.

—Estará magnífica, ¿no es verdad, doctor? Cuando se presente en el baile esclamarán todos: «Es la estrella, es el sol de las damas,» y añadirán en voz baja: «Es la esposa del baron de Nanteuil.» ¡Mi esposa! continuó levantándose, cogiendo á Bernard por el brazo, apretándoselo de una manera que no pudo menos de sorprenderle. La agitacion nerviosa del jóven baron alarmó al doctor, y se puso á examinar la fisonomía de Rodolfo, en la que encontró todas las señales de una lucha interior.

—Doctor, le dijo el baron despues de haberlo llamado aparte á una calle de árboles del jardin, ¿sois amigo mio?

—Paréceme, baron, que os he dado ya pruebas de que lo soy; si vuestra pregunta es una duda, tengo derecho á ofenderme.

—Perdonadme: olvidaba la parte que tomais en cuanto me atañe. Estais bien enterado de muchas particularidades de mi vida para que no me ayudeis en esta; esplicádme este billete, añadió misteriosamente, y dadme un consejo.

Rodolfo sacó de su bolsillo un papel de color de rosa cerrado con muchísimo esmero; era una declaracion en debida forma y firmada con el nombre de una mujer: *Lady Aminta Warwick*.

—¡Una de mis enfermas! esclamó el doctor aparentando sorpresa. La pobre señora esta sorda y loca rematada; verdad es que tambien posee 60,000 libras esterlinas en el condado de Oxford, lo que disculpa

en parte sus 60 años. Agregada á esta renta anual de bienes en Escocia un reumatismo agudo que permitirá al noble sir Edwards Halton, que, segun dicen, debe casarse con ella, no esperar largo tiempo su fin. Si os resolveis á hacerle la córte, replicó el doctor, os aconsejo que os deis prisa, porque mañana muy temprano se pone en camino; sus caballos estan ya encargados, y su negro Júpiter es el único que la acompaña....

—¡Sesenta mil libras esterlinas! murmuró Rodolfo fijando la vista en el suelo.

Entre tanto Bernard recorria la carta que el baron le habia entregado, reprimiendo una estraña sonrisa.

—En verdad, baron que no sé por que me admiro, recordando que mas de una vez me ha hablado lady Aminta de un apuesto caballero que venia á sentarse todos los dias en este terrado; ese caballero, á quien ella llama su Romeo, sois vos. ¡Diablo! ¡Es lástima que el himeneo os cuente en el número de sus fieles súbditos. Tendríais la fortuna de un lord, un palacio en Bond-street, y lacayos empolvados como marqueses para presentaros vuestras cartas; pero es cierto el proverbio que dice que nadie puede poseer á un mismo tiempo hermosura y riqueza... y sin embargo, esa donacion hecha á vuestra mujer por el comodoro Southwel...

—No podemos contar con esa donacion, doctor, puesto que se la han arrebatado al comodoro.... Os he mentido cuando os he dicho que era rico.

—¡Bah! ¿Pues y vuestro tren, baron, y vuestros caballos, y esas alhajas..?

—Las debo, como otras muchas cosas; ademas, sé, replicó Rodolfo exaltándose por grados en presencia del doctor, que esta misma noche deben prenderme..... sí, á la salida del baile de Alden.

—¿Qué me decís?

—La verdad. Ahora comprendereis cuánto sufre mi orgullo... no diré mi amor, porque lo sabeis lo mismo que yo... Lady Southwel fué verdaderamente culpable una vez, y su debilidad pasada se me presenta en estos momentos bajo colores muy sombríos. Sí, tengo derecho á abandonarla, continuó Rodolfo; tengo derecho á abandonar á esa mujer que no ha temido sacrificar acaso á su antiguo amante ese documento, esa donacion, primera base y primer contrato de nuestra fortuna.

—¡Silencio! dijo el doctor interrumpiéndole; esas ramas se mueven, sí....no me engaño: aquí hay alguien.

—Perdonadme; soy yo, señor Bernad, dijo un hombre avanzando con aire humilde. Soy yo, señor doctor, Langlois para serviros. ¿No os acordais que me digísteis ayer que estuviese listo á esta hora para acompañar á lady Aminta Warwick en su paseo por el mar? Ya tengo mi bote preparado; está pintado de nuevo. ¡Oh! os gustará cuando le veais.

—Está bien, Langlois, veo que eres hombre de palabra, respondió Bernard; pero lady Aminta esta todavía peinándose. Es Langlois, nuestro antiguo amigo de Diepe, añadió el doctor presentándolo á Rodolfo, el guia elegido por madama de Nanteuil para sus escursiones naúticas. Un mozo valiente que, como sabeis, ha sufrido con heroica resignacion ocho meses de encierro en el Castillo Fuerte de Diepe.

—¡Y por una acusacion cuya injusticia conoce el cielo! replicó el bañero con calma. ¡Caiga toda la infamia sobre su autor, pues me ha hecho aborrecer á mi ciudad, á mis compatriotas, y casi á la Francia! añadió Langlois derramando una lágrima de dolor. ¡Oh! ¡Si yo le conociera!

—¿Por qué has dejado á Diepe habiendo sido absuelto? preguntó Bernard dulcificando cuanto pudo la voz.

—¿Absuelto, señor Bernard? ¡Oh! Es verdad. Despues de ocho meses de prision; el jurado no se da mucha prisa. Sí, me han absuelto, como dicen, por falta de pruebas mas claras.

—Y en atencion á tus antecedentes.... Yo á lo menos siempre he dicho que Langlois es un muchacho honrado.

—Sois demasiado bueno, señor Bernard, respondió Langlois con una espresion estraña. Solo que, como comprendeis, no se halla uno muy bien en el Castillo Fuerte. Cuando me sacaron de allí apenas podia sostenerme; estaba tan flaco como cualquiera de vuestros enfermos.

—En efecto, replicó Rodolfo, has debido sufrir mucho, pues estás muy pálido...

—Sí, señor, pero no hablemos mas de eso.... El dia está hermoso..... mi bote está listo, y estoy seguro de que lady Aminta Warwick se estará impacientando.... Hasta la vista; estoy siempre dispuesto á serviros.

Langlois saludó al doctor y al baron; llevaba una camisa listada, cuyas mangas estaban recogidas hasta el codo, y Rodolfo no pudo menos de sorprenderse al

ver brillar un brazalete en la muñeca de su mano derecha.

—¿ Qué brazalete es ese ? preguntó al doctor viendo á Langlois alejarse precipitadamente.

—Pues qué, ¿ lo ignorábais ? ¿ No os lo habia yo dicho ? Verdad es que estoy casi siempre distraido, replicó Bernard; ese brazalete es el de lady Southwel.

—¿ De mi mujer? Esplicaos.

—Ella misma me encargó que se lo entregara la noche de su partida para Inglaterra, hará diez y ocho meses....

—¿La noche de su partida decís? ¿ Y por qué? Pero esa noche, continuó Rodolfo hablando consigo mismo, esa noche es la misma en que fué preso Langlois. ¿ Qué significaba semejante regalo ?

—Lo ignoro.... no he sabido.... dijo el doctor con voz balbuciente.... Sin duda lady Southwel queria indemnizar al bañero.... Contínuamente me ha dicho que le creia inocente....

—¡ Inocente !.... ¡ Inocente ! repitió Rodolfo; poco importa; ella es inglesa, orgullosa, y le ha regalado su brazalete.

—¿Podriais sospechar ?....

Rodolfo no contestó; pero llevando á Bernard al sitio mas apartado del jardin, se pusieron á hablar los dos largo tiempo en voz baja, cubriéndolos con su sombra un espeso bosquecillo. Ni un solo rayo de sol penetraba en aquel sombrío conciliábulo, como si el espíritu del mal estendiera su velo sobre ellos.

—¿Conque me dais palabra de servirme, doctor? ¿ Y tendreis preparados los caballos ?

—Esta noche, despues del baile, á las tres.... hora

en que lady Aminta Warwick piensa partir para Lóndres....

—Muy bien, me retiraré á la hora de costumbre, me pondré á arreglar algunos negocios en mi cuarto, y.....

—Sobre todo, no os presenteis en el baile.

—Sir Roberto acompañará á mi esposa. A las tres en punto estareis á la puerta de mi cuarto de vestir, subireis por la escalera oculta, cuya llave tengo yo solo, y dareis dos golpes, lo cual querrá decir que el carruaje está listo...

—¡Qué me place! Me encargo de llevar á lady Aminta de grado ó por fuerza al coche, y en seguida partireis á todo escape á Lóndres.

—Está dicho; pero bueno será que dispongais antes en mi favor á lady Aminta... El retrato que me habeis hecho de ella es poco lisongero; pero cuando la necesidad aprieta no debemos ser muy escrupulosos... Ya me habeis dicho que le agradan mi figura y mi nombre, de modo que zanjada esta dificultad, solo queda el duelo con sir Edwards Halton, mi rival, negocio que me prometo despachar pronto á mi llegada á Lóndres. En cuanto á la baronesa, no podia dejarla encomendada en mejores manos que las vuestras, señor Bernard, y espero que procurareis consolarla de mi partida, convenciéndola de que solo es una ausencia temporal. Adios. ¡Hasta esta noche! Pero mirad á lady Aminta que vuelve de su paseo.

Cuando el doctor le perdió de vista, despues de haberle mirado largo tiempo salir á pasos acelerados por aquella calle del jardin, esclamó:

—¡Pobre tonto! no puedes imaginar el lazo que se

te está armando. Obedecerá; es cuanto yo necesitaba.

En aquel momento lady Aminta Warwick, apoyada en el brazo de Júpiter, su viejo negro, subia pausadamente los escalones de mármol blanco del terrado, esperando sin duda ver á Rodolfo, su hermoso caballero, aparecer furtivamente delante de ella, á la vuelta de alguna calle de árboles.

Cuando llegó arriba del terrado se acercó á ella Bernard con aire obsequioso, y lady Aminta aproximó al oido su trompetilla.

Despues de media hora de conversacion, fuerza es creer que logró persuadir á lady Aminta la elocuencia del doctor, puesto que se le vió acompañarla hasta su aposento, de donde bajó al punto sonriendo diabólicamente.

V.

Cuando Rodolfo de Nanteuil subió las escaleras de su casa, su corazon latia violentamente, pues el aspecto solo de aquella estancia solitaria, donde ponia el pié como un malhechor nocturno, parecia acusarle de una manera terrible.

Luego que Rodolfo examinó en silencio el piano medio cerrado, las flores, dos bugías estinguiéndose en un candelabro, y un par de guantes, probados y tirados despues sobre una consola de mármol, esclamó:

—¡Lo que voy á hacer es infame! No sé por que la palabra de Bernard ejerce sobre mí tanto imperio; pero el resultado esque me domina absolutamente... Esta union me pesa; jamás me hubiera atrevido á decirlo á nadie; él solo ha comprendido que me pesaba... Sin

duda no habia yo nacido para semejante yugo, para tanta virtud.

- ¡Para tanta virtud! replicó luego con amarga sonrisa. ¿Pero quién me dice, quien me probará que lady Southwel, la esposa del comodoro, no me engaña? Pero no, no puede ser, continuó dirigiéndose hácia la ventana con ese secreto despecho de un hombre que no puede hallar siquiera una escusa para su justificacion. No puede ser. ¡Ella me ama!

Y Rodolfo, de pié al lado de la ventana entreabierta, se puso á mirar atentamente las olas del Occéano que murmuraba como una arpa al impuso de la brisa.

—¡Está bailando! dijo para sí el baron; está en el baile, festejada, admirada; ¡todos me envidian! Y yo entretanto me hallo prisionero, puesto que á estas horas estarán apostados en la puerta de la sala del baile varios esbirros para apoderarse de mi persona. Yo no he podido asistir á ese baile porque ellos me hubieran arrestado á la salida. El juego, el maldito juego, es el que me ha abierto este abismo. Sí, el juego, horrible himeneo al que me habia sometido antes que al de esa mujer.

En seguida añadió Rodolfo:

—¿Lo que Bernard me propone es un crímen? No, puesto que la liberto del oprobio. ¡Una mujer tan bella, tan orgullosa, obligada á pedirme su vida dia por dia como una limosna! No, no será así; y ¿yo mismo podria soportar semejante revés, esta burla implacable de la fortuna? ¿Puedo acaso resignarme á arrastrar una vida oscura como la mayor parte de los ingleses arruinados en el continente? ¿Podria yo soportar en París ó en Lóndres la vista de esos ven-

turosos que corren en coche hácia los placeres, mientras que yo?... No, antes morir, desde el primer dia en que amé á lady Southwel, debí conocer que este casamiento era una locura; y por otra parte, añadió lentamente Rodolfo como si tratase de llamar en ausilio un recuerdo largo tiempo adormecido, ¿no he rehabilitado á lady Southwel á los ojos de todo el mundo casándome con ella? ¡La opinion pública la condenaba, y yo he hecho callar la opinion!

Acometido de estas tristas reflexiones, en las cuales se complacía, sin embargo, como si fuesen favorables á sus designios, Rodolfo examinaba maquinalmente muchos muebles de aquella estancia; la mayor parte eran invenciones futiles de la moda, como arquitas de terciopelo y escritorios del tiempo de Luis XIV incrustados de nacar y de marfil. El baron prestaba mediana atencion á todos estos objetos, cuando de repente, al tocar un lijero resorte, salió de uno de los cajoncitos un billete groseramente plegado. La letra solo de la carta debió escitar vivamente la curiosidad de Rodolfo, pues de seguro no era obra de ningun pendolista.

Rodolfo aproximó una de las bujias de la chimenea, y leyó:

«Tengo la dicha, señora, de participaros que creo haber hallado al fin las huellas del infame que se atrevió en Lóndres á introducirse en vuestro aposento. Si Dios me ausilia, triunfaremos pronto de *él*, del asesino de vuestro marido, pues tengo para mí que él solo ha podido cometer el crimen.»

—¡No tiene firma! murmuró el baron con sorpre-

sa. Recorriendo despues con la vista otro párrafo escrito al pié del anterior, leyó:

«Vos, que sufrís, debeis comprender á los que sufren. Me pedis el brazalete; pero no puedo dároslo, porque es mi único bien; ¿no lo he pagado bastante caro? Mañana al medio dia os esperará mi lancha como de costumbre. Entonces os diré cuanto tengo que deciros, porque por medio de una carta no se puede hablar con libertad.»

—No hay duda, esclamó Rodolfo, es una carta de Langlois. Ella no le ama, no puede amarle, replicó, al punto tanto por conviccion de fatuidad como por la seguridad que tenia de la virtud de lady Southwel; pero esta es la prueba que yo esperaba... Sin embargo, si ese bañero dijera verdad, si hubiese descubierto al asesino del comodoro... ¿Y qué me importa á mí? murmuró Rodolfo despues de una pausa. ¿Tengo acaso tiempo de esperar un proceso criminal? ¿Me entregaria esto tampoco el documento de la donacion? A pesar de las afirmaciones de sir Roberto, tengo derecho para dudar de que el comodoro Southwel hubiese hecho realmente esa donacion en favor de una mujer acusada y juzgada por un tribunal de Lóndres. ¡Toda esa bulla de generosidad es una solemne mentira! Sí, decididamente el casamiento que el doctor me ha propuesto esta mañana...

Apoyada la cabeza en sus dos manos, y bañada la frente en sudor, Rodolfo se hallaba aun entregado á esta lucha interior, cuando se abrió la puerta y entró lady Southwel en traje de baile, pero pálida y apoyada en el brazo de sir Roberto.

Por un acto de vergüenza instintiva, Rodolfo de Nan-

teuil ocultó en su seno la carta de Langlois, como un bandido sorprendido oculta su arma.

—Solo porque lo exigísteis, Rodolfo, he ido al baile, dijo lady Southwel con marcado acento de tristeza y quitándose las flores de su tocado.

—Ya conoceis el motivo de mi ausencia, respondió friamente Rodolfo; no estamos ya en aquellos tiempos de locos amores, baronesa, y nuestra mirada debe sondear el porvenir.

—¿El porvenir, Rodolfo? ¿Vuestro porvenir no es el mio? Que sea tranquilo ó cargado de tempestades, os pertenezco; sois mi marido y mi dueño.

La heróica dulzura con que Mme. de Nanteuil pronunció estas palabras hubiera confundido á cualquiera otro que no hubiera sido Rodolfo. En aquel momento sus ojos buscaron inútilmente en el cuello de su esposa el aderezo que creia ver en él, y que aquella misma mañana le habia enviado.

—Creo, dijo, veros el collar....

—Ese collar, respondió tímidamente Mme. de Nanteuil como si la generosa mujer hubiese cometido una falta, ese collar era demasiado caro y lo he devuelto al joyero.... no os enfadeis por eso, pues no quiero aumentar el número de vuestros compromisos.... ¿No opinais lo mismo, sir Roberto?

Sir Roberto no contestó. De pié, cerca de la chimenea, examinaba con meticulosa atencion un legajo de papeles que acababa de entregarle el portero. Al ver á Rodolfo, que se dirigia hácia él, enrolló repentinamente aquel legajo aparentando la mayor serenidad.

—Confesad, sir Roberto, replicó el baron despues de una pausa, que esos papeles me pertenecen.

Algunos acreedores que me persiguen, diez ó viente mercaderes de Brigthon, ligados contra mí sin duda... Dadme esos papeles y dejadme que solo me ocupe de esas miserias.

—Puesto que lo exigis absolutamente, baron, tomad y leed. Ignoro el nombre del que aspira de este modo á mostrarse de repente autor de vuestra ruina... pero no podeis ya dudar de que teneis un enemigo....

Rodolfo de Nanteuil recorrió ávidamente los papeles que le entregó sir Roberto, y su admiracion llegó al colmo al ver que un hombre desconocido era su único enemigo, puesto que habia comprado bajo de cuerda todos sus créditos. Requeríanle, pues, al pago de sus deudas bajo apercibimiento de prision. El plazo era breve, pues no le quedaba al baron mas que aquella noche.

¿El nombre de aquel enemigo misterioso era verdadero ó solamente supuesto? Rodolfo no se tomó tiempo de profundizar aquel enigma; su resolucion estaba tomada, y dirigiéndose á Mme. de Nanteuil le dijo:

—Creo que, á pesar del cansancio del baile, podreis concederme un momento, pues tengo necesidad de hablaros; sir Roberto, os doy gracias por haberme comunicado ese auto; ¿pero por qué os volveis á llevar ese papeles? ¿Qué pretendeis hacer con ellos?

—Esto me concierne á mi solo, respondió tranquilamente sir Roberto; vuelvo al punto. Acaso haya todavía medio de salvaros.

Enseguida salió dirijiendo una mirada afectuosa á la baronesa, porque en el alma generosa de aquel hombre no podia entrar la sospecha de una infamia; creia á Rodolfo desgraciado en el momento en que el

baron estaba acaso mas embarazado que nunca de mostrarse injusto y culpado.

El primer movimiento de Mme. de Nanteuil no hizo otra cosa mas que proporcionarle la ocasion que tanto deseaba.

—Tomad esos cajoncitos, esas alhajas, dijo ella á Rodolfo apenas salió sir Roberto; acaso puedan parar los primeros golpes que os amenazan. Todo lo que poseo es vuestro, Rodolfo. ¡Oh! ¡Jamás he sentido tanto no ser mas ricas!

Rodolfo se contentó con rechazar las alhajas que Mme. de Nanteuil sacaba rápidamente de cada cajita de su tocador, y fijando en ella una mirada implacable de ironía dijo:

—Me gusta ver cómo representa una inglesa un papel de comedia; pero tranquilizáos, baronesa: no abusaré de vuestros ofrecimientos. Todas estas joyas están lejos de valer lo que el brazalete que habeis dado á vuestro amante.

—¿Qué amante? ¿Que brazalete? ¿Qué quereis decir? dijo Mme. de Nanteuil visiblemente alarmada.

—¿Conoceis esta carta? Es de un hombre que está acostumbrado á hacerse pagar sus servicios y que no hace nada gratuitamente.

—¡Ah, señor! esclamó Mme. de Nanteuil con un acento lleno de dignidad.

—Ese hombre es vuestro amante, prosiguió el baron. ¿Negareis vuestros paseos marítimos con él en los momentos en que estoy jugando en el club? ¿Negareis que le habeis regalado un brazalete? A un amigo seguro, al doctor Bernard, debo la revelacion de vuestra intriga. Esa pasion, señora, ¡ha hecho ya demasiado

ruido en la ciudad para que pueda sufrir sus consecuencias. Ya he doblado una vez la frente bajo el peso de la infamia: dos veces seria demasiado. Me habeis engañado primeramente acerca de nuestra fortuna, y ahora no puedo ya defender vuestro honor de nuevas inculpaciones..... ¿Qué soy aquí, señora, sino la burla é irrision de todos los ociosos? Ya es tiempo de que cese semejante estado de cosas. El ejemplo de vuestro primer marido, el comodoro Southwel, me enseña mi deber. Un solo partido me queda, uno solo, que os dejará libre así como á mí.... ¡el divorcio!

—¡El divorcio! murmuró lady Southwel mas pálida que un mármol.

—No me hagais objeciones de ningun género; no me mueven vuestras lágrimas: lo he previsto todo. ¡Debia haber visto antes lo que estoy viendo ahora! Dentro de una hora lo mas tarde estareis ya libre de mi presencia. Adios, señora; desde este dia no hay ya nada de comun entre Rodolfo y Mme. de Nauteuil.

Rodolfo había puesto la mano sobre la llave de su gabinete. Un grito agudo de lady Soutdwel le contuvo. Fuera de sí, desolada, yerta como la muerte, acababa de arrastrarse de rodillas hasta aquella puerta. Por un movimiento de compasion que no pudo resistir Rodolfo, la levantó y sentó en un sofa. Las fuerzas de la baronesa estaban agotadas, sus ojos estaban cerrados; pero en la espuma ligera que cubria sus labios, asi como en los latidos precipitados de su seno, pudo ver Rodolfo con qué acero agudo acababa de atravesar aquel corazon, y de que muerte iba acaso á ser responsable. Quiso huir, pero un poder desconocido le clavaba en el suelo de aquella estancia. Hay momentos de

silencio que indudablemente hacen mas daño que las mas amargas reconvenciones.

En este instante de crísis dieron las tres de la madrugada en el péndulo del salon; Rodolfo oyó el relincho de caballos hácia la parte del muelle. Un segundo despues resonaron dos golpes ligeros en la puerta del gabinete, cuya llave apretó el baron convulsivamente en su mano...

Mme. de Nanteuil abrió los ojos, y un rayo de esperanza iluminó su pálida figura.

—¡Si será él! murmuró con voz débil. ¿Vendria á estas horas?

—¿Estais listo, baron? dijo una voz detras de la puerta del gabinete de Rodolfo.

Mme. de Nanteuil se estremeció, porque aquella voz no era la de Langlois.

Rodolfo se apresuró á apagar las bugias del aposento, temiendo, sin duda, leer su vergüenza en el rostro pálido de su víctima. Empujó violentamente la puerta del gabinete, y dirigiéndose con voz alterada al doctor Bernard, dijo:

—Todo se ha acabado; os sigo.

El doctor le condujo á una silla de posta, cuyas persianas estaban echadas, y despues de apretarse ambos por última vez la mano, partió el carruaje al galope por el camino de Brighton que conduce á Lóndres.

Cuando Mme. de Nanteuil volvió en sí, y encendió con mano trémula una de las bugías, vió delante de sí á un hombre y lanzó un grito terrible.

VI.

La baronesa de Nanteuil acababa de reconocer en este personage al antiguo médico de los baños de Diepe.

El doctor se habia quitado sus anteojos azules, dejando ver á la baronesa un semblante cruelmente impasible, de suerte que cualquiera hubiera dicho que no era aquel el médico Bernard, pues al quitarse sus gafas, cuyo tafetan cubria, como ya hemos dicho, parte de su rostro, el doctor acababa de quitarse una máscara.

Apenas recobrada Mme. de Nanteuil de las emociones horribles de la escena anterior, se puso á examinar atentamente al doctor, y despues de haberle conocido, y ocultando la frente entre sus dos manos, esclamó:

—Fantasma ó realidad, muy atrevido debeis ser para introduciros á estas horas en el aposento de una mujer. Vuestro nombre, responded; creo tener derecho á preguntaros vuestro nombre.

Y Mme. de Nanteuil, al interrogar á aquella vision, parecia formarse con auxilio de sus recuerdos una imágen que ella misma temia. Bernard sufria este exámen con calma, fiando sin duda en su poder y en el ascendiente de su mirada.

—¡Miserable! esclamó al fin Mme. de Nanteuil, como si hubiese sido arrancada de la contemplacion de aquella figura por un esfuerzo sobrehumano.

El doctor no contestó; una sonrisa burlona brilló solamente en sus lábios al comprender que acababa de ser reconocido.

—¡Dionisio, murmuro lady Southwel, Dionisio! Si, sí, es Dionisio.

Y sentia entonces una alegria casi estúpida en lanzar este nombre á la frente del hombre que la escuchaba.

—Sí, Dionisio, Dionisio, respondió el doctor. Me alegro, baronesa, de que tengais tan buena memoria.

—¿Qué quereis de mí? Hablad: ¿no me habeis hecho todavía bastante daño? ¿Quereis tambien matarme?

—Vengo á salvaros, señora, á proponeros el único partido que podeis elegir. Soy el confidente del baron; sus proyectos, su fuga... todo lo sé. Os repito que solo de mí podeis esperar vuestra salvacion.

—¡Mi salvacion! replicó lady Southwel. ¿Puedo acaso olvidar que solo os debo la infamia y la afrenta? Una sola vez os he visto, pero todas vuestras facciones han quedado grabadas en mi memoria como las del angel del mal. ¡Ah! ¡huid, huid! Hay aquí un hombre honrado que vela por mí y del cual solo me separa esa puerta. ¡Al solo sonido de esta campanilla acudirá para echaros como á un lacayo insolente! Este hombre es sir Roberto, mi pariente y mi apoyo...

—No le temo, contestó friamente el doctor Dionisio Bernard; no vendrá, no puede venir. No hace mas que un instante que se ha constituido preso por el baron. Estais sola, señora, sola, enteramente sola... como en aquella noche...

—¡Oh! no la recordeis, infame, no recordeis aquella noche cuyo luto y vergüenza sufro todavía, pero que sin embargo me vió pura; invoco vuestra memo-

ria; por perverso que seais, hablad, hablad, señor: ¿quién de nosotros dos fué el criminal?

—Yo solo, lady Southwel, yo solo, que habia resuelto vengarme de una afrenta cruel. No es culpa vuestra que el comodoro me hubiese insultado con un nombre ultrajante delante de todos la víspera misma de vuestro casamiento.

—¿Y qué os hizo el comodoro?

—Una friolera... ya sabeis que era brusco. Pues bien, en Lóndres, en el baile del almirantazgo, sir Southwel se atrevió á tirarme las cartas en la cara, llamándome caballero de industria. Como era natural, juré vengarme de semejante insulto, y aprovechándome de la ausencia del comodoro, me introduje una noche en su casa, pues no habiendo temido sir Southwel ofenderme en mi honor, tampoco yo vacilé en vengarme en lo que le era mas caro.

—Esa es la venganza de un cobarde... interrumpió Mme. de Nanteuil sin apartar la vista de aquel hombre y escuchándole con el temor que dá la fiebre...

El doctor añadió:

—Las injurias me hacen poca mella. Provocar al comodoro me hubiera sido tanto mas fácil, cuanto que sé tirar medianamente la pistola; pero la casualidad podia frustrar mis proyectos, y por otra parte, sir Southwel se habia puesto á salvo con su repentina partida. Era el mes de mayo, la estacion de Lóndres, como sabeis muy bien. Heredero de un pequeño patrimonio, dejé á Paris despues de la muerte de mi padre; apenas llegué á Lóndres, no tardé en esperimentar todos los tormentos del infierno. Fuí á vivir en una casa de Fenchad-Street, situada á corta distancia de

vuestro palacio, por cuyo motivo pude ser testigo de vuestro himeneo. Arruinado pronto por el juego, solo me faltaba el insulto del comodoro para arrancarme la máscara y perderme á los ojos de todos; vos fuisteis la venganza, la víctima que escogí; pero cuando la misma casualidad parecia favorecerme, cuando logré penetrar con el ausilio de un criado ganado de antemano en vuestra casa y puse el pié en vuestra misma estancia, entonces, lo confieso, al veros tan noble y tan altiva, fuí vencido y os salvó vuestra hermosura.

—Decid mas bien mi desprecio, señor. ¿No os acordais ya de mis gritos, de mis amenazas en aquella noche terrible? «Tranquilizaos, lady Southwel, me digisteis entonces con sonrisa infernal, tranquilizaos; lo ùnico que deseo que vuestros criados me vean bajar por ese balcon al amanecer.» En vano los llamé y grité: les habíais dado la consigna. «Soy Dionisio, les dijísteis al alejaros; no dejeis de comunicar mi visita al comodoro Southwel.» Cuando me refirieron estas palabras, no pude oirlas, porque estaba desmayada...

—Convengo en ello, señora; aquella fué mi única visita á lady Southwel; ahora ya sabeis el motivo. Sí, habia resuelto vengarme y pagar al comodoro su injuria con otra injuria. No negaré, señora, que he hecho mal en descargar sobre vos el peso de estas represalias; pero mi corazon formaba ya el proyecto de reparar tanto mal; sí, yo me decia que el hombre que habia sido bastante desgraciado para perderos podia acaso algun dia rehabilitaros.

—¿Rehabilitarme vos?

—¿Por qué no? Llega siempre un momento en qu

el hombre puede reparar todas sus faltas; Dios nos deja conocer ese instante, continuó el doctor con aire de compuncion hipócrita, y conozco que ha llegado para mí. El nombre de Dionisio conque era conocido en Londres era solo un nombre supuesto, una capa que podia cubrir mis deudas; asi pues, lo dejé desde el momento en que el comodoro lo habia infamado. Me embarqué para Francia al dia siguiente de mi visita nocturna en vuestra casa. Al llegar á París tomé mi verdadero nombre, el de Bernard, y traté de ejercer nuevamente la medicina, que habia abandonado en Londres. La proteccion de un ministro me estimuló pronto á emprender un trabajo árduo é importante: el de la disecacion de unos pantanos que se consideraba como imposible. A la pasion del juego habia sucedido la del trabajo; habia olvidado ya á Londres, al comodoro y á vos misma, cuando de repente supe por los periódicos vuestro divorcio. Una esperanza estraña se apoderó entonces de mí: erais dueña de vuestra mano: ¿pero dónde podria hallaros? Lo único que sabia por cartas de algunos amigos era que no estabais ya en Londres. Entonces fué cuando me propusieron la direccion de los baños de Diepe, destino que acepté al punto, porque tenia cierto presentimiento de encontraros en aquella playa tan próxima á Inglaterra. Cuando volví á veros allí os presentasteis á mi imaginacion como un remordimiento. Bella, admirada, festejada, os acompañaba, sin embargo, una melancolía tan cruel que conocí al punto que lady Southwel se acordaba demasiado de mi injuria. Creí entonces conveniente guardar un rigoroso incógnito á vuestos ojos. El enjambre de adoradores que os rodeaba me alarma-

ba poco, así por su frivolidad como por la ignorancia en que estaban de vuestra existencia pasada. El baron Rodolfo de Nanteuil fué el primero que me presentó en vuestra casa, logrando engañaros con mi silencio, y mas todavía, con el cambio de mi fisonomía. Una casualidad funesta condujo al comodoro á Diepe... Ya sabeis lo demas, continuó el doctor bajando la voz y con él esa donacion importante que os devolvia un rango una fortuna... Delincuente ó no el bañero, Langlosi ha sido encerrado en el Castillo Fuerte de Diepe de resultas de ese asesinato.

—Sí, lo sé todo, murmuró Mme. de Nanteuil; pero tomo al cielo por testigo de que ese hombre estaba inocente. Conozco su corazon noble y leal. ¡Y es de ese hombre, señor, de quien os habeis atrevido á formar un pretesto para que el baron me abandone! ¡Y es ese hombre el que me habeis dado por amante! ¡Ah! Ya sabia yo que érais muy cruel; pero asesinarme dos veces en la opinion es una doble infamia.

El doctor guardó silencio por un rato; no se oia entonces mas que el acompasado sonido del péndulo y el leve ruido de las cortinas que abrigaban los cajones de naranjos sobre la ventana. Mme. de Nanteuil se asomó, miró hácia el muelle y reprimió un ligero grito al percibir á un hombre acostado sobre la arena á pocos pasos de la ventana; la oscuridad de la noche no permitia descubrir mas que los botones de su chaqueta de marinero.

—Algun piloto ó algun pescador de la costa.... dijo negligentemente Bernard aproximándose á la baronesa; y cerrando la ventana añadió: el frio puede perjudicaros.

—¿Y es eso todo lo que teneis que decirme? replicó Mme. de Nanteuil. Vos mismo os confesais cómplice de dos crímenes, de dos divorcios; ¿que os queda ya que hacer? añadió cruzándose de brazos y lanzando al doctor una mirada llena de dignidad y de desprecio.

—Os he dicho que vengo a salvaros. Despues de la fuga de vuestro marido, ¿qué os queda que hacer, señora? Reflexionadlo bien. Estais arruinada, arruinada, ¿lo entendeis?

—¿Y qué me importa, señor, replicó lady Southwel cediendo á todo el delirio de aquella crísis, qué me importa? ¿Debo existir siquiera para el mundo?

—No debeis arrastrar en él una vida cruel y funesta, señora; no habeis nacido para conocer la pobreza despues de haberos criado en medio del lujo. Las deudas del baron son enormes: un solo hombre, arrastrado del amor que os profesa, y tambien del ódio que siente contra aquel, se ha constituido en su único acreedor, pero acreedor implacable, y ese hombre soy yo.

—¡Vos! ¡Debia haberlo adivinado!

—Sí, yo, yo, que hace mucho tiempo miraba su felicidad y su vida con ojos envidiosos, yo, que atemorizándole con su ruina segura é inminente acabo de casarlo con otra...

—¡Con otra! ¡Y el baron Rodolfo ha ¡consentido!

—Mañana estará ya en Lóndres en el palacio de lady Aminta Warwick, su esposa.

—¡Su esposa!

—Si, su esposa, dentro de dos meses; porque lady Warwick, ayudada de sus muchos protectores, obtendrá sin dificultad el divorcio... y vos, señora, culpa-

ble á los ojos de todo el mundo, divorciada por dos veces, ¿qué hareis? Vos, á quien sir Roberto será el primero en despreciar cuando sepa lo que ha pasado...

—¡Ah! Sois el demonio.

—Soy vuestro salvador. La miseria se levanta como un espectro delante de vos, y yo os traigo el oro. Lady Southwel, aun podeis levantar la frente, sois rica...

—¿Rica?

—Con una condicion solamente.

—¿Cuál?

—La de casaros conmigo, señora... Esa donacion de sir Southwel...

—Esa... donacion... dijo Mme. de Nanteuil con voz balbuciente y levantándose llena de terror. ¿Y quién os ha entregado los papeles de esa donacion?

—El mismo sir Southwel antes de su muerte.

—¡Antes del asesinato! ¡Mentís!

—Digo la verdad, señora. Esa donacion me pertenece ya. Escoged: ó la miseria sin mí, ó la abundancia y el lujo conmigo.

—Decid mas bien la infamia y la vergüenza. ¡No os acerqueis á mí, porque teneis sangre en las manos!

—Este documento está entendido en regla, replicó Bernard con calma implacable, y Lóndres está cerca de Brighton. Yo me encargo, aunque tenga que arrostrar los mayores...

—No volvais á hablarme de semejante asunto, no me insulteis. ¡Huid! ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—Lo sereis, si desechais mis ofertas. Ministros de justicia cercarán desde mañana esta casa, y la varita de un *constable* tocará esas blancas espaldas..... Si

quereis creerme; seguidme; os ocultaré en mi casa, en German-Spá, como á una de mis enfermas. Allí á lo menos estareis en seguridad.

—¡Seguiros! ¡Vivir con vos! ¡Con un asesino! ¡Jamás! Gracias al cielo, puedo hablar, puedo decir á los jueces...

—Cuidado con lo que haceis, lady Southwel, replicó el doctor cautelosamente, pues si os atreveis á acusarme, os prometo no quedarme atrás respecto á procedimientos. No olvideis que vuestra vida me pertenece desde este momento. La noche es buena consejera, y os suplico que mediteis bien mis palabras. Sin nuestra union comun ninguno de los dos podrá aprovecharse de los frutos de esta donacion, pues ya veis que estamos remachados á la misma cadena. ¡Adios! Vuestro interés me responde de vuestra discrecion hasta el momento en que vuelva. Quiero aprovechar los pocos momentos que me quedan para poneros al abrigo de la invasion de los esbirros y demas gente de justicia. Pero ante todas cosas espero vuestra respuesta.

—Aquí la teneis, esclamó ella precipitándose hácia la ventana en el delirio de su desesperacion. ¡Antes la muerte que pertenecer á un asesino!....

Aterrado el doctor con la violencia de semejante trasporte, rechazó con una mano á la baronesa y se apoyó con la otra en el antepecho de la ventana. La oscuridad parecia haberse condensado mas, y una lluvia fina azotaba las casas del muelle.

—Ya me habeis oido, señora, replicó imperiosamente Bernard: os quedan todavía tres horas.

Poniéndose en seguida otra vez sus gafas azules y embozado en una gran capa, atravesó lentamente un

largo corredor que comunicaba con los aposentos entonces desiertos del baron y de sir Roberto.

Devorada por el dolor, Mme. de Nanteuil tuvo que apoyarse contra el mármol de la chimenea para no caerse; un momento despues se oyó el estampido de una arma de fuego como á dos pasos de la casa.

Al mismo tiempo se vió á un hombre saltar por la ventana dentro del aposento de la baronesa.

VII.

—¡Langlois! esclamó lady Southwel con la espresion de la alegría y de la felicidad. En este grito iba tácitamente envuelto un voto de gracias al Ser Supremo.

—Sí, Langlois, respondió el bañero arrojándose á los pies de Mme. de Nanteuil, á quien dirijió una mirada dulce y suplicante.

—¿Estais herido? preguntó vivamente Mme. de Nanteuil pensando en el pistoletazo que acababa de oir. Hablad, ¡oh! hablad, añadió poniendo sus manos trémulas sobre el tosco y empolvado chaqueton del bañero.

—Tranquilizaos, señora; no estoy herido, pude haberlo sido, y nada mas. El hombre que salió aceleradamente de vuestra casa despues del grito penetrante que disteis asomada á esa ventana, se aprovechó del momento en que, teniéndole yo por un ladron, quiso desembozarse para dirijir su arma contra mí; pero afortunadamente pude rechazar á tiempo esa arma, obligándole á dar dos pasos hácia atrás, y aunque trató de dispararme por segunda vez, quiso Dios que errára



el tiro. Ignoro quién es ese malvado; pero lo sabré.

—¡Ese malvado es el doctor Bernard! ¡Oh! sí, un malvado... replicó ella en el esceso de la desesperacion.

—¿Y queria asesinaros? ¿Dónde está vuestro marido?

Al oir Mme. de Nanteuil esta pregunta, irguió la cabeza con aire de altivez, y respondió:

—¡Mi marido, mi marido! Acaba de partir, Langlois, diciendo que erais mi amante.

—¿Yo, señora? ¡Ay! yo no soy mas que vuestro criado y esclavo...

—¡Mi amigo!... le interrumpió Mme. de Nanteuil, dándole á besar su mano.

—No puedo comprender todavía, prosiguió tristemente Langlois, por que se ha marchado M. de Nanteuil, y comprendo mucho menos qué venia á hacer en vuestra casa el doctor Bernard.

—Porque vuestra alma noble y grande no puede comprender la infamia, Langlois; porque como sois honrado, ignorais las pasiones infames y los crímenes odiosos. El doctor Bernard no venia á asesinarme, Langlois; lo ha hecho ya dos veces por medio de la calumnia, que es su arma, venia á obligarme á que me casara con él dentro de un mes...

—¡Casaros con él! ¡Oh! Eso es imposible, es un delirio, replicó Langlois mirando fijamente á Mme. de Nanteuil. Vos, señora, no podeis casaros con ese hombre. En cuanto á su audacia, yo, yo solo me encargo de castigarla. Tendré los ojos bien abiertos y la mano lista.

—¿Pero ignorais, Langlois, que vais á comprome-

terme? ¿Ignorais que debo á ese infame tódas mis desgracias? ¿No ha sido él quien ahora mismo ha hecho de la mujer del baron de Nanteuil una mujer acusada, vilipendiada y abandonada por su marido. ¿No ha sido él quien ha hecho creer esa fabula ridícula de una intriga con vos, vos, á quien quiero, sin embargo, se apresuró á añadir la baronesa, como un amigo, como un hermano?...

—¿Y el baron ha podido creer?..

—Necesitaba un pretesto para justificar su fuga, y ha tomado el vuestro, cuando le bastaba el de sus deudas. Pero los hombres no son nunca viles y cobardes á medias.

—¿Conque estais sola ya sola y libre?... preguntó Langlois con el acento de la mas dulce esperanza. ¡Oh! ¡bendito seais, Dios mio, continuó, bendito seais, porque me habeis permitido llegar á tiempo!

—¿Qué quereis decir? preguntó Mme. de Nanteuil afectando una dignidad que estaba lejos de su corazon.

—Que puesto que os miro ya pobre, abandonada, me quedo... y que puesto que ese miserable doctor os amenaza, ya no parto.

—¿Conque queriais marcharos?

—¿Y qué iba á hacer aquí? El que ama y sufre, necesita mudar de aires. ¿Por ventura no tiene un marinero todo el mundo por suyo? Al veros todos los dias en los brazos del baron de Nanteuil, decia para mí: «Ella le ama: es feliz.» Una tarde, sin embargo, cuando os conducia en mi lancha, os ví llorar y dije: «¿Me habré equivocado?» Y vos me mirabais como para decirme: «¡Langlois, qué feliz eres! El mar, las

plantas, las flores de la costa, todo es tuyo; tu vida es activa; remas y cantas por la noche cuando las estrellas brillan en el cielo, y yo carezco de aire y de libertad, amigo mio.» Pues bien, la ausencia de vuestro marido os devuelve ese aire y esa libertad. En cuanto á la pobreza, no la temais; tengo todavía mis brazos útiles. Huyamos desde mañana: la mar es libre para todos; huyamos: iremos á donde querais.

—¿Y puedo partir con vos, Langlois? Eso seria aumentar las sospechas y dar pabulo á mi deshonra. Ademas, mi fuga seria un triunfo completo para el doctor, cuando con una sola palabra podemos confundirle y anonadarle, sabiendo, como sé, quién es el asesino del comodoro.

—¡Lo sabeis vos tambien! esclamó Langlois con acento de sorpresa y de alegria.

—El mismo me lo ha dado á entender demasiado, pues me ha dicho que tiene en su poder los papeles de la donacion de sir Southwel, y se ha atrevido á proponerme la participacion de los bienes que esa donacion me asegura.

—¡Conque era él! ¡Conque no me habia equivocado! ¡Oh! ¡me vengaré! ¡me vengaré! Mañana mismo, señora, ese hombre os devolverá esos papeles. Os doy mi palabra que mañana los tendries en vuestro poder.

—¿Qué vais á hacer?

—Vengarnos. ¿No somos ambos los mártires resignados de ese hombre? ¡Ah! ¡Dios es justo y permite que haya caido en nuestras manos!

—Ahora mismo, cuando le visteis huir, llevaba consigo ese documento, que quiere convertir en arma de mi miseria. Pero no será asi; ¡oh! no debe ser. Teneis

razon, Langlois, en apelar á ese Dios, que en su tardía justicia castiga al malo que se burla de él; él mismo acude en este momento á nuestro socorro, amigo mio; sí, continuó dirigiendo al bañero una mirada de indecible ternura, sí, mi ruina, mi desgracia, todo lo bendigo, Langlois, puesto que me deja libre de casarme contigo... ¿Lo deseas?

Un rayo de alegria inesperada brilló en la tostada frente del bañero, faltóle la respiracion creyendo ser el juguete de alguna fascinacion repentina, y se puso á mirar alternativamente á Mme. de Nanteuil y á sus humildes vestidos; lágrimas de amor se agolparon á sus ojos al encontrar la mirada húmeda y triste de aquella noble criatura, doblegada bajo el peso del sufrimiento como una flor tierna y hermosa. En el partido repentino y violento que Mme. de Nanteuil acababa de tomar, parecia haber derramado toda su alma. No pertenécia ya á este mundo, que habia hecho de ella por tanto tiempo y á la vez su admiracion y su juguete, y parecia renacer bajo el soplo mismo de Dios.

—¿Qué habeis dicho, señora? preguntó Langlois con cierto temor y con un afecto lleno de misterio y de simpatía. ¡Oh! ¡Decid que no os burlais del que os escucha, decid que creeis en mi amor!

—Como creo en Dios, contestó la baronesa absorta en la contestacion de aquel semblante noble y puro.

En efecto, jamás Langlois habia estado mas hermoso: hay momentos en que el amor del hombre mas salvaje posee una gracia delicada é interesante. Arrojándose á los pies de Mme. de Nanteuil, se puso á com-

templarla con un respetuoso recogimiento como si adorára á una santa.

—Langlois, le dijo ella poniendo la mano sobre su hombro, creo que teneis el corazon mas leal y generoso que existe sobre la tierra; teneis delante de vos á la mujer mas desgraciada del mundo. Dos uniones fatales han hecho de mi ya un objeto de irrision y de lástima. No faltaré al juramento que Dios recibe.

—¡Vos mi esposa, mi esposa! respondió Langlois con acento de felicidad y alegria. ¡Seriais la mujer de un pobre marinero, vos, inglesa y gran señora! ¡Dios mio, Dios mio, creo que me he vuelto loco!

—Seré la esposa de mi libertador, respondió la baronesa haciéndole una seña para que se levantara del suelo. Me habeis prometido entregarme esos papeles que posee el doctor; id, pues, y presentad á la justicia vuestra demanda y la mia. Esos documentos me pertenecen, y los bienes que estan consignados en ellos los partiré al menos con un hombre honrado como vos.

—¡Oh! estad tranquila, contestó; yo tambien sé cumplir mi palabra. ¡El pobre bañero os debe tanto! Sin vos, sin vuestra imágen, ¿qué hubiera sido de él durante todo ese tiempo de cautiverio y de tormento? ¡Cuántas veces, mientras me arrastraba sobre la paja húmeda de mi calabozo, sonó para mi vuestra voz en el agradable mugido de las olas! Cuando un rayo de sol venia á calentarme en mi prision, esclamaba: «¡Es ella; mi buen ángel es quien me lo envia! ¡Sufro por ella, pero ella piensa en mí y me compadece: Dios quiera que un dia llegue á amarme!» En seguida, cuando al lado de esta imágen tan dulce hallaba la de

un enemigo desconocido, entonces, ¡juzgad cuál seria mi rabia! Al fin conozco a ese enemigo; ya lo sospechaba, pero él mismo ha tenido cuidado de cambiar mis dudas en certidumbre. Lo que me queda que hacer es un secreto; ¡mañana, sí, mañana, volveré digno de vos, de mi esposa, ?añadió besando respetuosamente la mano de Mme. de Nanteuil.

—Hasta mañana, dijo ella, y pensad en que cada hora que pasa es una hora de angustia para mí....

Apenas habia salido el bañero, dejando á la baronesa entregada á la lucha de mil sentimientos diversos, cuando sir Roberto llamó quedo á la puerta de su aposento. La baronesa corrió á abrirle, y por toda respuesta á las preguntas que él le dirijió se arrojó en sus brazos deshecha en lágrimas.

—No me pregunteis, dijo ella; mañana, sí, mañana lo sabreis todo. Lo único que os pido es que veleis el resto de la noche en la puerta de mi aposento. El baron no volverá; ha salido..
....

VIII.

Hácia las doce del dia siguiente, las persianas de Mme. de Nanteuil permanecian aun cerradas; el tiempo estaba hermosísimo á pesar de lo avanzado de la estacion, y multitud de personas se dirijian á las casas de baños. Los landós, los faetones, los birlochos y sobre todo, los *flys* llenaban toda la estension del muelle. De uno de esos carruajes pequeños, que no tienen mas mérito que su estremada lijereza, salió con precaucion un personaje vestido de negro; enseguida se puso á

mirar á su alrededor con aire de desconfianza, y haciendo seña al cochero, le mandó que se estacionára en el ángulo del paseo. Cuando llegó delante de la puerta de Mme. de Nanteuil y tenia ya levantado el aldabon para llamar, se detuvo al ver dirijirse hácia él un hombre, el cual hacia algunos segundos observaba todos sus movimientos oculto detrás de una silla de manos.

—Dios os guarde, doctor Bernard, dijo Langlois con aire humilde y político; ¿quereis dar hoy un paseo por el mar? Mi lancha es hermosa, y yo soy buen remero; ya lo sabeis, como que mas de una vez he bogado á lo largo de esta costa en compañía de sus clientes.

—Un asunto urgente me llama aquí, respondió bruscamente Bernard; luego, otro dia...

Y se disponia otra vez á llamar á la puerta, cuando Langlois se puso el dedo sobre la boca con misterio, y le dijo:

—Es de parte de Mme. de Nanteuil, doctor. Está durmiendo; no vayais á despertarla. Sir Roberto está arriba.

—¿Qué me importa? A mí me recibirá.

—Os digo que es imposible; la señora no se levantará hasta la una. Esta mañana me ha mandado llamar, y me dijo que me entendiera con vos..

—¿Para qué asunto?

—¿No lo adivinais? Para el de esta noche... sí, tengo que hablaros. Es un secreto que no puede tener mas testigos que el cielo y el agua. Sé que habeis sido atacado, y puedo protegeros contra vuestro enemigo desconocido. El dia está hermoso, y en el mar podremos hablar con mas libertad.

—Como gusteis, dijo el doctor, y siguió á Langlois, pensando que este hombre, este familiar de Mme. de Nanteuil, sabia sin duda parte de sus secretos. La poca inteligencia que suponia al bañero le confirmó en la idea de que podria serle útil.

—Me ha dicho que despertará á la una. Me alegro: asi será corto el paseo.

Y dejándose guiar por Langlois, llegaron á esa parte elegante del puerto de Brighton, donde se hallan á todas horas una multitud de lindas lanchas de velas, que dirijen patrones viejos y jóvenes, cuyo oficio es pasear á los habitantes y á los estranjeros. Al ver el doctor el agua del mar tan dulce y tan tranquila, no pudo menos de compararla con la lucha interior que le agitaba y dejó escapar una triste sonrisa. Langlois habia tomado asiento en la popa de la lancha, y el doctor le vió preparar su pipa con la mayor tranquilidad. La fisonomia del bañero no espresaba emocion alguna; seguia alternativamente con la vista aquellos negros pedruscos coronados por un pobre resto de verdura, la esplanada del muelle y la linea suntuosa de edificios de que le alejaba insensiblemente la inflada vela de su lancha.

—Ahora puedes hablar, dijo el doctor: es imposible que nos oigan.

—Todavía no, respondió Langlois; no hay cosa como el mar para hablar bien.

—¿Estás borracho? preguntó no sin temor el doctor á su patron.

—¿Borracho? No haya miedo de que vuelva á estarlo. Hace diez y ocho meses que bebi las últimas copas de vino en Diepe. Ya sabeis, doctor, lo que esto me

valió. Desde entonces juré no volver á beber, y ahora solo me gusta hacer beber á los demas. Sí, esto me distrae, dijo mirando al doctor con cierto aire que no pudo menos de desconcertarle y hacerle llevar instintivamente la mano al bolsillo interior de su levita.

La lancha se hallaba ya en alta mar, el viento soplaba cada vez mas fresco, y el doctor se veia no sin temor en una embarcacion tan frágil. Verdad es que tambien en aquel momento debia sostener alguna lucha con recuerdos que le acusaban; pues procuraba evitar cuidadosamente las miradas de Langlois. Este soltó los remos de repente, y dirigiéndose al doctor, le dijo:

—Aquí estamos bien, y podemos hablar con toda seguridad.

—Que me place, contestó Bernard aparentando chancearse con Langlois; ¿conque al fin se digna vuestra señoría darme audiencia?

—No será larga, respondió el bañero con voz sorda. ¡Doctor Bernard, preparáos á morir!

—¡A morir! esclamó Bernard con angustia. ¡Y de qué tienes que quejarte?

—De vuestra imprudencia, doctor, respondió Langlois. Cuando un hombre quiere hacer pasar á los demas por culpables, toma mejor sus medidas. La noche del asesinato del comodoro, ¿quien tenia las llaves de los baños? ¿Quién podia penetrar en ellos? Dos hombres solamente: vos y yo. Es así que no fuí yo quien bañó al comodoro, luego habeis sido vos quien le mató.

—¡Mientes, interrumpió el doctor, mientes! ¿Tienes otras pruebas?

—Podria tambien deciros que al dia siguiente del crímen, y en la noche misma de mi prision, dejásteis la ciudad y que habeis seguido á la baronesa del mismo modo que yo; pero no quiero citaros mas que un hecho, y es que el acta que llevaba el comodoro consigo, y que dejó con su ropa en el baño, se halla en vuestro poder, y vais á dármela ahora mismo, continuó diciendo friamente Langlois.

—¿De qué acta quieres hablar? preguntó el doctor mas blanco que la vela de la lancha.

—De una donacion escrita y firmada, donacion que espero de vuestra estremada cortesanía....

—¡Conque vienes á tomarla! esclamó Bernard sacando de su bolsillo un puñalito afilado que desenvainó con la velocidad del rayo. ¿Conque es decir, que uno de nosotros dos está demas en este mundo?

A pesar del acero que blandia con rabia el doctor, Langlois se precipitó sobre él, y sujetándole fuertemente la mano, logró tener suspendida en el aire el arma homicida. Registrando despues los bolsillos de doctor, no tardó en encontrar la cartera; pero en el momento de apoderarse de ella se sintió herido en el pecho por el puñal agudo de Bernard. La violencia de semejante golpe hubiera hecho desmayar á cualquiera otro que no hubiera sido Langlois. Exasperado y furioso, reconcentró sus fuerzas, y lanzándose de nuevo sobre el doctor, esclamó:

—Me han acusado de haber ahogado á un hombre; pero esta vez será verdad! ¡A tí te toca ahora, doctor del diablo!

Y cogiéndole con un vigor hercúleo por medio del

cuerpo, le arrojó al mar, despues de haberle arrancado su alma.

Cuando la lancha del bañero atracó en el muelle, los paseantes de Brighton se habian retirado á sus casas dispersados por una lluvia repentina. Un solo carruaje permanecia obstinadamente en el ángulo del muelle; era el *fly* del doctor, á quien su cochero esperaba. Jadeando y casi exánime, tuvo fuerzas Langlois para arrastrarse hasta la puerta de Mme. de Nanteuil, subiendo rápidamente los pocos escalones que conducian á su habitacion. Las ventanas estaban todavía cerradas, y una media luz alumbraba apenas la estancia.

—¡Estais en salvo, señora! esclamó cayendo á los pies de la baronesa. Tomad, tomad esta cartera: es la suya.

En seguida entreabrió su chaqueton manchado de sangre ya ennegrecida, y al ver Mme. de Nautenil, á la cual sostenia sir Roberto, aquella sangre y aquel hombre, lanzó primero un grito agudo, al cual sucedió una larga carcajada.....

¡La desgraciada se habia vuelto loca!

—¡El me ha matado; pero muero por vos! dijo el bañero abrazando por última vez los pies de Mme. Nanteuil.

Esta vió la caida de aquel cadáver sobre el suelo sin lanzar el menor grito. Los sollozos ahogaban la voz de sir Roberto, cuando una risa estúpida y horrible brillaba todavía en sus labios.

Agentes de policía y ministros de justicia acudieron presurosos á casa de la baronesa guiados por las huellas de sangre del bañero, y ya iban á levantar su cadáver, cuando los bateleros echaron sobre el muelle

un hombre empapado en agua del mar. El cochero que guardaba el *fly* lo conoció al punto; aquel hombre era su amo, el doctor Bernard, director de la casa higiénica de los locos, cerca de Brighton. El *condestable* mandó colocarlo en su carruage, y despues de haberle hecho respirar esencias, volvió el doctor en sí y manifestó que habia usado del derecho de legítima defensa. A pesar de las súplicas de sir Roberto, el magistrado inglés mandó trasladar á Mme. de Nanteuil al lado del doctor y en su propio carruage para ser conducida á German-Spá.

—Esta jóven está loca, dijo: los cuidados del doctor y el régimen escelente de su casa la pondrán buena...

....

A estas horas la baronesa está todavía loca.... se ha casado con el doctor, cuya clientela se compone esclusivamente de enfermos ricos. Mme. de Nanteuil ha cambiado este nombre por el de Bernard; se conserva hermosa, pero algo pálida. Su locura inocente consiste en bajar al terrado del German-Spá y en no conocer al dia siguiente á las personas que ha visto la víspera. Canta frecuentemente fragmentos sueltos de las baladas de Tomás Moore.

Una tarde pronunció el nombre de Langlois mirando al doctor y ofreciéndole una hermosa sensitiva que habia cogido. Rodolfo de Nanteuil es uno de los primeros elegantes de esa ciudad sin sol que se llama Lóndres. Pasea en birlocho, y en un palco del teatro de la Opera se vé casi todas las noches á una especie de maniquí lleno de cintas y flores, que dicen es su muger lady Aminta Warwik.

Si alguno de nuestros lectores va á Brighton dirigiéndose por Char-Stret, verá una iglesia construido sobre un gran peñasco. Este edificio es la iglesia parroquial. Al lado de ella, y en el cementerio, hay una cruz plantada por un inglés; este inglés es sir Roberto, el único que vá á rezar de vez en cuando sobre esta tumba, en la cual se lee esta sencilla inscripcion: *A Langlois, bañero de Diepa.*

FIN.



